

EMMA G. FRASER

A woman with long, light brown hair in a complex braid, wearing a dark, laced-up bodice with white puffed sleeves and a dark skirt, stands in a field of purple heather. She is looking over her shoulder towards a stone building and mountains in the background under a cloudy sky.

A TREVEITE
a
CAZARME

© Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ni su incorporación a un sistema informático, sea esta electrónica, mecánico, por fotocopias, por grabación y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público sin el permiso previo del autor.

Título: Atrévete a cazarme

©Emma G. Fraser, 2024.

ATRÉVETE A CAZARME



EMMA G. FRASER

Para todas aquellas personas que tiene una Arya y una Mya en su interior y luchan por seguir adelante. La luz siempre brilla al final del camino...

Y, por supuesto, para James. Gracias por enseñarme el valor de la verdadera amistad, por tenderme tu mano, cederme tu espada para luchar contra mis propios demonios y ayudarme a ver la luz cuando acecha la oscuridad.

PRÓLOGO

Corte de Edimburgo, 1453

Un mechón de cabello rubio asomaba por debajo de la cama cuando Mya dejó de contar y taparse los ojos para comenzar a buscar a su hermana gemela por la habitación en la que vivían. En el rostro aniñado de Mya se dibujó una amplia sonrisa al descubrir tan pronto el escondite de su hermana Arya. Ambas tenían nueve años recién cumplidos y, aunque Arya era la que había nacido unos minutos antes que ella, siempre era más alegre y dicharachera que Mya, a la cual arrastraba a esos juegos para intentar pasar el tiempo mientras su madre trabajaba en las cocinas del castillo donde vivían.

Cuando tuvieron uso de razón, su madre les contó que tenían prohibido salir de esa habitación, pues nadie sabía que eran dos niñas. Su madre había dado a luz totalmente sola en esa misma estancia del ala de sirvientes del castillo de su majestad Jacobo II. Había confesado al resto de sirvientes que había tenido únicamente una niña, no dos, y por ello debían mantenerse ocultas de las miradas indiscretas de todo el servicio. Es por ese motivo por el que tanto Arya como Mya solo salían de noche, pero no al mismo tiempo, sino que se turnaban las salidas, y mientras una salía un día, la otra debía esperar al día siguiente para hacerlo. La exactitud de sus rostros hacía que cualquiera que se cruzara con ellas tuviera la certeza de que se trataba únicamente de una niña. Y a pesar de su corta edad y de que a veces deseaban salir a correr como cualquier otro niño, Arya y Mya obedecían a su madre en todo lo que les pedía.

Por lo que sabían, Lily, su madre, trabajaba en el castillo desde hacía muchos años. Durante algunos, adecentó las habitaciones del rey y de sus visitas, hasta que finalmente la destinaron únicamente a las cocinas, un trabajo que prefería desempeñar, pues al menos así estaba a salvo de miradas y del peligro.

Lily les había contado que fuera de esa habitación había un hombre malvado que hacía daño a las niñas tan bonitas como ellas y que dormía cuando la noche se cernía sobre el castillo. Por eso, no podían salir de allí. Y el hecho de pensar en atravesar esa puerta para dar un paseo ya les suponía un miedo terrible, sobre todo a Mya, aunque la más pequeña de las hermanas se hacía la fuerte e intentaba disimular.

Arya, por el contrario, era más rebelde y preguntaba una y otra vez a su madre cuándo se moriría ese hombre malvado para poder salir de allí de una vez por todas. Lily, siempre con una sonrisa a pesar de su rostro cansado y a veces amoratado, respondía que algún día, cuando tuviera el dinero suficiente, saldrían de allí y se marcharían con su tío.

—¡Cuéntanos más de tío John! —le pedían las niñas cada vez que lo nombraban.

Y así, noche tras noche, las tres caían rendidas en la estrecha cama. Día tras día, semana tras semana, mes tras mes y año tras año esperando por fin el momento en el que saldrían de ese escondite para poder vivir libremente y sin miedo.

Pero en ese momento no existía el miedo. Al contrario, había felicidad entre ambas hermanas, especialmente en Arya, que se tapaba la boca bajo la cama para evitar ser vista por su hermana, sin saber que uno de los mechones de su pelo asomaba, descubriendo su ubicación.

—¿Dónde estás? —disimuló Mya mientras recorría la habitación para darle tiempo a la diversión.

Los hombros de Arya se sacudieron por la risa, que pudo contener entre sus dedos a duras

penas. Desde su posición veía claramente los pies de Mya de un lado a otro, hasta que llegó junto a la cama, vio cómo se agachaba y levantaba ligeramente la colcha que colgaba.

—¡Te encontré! —exclamó.

Arya dejó escapar una carcajada y salió de su escondite. Ambas hermanas se miraron con una sonrisa y se dejaron caer sobre la cama. Eran idénticas, salvo por una diferencia en el pelo. Ambas eran rubias, pero Mya tenía el pelo más liso que Arya, cuyo pelo era ondulado.

A pesar de tener nueve años, eran más altas de lo normal y tan delgadas por la poca comida que ingerían que su madre se había visto en la obligación de robar en la cocina de palacio. La viveza de sus ojos color miel contrastaba con ese cuerpo escuchimizado, y parecían querer atrapar todo con la mirada para aprender. Y en ese momento, Arya rompió el contacto visual con su hermana y volvió a levantarse para acercarse a la única ventana que tenía ese dormitorio. Fuera de allí la noche le daba la bienvenida y una parte de ella deseó estar lejos de ese lugar, en otro sitio donde poder ser como los demás.

—Me divierte mucho jugar aquí, pero también querría estar a los pies de la colina junto con otros niños —murmuró Arya sentándose en el alféizar de la ventana.

Mya suspiró y se sentó en la cama para mirarla.

—Recuerda lo que dijo madre. Somos unas niñas y no estamos preparadas para salir ahí fuera. Hay gente mala.

Arya frunció el ceño y giró la cabeza en su dirección.

—Pero madre no es mala, y estoy segura de que habrá más personas como ella. Yo creo que no todo el mundo es malvado, Mya. —Volvió a mirar de nuevo a través de la ventana—. Solo hay que encontrar a la persona correcta.

Mya rodó los ojos.

—Eres demasiado curiosa, y eso podría traernos problemas.

Arya se cruzó de brazos.

—¿Y qué hay de malo en serlo? Solo deseo vivir como otros niños, libre, no encerrada. Tampoco pido tanto.

—A lo mejor al salir de aquí se te acabaría la vida a manos de ese hombre malo.

Arya la miró de nuevo, pero esta vez con el ceño fruncido.

—Estoy segura de que donde vive tío John no hay esa clase de personas. Y si las hubiera, él nos protegería. No sé por qué madre no nos lleva ya con él.

Mya se miró con interés las uñas.

—Si madre piensa que estamos mejor aquí será por algo.

—¿Con ese hombre tan malo cerca de nosotras? No lo creo...

Mya enarcó una ceja y se dejó caer sobre la cama mientras retorció un mechón de su pelo de forma distraída.

—Yo estoy de acuerdo con madre. Estamos bien aquí. Y qué mejor lugar que vivir en un castillo. No todo el mundo puede decir lo mismo.

Arya enarcó una ceja en su aniñado rostro. La miel de sus ojos pareció oscurecerse más ante ese comentario, y dejó escapar un suspiro.

—Sí, vivimos en una cárcel de piedra.

Mya levantó ligeramente la cabeza para responderle de mala manera, pero entonces la puerta de su habitación se abrió, sobresaltándolas. Al instante, su madre entró de prisa y cerró a su espalda con estrépito. Arya se levantó del alféizar de la ventana y dio un paso hacia ella, preocupada.

—Madre, ¿está bien?

Lily levantó la mirada hacia ella y, antes de responder, dejó escapar un suspiro al tiempo que sus hombros caían, derrotados. La mujer, que pasaba tan solo cinco años de la treintena, se mostraba totalmente horrorizada, como si le hubiera sucedido algo realmente terrorífico y apenas podía hablar.

Mientras Mya tan solo miraba desde la cama, Arya se acercó más a su madre y puso una mano sobre su brazo para llamar su atención.

—¿Madre?

La mirada derrotada y apenada que le dirigió Lily antes de acortar la poca distancia que las separaba y poner las manos en sus mejillas hizo que Arya comenzara a temblar, aunque sin saber muy bien por qué.

—Tengo que contaros el verdadero motivo por el que siempre os he mantenido aquí.

El corazón de Arya saltó por la emoción, pero también por el miedo. La niña asintió y ambas se dirigieron hacia la cama, donde las esperaba Mya con el rostro impávido y en completo silencio. Lily tomó las manos de ambas niñas e intentó sonreírles a pesar de lo que acababa de pasar en la cocina, justo antes de abandonarla. Había terminado su jornada de trabajo y se había quedado sola, ya que le había pedido a las demás que se marcharan, pues ya terminaría ella lo que quedaba. Pero cuando estaba a punto de salir, la puerta de la cocina se abrió, dando paso al hombre que llevaba años atormentándola desde que la había seducido en su propio dormitorio mientras ella cambiaba las sábanas. Jamás pensó que quedaría en cinta después de eso y que ese mismo hombre la amenazaría durante años con que le quitaría a su hija.

Sacudiendo la cabeza para borrar ese pensamiento, Lily carraspeó y las miró.

—No sé por dónde empezar...

—Tranquila, madre —le sonrió Arya.

—¿Qué tal por el principio? —preguntó Mya con un tono demasiado duro en su aninada voz.

La joven se ganó una mirada de reproche de su propia hermana, pero Lily intentó sonreír para mediar entre ellas. Sabía que el carácter de sus hijas era tremendamente diferente. La mayor por tan solo unos minutos, Arya, había demostrado ser muy inteligente, despierta, activa, ilusa... mientras que Mya... Había que tener cierto tacto con ella para evitar que saltara antes de tiempo, ya que era una niña muy seria, introvertida y a veces antipática. Pero, aunque cada una tenía un carácter diferente, ella las amaba y protegía por encima de todo, incluso de su propia vida.

—Hay algo que me sorprende de vosotras, niñas, y es que jamás me habéis preguntado quién es vuestro padre.

—No nos interesa —respondió Mya al instante.

—A mí sí —la cortó Arya mirándola mal—, pero por respeto a usted nunca he querido preguntar.

Lily asintió y le sonrió.

—Pues creo que hoy ha llegado el momento de contaros la verdad. Hace años... cuando aún trabajaba en los dormitorios, adecentándolos, llegó Jacobo.

—¿El rey? —preguntó Arya con interés—. ¿Y habló con él, madre?

Las mejillas de Lily se tornaron de un color rojizo y acabó asintiendo de forma casi imperceptible.

—Y... bueno... —su voz se perdió, pues no sabía cómo explicarles la verdad.

—¿Se acostó con él, madre?

—¡Mya! —le regañó Arya con el rostro aún más rojo que el de Lily.

La madre de las niñas apretó sus manos para llamar su atención y solo cuando ambas la miraron, les dijo:

—No tuve otra opción, mis niñas. El rey es quien manda en este lugar y necesitaba este trabajo. Me había costado mucho llegar hasta aquí y no podía perderlo. Y si el rey pide algo, no se le puede negar.

Los ojos de Arya se llenaron de lágrimas de lástima. Ver cómo su madre se sonrojaba y lo pasaba mal ante ellas por algo a lo que se había visto avocada le provocó una inmensa pena. La niña la abrazó con fuerza y solo se separó de ella cuando vio que su madre parecía tranquilizarse ligeramente.

—Me quedé embarazada de vosotras.

Mya frunció el ceño.

—¿Somos hijas del rey?

Lily asintió y miró a la puerta de forma inconsciente.

—Pensaba que tendría tiempo suficiente para ahorrar y sacaros de aquí, pero hoy un hombre de Jacobo ha venido a la cocina a preguntarme por mi hija. Ya os dije que todo el mundo piensa que sois solo una. Jamás quise decir a nadie que erais dos porque el peligro sería mayor.

Arya frunció el ceño.

—¿Y por qué peligro? No lo entiendo... No hemos hecho nada para correr peligro.

—Ser hijas ilegítimas del rey ya supone ser un peligro. La corona de su joven hijo peligraría.

—Pero tiene una hermana pequeña...

Lily suspiró. Era tan complicado explicar todo aquello sin romperse...

—No seríais las primeras en intentar robar la corona al hijo legítimo, Arya. Y vosotras sois mayores que él. Por lo tanto, podríais reclamar el trono.

Mya resopló.

—Si el hijo de Jacobo quiere mi opinión, puede quedarse la corona.

—Por mi parte también, madre —la secundó Arya—. Yo solo quiero que usted sea feliz.

Lily les sonrió y las abrazó.

—Ojalá lo seamos por siempre, hijas mías.

Y a pesar de que era tarde y debían descansar, durante un buen largo rato se dedicaron a

hacerle preguntas sobre el rey. Ese enigmático hombre que podría hacerles daño y que, desearon, jamás se acercara a ellas.

Lily se tragó un gemido de dolor mientras se movía en la cama para levantarse sin despertar a las niñas. Habían estado hablando hasta altas horas de la noche y finalmente habían caído rendidas en la estrecha cama. Lily siempre intentaba quedarse a un lado para dejarles el resto de la cama a ellas, aunque ella apenas tuviera hueco. Sentada en el borde, la mujer subió ligeramente su camisón para mirar el moratón que le había hecho el guerrero del rey cuando la golpeó tras negarse, nuevamente, a que el rey Jacobo se llevara a la niña a un convento.

—Es el rey, y a pesar de que podría tomar la decisión sin tu consentimiento, te lo está pidiendo —le había dicho el guerrero.

Y cuando volvió a negarse, la golpeó fuertemente.

—Sufrirás las consecuencias, mujer.

Lily contuvo las lágrimas al tiempo que respiraba hondo. Debía hacer algo para alejar a sus hijas de la corte para evitar que las descubrieran y las enviaran a una vida de reclusión.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana. Miró a través del cristal y descubrió que aún era de noche, aunque por el horizonte se podían ver los primeros rayos de luz del nuevo día. La mujer miró a su alrededor y casi voló hacia el pequeño baúl de la esquina para sacar de él un pequeño petate donde metió varias ropas suyas y de las niñas. Tras esto, volvió al baúl y miró en el fondo, donde había guardado todo el dinero que había ido ganando a lo largo de los años. No era demasiado, pero al menos sí lo suficiente como para llegar al pueblo donde vivía su hermano pequeño, John, y encontrar un lugar para trabajar. Ya estaba cansada de vivir con miedo. Y después de lo sucedido la noche anterior, no podía demorarlo más.

Cuando guardó el dinero en el petate, miró a sus hijas. Estas aún dormían tranquilas sobre la cama, ajenas a la preocupación de su madre. Decirles que eran hijas del rey Jacobo había sido una liberación para ella, pero al mismo tiempo podía ser una maldición. Si alguna de ellas, un día de su vida, pretendía volver al castillo y hacerse con la corona o parte de la herencia del rey, podría provocar un gran problema en toda Escocia. Y lo que deseaba era que sus hijas estuvieran a salvo de las conspiraciones de palacio.

—Os llevaré lejos de aquí —susurró con manos temblorosas.

Lily volvió a mirar a través de la ventana y descubrió que los rayos de luz comenzaban a ser más fuertes en el horizonte, por lo que debían darse prisa para salir de allí sin ser vistas. Durante todos los años en los que había trabajado en el castillo, había descubierto varios pasadizos que llevaban justo a las afueras de Edimburgo, lejos del peligro. Así que, sin perder más tiempo, dejó el petate a los pies de la cama y se dispuso a vestirse. Pero en el momento en el que abrochaba el último botón de su vestido marrón, escuchó voces cerca de su habitación.

Lily levantó la mirada hacia la puerta y comenzó a temblar al reconocer una de esas voces. Siempre le había parecido un tono de voz peculiar, y ahora que escuchaba hablar de ella desde el otro lado del pasillo, le pareció también aterradora.

—¡Despertad! —exclamó para que sus hijas abandonaran el sueño.

La suerte quiso que la noche anterior se acostaran tan cansadas que no habían tenido tiempo de cambiarse de ropa para ponerse el camisón, así que cuando las niñas abrieron los ojos, asustadas,

y la miraron, Lily las instó a levantarse y esconderse bajo la cama.

—¿Qué ocurre, madre? —preguntó Arya.

—Viene el rey. Quedaos bajo la cama y no salgáis, pase lo que pase.

—Pero... —comenzó diciendo Arya.

—Pase lo que pase; oigáis lo que oigáis, no salgáis de ahí o acabaréis en un convento.

Ambas niñas asintieron y se escondieron bajo la cama. Las voces del pasillo estaban cada vez más cercanas, por lo que Lily respiró hondo, dio una patada al petate para esconderlo bajo la cama y disimuló con las sábanas, como si las estuviera estirando de forma casual.

En ese instante, la puerta se abrió de golpe y Lily tembló. Sintió como si su estómago se diera la vuelta y estuviera a punto de vomitar la bilis que corría por su garganta, pero logró tragar ruidosamente y levantó la mirada, simulando sorpresa.

—Majestad... —susurró haciendo una reverencia.

Lily tembló aún más cuando vio que no estaba allí solo, sino que lo acompañaban tres de sus mejores hombres.

—Qué sorpresa verlo en mi humilde dormitorio.

Desde debajo de la cama, las niñas escucharon la suave risa del rey, del que veían con claridad sus pies. Ambas temblaban con fuerza y se tapaban la boca por temor a hacer algún ruido que pudiera desvelar su ubicación. Su madre siempre les había hablado del rey con respeto y cierto temor, pero jamás pensaron que sería su propio padre y que, por primera vez en su vida, escucharían su voz. Una voz que les causaría terror y que no olvidarían jamás.

—¿Sorpresa? Creo que en estos últimos meses mi interés por mi hija no es una sorpresa para ti, sirvienta.

Arya vio cómo su madre cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, sobre todo cuando uno de los hombres del rey se acercó peligrosamente a ella.

—Majestad, mi hija tiene la vida que desea. No quiere ir a un convento. Y yo tampoco lo deseo.

—Es su destino.

—Ella es dueña de su destino —rebatió.

Arya tuvo que contener sus ganas por salir de su escondite y defender a su madre cuando escuchó la bofetada que le dieron.

—¿Cómo osas hablarle así al rey?

Arya cerró los ojos un instante mientras sentía cómo su hermana gemela se tensaba a su lado y clavaba las uñas en la piedra del suelo con la mirada fija, iracunda, sobre los pies del rey.

—Lo lamento. No es mi intención, majestad, pero os juro que mi hija jamás reclamará su herencia como hija vuestra. Dejadla en paz.

Jacobo se acercó a Lily para amedrentarla, pero Arya se sintió orgullosa de su madre cuando habló de nuevo con el rey.

—¿Dónde está?

—Hace varios días que dejó de estar en el castillo, majestad.

—¿Dónde... demonios... está?

—Mi deber es protegerla —susurró.

Al instante, una nueva bofetada se escuchó en la estancia y ambas niñas se arrebujaaron contra la pared, temerosas de ser el próximo centro de su atención. Pero en ese instante, el chirrido de una espada al ser desenvainada de su cinto rompió el silencio entre los allí presentes.

—Esa niña debe desaparecer del camino de mi hijo. ¿Dónde está?

Arya casi pudo escuchar la saliva de su madre bajando por su garganta.

—No voy a decíroslo —sentenció con fuerza y valentía.

—Entonces, acabas de firmar tu sentencia, sirvienta —respondió uno de los hombres del rey.

Y un segundo después, un extraño gorgojeo llegó a los oídos de ambas niñas, que se sobresaltaron cuando las rodillas de su madre cedieron y acabaron estrellándose contra el suelo.

A su lado, Mya miraba horrorizada, como si estuviera hechizada, hacia el cuerpo de su madre, que, lentamente, comenzó a caer hacia adelante.

Las manos de Arya comenzaron a temblar con demasiada fuerza. Lo primero que vio fueron las gotas de sangre que caían del vientre rajado de su madre y, después, el cuerpo de esta se estrelló contra el frío suelo de piedra, con la cabeza hacia ellas y los ojos totalmente abiertos por la sorpresa. Una pequeña expresión de dolor se reflejaba en su iris a punto de apagarse y, tras una casi imperceptible sonrisa hacia ellas, expiró su último aliento.

Arya se le quedó mirando, aterrada y petrificada, ante lo que habían presenciado, pero sobre todo por la frialdad con la que habían acabado con la vida de su madre. A pesar de sus nueve años, ambas conocían cómo funcionaba la vida gracias a las explicaciones de su madre, pero jamás pensaron que lo presenciarían de esa forma tan brutal.

La sorpresa y el miedo hicieron que Arya se quedara totalmente quieta y fría ante lo vivido, pero a su lado, Mya intentaba calmarse por todos los medios. Sus uñas se clavaban con fuerza en la piedra, como si estuviera resistiéndose a una fuerza arrolladora que clamaba por vengarse por lo que acababan de hacer y se frustraba al no poder hacer nada debido a que ella era tan solo una niña.

Con sumo cuidado, Arya alargó una mano para ponerla sobre su hombro justo en el momento en el que el sonido del baúl cerrándose con fuerza la sobresaltó.

—Hay que encontrarla —dijo el rey—. Esa niña podría hacerse algún día con la corona de mi hijo.

Arya miró en su dirección y vio cómo el rey se movía por la habitación. Y ahora el miedo la atravesaba al temer que pudieran mirar debajo de la cama.

—¿Salimos fuera de los muros? —preguntó uno de ellos.

—Buscad por todo Edimburgo. Esa niña debe de estar en algún lado, sola y ahora sin madre. Y cuando la encontréis, traedla.

—¿Y si se resiste?

—Matadla —sentenció Jacobo.

CAPÍTULO 1

Corte de Edimburgo, 1464

James Buchanan apenas sentía sobre su rostro la incesante lluvia con la que había amanecido aquel segundo día del verano en la capital de Escocia. Ni siquiera el viento que soplaba con fuerza sobre la loma donde se alzaba el enorme y poderoso castillo era capaz de hacerle reaccionar. James se encontraba en la esplanada de acceso al interior de la amplia fortaleza, mirando hacia esa pequeña portezuela por la que debía haber entrado hacía ya varios minutos.

El guerrero tragó saliva una vez más y repasó en su mente las posibilidades de conversación con Jacobo III para explicarle lo que quería pedirle. Sin embargo, sabía que el rey era impredecible y no estaba seguro de que todo fuera a ir bien, sobre todo, desde que unos años atrás Jacobo perdiera una guerra entre clanes en tierras MacPherson. Desde entonces, James se había planteado aquella idea en más de una ocasión, pues tenía la sensación de que su vida ya no estaba ligada a esa corte, a ese rey y a esas misiones a las que solía enviarlo. James ya no era el mismo. Y sabía que muchos de sus compañeros se habían dado cuenta, pues estaba más solo que nunca. A sus veinticinco años había cambiado de opinión respecto a lo que deseaba en su vida, y aún no encontraba las palabras más certeras para describirlo ante el rey.

Por eso se encontraba en esa esplanada, bajo la atenta mirada de los guardias que estaban sobre la muralla y que se dirigían miradas entre ellos, extrañados por su comportamiento.

Con su pelo moreno cayendo mojado sobre su frente, su inmensa altura y la musculatura de su cuerpo, James parecía estar a punto de atacar él solo el castillo en lugar de encontrarse dándole vueltas a sus pensamientos. Su rostro, de forma ligeramente cuadrada, se mostraba serio, oscuro y más peligroso de lo normal. Sus ojos negros seguían fijos sobre la puerta, cuyo rastrillo hacía ya un rato que se había abierto para dejarlo entrar. Y a pesar de eso, James estaba completamente quieto.

En un momento dado, se atusó la barba lentamente y un segundo después sintió cómo la pequeña cicatriz en su mejilla, bajo su ojo izquierdo, se movía espasmódicamente, como solía hacer cuando estaba nervioso.

—¿Vas a entrar o no, Buchanan? —le gritaron desde la muralla.

James levantó entonces sus ojos negros hacia el guerrero que había hablado y frunció el ceño. Algo dentro de él se agitó, pues parecía haberse vuelto totalmente loco al haberse quedado allí parado. Descubrió que lo miraban totalmente extrañados y fue eso lo que lo animó a seguir adelante.

El guerrero dio primero un paso y a partir del tercero su cuerpo reaccionó solo, como si ya no le importara hablar con el rey. Desde lo sucedido en tierras MacPherson, su relación con Jacobo se había visto ligeramente resentida. El rey había descubierto que tenía cierta lealtad por aquellos guerreros que se habían levantado contra ellos, así que su vida en palacio había cambiado bastante. Pero él fue el primero que cambió tras el odio descubierto en el corazón de Jacobo.

—¿En qué pensabas tan ensimismado, Buchanan? —preguntó uno de los guerreros con sorna desde la muralla cuando él atravesó por fin el portón.

James tan solo ladeó ligeramente la cabeza y lo miró de reojo antes de responder de mala gana.

—En cómo meter tu cabeza entre mis pelotas para que me las beses.

Su comentario provocó las risas de los demás guerreros, excepto del aludido, que hizo un gesto obsceno con la mano, provocando una ligera sonrisa en los labios herméticos de James, que volvió a mirar hacia adelante. El joven se internó entre las pequeñas calles irregulares que conformaban los diferentes edificios de la fortaleza y sorteó a todos y cada uno de los guerreros con los que se encontró hasta llegar al edificio que estaba buscando.

James tragó entonces saliva de nuevo y se quedó quieto. El guerrero entornó los ojos para intentar ver entre las gotas de lluvia que iban directamente hacia sus ojos y lo molestaban. Apretó los puños con fuerza y respiró hondo.

—Jamás tendrás tu libertad si no muestras ahora tu valentía —se dijo a sí mismo en un pequeño murmullo.

Finalmente, los pies de James comenzaron a moverse y entró en el castillo lentamente. Sabía exactamente dónde se encontraba el rey Jacobo, pues a esa hora del día siempre estaba en su despacho, día tras día. Y James ya llevaba demasiados años a su servicio como para saberlo.

El joven recorrió con decisión los pasillos oscuros que lo llevaban hacia el despacho del rey. Siempre le había llamado la atención que, a pesar de ser la corte, era un lugar realmente oscuro, frío y sin sentimiento, digno castillo de su dueño, cuyo carácter era exactamente igual a lo que el castillo rezumaba. Jamás pensó que el rey actual se convertiría en una sombra demasiado parecida a la que fue su padre. Apenas había conocido a Jacobo II, pero sí lo suficiente como para intentar mantenerse lo más alejado posible de él y de su rabia cada vez más notable. Y en un principio parecía que Jacobo III intentaba hacer las cosas de otra manera que su antecesor, pero la batalla en tierras MacPherson lo había cambiado, y el hecho de haber tenido que tragarse su orgullo por temor a una guerra que lo expulsaría del trono solo hizo que se volviera más peligroso de lo que había sido hasta entonces.

James resopló largamente cuando por fin vio al final del pasillo la puerta del despacho del rey. Apretó los puños cuando sintió que sus manos querían echarse a temblar ante la idea de que Jacobo pudiera negarle lo que pedía, y cuando llegó frente a la estancia, levantó uno de esos puños y llamó con decisión.

—¡Entra! —exclamó Jacobo desde el interior.

James dejó escapar el aire de su pecho lentamente y, finalmente, abrió la puerta, que cerró tras él cuando entró en la estancia mirando directamente a la persona que tenía entre sus manos el poder de toda Escocia.

Cuando Jacobo levantó la mirada de lo que parecía ser una antigua carta, arqueó ambas cejas y dibujó en sus labios una sonrisa.

—¡Buchanan! —exclamó levantándose de la silla y dejando caer la carta sobre la mesa—. Últimamente te vendes demasiado caro...

James lo miró fijamente e intentó relajar el rostro para evitar mostrar la tensión que había en su interior. Carraspeó y asintió.

—He estado ocupado con algunos de los altercados que ha habido en ciertos callejones.

Jacobó asintió y bordeó la mesa para acercarse a él. Entonces, se cruzó de brazos y se apoyó contra la mesa para mirarlo mejor.

—Tengo la sensación de que vienes a algo importante...

James asintió y rechinó los dientes. *¿Qué demonios le ocurría que últimamente todo el mundo*

notaba sus sentimientos?, se preguntó. ¿Es que acaso ya no poseía la frialdad de siempre?

—Necesito hablar con vos, majestad.

—Adelante. Siento verdadera curiosidad.

James lo observó. Desde muy pequeño había tenido la capacidad para poder leer las expresiones en los rostros de la gente, algo que siempre le había ayudado para determinar quiénes mentían y quiénes no; los que sí tenían lealtad al rey y los que no... Eso hizo que se convirtiera en uno de los mejores guerreros que tenía el monarca que había frente a él, pero también en una de sus mayores cruces, pues sabía que a Jacobo le costaría mucho dejarlo marchar.

—Hace tiempo que tengo en mente un cambio en mi vida, majestad —comenzó diciendo—. Me siento demasiado cansado como para seguir viajando de norte a sur y me gustaría asentarme de una vez por todas.

Cuando James vio que Jacobo fruncía el ceño estuvo a punto de resoplar debido a la poca paciencia de la que disponía. Sin embargo, logró contenerse.

El rey miró a esos ojos negros que estaban clavados en él y sonrió ligeramente.

—¿Asentarte? Explicate mejor, Buchanan.

—Me gustaría regresar a mis tierras y terminar mis días como granjero.

Jacobo enarcó una ceja.

—¿Me estás diciendo que prefieres aguantar el olor de los excrementos de los cerdos en lugar de estar en la corte?

El olor es similar, estuvo a punto de decir James, aunque logró contenerse. Simplemente asintió y tragó saliva.

—Mi padre lo fue y...

—Tu padre debía un favor a mi padre... —lo cortó enseguida Jacobo.

James apretó los puños con fuerza.

—Un favor que yo mismo he pagado durante años, majestad —rebatía intentando que su voz no sonara tan seca como siempre.

Jacobo dejó de apoyarse contra la mesa para acercarse a él, quedándose a solo un par de pasos del guerrero.

—James, tu padre puso tu vida a disposición de esta corte para pagar esas tierras a las que precisamente deseas regresar ahora.

—Sí, pero el trato era trabajar en esta corte hasta pagar el valor de ellas. Durante todos estos años no he recibido ni un solo pago por mi trabajo. Se me ha dado comida y un techo bajo el que vivir, pero teniendo en cuenta que conozco lo que cada guerrero gana, he pagado esas tierras y mi alojamiento en la corte con creces —dijo mirándolo a los ojos antes de añadir—: Majestad...

James intentaba por todos los medios que el mal humor característico de su forma de ser no hiciera acto de presencia, pero solo quería salirse con la suya.

—No sabía que fueras tan bueno con los números, Buchanan...

—Mi padre me enseñó buena educación antes de abandonar mis tierras. Lo demás lo he aprendido a vuestro lado, majestad.

—Has vivido más en esta corte que como granjero. ¿De verdad prefieres regresar a esa vida de suciedad?

—Para mí es una vida de tranquilidad. La suciedad está en cualquier parte...

Jacobo miró largamente a James, y este le sostuvo la mirada con arresto, los hombros cuadrados y los puños apretados, mostrando que su cuerpo se había ido puliendo con el paso de los años en la corte y que no le importaba esconder sus habilidades con la espada bajo una azada y tierra en las uñas.

—Veo la decisión en tus ojos.

—Así es...

Jacobo volvió a quedarse callado mientras lo observaba.

—Yo no quiero a nadie entre mis filas que realmente no desea estar aquí porque sería un estorbo... —comenzó diciendo lentamente—. Acepto tu propuesta, Buchanan.

El corazón de James saltó por la felicidad, aunque esta fue efímera tras escuchar las siguientes palabras del rey.

—Pero lo hago con una condición.

El guerrero intentó que su malestar no se viera reflejado en sus ojos ni en cualquiera de los movimientos de su cuerpo.

—¿Qué desea, majestad? —nadie podría imaginar lo que le costó pronunciar aquellas palabras.

Jacobo sonrió y se dirigió de nuevo al otro lado de la mesa, donde se sentó en la silla que había ocupado antes de que James entrara. Tomó la carta entre sus manos de forma distraída, como si no fuera importante para él, aunque James pudo ver que fuera lo que fuera lo que ponía en esa carta le causaba un gran desasosiego.

—Necesito que busques a una mujer. Me ha llegado una información que dejó mi padre escrita en esta carta antes de morir sobre una mujer que vivió en este castillo hace años. Su madre fue una de las sirvientas de la cocina y murió hace unos diez años. Desde entonces, nadie sabe nada de su hija, así que mi deseo es que la busques.

James se contuvo de enarcar una ceja. ¿Buscar a la hija de una sirvienta? ¿Para qué?

—Quiero que la traigas para hablar con ella —continuó Jacobo, ajeno a los pensamientos de su guerrero.

—¿Quién es? —quiso saber.

—Ya te lo he dicho, Buchanan. Es la hija de una sirvienta de mi padre. Necesito hablar con ella sobre un asunto de la corte.

James frunció ligeramente el ceño y deseó que el rey no viera ese gesto, pero no se creyó esas palabras. Algo dentro de él se agitó, como si Jacobo estuviera ocultando la información más importante respecto a esa extraña mujer.

—Por lo que se sabe, esa joven debe tener ahora unos veinte años, pero desconozco el nombre y cómo es.

Las cejas de James se levantaron irónicamente ante esas palabras.

—No me dais mucha información, majestad, para encontrarla.

Jacobo sonrió levemente y lo miró con firmeza.

—Eres muy inteligente, Buchanan. Sabrás hacerlo.

James suspiró largamente. Si antes de entrar veía difícil que Jacobo le diera su libertad, ahora estaba seguro de que era imposible. ¿Cómo iba a encontrar a una joven de la que no tenía información? Escocia era muy grande.

—Se cree que puede estar en las afueras de Glasgow, tal vez en Dumbarton. Su madre se llamaba Lily Stewart, tal vez esa sea información suficiente para ayudarte en tu trabajo.

James lo miró largamente. Al menos acababa de hacer su misión infinitamente más fácil. Sin embargo...

—Salvo el nombre de su madre, lo demás son suposiciones —le dijo—. ¿Y si no encuentro a esa mujer?

Jacobo dejó caer la carta que sostenía entre sus manos. Su rostro era impasible, pero James pudo ver preocupación en sus ojos. Y también miedo. ¿Quién demonios era esa muchacha?

—Lo harás, Buchanan —terció—. Eres mi mejor guerrero.

Jacobo volvió a levantarse de su silla.

—Cuando regreses con ella, obtendrás tu libertad —prometió—. Puedes retirarte.

James contuvo una exclamación iracunda, se giró y salió del despacho como alma que lleva al diablo. No podía creer que Jacobo lo hubiera obligado a llevar a cabo una misión que era realmente imposible. Estaba seguro de que jamás lograría encontrar a esa muchacha. Y aunque hubiera acortado terreno al indicarle el lugar donde tal vez podría estar, James sabía que la vida de esa joven podría haberla llevado a incontables lugares por toda Escocia, si es que seguía viva...

Su mente era un torbellino de preguntas y no dejaba de preguntarse quién demonios sería la hija de esa sirvienta como para ser tan importante para Jacobo, sobre todo, si habían pasado tantos años desde que su madre había vivido allí. Se dijo que tal vez esa mujer sabía cosas de su familia o tal vez se había llevado consigo alguna joya de la familia del rey. Sin embargo, le extrañó que no hubiera sido encontrada a lo largo de esos años. Y algo que también le sorprendía era que no supieran cómo era en realidad. ¿Por qué Jacobo buscaba a una mujer cuyo rostro y nombre desconocía? Eso le confirmó que Jacobo no la había visto jamás, por lo que no se trataba de una vieja amiga. Y, por otro lado, ¿qué había sucedido realmente con su madre? El rey no le había dado información, así que resopló, frustrado, mientras se alejaba del despacho rumbo al exterior. Necesitaba sentir de nuevo la lluvia sobre el rostro para no perder el sentimiento de libertad que había extraviado minutos antes. Podría tardar meses, incluso años en encontrar a esa joven. Y gruñó alto al darse cuenta de ello.

—A veces he llegado a pensar que sois más un animal que un hombre, señor Buchanan.

Una voz femenina lo frenó en seco. James se giró hacia las escaleras de la fortaleza. Estaba a dos pasos de salir de allí y lo que menos deseaba era entablar una conversación. Sin embargo, Margaret, una de las hermanas de Jacobo le sonreía desde los pies de la escalera. La joven, tan solo un año menor que su hermano el rey, se acercó lentamente a él. Lo conocía desde hacía varios años y a pesar de que ambos pertenecían a diferente estatus, a Margaret no le había importado hablar con él en más de una ocasión.

—Hola, señorita.

La suave risa de la joven llenó el espacio de entrada del castillo.

—Y ahora os mostráis como hombre. Sois extraño, señor Buchanan.

A pesar del revés que acababa de llevarse en el despacho del hermano de la joven, James no pudo evitar sonreír levemente. Aún le sorprendía que la hermana del rey le dirigiera la palabra precisamente a él, pero en más de una ocasión habían mantenido conversaciones y siempre le había resultado una joven realmente agradable.

—Me temo que soy más animal que hombre, señorita.

Margaret sonrió y paró justo a su lado.

—Tenéis mala cara. ¿Estáis bien?

—¿Os preocupáis por un simple guerrero?

—Es un guerrero que me ha protegido en varias ocasiones.

James volvió a esbozar una sonrisa. La segunda en menos de un minuto. Sin lugar a dudas, un gran logro por parte de la hermana de Jacobo.

—Tengo que partir a cumplir un trabajo de vuestro hermano. No sé el tiempo que estaré fuera.

—Entonces os deseo buen viaje y salud, señor Buchanan. Tened cuidado. Y espero que cuando regreséis me contéis algo de esos lugares que habéis visto. La vida en palacio es muy aburrida.

James asintió y se despidió de ella. La joven hermana del rey había logrado aplacar, en parte, su mal humor. Poco o nada tenía que ver con el monarca, como si no fueran hermanos, pues Margaret era una muchacha realmente agradable, simpática, cercana y, sobre todo, hermosa.

La lluvia volvió a caer sobre su rostro, aunque apenas podía sentirla. Su corazón volvía a latir con fuerza ante la idea de dejar todo eso para viajar en busca de una misteriosa joven. A pesar de que aún no había conseguido la aprobación de Jacobo, James había hecho planes en su cabeza. Deseaba desaparecer de esa vida de guerra, conspiraciones y pocos valores, donde la amistad era más que escasa y donde la lealtad se mostraba únicamente hacia el rey, no entre compañeros.

James suspiró y deshizo los pasos hacia la salida del castillo. Justo a un lado de la colina poseía una pequeña casa que había tenido que compartir con otros compañeros hasta que estos habían muerto en la batalla contra los clanes en tierras MacPherson. Tras esto, se quedó solo y descubrió que en esa soledad había sido aún más feliz que jamás en toda su vida. Y fue en ese momento cuando empezó a pensar en la posibilidad de abandonar todo eso y regresar a las tierras de su padre, ya que había logrado saldar la deuda de su familia con el rey.

El guerrero abandonó la fortaleza bajo la atenta mirada de sus compañeros, a los que apenas miró, y comenzó a bajar la colina. A pesar de la lluvia, el día parecía haber amanecido demasiado ajetreado para todos. Se cruzó con varios sirvientes del rey por el camino de la colina y hasta que llegó a su casa saludó a más de una veintena de personas que lo conocían.

El guerrero suspiró cuando cerró la puerta de su pequeña casa a su espalda. No era muy dado a las amistades ni a entablar conversación con nadie. Siempre había sido un hombre solitario. Le gustaba el silencio y en este sentía que volvía a ser él. El sonido de las espadas y los escudos lo habían alterado siempre y, aunque ya se había acostumbrado a esa vida de guerra, cada noche cuando se iba a dormir recordaba lo bien que se vivía en la granja, escuchando el sonido de los animales.

—Voy a cazarte, muchacha, cueste lo que cueste —juró yendo hacia su cama para llenar el petate de ropa y comida—. Mi libertad depende de ello.

El silencio lo envolvió de nuevo mientras metía parte de su escasa ropa en el petate hasta que de repente escuchó los goznes de la puerta de la casa. El guerrero frunció el ceño y desenvainó una de sus dagas. No estaba de humor para aguantar alguna de las bromas de sus compañeros y mucho menos a alguien que quisiera atacarlo para devolverle parte del malhumor que sembraba allá donde iba. James se escondió tras la puerta del dormitorio y esperó mientras los pequeños pasos se acercaban hasta él.

Un segundo más tarde, la puerta se abrió lentamente y alguien entró en ella. Al instante, James se movió deprisa y pasó su brazo alrededor del cuello de la persona antes de ser consciente de que se trataba de una de las sirvientas del castillo.

—¡Santo Dios! —exclamó la mujer.

—Pero ¿qué demonios...?

James la soltó y guardó la daga antes de que la joven tuviera los arrestos para darse la vuelta hacia él y encararlo.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó de mala manera.

La joven, morena y de ojos saltones de color verde, lo miró mientras carraspeaba para serenarse. No era la primera vez que se veían. De hecho, habían compartido cama en más de una ocasión, por eso se creía con la suficiente confianza como para entrar así en casa del guerrero.

—Yo... Me acabo de enterar de que te vas y he pensado que tal vez querías... bueno... Ya sabes —respondió acercándose a él para tocar suavemente su pecho—. Disfrutar de un momento conmigo antes de irte.

James cerró los ojos y negó con la cabeza, dando un paso atrás. Ese gesto le costó horrores, pues Stephanie era una mujer realmente preciosa y generosa en la cama, pero no estaba de humor para ello.

—En otra ocasión, Steph. Quiero irme cuanto antes.

—Pero puedes demorarte unos minutos... —insistió.

—No —dijo secamente alejándose de ella para coger el petate—. Tengo que ensillar mi caballo y marcharme. Cuanto antes lo haga, antes regresaré.

La sirvienta suspiró y aceptó con un simple asentimiento. Sin añadir nada más, la joven se giró y se marchó, dejándolo solo. James suspiró largamente y renegó de nuevo. Deseaba la vida en el campo por encima de todo. Y por Dios que pensaba conseguirla.

Con paso firme, James se encaminó hacia la puerta. Justo detrás de la casa había un pequeño establo donde siempre dejaba a su caballo. Lo ensilló deprisa y miró hacia lo alto de la colina. No pensaba regresar al castillo para comunicarle al rey que se marchaba ya. Cuando volviera a verlo sería con la muchacha a su lado. Y esperaba que entonces sí le diera la libertad que ansiaba.

El guerrero montó de un salto y apretó las riendas con fuerza. Una más. Una última misión y sería libre.

—Comencemos la caza...

CAPÍTULO 2

Una espesa niebla cubría el amplio bosque en el que se encontraba. Hacía frío, pero apenas podía sentirlo bajo el ligero camión con el que dormía. Las gotas de niebla mojaban su rostro, enfriándolo aún más a pesar de ser una noche de verano. La luz de la luna iluminaba sus pasos, pero también la niebla, que parecía encenderse como si tuviera una vela justo detrás de ella.

Arya miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Todo era silencio, como si estuviera completamente sola en el mundo. Ni siquiera se escuchaba el sonido de las olas del mar cercano. Todo parecía haberse quedado petrificado, como si no hubiera vida en los límites más cercanos.

Y, de repente, de entre la niebla surgió un viento frío, aún más frío que el que aguantaba en pleno invierno. Este sopló en su dirección, provocando que su piel se erizara y comenzara a sentir un pánico tremendo, pero sus pies no podían moverse, como si estuvieran clavados en la tierra. Arya intentó gritar, pero tampoco salió voz alguna de su garganta. El miedo la envolvió y miró hacia adelante. Sabía que ese viento frío traía algo peligroso de lo que debía escapar, pero su cuerpo no reaccionaba.

En ese instante, de entre la espesa niebla surgió una figura. Un hombre que no parecía pertenecer a este mundo debido a su altura y la extensión de sus músculos. Los ojos de Arya se abrieron desmesuradamente al ver que se aproximaba a ella con paso lento, pero decidido. Tuvo la ligera sensación de que parecía ser un cazador en busca de una presa. Una presa que no era otra más que ella, y cuyos ojos negros estaban puestos en la joven.

Arya volvió a intentar gritar con fuerza, pero solo pudo abrir la boca. Nada más. El guerrero esbozó una sonrisa felina que no borró hasta que estuvo frente a ella, a tan solo un paso. Entonces, el hombre desenvainó la daga y la puso sobre la garganta de la joven, que apretó los puños con fuerza, temerosa de acabar derramando su sangre. En ese instante se acordó de su hermana gemela y de su tío John, que encontrarían su cuerpo muerto al día siguiente.

A pesar de que siempre se había mostrado valiente, Arya creía que estaba a punto de hacerse aguas menores encima. Desconocía dónde estaba la daga que siempre solía llevar con ella para defenderse. Y saber que estaba a merced de ese hombre le puso el vello de punta.

—Voy a encontrarte para llevarte ante él.

Aquella voz, como si fuera de ultratumba, resonó en todo el bosque. Como si no solo hubiera salido de la boca de ese hombre, sino también a su espalda y a ambos lados de su cuerpo. Arya tembló de miedo y fijó su mirada en él. Era un poco más alto que ella, por lo que tenía que elevar la cabeza para mirarlo bien, haciendo que su garganta quedara más expuesta al filo de la daga, que no se movió ni un solo centímetro de su cuello.

Vio que el guerrero tenía una cicatriz bajo su ojo izquierdo y el peligro que rezumaba por cada poro de su piel estuvo a punto de que la hiciera llorar como una niña. Y, sin embargo, algo en su interior se sobresaltó, algo que estaba en el centro de su cuerpo, en su estómago. Y fue algo tan fuerte que tuvo la imperiosa necesidad de mirar abajo para comprobar si la había golpeado. Sin embargo, el filo de la daga se clavó aún más en su garganta, haciéndola lanzar una exclamación de dolor. Fue entonces cuando se dio cuenta de que parecía haber recuperado el habla, y miró ceñuda al guerrero.

—No dejaré que consigas tu cometido —le espetó con valentía encontrada.

El hombre sonrió ligeramente y dio un paso más hacia ella, quedando su rostro a tan solo

centímetros del de ella. La nariz del guerrero estaba a punto de tocar la suya, pero ella no se achantó. La vida de sus seres más queridos estaba de nuevo en peligro, y precisamente se había preparado para eso durante todos esos años, pues estaba segura de que el mal volvería a aparecer en su camino.

Arya sintió que una gran parte de su sangre se concentraba en su bajo vientre, provocando que se obligara a no admirar la belleza peligrosa de ese hombre. Porque era hermoso, sí, más que ningún hombre que había visto en toda su vida. Pero la oscuridad reinaba a su alrededor. Y era una oscuridad que no estaba dispuesta a aceptar.

El aliento del hombre dio de lleno en su rostro, provocando un intenso cosquilleo por todo el cuerpo, pero Arya se centró en él, en sus palabras y en aquella voz penetrante, oscura y misteriosa que volvió a salir de su garganta.

—No puedes escapar de mí.

Arya rechinó los dientes y elevó el mentón, orgullosa.

—Entonces ven y te demostraré quién soy. Atrévete a cazarme.

Y en el momento en el que el guerrero giraba levemente la cabeza, como si quisiera besarla, Arya despertó de golpe. Su cuerpo se sacudió antes de que la joven se sentara sobre la cama, asustada y sobresaltada. De su sien pareció bajar una gota de sudor frío mientras temblaba bajo la sábana que la cubría. Su respiración era acelerada, y durante unos segundos cerró los ojos para intentar calmarse.

La joven después miró hacia el lado opuesto de la cama y vio que su gemela dormía profundamente, ajena a lo que ella había vivido y sentía en ese instante.

Arya sacó las piernas de entre la sábana y posó los pies sobre frío suelo, dejando que el frescor de la noche penetrara en su piel y la calmara poco a poco. Había sido la peor pesadilla que había tenido nunca, y había sido tan sumamente real que no estaba segura de que se tratara de un sueño. Tal vez era una visión... Arya negó con la cabeza y se levantó de la cama. Necesitaba moverse un poco por la habitación para despertar el cuerpo del todo e intentar olvidar lo que había visto o soñado. Pero fuera lo que fuera, no auguraba nada bueno.

Durante todos esos años había tenido infinidad de pesadillas en las que volvía a ver caer el cuerpo muerto de su madre. Volvía a escuchar la voz del rey, sus órdenes, el miedo que ambas habían sentido cuando por fin se quedaron solas en la habitación, junto al cuerpo de su madre; el horror que supuso salir del castillo plagado de guerreros que andaban buscándola. Durante toda su vida había recordado una y otra vez el momento de abandonar el castillo cuando escaparon a hurtadillas a través de los pasillos hasta llegar al pasadizo, pero poco o nada tenía que ver con el pánico que había sentido en ese instante. La amenaza implícita en sus palabras, dirigida a ella, hizo que la tierra bajo sus pies comenzara a temblar.

Con paso lento, pero firme, Arya salió de la habitación para dirigirse hacia la cocina de la casa de su tío. Desde que habían abandonado Edimburgo, convivían con su tío John, que las había recibido con infinidad de preguntas. El hermano pequeño de su madre tenía ahora la misma edad que Lily cuando murió y a pesar de la juventud que tenía cuando ellas llegaron a su vida, las había recibido como a sus propias hijas. No era una casa demasiado amplia, pero sí lo suficiente como para dormir ellas en una habitación y su tío en el suelo de una pequeña despensa, dándoles a ellas la intimidad que necesitaban.

En ese momento de desasosiego, el recuerdo de las voces en el castillo de Edimburgo volvió a

su mente. Se habían cruzado con varios sirvientes que no las conocían, pero que lograron hacer caso omiso a su presencia a pesar de que buscaban a una niña de su edad. Arya recordó que no se sintió segura y a salvo hasta que no abandonaron Edimburgo por uno de los pasadizos que les enseñó su madre.

La mano de Arya tembló al recordar el momento en el que estuvieron solas ante dos caminos, sin estar seguras de cuál las llevaría hacia su tío John. Sabían dónde vivía gracias a las explicaciones de su madre y todo lo que le había contado de él, pero desconocían cómo era la vida fuera de esos muros que habían considerado su hogar. En ese momento estaban solas, con una madre a la que no habían tenido tiempo de llorar y con la esperanza de poder sobrevivir para honrar la memoria de su progenitora día tras día. Y cuando unos viajeros les señalaron el camino, pusieron rumbo al oeste. A pesar del paso de los años, Arya aún se sorprendía de la valentía que habían tenido para salir de Edimburgo y recorrer medio país en busca de su tío con apenas nueve años. Incluso ahora, con veinte, sentía que no podría hacer el mismo recorrido. Y cuando encontraron a John, ambas niñas se lanzaron a sus brazos, donde por fin pudieron llorar la muerte de su madre con total tranquilidad y en la seguridad que su tío les transmitía.

Y así había sido hasta entonces. La vida con su tío había sido tranquila, aunque Mya seguía teniendo la misma costumbre que en el castillo y había decidido seguir escondiéndose, algo que sorprendió y enfureció a Arya a partes iguales. Su hermana había decidido esconderse del mundo, levantando una coraza de frialdad a su alrededor que ni siquiera su propia hermana podía escalar. Para ella, Mya se había convertido en poco más que una desconocida con la que compartía casa, pero con la que apenas tenía relación, más que para regañarla por hacerse pasar por ella en algunas ocasiones en las que salía de la casa y para reclamarle que ayudara en las tareas no solo de la casa, sino también para que aportara dinero.

A lo largo de esos años, Arya había encontrado trabajo en una de las tabernas del pequeño pueblo en el que vivían. Y aunque el dueño era demasiado abusivo respecto al dinero y las horas de trabajo, Arya disfrutaba de esa libertad que tanto había ansiado en la habitación de ese castillo. Había conocido a mucha gente a lo largo de esos años y logró hacerse un hueco entre las personas del pueblo, ganándose su cariño y afecto. ¿Qué pensarían esas personas si supieran que no era una sino dos personas iguales las que había en el pueblo?

Mientras Arya tomaba un pequeño vaso de agua para sosegar sus nervios, recordó el rostro de su madre. Desde hacía once años, se obligaba a recordarlo a diario para evitar olvidarlo, ya que tenía la sensación de que así su madre seguía viviendo, aunque solo fuera en su recuerdo. Se preguntó si su hermana Mya la recordaría o su animadversión por la vida se había extendido también por su progenitora.

En ese momento, un rayo iluminó la oscuridad que aún reinaba en la cocina, seguido de un estrepitoso trueno que volvió a sobresaltarla. Arya se giró hacia la ventana más cercana, dejó el vaso sobre la mesa y se sentó en el alféizar de la ventana. Su mente volvió al sueño que había tenido y se preguntó quién demonios sería ese misterioso hombre que había visto, si existía de verdad o tal vez era el miedo que había en su interior el que le había jugado una mala pasada. Pero fuera lo que fuera, Arya tenía clara una cosa: no pensaba rendirse sin luchar. Tenía miedo, sí, pero su tío le había enseñado bien.

Desde que tuvieron edad para sostener una espada pequeña entre sus manos había comenzado a enseñarles ciertos trucos de defensa. Y aunque no se consideraba una guerrera como había escuchado de otras mujeres, sí sabía defenderse ante un ataque. Y a veces entrenaba ella sola, sobre todo, cuando su tío John no se encontraba en el pueblo. Este se dedicaba a comercializar

hierbas aromáticas. Desde que estas habían aparecido en su vida, John había dejado la vida como guerrero y había decidido tener una más tranquila, con la que poder dedicarse a ellas. Y a pesar de ser un hombre realmente atractivo, o así lo veía Arya, su tío jamás había pensado en casarse.

—Estoy bien así, sobrina —le decía siempre.

Otro rayo de la tormenta volvió a traer su mente al presente. Arya suspiró largamente y sintió cómo su estómago por fin se relajaba, aunque tenía la sensación de que iba a suceder algo malo, como si ese sueño fuera un mal presagio de lo que estaba por venir. Pero ¿qué podría suceder ahora después de que su verdadero padre hacía años que estaba muerto? El verdadero peligro había existido hasta que Jacobo II murió, pero ahora que su hijo tenía la corona sobre su cabeza ya no había peligro de que ella o su hermana se la arrebataran. ¿O sí?

Arya tomó aire lentamente y vio que los primeros rayos de luz aparecían en el horizonte, dando paso a un nuevo día.

—Por la expresión de tu rostro diría que no has pasado buena noche...

La voz de su tío la sobresaltó de nuevo, haciendo que sus hombros se sacudieran por el miedo. Giró la cabeza en dirección a él y vio cómo este sonreía a modo de disculpa.

—Lo siento, muchacha, no pretendía asustarte.

Arya intentó sonreír, pero tan solo le salió una mueca de preocupación.

—¿Estás bien?

Su tío se sentó frente a ella junto a la ventana y tomó su mano. La joven lo miró largamente antes de asentir. John era la viva imagen de su hermana Lily. Arya a veces lo miraba y creía ver a su madre reflejada en aquellos ojos color miel que ahora la observaban. Era un hombre alto, de pelo rubio y poseía un rostro tan amable y simpático que más de una mujer del pueblo había suspirado por él, pero John jamás se interesó por ellas, ya que estaba tan centrado en criar a sus sobrinas que sentía que no tenía tiempo para nada más. Unas pequeñas arrugas asomaban ya bajo sus ojos y en su frente, pero no le restaban el atractivo que su tío poseía.

—La verdad es que no estoy bien, tío, pero os lo contaré cuando Mya se levante. Quiero que estéis los dos.

John aceptó y sonrió ligeramente. Y ninguno se movió de donde estaba hasta que la luz por fin entraba por todas las ventanas.

—¿Puedo preguntarte una cosa, tío? —Esperó hasta que vio su asentimiento—. ¿Eres feliz?

John dejó escapar una carcajada.

—¡Claro que sí! ¿Por qué me preguntas eso?

Arya se encogió de hombros.

—Porque a veces creo que Mya y yo llegamos a tu vida para ponerla patas arriba y que tal vez por nuestra culpa no has podido formar tu propia familia.

Su tío suspiró y se acercó más a ella.

—Arya... yo jamás he querido casarme. Mis padres no fueron felices y eso fue lo que hizo que vuestra madre huyera en busca de una vida mejor. Lo que yo viví en casa de mis padres no fue amor, y eso no lo quería en mi vida. Estoy feliz con vosotras porque llenáis mi casa, aunque me gustaría que Mya... bueno... ojalá hubiera superado lo que os pasó en el castillo.

Arya asintió y le sonrió a su tío. Después miró a su alrededor y amplió su sonrisa. Aunque la casa de su tío no era demasiado grande, la cocina era la habitación más amplia de todas. Una enorme mesa reposaba en la derecha, justo frente a la pequeña chimenea. Al otro lado, numerosos muebles llenaban el espacio, donde su tío guardaba toda la comida, platos y vasos, aunque también sus antiguas armas. Arya lo había descubierto un par de años atrás cuando buscaba algo entre unas tablas sueltas, pero jamás le había dicho nada a su tío.

—¿Qué te parece si desayunamos?

Arya asintió y ambos se levantaron para preparar un rico desayuno con el que sorprender a Mya, con la intención de que la joven se mostrara ligeramente feliz por ello. Bueno, o al menos mostrara algún tipo de sentimiento, fuera el que fuera, pero diferente a la apatía.

Media hora después, numerosos huevos y salchichas humeaban desde la mesa, justo en el momento en el que Mya aparecía en la cocina.

—Buenos días, sobrina.

Mya respondió con simpleza y con una voz apenas audible. Aunque tenía veinte años, la joven parecía haber envejecido aún más que Arya, pero esta apenas quiso mirarla, para evitar problemas desde tan temprano.

—Te levantas justo a tiempo para comer algo.

Y mientras Arya se sentaba, dijo:

—Y también justo para escuchar mi sueño.

Mya levantó la mirada hacia ella y el interrogante que vio en sus ojos fue lo que la animó a comenzar su relato.

—Eso es solo un sueño, Arya —terció su tío cuando la joven terminó de contar todo con pelos y señales.

—Ya lo sé, pero ha sido tan real...

Arya miró a su hermana para intentar encontrar apoyo en ella, pero la descubrió mirándola fijamente en completo silencio, con el tenedor a medio camino entre el plato y la boca. Como si se hubiera quedado paralizada ante el relato, pero al ver que Arya la observaba con atención, se encogió de hombros.

—Si yo fuera tú, no le daría tanta importancia. Le das demasiadas vueltas a todo. El peligro murió con Jacobo II. Ya nadie nos busca, Arya.

La aludida suspiró y dio un bocado a la salchicha, no muy convencida por las palabras de su tío y hermana gemela.

—Le doy las mismas vueltas que tú al hecho de hacerte pasar por mí en el pueblo cuando sales —le espetó.

Mya sonrió ligeramente.

—No me digas que no es divertido.

Las cejas de Arya se enarcaron.

—Desconocía que tú consideras que algo es divertido.

Mya abrió la boca para responder con algún comentario lacerante, pero su tío se levantó y dio por zanjada la conversación.

—Ya está bien, muchachas. Debes vestirme, Arya...

La aludida asintió con la mirada aún puesta sobre su hermana. Se levantó de la silla y se dirigió directamente al dormitorio para vestirse. Arya miró en su baúl y cogió uno de sus pocos vestidos. Se trataba de una prenda de color marrón. La parte del corpiño era de tirantes, por lo que bajo esta debía ponerse una camisa. Tomó una de color blanco y mangas abullonadas y cuando estuvo lista, se recogió el pelo en una larga trenza a su espalda. Después se miró en el pequeño espejo que su tío les había regalado en su cumpleaños y sonrió ligeramente. Apenas se reconocía en la imagen que el espejo le devolvía, pero se dijo que tenía cierto parecido a su madre y a su tío. Se había convertido en una mujer de mediana estatura, unos centímetros más baja que su hermana. Su figura delgada mostraba unos pechos turgentes, herencia de su madre. La expresión de su rostro ya no era tan aniñada como antes, sino que mostraba una expresión desconfiada. Una nariz fina tendía el camino hacia unos labios voluminosos, sensuales. Sus ojos, de color miel como su madre y su tío a veces eran huidizos y apenas miraba a la cara de la gente por temor a que la reconocieran. Su pelo rubio seguía teniendo las ondulaciones que lo hacían diferente al de su hermana. Y sus manos, callosas por el trabajo, eran también diferentes a las de Mya, que apenas invertía bien el tiempo que poseía.

Tras darse el visto bueno, Arya suspiró y se dirigió hacia la cocina para despedirse de su familia antes de comenzar un nuevo y aburrido día en la taberna.

James estaba a punto de llegar a Dumbarton tras varios días de viaje. El guerrero mantuvo a su caballo quieto mientras miraba el pequeño pueblo desde la lejanía. Este se erigía justo al lado del mar y parecía tener un encanto abrumador, muy diferente a lo que le hacía sentir Edimburgo.

James azuzó al caballo y este comenzó de nuevo una marcha lenta hacia el pueblo. Habían sido tres días de viaje a caballo en los que había parado en algunos pueblos para preguntar sobre esa misteriosa joven, pero en ningún lugar conocían a alguien como Lily Stewart que había trabajado en la corte. Eso hizo que se retrasara ligeramente en su viaje y tardara un día más en llegar a su destino, ese lugar en el que, según Jacobo, habían escuchado noticias sobre la joven a la que buscaba.

El guerrero tomó el camino principal hacia el pueblo con la mirada fija sobre este y sus alrededores. Como buen guerrero, inspeccionó la zona en busca de peligros que pudieran ocasionarle algún problema, pero parecía ser un sitio tranquilo. El lugar perfecto para esconderse de alguien como el rey.

James llevó la mano hacia una de las alforjas, donde había escondido su espada con la intención de hacerse pasar por viajero y no por guerrero. No deseaba llamar la atención de la gente del pueblo, y menos de la joven a la que buscaba, si es que vivía allí. Y solo cuando la palpó, se sintió de nuevo seguro, ya que sin su espada colgando de su cadera tenía la sensación de estar completamente desnudo.

—Ten cuidado, Paul, puede darte una cox —dijo una voz cerca de él.

James miró hacia su derecha y vio, entre los árboles, a un hombre con un niño pequeño intentando volver a poner una herradura en la pata de un caballo.

—Pero, padre, ¿no ve que está quejándose de dolor? No lo está haciendo bien.

—Muchacho, he puesto más herrajes que tú a lo largo de mi vida.

James no pudo evitar esbozar una sonrisa interna ante esa estampa, pues él mismo había vivido

algo similar con su padre antes de tener que partir hacia la corte y convertirse en un guerrero frío y calculador para el rey.

—¿Puedo ayudarles en algo?

El hombre levantó la cabeza y frunció el ceño, ligeramente desconfiado por el porte del guerrero.

—No hace falta. Estamos bien.

James no quiso insistir, pues sabía que su apariencia descomunal no inspiraba confianza normalmente, pero cuando estaba a punto de girarse de nuevo y retomar su camino, el niño se giró hacia él y le dijo:

—No estamos bien, señor. Mi padre está teniendo algunas dificultades para poner la herradura al caballo.

—¡Muchacho del demonio! —exclamó su padre.

—No quiero causarles problemas —dijo James—. Solo ayudar.

El hombre suspiró y finalmente asintió.

—Está bien. Si eres tan amable de sujetar las riendas con fuerza, tal vez este maldito animal me deje ponerle la herradura.

James bajó del caballo y se acercó a ellos. Aferró las riendas con fuerza y miró de soslayo al hombre mientras este se agachaba ante la pata del caballo.

—Mi nombre es James Buchanan —comenzó diciendo intentando que el tono de su voz no sonara tan rudo como solía hacerlo—. Estoy de paso por el pueblo. ¿Sabéis si hay alguna taberna donde poder descansar?

El padre del niño levantó la mirada, aún recelosa, y asintió.

—Sí, la taberna de Hamish. Está justo a la entrada del pueblo. No tiene pérdida.

James asintió.

—¿Y cómo es que estás por estos lares? —preguntó el hombre mientras colocaba el último herraje al caballo.

James estuvo a punto de sonreír por la perspicacia del hombre, aunque logró contenerse.

—Un amigo mío viaja de camino al sur y nos encontraremos en este lugar. Se apellida Stewart —siguió James—. ¿Hay Stewart por aquí?

El hombre se levantó y suspiró. Había logrado colocar la herradura al caballo, y entonces miró a los ojos de James.

—Sí, hay unos cuantos. ¿Son familiares de tu amigo?

—Lejanos... —mintió descaradamente—. ¿Y quiénes son? Me gustaría ayudarlos mientras llega mi amigo.

James vio cómo el hombre se retorció las manos, nervioso.

—Tendrás que preguntar en la taberna. Yo no sé dónde viven.

James sonrió ante la respuesta que le dio el hombre, y tras acariciar suavemente al caballo, asintió y se giró hacia su propio animal.

—Gracias, Buchanan.

El aludido se giró mientras montaba.

—Gracias a ti.

Aunque el hombre no lo sabía, le acababa de dar una información crucial para su misión. En los pueblos que había visitado no había nadie del clan Stewart. Por ello, saber que allí había varios le hizo casi sonreír. Estaba cerca de la joven a la que buscaba. Estaba seguro de eso. Y cuando diera con ella, le daría caza.

CAPÍTULO 3

Arya suspiró largamente cuando llegó a la taberna. Durante el camino la habían entretenido varios vecinos para saludarla y ella, por educación, los había escuchado a pesar de que estaba llegando tarde a trabajar. Sin embargo, casi mostró un gesto aliviado cuando no vio a Hamish en la taberna.

En el gran salón había tan solo un grupo de personas que aún no había sido atendido, por lo que torció el gesto. La joven casi voló hacia una habitación donde solía dejar sus pertenencias mientras trabajaba y se quitó el pequeño chal que se había puesto sobre los hombros cuando al salir de casa vio que la humedad por la tormenta de la noche aún flotaba en el ambiente y había hecho que la temperatura descendiera en picado. Después respiró hondo y se preparó mentalmente para trabajar y soportar a su jefe.

—Vamos, mujer, ¿cuándo piensas atendernos? —preguntó un hombre de mala gana desde el otro lado de la taberna cuando salió colocándose el mandil en la cintura.

La joven levantó la mirada, iracunda, hacia ellos. Estaba más que acostumbrada a aguantar ese tipo de trato. Trabajar en una taberna como esa implicaba soportar gritos, palmadas en las nalgas, malas palabras y, a veces, algún que otro golpe. Sin embargo, era lo mejor que había encontrado cuando tuvo edad para trabajar y llevar dinero a casa para evitar que su tío John se empobreciera con ellas en su casa.

—Un momento, buen hombre. Podrías haber venido unos minutos más tarde y haber aprovechado ese tiempo para lavarte...

Sus palabras provocaron las risas de los demás. Aunque siempre se mostraba educada con el mundo, trabajar allí también implicaba que debía hacerse valer ante los demás, por lo que se había habituado a responder siempre de manera lacerante o ingeniosa cuando alguien le hablaba con el tono elevado y de mala manera, como en ese momento.

El hombre le dedicó una mirada iracunda, que apenas le hizo sentir nada a la joven. Y se dirigió hacia las cocinas con paso apresurado.

—Llegas tarde —le dijo una voz cuando entró en ellas.

Arya puso los ojos en blanco antes de girarse hacia Hamish, que estaba justo detrás de la puerta.

—Puedes culpar a algunos vecinos del pueblo si quieres. Yo venía con tiempo de sobra...

Hamish resopló, enfadado. Esa muchacha del demonio siempre lograba responder a todas y cada una de sus palabras, y a pesar de que en varias ocasiones había pensado en echarla, sabía que nadie más en el pueblo aguantaría trabajar para él como ella.

—Ya han llegado varios clientes.

Arya giró la cabeza en dirección a las mesas que estaban ocupadas y se encogió de hombros.

—¿Y por qué no los has atendido tú?

—Ese es tu trabajo.

—También el tuyo. Es tu taberna.

Hamish arrugó el rostro y la empujó contra la pared.

—¿Cómo osas contrariarme en todo?

Arya estaba acostumbrada a ese maltrato por su parte. Únicamente aguantaba por su tío. En cada momento en que Hamish se alteraba, recordaba el rostro de su tío, aunque también el de su madre. Quería que, estuviera donde estuviera, sintiera orgullo hacia ella. Por ello, respiró hondo para armarse de paciencia y le dijo:

—Solo respondo. Nada más, Hamish. Si seguimos aquí charlando, se van a impacientar los que hay ahí fuera.

Durante un instante, el dueño de la taberna la miró largamente a los ojos y acabó por tomarla del cuello sin llegar a apretar demasiado fuerte.

—Que sea la última vez, muchacha.

Y cuando la soltó y se giró para empezar a atender a la gente, Arya estuvo a punto de lanzar un suspiro de alivio. A veces había llegado a creer que acabaría muerta, como su madre, en medio de la taberna, pero sabía que Hamish no querría enfrentarse al escarnio de la gente del pueblo.

La joven comenzó entonces su trabajo. Llenó jarras, preparó platos con comida y comenzó a sacarlos al salón de la taberna. Durante esos minutos, esta se había llenado con más gente deseosa de desayunar y hablar con amigos del pueblo.

Con habilidad adquirida con el paso de los años, Arya caminó entre las mesas, dejando platos y jarras, callando bocas hambrientas y aguantando comentarios obscenos sobre su cuerpo. Intentaba callarse y pasar desapercibida, simulando no haber escuchado nada, ya que no quería más problemas con Hamish. Y al cabo de unos minutos, cuando todo el mundo estaba atendido y comiendo, se tomó unos segundos de descanso tras la barra, de espaldas a las mesas, mientras intentaba recuperar el aliento y la calma. Estaba agotada de escuchar todos los días lo mismo, ver las mismas caras horrendas, respirar ese aire viciado... Era cierto que había conseguido una libertad que no tenía cuando era pequeña, pero seguía sintiéndose en una pequeña cárcel.

A su espalda, la taberna estaba repleta de gente. El sonido de las conversaciones la alteraba y ponía nerviosa. No dejaba de preguntarse por qué demonios hablaba todo el mundo casi a gritos, y deseaba que se fueran cuanto antes para disfrutar de unos momentos de más calma en la taberna para preparar habitaciones o limpiar en el piso superior, ajena a miradas lujuriosas.

Al cabo de unos minutos, cuando comenzó a limpiar los platos, aún de espaldas a la gente, Arya escuchó el sonido de los goznes de la puerta de entrada. Sin mirar, la joven arrugó el rostro, pues eso suponía más clientela. Sin embargo, esperó para atenderlos, ya que hasta que no terminara de limpiar los platos, no retomaría su trabajo. No estaba segura de dónde se había metido Hamish tras atender a los demás, puesto que en la cocina no estaba, así que resopló, cansada. Fueron esos pensamientos los que hicieron que no se diera cuenta de que las conversaciones a su espalda habían llegado a su fin y se había hecho el silencio a su alrededor.

Fue cuando dejó a un lado uno de los platos que acababa de limpiar cuando fue consciente de que ese era el único ruido que se escuchó en la taberna. Frunciendo el ceño, Arya giró ligeramente la cabeza para mirar por encima de su hombro y descubrió que las miradas de los hombres de las mesas a su derecha estaban puestas sobre algo justo a su espalda.

Con el corazón en un puño y ligeramente asustada por ese corte, Arya se secó las manos, preparó un plato más para llenarlo de comida y con él en la mano, lentamente, se giró para encarar a la persona que estaba a su espalda. Sin embargo, ese plato le duró entre las manos tan solo un instante, ya que se escurrió entre sus dedos al ver a la persona que acababa de apoyarse contra la barra y que la miraba, ceñuda, desde su posición.

Arya sintió que su corazón se paralizaba de golpe para después acelerarse de repente, provocando que su respiración también se viera afectada por ello. No pudo evitar que un suspiro surgiera de su garganta, no sabía si por el terror que rasgó lo más profundo de sus entrañas al verlo.

Ambos se miraron largamente, como si todo a su alrededor se hubiera quedado vacío y no hubiera nadie más en la taberna. Lo reconoció al instante. Aquella mirada negra no pertenecía a otro hombre, solo a él. Ese era el mismo guerrero al que había visto en su sueño esa misma noche.

—No puede ser verdad —susurró en un murmullo apenas audible.

Arya tragó saliva con fuerza y fue entonces cuando algo a su espalda le hizo dar un brinco y reaccionar. El estrépito que causó la rotura del plato hizo que Hamish apareciera de la cocina y la tomara del brazo con extrema brusquedad, haciendo que la joven se chocara contra el marco de la puerta. Cuando Arya lanzó un gemido de dolor al sentir que su hombro se resentía, el recién llegado carraspeó para llamar la atención de Hamish.

—Lamento lo que ha sucedido, señor. Creo que he asustado a la joven.

Aquella voz, tranquila y peligrosa a la vez, puso el vello de punta a Arya, que intentó no mirarlo. Sentía que se había quedado petrificada. No esperaba cruzarse con él jamás al tratarse de un hombre al que había visto en un sueño, pero tenerlo allí al día siguiente le hizo pensar que el destino se estaba riendo de ella. Era la primera vez en su vida que no sabía cómo actuar, pues tenía la sensación de que, aunque se comportara normal, él finalmente la llevaría ante su enemigo.

Hamish miró de reojo al recién llegado, pero no respondió a sus palabras, sino que dirigió después su mirada hacia Arya, a la que empujó de nuevo contra el cerco de la puerta, arrancándole de nuevo un gemido de dolor.

—¡Maldita seas! ¡Eres una inútil!

Arya no respondió como solía hacer cuando la insultaba, incluso como había hecho esa misma mañana al llegar, sino que estaba tan petrificada y asustada por la presencia de ese hombre allí que no podía pensar, tan solo sentía que el suelo bajo sus pies comenzaba a temblar, como si todo lo que había conseguido se echara a perder.

Al no encontrar palabra alguna en la joven, Hamish levantó la mano para golpearla. No sería la primera vez que lo hiciera, pero sí la primera en la que Arya no haría algo para evitarlo.

Al otro lado de la barra, James frunció el ceño con fuerza. Desde que había entrado en esa maldita taberna se había sentido observado, había escuchado murmullos y, para colmo, había sentido cómo aquella joven rubia de ojos color miel lo había golpeado terriblemente en el estómago a pesar de que no lo había tocado. ¿Cómo era posible que esa joven hubiera logrado esa hazaña a pesar de no haberse movido del sitio? Le sorprendió ver cómo el plato que sostenía entre sus manos se estrellaba contra el suelo al tiempo que la joven murmuraba algo que no logró entender. Eso, sumado al cansancio por el viaje, hizo que no se sintiera de humor para ver cómo el dueño la golpeaba. Por ello, no pudo resistirse a hablar de nuevo.

—Le he dicho que la culpa es mía, señor, así que no se atreva a ponerle una mano encima —dijo despacio y en voz baja, pero tan peligrosa que Arya volvió a temblar mientras intentaba no cerrar los ojos para no ver el golpe que, sin duda, recibiría.

Hamish volvió a mirarlo y lo encaró, sin bajar la mano con la que pretendía golpearla.

—Tú no eres nadie, forastero.

Arya entonces giró la cabeza en su dirección y James vio el terror reflejado en sus ojos. Un terror que malinterpretó, pues no era por el dueño de la taberna, sino por él mismo. No obstante, el guerrero sobrepasó la barra ligeramente con el pecho y apoyó los codos con fuerza sobre la madera, haciendo uso del poder que sabía que desprendía su musculoso cuerpo.

—Tiene razón —terció lentamente mirando fijamente a Arya—. Tan solo soy alguien que está de paso y que pretendía pasar un mes en esta taberna, pero si cuidan así a sus empleados, será mejor que busque otro lugar.

James dejó de apoyarse en la barra y se incorporó para marcharse, pero en ese momento Hamish bajó la mano y dio un paso hacia él.

—Espera, muchacho.

Ya de espaldas, James paró en seco y estuvo a punto de sonreír de lado, pero se contuvo, pues todo el mundo estaba mirándolo. Se giró lentamente, como solía hacerlo cuando estaba frente a un enemigo, y levantó la barbilla con orgullo.

—¿Querías algo?

Hamish asintió y rodeó la barra para acercarse a él.

Desde su posición, y aún temblorosa, Arya observó la conversación, rezando para que el forastero se marchara de allí y fuera mentira eso de que pretendía quedarse un mes en la taberna.

—Sí, muchacho. Lamento este incidente aislado. —James enarcó una ceja y miró de soslayo a Arya, que apretó los puños con fuerza—. Ha sido un malentendido. Puedes quedarte en la taberna el tiempo que quieras.

James fingió sopesarlo. A su alrededor, se elevaron murmullos, como si los demás hubieran retomado sus conversaciones. Y después, miró largamente a Arya, quien movía la cabeza de forma negativa de forma casi imperceptible. ¿Le estaba pidiendo que no se quedara o tal vez ella no deseaba que lo hiciera? Su instinto guerrero le decía que allí había algo oculto. Lo había sentido nada más entrar en la taberna, y al mirar a los ojos de esa muchacha lo supo. Sabía que guardaba algo en su interior. Por ello, acabó asintiendo a Hamish y le dijo:

—De acuerdo. Pero con una condición.

Hamish sonrió, aguantando las ganas de frotarse las manos ante la suerte que se le presentaba esa mañana, pues jamás nadie se había quedado tanto tiempo en la taberna. Y ese hombre, sin duda, le reportaría infinidad de monedas.

Y era por ese motivo por el que James sabía que aceptaría cualquier petición por su parte.

—¿Qué condición?

James miró de nuevo a Arya, que dio un paso atrás imperceptiblemente.

—Que sea la muchacha la que prepare mi habitación y todo lo que pida.

Hamish sonrió ampliamente y asintió.

—De acuerdo —respondió rápidamente sin darle tiempo a Arya para quejarse.

La joven había abierto la boca para rebatir aquella petición, pero volvió a cerrarla de golpe al ver cómo el dueño de la taberna aceptaba sin tenerla en cuenta. Arya apretó los labios con fuerza y se contuvo para no marcharse de allí y renunciar a su trabajo, pues eso haría que el recién

llegado sospechara de ella. Y eso supondría aún más peligro para ella.

—Entonces, deseo un buen desayuno y una habitación para descansar.

La joven apenas podía moverse y sentía cómo le temblaban las manos. El hombre seguía mirándola fijamente, como si quisiera penetrar en su cabeza para descubrir sus pensamientos. Y al ver que estaba parada y no se movía, Hamish habló por ella.

—Enseguida se lo prepara la muchacha.

Arya miró al dueño de la taberna y después de nuevo al hombre al que debía servir. Este caminaba ahora de forma relajada hacia una de las pocas mesas libres que quedaban en el centro de la taberna. Al instante, el resto de conversaciones surgió de nuevo como si no hubiera ocurrido nada. Las voces volvieron a elevarse en la amplia sala y el recién llegado perdió el interés iniciar, algo que James agradeció, ya que no le gustaba ser el centro de atención.

El guerrero se sentó en la silla y apoyó los brazos en la mesa. Miró de reojo a su alrededor para comprobar si había algún peligro, pero no había nadie que lograra llamar su atención. Nadie, excepto la camarera, a la que no perdió de vista desde que se dejó caer sobre la silla.

Desde su posición, vio cómo Hamish instaba a la joven a que se moviera y le sirviera cuanto antes, ya que no quería perder semejante cliente. A regañadientes, la joven comenzó a moverse y se internó en la cocina. James miró el hueco de la puerta. Desde allí no podía ver a la joven, pero en cuestión de segundos apareció con un cueco con gachas y se dirigió, ligeramente temblorosa, hacia la mesa.

El guerrero se preguntó qué había visto en él para provocarle ese nerviosismo. Estaba seguro de que el plato no se le había caído por el susto de verlo tras ella al otro lado de la barra. En sus ojos había visto reconocimiento, como si lo hubiera conocido anteriormente y supiera quién era él, pero jamás había viajado a ese lugar, por lo que era imposible que lo conociera. Y le extrañó que hubiera oído hablar de él, puesto que, al servir directamente al rey, era este quien siempre se llevaba los honores.

Desde la mesa, y sin perderla de vista, James vio cómo la joven titubeaba para salir de entre la seguridad de la barra, por lo que Hamish se acercó a ella y la aferró con fuerza del brazo libre. James volvió a fruncir el ceño y clavó las uñas en la madera vieja de la mesa, dispuesto a levantarse de nuevo y ayudarla si era necesario. No obstante, de repente vio cómo la valentía regresaba a los ojos de la joven y encaraba a su jefe.

—¿Se puede saber qué demonios haces hoy? Ve y obedece a todo lo que él te diga.

—Preferiría que lo hiciera usted.

Hamish la acercó a él con firmeza.

—¿No has escuchado su condición? Eres tú quien debe atenderlo, así que vamos.

Arya abrió la boca para replicar, pero Hamish la empujó hacia la mesa de James. Sin apartar la mirada de los ojos negros del guerrero, Arya caminó hacia su mesa. Parecía haber perdido parte del terror inicial, y ahora volvía a sentirse segura de sí misma, pero eso no escondía el hecho de que aún veía el peligro en ese hombre que la observaba como si estuviera a punto de ser devorada por él. Y de no ser por ese miedo que inspiraba en ella, la joven lo vería como un hombre realmente atractivo y llamativo. Era aún más alto que ella a pesar de que la joven siempre había sobresalido respecto a la estatura. Su pelo moreno, desordenado tal vez por el viaje, mostraba el salvajismo que seguramente anidaba en su interior. Aquellos ojos negros

mostraban demasiada inteligencia, como si pudiera leer sus pensamientos. Y la cicatriz bajo el ojo, justo sobre la barba, le daba un aspecto misterioso y atrayente.

Sin embargo, Arya se obligó a mostrarse fría y carraspeó cuando llegó frente a él. Intentó que la mano no le temblara mientras le dejaba el cuenco sobre la mesa, delante de él y bajo su atenta mirada. La joven intentó girarse cuanto antes para marcharse, pero la poderosa voz del hombre se alzó por encima de las demás conversaciones, dirigida directamente a ella.

—¿Suele tratarte así?

Arya apretó el mandil con fuerza hasta que finalmente levantó la mirada hacia él para encararlo. Le sorprendió que la tuteara como si la conociera de antes o tuviera alguna familiaridad con ella, por lo que la joven también lo trató de la misma manera.

—¿Y eso qué más da?

James enarcó una ceja. Trabajando en el castillo había conocido a infinidad de sirvientas que comenzaban a temblar cuando se cruzaban con alguien que tuviera algo más de poder que ellas, pues sabían que podrían maltratarlas sin que nadie hiciera nada por ellas. Sin embargo, la determinación que vio en los ojos de aquella joven no pudo sino sorprenderlo. Al contrario de lo que había esperado, se mostraba rebelde y orgullosa, nada que ver con el ligero temblor que minutos antes la había sacudido. Y aunque no la conocía de nada, le alegró ver que no era una joven que se echaría a temblar al tener que tratar con él y su mal carácter.

—¿Siempre tratas así a los clientes? —le preguntó, sorprendiéndola ante el cambio de tema.

—¿Y tú siempre haces tantas preguntas?

James tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no echarse a reír. Sería la primera vez en mucho tiempo que una carcajada saliera despedida de su garganta y le sorprendió que fuera esa muchacha la culpable de ese sentimiento. Con la mano izquierda, se atusó la barba lentamente y la miró durante unos segundos de silencio, momento que eligió la joven para intentar marcharse de nuevo. Sin embargo, algo dentro de James lo impulsaba a retenerla por más tiempo. Por ello, volvió a llamar su atención:

—Soy un hombre muy curioso...

Arya lo miró de reojo.

—Me alegro por ti.

Una breve sonrisa cruzó por los labios del hombre, incapaz de contenerse por más tiempo.

—¿Cómo te llamas, muchacha?

Arya resopló y tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Tengo que seguir atendiendo el resto de mesas, señor.

James miró de reojo a su alrededor y se encogió de hombros.

—Nadie ha pedido nada nuevo. Y el dueño de esto ha aceptado mi petición para que tú me sirvas mientras esté aquí alojado.

Arya señaló el cuenco, aún intacto.

—Ya te he servido.

—Sí, pero sigues sin decirme tu nombre.

La joven dudó un instante mientras retorció el mandil que colgaba de su cintura, hasta que

finalmente cedió.

—Me llamo Arya.

—Arya...

La joven frunció el ceño.

—Solo Arya.

James la miró con media sonrisa en los labios.

—Está bien. Solo Arya. Yo soy James Buchanan.

La joven intentó recordar si en algún momento de su existencia había existido la posibilidad de que un Buchanan le pudiera ocasionar problemas, o si tal vez su madre le habló de alguien así, pero esa era la primera vez que el apellido Buchanan se cruzaba en su vida.

—Y ahora que conocemos nuestros nombres, señor Buchanan, ¿puedo retirarme o deseas que me sienta y te dé conversación mientras comes esas gachas de avena?

James dejó escapar una risa. Sin lugar a dudas, aquella muchacha no solo poseía una belleza sin igual, sino que también un ingenio que no había visto nunca en ninguna otra mujer.

—Prefiero que me llames James, no señor Buchanan. Eso me hace sentir viejo.

—Oh, perdón... —lo cortó la joven con tono irónico. Si ese hombre quería causarle problemas, no se lo podría fácil.

—Pero si quieres puedes sentarte frente a mí y acariciar mis muslos con tu pie mientras hablamos...

James entrecerró los ojos. Si esa muchacha pensaba que iba a salirse con la suya y a mostrarse irreverente ante él como lo estaba haciendo para después salir ilesa de la conversación, estaba muy equivocada. Él era un hombre que siempre había destacado por sus comentarios hirientes y obscenos, y ahora no iba a ser menos. Casi estuvo a punto de sonreír al ver cómo las mejillas de la joven se tornaron tan rojas como la sangre y apretaba tanto los brazos contra el cuerpo que parecía que se había convertido en una estatua.

Tras eso, balbuceó algo que no llegó a entender y se giró, dejándolo completamente solo mientras sonreía internamente. No pensaba que su llegada al pueblo estaría cargada de esa emoción intensa que parecía haberlo despertado de un eterno letargo. El juego en ese pueblo había comenzado y si esa joven, fuera quien fuera, pensaba que podría vencerlo, estaba muy equivocada. Había llegado con la intención de encontrar a una mujer, tal vez de la misma edad que esa muchacha, y si mientras buscaba podía dar rienda suelta a su lengua, por Dios que iba a disfrutarlo como nunca.

Desde la cocina, Arya maldecía una y otra vez a ese hombre. ¿Cómo se atrevía a decirle eso? Aunque ella trabajaba en una taberna no era una cualquiera. Ese comentario la hirió en lo más profundo de su orgullo, y lo peor de todo era que debía aguantarlo mientras estuviera en el pueblo. Y cuando se dirigió a la barra y vio que James levantaba la cabeza en su dirección, supo que ese hombre sería un verdadero problema.

CAPÍTULO 4

Arya estuvo a punto de refunfuñar en voz alta cuando Hamish llegó por su espalda y le siseó al oído.

—Más te vale que trates bien a nuestro invitado...

La joven, que se encontraba en la barra mirando a su alrededor en busca de alguien que necesitara algo más para el desayuno, lo miró de reojo, pero no le respondió. Cuando Hamish se fue, volvió a observar a James. Este se encontraba mirando entonces sus gachas, que estaba a punto de terminar de devorar, y pensó en la expresión de su rostro cuando su jefe había estado a punto de golpearla. Había aprendido a leer las expresiones de la gente gracias a ese trabajo, y desde luego, la que el hombre había mostrado no era precisamente de indiferencia. En sus ojos creyó haber visto una especie de rabia, preocupación e, incluso, ansias por matar a Hamish por tratarla así. En todos los años que llevaba trabajando en la taberna nunca se había cruzado con alguien a quien ella le importase de verdad, por eso, al haber visto esa preocupación en los ojos de ese hombre le hizo duda; incluso le hizo sentir algo a lo que no sabía ponerle nombre. No necesitaba que nadie la protegiera, puesto que había aprendido a hacerlo, pero tenía tanta presión desde que era tan solo una niña que durante unos segundos se había sentido arropada por el peligro que rezumaba ese hombre. Y lo peor de todo era que se había sentido a gusto.

Arya tragó saliva y desvió la mirada antes de que James levantara la suya. Después salió de la barra y se acercó a él. Este levantó la mirada, intentando aparentar desgana.

—¿Necesitas algo más? —le preguntó la joven.

—Me gustaría tener la habitación cuanto antes para poder descansar... —dijo mirándola fijamente.

Arya asintió, sabiendo que Hamish estaba atento, ya que sentía su mirada fija en su espalda.

—En cuanto termine de recoger algunos platos, subiré a prepararla.

James apenas asintió, por lo que Arya se retiró y se acercó a la mesa más cercana, donde los comensales ya habían terminado sus platos.

—Cada día estás más hermosa, muchacha —le dijo uno de los allí presentes.

Arya vio de reojo que James elevaba la mirada hacia ellos y fruncía el ceño, pero ella estaba tan acostumbrada a ese tipo de comentarios que apenas se inmutó. La joven tomó entre sus manos los platos vacíos bajo la atenta mirada del hombre, que se dejó caer contra el respaldo de la silla para mirar bien su trasero.

—¿Cómo es que tu tío aún no te ha comprometido con alguien del pueblo?

El corazón de Arya se sobresaltó. No quería que el recién llegado escuchara nada sobre su vida, pero el hombre había hablado tan alto y estaban tan cerca de James que claramente los escuchó.

—Eso no es asunto tuyo... —le espetó.

El hombre comenzó a reír y le dio una palmada en las nalgas cuando Arya se alejó hacia otra mesa. La joven dio un respingo y apretó los platos con fuerza para intentar calmarse. No quería llamar la atención de nadie, y menos de James, por lo que se calló y siguió recogiendo.

La joven sentía el peso de la mirada del recién llegado sobre su espalda, pero intentó hacer

caso omiso. Y tal vez fue su rostro insípido o su desgana lo que hizo que los demás comensales dirigieran su atención a James.

—Y tú, forastero, ¿qué haces en el pueblo?

—Sí, eso, ¿a qué has venido? —intervino otro cerca de él.

James se giró hacia ellos lentamente, como si quisiera dibujar una especie de bruma peligrosa a su alrededor y, finalmente, respondió.

—Tengo un amigo que está viajando de norte a sur. Hace tiempo que no lo veo y pensamos en vernos en este pueblo. Yo estaba cerca de aquí, así que he preferido venir con antelación y quedarme un mes —mintió descaradamente.

Arya, que estaba atenta a cada una de sus palabras, giró levemente la cabeza hacia él para mirarlo. Sus palabras sonaron verdaderas, pero tenía la sensación, en lo más profundo de su ser, de que eran totalmente falsas. Descubrió que James la miró fugazmente y ella siguió con su trabajo, intentando aparentar indiferencia hacia él y lo que decía.

—¿Y qué amigo es ese?

James enarcó una ceja.

—¿No crees que estás pidiendo demasiada información? —le preguntó.

—¿Acaso es algo malo?

—Lo es si intentas meterte en mi vida. Ya he respondido a tu primera pregunta, no tengo paciencia ni ganas para responder una segunda.

El que había hablado primero apoyó los codos sobre la mesa y lo observó fijamente.

—¿Qué pasa, buscas problemas?

James esbozó su sonrisa más peligrosa, aquella que solía mostrar cuando su paciencia estaba a punto de agotarse ante un enemigo.

—Lo que busco es descansar, como ya le he pedido a la joven a la que le has tocado el culo sin su permiso y a la que claramente se ha visto en su rostro que no le ha gustado. El que busca problemas y los tendrá eres tú si sigues hablando conmigo y si vuelves a tocarla.

El hombre dio un manotazo en la mesa.

—Pero ¿qué demonios...?

—¡Charles! —exclamó Hamish rodeando la barra y acercándose a él con una sonrisa falsa en la boca—. Venga, me temo que has bebido demasiado esta mañana. ¿Qué tal si regresas a casa y te ahorras una bronca? Ya sabes que no quiero problemas aquí dentro.

El aludido lo miró, después dirigió una mirada hacia James y otra a Arya, que estaba en medio del salón con los platos vacíos en las manos. Finalmente, Charles gruñó algo, dejó unas monedas sobre la mesa y se marchó.

Arya tragó saliva y miró a James. Tragó saliva y le dio la espalda. El aura de peligrosidad que flotaba entonces a su alrededor logró ponerle el vello de punta. ¿Quién demonios era ese hombre como para no importarle tener problemas con alguien como Charles? Estaba segura de que habría podido con él si Charles le hubiera retado, al igual que tenía claro que James habría ganado sin apenas esfuerzo. Vio que el hombre no llevaba una espada colgando de su cadera, pero estaba segura de que era o había sido guerrero en algún lado. Un hombre con una

musculatura como él no era simplemente un granjero o cualquier otra cosa.

La joven se giró al tiempo que James apoyaba los codos sobre la mesa y la miraba fijamente. El hombre lo había alterado ligeramente al cuestionarlo. Sabía que en los pueblos no acogían demasiado bien a los forasteros como él, y menos con su estatura y corpulencia, pero a pesar de saberlo de antemano, no había podido alterarse. Y más aún después de ver cómo ese tal Charles tocaba el trasero de la joven, un trasero que a pesar de que él había intentado no mirar, no había podido resistirse a observarlo. Y durante unos momentos, sobre todo ahora que la joven le daba la espalda y se escondía de nuevo tras la barra, James sintió que se excitaba.

Carraspeó al ver que el dueño de la taberna se acercaba a él e intentó obviar lo que su cuerpo sentía.

—Lo siento. A veces los clientes no miden sus palabras.

James estuvo a punto de gruñir ante su parloteo adulator más que falso, pero acabó asintiendo y apretó los puños.

—Me gustaría descansar. ¿Cuándo estará la habitación?

—Arya irá enseguida a prepararla —le aseguró antes de girarse hacia la joven y hacerle un gesto con la mano para que dejara lo que estaba haciendo para subir a la habitación.

Con un simple asentimiento, Arya volvió a rodear la barra y casi voló hacia el piso superior. A medida que subía sentía que sus manos dejaban de temblar ante lo que había visto y sentido. No estaba segura de si las palabras de ese hombre habían sido para defenderla o simplemente la había usado para alterar más a Charles, pero lo que tenía claro era que había sentido algo extraño en su interior, en lo más profundo de su cuerpo, como si se tratara de un volcán que había estado dormido y ahora volvía a despertar ante el fuego de ese hombre.

La joven sacudió la cabeza para alejar su imagen de su mente y cuando llegó al piso superior se dirigió hacia la pequeña habitación donde guardaban las sábanas y paños limpios para adecentar la habitación. Le sorprendió que el forastero escogiera esa taberna después de la mala fama que había ido tomando con el paso de los años, en los que había visto cómo las habitaciones se iban llenando cada vez menos.

Cuando tuvo todo en su poder, Arya se dirigió a la primera habitación, justo al lado de las escaleras. Abrió la puerta y torció el gesto ante el mal olor que había dentro, ya que ese dormitorio, al igual que los demás, llevaban varias semanas cerrados. Lo primero que hizo fue dejar las cosas sobre la cama y casi voló hasta la ventana para abrirla y dejar que el aire fresco de la mañana penetrara en la estancia.

Arya sonrió y cerró los ojos un instante para sentir el fresco en el rostro. Lo había pasado realmente mal ahí abajo y el silencio que había ahora en la estancia hacía que su cuerpo comenzara a relajarse de nuevo. El día había comenzado, sin lugar a dudas, de la peor manera posible, por lo que necesitaba calmarse de nuevo y volver a pensar con la mente clara.

Al cabo de unos segundos, abrió los ojos y los fijó en la calle más próxima. La taberna, al estar a las afueras del pueblo, apenas tenía demasiado ruido alrededor, ya que las primeras casas estaban a varios metros. Por ello, pudo disfrutar del canto de los pájaros que tenían sus nidos en los árboles más cercanos. La joven amplió su sonrisa y comenzó a tararear una canción mientras adecentaba el dormitorio.

Arya quitó el polvo del cabecero de la cama, la mesita, el baúl, la chimenea y la pequeña mesa, donde reposaba una jofaina que debía llenar con agua limpia. Sin dejar de canturrear, Arya cogió

las sábanas y vistió la cama lentamente, intentando no dejar ni una sola arruga para evitarse problemas. En más de una ocasión habían tenido a varios huéspedes con una manía que al principio le había hecho gracia a la joven, pero que después le había causado problemas, y es que querían las sábanas sin una sola arruga. Por eso, fue de un lado a otro de la cama para estirarlas bien y cuando terminó, puso los brazos en jarras y sonrió.

Arya dio un paso atrás y suspiró. Esperó que el forastero no fuera un tiquismiquis y no se quejara tanto como otros, aunque después de haber comprobado que no se había alterado tras discutir con Charles no estaba segura de que fuera un cliente normal y corriente. Y en ese instante, se giró para marcharse y avisar a James que ya estaba listo el dormitorio, pero se quedó petrificada en el sitio cuando descubrió que no estaba sola en la estancia.

Su canto dejó de salir de su garganta y sintió cómo sus mejillas se tornaban rojas por la vergüenza. Cuánto tiempo llevaba ahí era una incógnita, pero estaba segura de que la había escuchado cantar perfectamente.

James le había dado a la joven unos minutos de ventaja para que adecentara la habitación mientras él pagaba e iba a por sus pocas pertenencias a la parte trasera, donde esperaba su caballo. Tras esto, subió deprisa por las escaleras, ya que necesitaba descansar unos minutos. Sin embargo, la voz tan bonita y suave de la joven canturreando al tiempo que preparaba la habitación le hizo bajar la intensidad de sus pisadas y aproximarse a la habitación con paso lento y silencioso.

No pudo evitar fruncir el ceño ante lo que sintió al verla ir de un lado a otro de la cama mientras colocaba con esmero las sábanas, ajena a su presencia y su mirada. Como si alguien lo hubiera golpeado en la cabeza, James la sacudió con fuerza, intentando alejar de él los pensamientos que querían penetrar en su mente y obligarlo a bajar la guardia. Jamás en toda su vida como guerrero había sentido nada más por una mujer que no fuera el mero desahogo de su cuerpo. Sin embargo, y a pesar de que esa joven despertaba en él sentimientos parecidos, también dejaba que la preocupación por ella cruzara por su pecho. Y eso no podía consentirlo.

Dio un paso al frente justo en el momento en el que la joven se giraba hacia la puerta para marcharse y a pesar de que los separaban varios metros de distancia, James vio con claridad el respingo que dio Arya al verlo. Dio un paso atrás y se cruzó de brazos, intentando aparentar calma y orgullo, algo que le gustó, pues no parecía ser una mujer que se achantara ante ningún hombre. Y menos al escuchar su tono unos segundos después.

—Pero ¿qué haces ahí parado? ¿Por qué no me has avisado de tu presencia?

James enarcó una ceja y dejó su petate en el suelo, justo al lado de la mesa con la jofaina.

—Bueno, no quería interrumpir tu canción... —confesó.

James necesitó de toda su fuerza de voluntad para no acercarse a ella y acariciar su mejilla, aún más roja. Le pareció un gesto tan tierno y real por su parte, tan diferente a las mujeres que había conocido, que casi se golpeó a sí mismo por pensar en semejante acción por su parte.

James dio un paso más hacia ella, logrando ponerla nerviosa. Este nerviosismo era más que evidente en ella, pues dio otro paso más hacia atrás y se retorció las manos con fuerza. Al mismo tiempo, la mirada de la joven se dirigió hacia la puerta, como si estuviera pensando en escapar de él.

—Bueno... —comenzó diciendo Arya—, ya tienes listo el dormitorio. Yo tengo que irme...

La joven se dirigió hacia la puerta, intentando rodearlo para no acercarse a él, sin embargo, James se movió deprisa y le cortó el paso, aferrando con suavidad su brazo. El guerrero pudo sentir bajo la palma de su mano el respingo y el temblor que causó en ella su tacto, incluso él mismo se sorprendió al sentir un calor parecido al fuego que bajó sus dedos, provocando que la soltara enseguida.

James carraspeó y se alejó un paso de ella.

—Me ha dicho Hamish que tú también eres forastera... Me alegra no ser el único.

El corazón de Arya comenzó a latir con demasiada fuerza, maldiciendo mentalmente a Hamish por haber desvelado información sobre ella a un hombre como él. Por ello, intentando no mostrarse acobardada frente a este, le dijo:

—Es un poco bocazas, aunque eso no es del todo verdad.

James la miró sin comprender.

—Llevo tanto tiempo en el pueblo que ya no soy una forastera.

James se cruzó de brazos. No pensaba que esa joven podría ser una de las posibles mujeres que podrían ser la que él buscaba. Por eso, cuando Hamish se había ido de la lengua justo cuando le pagaba, anotó el nombre de la joven en su mente al tiempo que se decía que tenía que tener bajo su control a todas las mujeres de esa edad que hubiera en el pueblo.

—Ah, ¿sí? ¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le preguntó con tono desinteresado.

Las manos de Arya temblaron.

—Demasiado —fue su seca respuesta antes de volver a dar un paso hacia la puerta.

—¿Cuánto? —insistió.

Arya frunció el ceño y lo miró largamente antes de responder.

—Antes has estado a punto de pelear con un cliente por haberse metido mucho en tu vida, así que no te metas en la mía, James Buchanan. Yo tampoco tengo paciencia.

En los ojos de James cruzó un rastro de diversión. Esa joven le gustaba, sin duda. No era como las demás.

—¿Así tratas a los clientes?

—Sí, si son tan desagradables y entrometidos como tú.

James esbozó una sonrisa.

—No me extraña saber que tu tío no te ha casado —dijo James al recordar lo que le habían dicho a la joven mientras desayunaba abajo—. Supongo que será difícil aguantar a una mujer así.

En el rostro de Arya apareció una expresión sombría y avergonzada ante esas palabras. Sin lugar a dudas, ese hombre era un experto en insultar de forma indirecta. Ya lo había comprobado dos veces en poco más de una hora, pero si pensaba que iba a quedarse callada, estaba muy equivocado.

—A mí no me extrañaría que tu amigo se desviara de su camino tan solo para no tener que verte.

James sonrió aún más y asintió, sin responder. Después, dejó que la joven se marchara, dando un sonoro portazo que estuvo a punto de provocarle una carcajada.

Se acercó a la ventana mientras pensaba en que esa joven había sido una forastera en ese pueblo en una etapa de su vida. Y si llevaba muchos años viviendo allí tal vez era la mujer a la que buscaba, pero no podía ser. Estaba seguro de que la que necesitaba Jacobo era de otra forma, tal vez más callada y temerosa, ya que, si sabía que el rey podría estar buscándola, desde luego no iba a llamar la atención de nadie de esa manera.

—Voy a encontrarte —murmuró—. Seas quien seas.

Esa misma noche, cuando Arya terminó su agotador día de trabajo en la taberna y llegó a su casa, vio que su tío y su hermana ya estaban reunidos al lado de la chimenea, esperándola para cenar. Una parte de ella odió la dejadez de Mya, pues mientras en su rostro se reflejaba el cansancio de todo el día de trabajo, en el de su hermana había más bien aburrimiento por no hacer nada. Sin embargo, no habló, pues sabía que no conseguiría que Mya se quitara de encima la capa de amargura con la que se había revestido años atrás.

Arya suspiró, dejó su pequeña bolsa a un lado y se sentó junto a ellos frente a la chimenea.

—Te ves más cansada de lo habitual... —terció su tío.

Arya torció el gesto y se dejó caer contra el respaldo del pequeño sofá bajo la atenta mirada de su familia. No estaba segura de si esa era la palabra correcta, pues estaba más iracunda que cansada; más temerosa, más rabiosa, más temblorosa... Más todo. El destino al menos había dejado que durante el resto del día apenas hubiera visto al forastero, ya que se había encerrado en su habitación hasta bien entrada la tarde y apenas había salido de allí más que para dar un paseo por el pueblo justo antes de que empezara a anochecer.

Ni siquiera lo vio cuando repartieron la cena. Arya supuso que tal vez fue Hamish el que lo atendió o puede que lo hiciera una de las ayudantes que a veces iban a la taberna mientras ella lavaba sábanas o fregaba platos sin descanso. Fuera lo que fuera, al menos el destino lo había quitado de su camino durante el resto del día. Y lo agradeció enormemente.

—Hoy ha sido un día... raro.

John la miró sin comprender al tiempo que Mya observaba fijamente el fuego de la chimenea.

—¿A qué te refieres?

—Ha llegado un hombre forastero a la taberna y...

La joven se cruzó de brazos y miró a la chimenea mientras suspiraba. Su tío puso una mano en su rodilla para llamar su atención. Incluso Mya levantó la mirada hacia ella para escuchar lo que había dejado a medias.

—Es el mismo hombre de mi sueño.

Mya apenas hizo un gesto de sorpresa o algo que indicara algún tipo de sentimiento hacia ella o lo que podía suponer la llegada de ese hombre. Sin embargo, en los ojos de su tío sí vio cierta preocupación y sorpresa.

—¿El que viste en tu sueño? ¿Estás segura?

Arya asintió y miró a los ojos de su tío.

—Es el mismo. Jamás podría olvidar esos ojos.

—¿Y ha pasado algo?

Arya negó con la cabeza.

—No. Ha pedido alojamiento en la taberna. Según él, está esperando a un amigo suyo, pero no lo creo.

—Bueno, tal vez es verdad, Arya.

La joven levantó la mirada hacia él y lo miró, aterrada.

—Cuando estaba preparando su habitación, ha llegado y se ha interesado por mi condición de forastera. Me ha dicho que Hamish se lo ha confesado. La verdad es que no sé por qué, pero lo sabe. ¿Y si está aquí buscándonos?

John suspiró y entrelazó los dedos al tiempo que apoyaba los codos en sus rodillas y dejaba caer la barbilla sobre sus manos.

—Tal vez todo sea casualidad y ese hombre solo se parezca al de tu sueño. Es solo un sueño, Arya. No le des tanta importancia.

—Pero, tío, ¿es la misma persona!

—No lo pongo en duda, sobrina. Y te pido que tengas cuidado con él.

—¿Y si nos vamos?

John negó con la cabeza.

—¿A dónde? No tenemos nada más que esto. Y eso lo hará sospechar más si es que está buscándoos.

—Puedes matarlo... —sugirió Mya por primera vez desde que su hermana comenzó a hablar.

Tanto Arya como John llevaron la mirada hacia ella, sorprendidos por la frialdad que encontraron en su voz. Arya frunció el ceño, pero Mya se mantuvo quieta, como si no hubiera sido ella la que habló. El silencio se hizo en la estancia durante unos segundos. Tiempo que emplearon para intentar comprender lo que había dicho la joven, que siguió manteniéndose fría.

Al cabo de unos segundos de total incompreensión, Mya terminó por encogerse de hombros, restándole importancia a lo que acababa de decir.

—Pero ¿cómo puedes decir que lo mate? —preguntó Arya cuando por fin se recuperó por la sorpresa—. Eso no está bien, Mya.

La aludida la miró a los ojos.

—Si crees que ese hombre está aquí para llevar a una de nosotras ante el rey actual, lo mejor que puedes hacer es deshacerte de él.

John frunció el ceño.

—No está claro que ese hombre esté aquí para eso, Mya.

—Entonces no hay nada de qué preocuparse, tío —fue la respuesta de la joven—. ¿Por qué no cenamos? Estoy hambrienta...

Mya se levantó del sofá y caminó hacia la mesa, donde habían dejado la comida ya preparada, y cuando al cabo de unos minutos vio que su hermana y su tío aún no se unían a ella a la mesa, comenzó a cenar.

Arya y John se miraron entre ellos, totalmente en silencio y anonadados ante la frialdad que había mostrado Mya. Jamás dejaba entrever lo que había en su corazón, pero ese odio repentino

no había hecho más que dejarlos sin palabras.

John le hizo un gesto con la cabeza a Arya para unirse a su hermana a la mesa. Y a pesar de que la joven intentaba animarse y repetirse una y otra vez que ese hombre no era un peligro, algo en su interior temblaba ante la idea de volver a verlo al día siguiente.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente, Mya se despertó temprano, incluso antes que su hermana Arya. Sabía que esa mañana entraba más tarde en la taberna y ella quiso aprovechar que ese día había mercado en el centro del pueblo para salir de la casa que la consumía más y más por dentro a cada día que pasaba en su interior.

Mya se preparó a conciencia y, sin darse tiempo para desayunar algo, la joven salió de la casa antes de que comenzaran los ruidos en esta.

Mya respiró profundo el aire fresco de la mañana. Sin embargo, no lo sintió en su interior. Tenía la sensación de que un peso demasiado cargado estaba sobre sus hombros desde hacía años. El recuerdo de los ojos muertos de su madre no la abandonaba. A pesar de que intentó olvidarlos durante mucho tiempo y seguir hacia adelante, la joven finalmente se rindió ante ese maldito sentimiento y dejó que la amargura la consumiera por dentro.

Nunca había vuelto a hablar con su hermana o con su tío de lo que había pasado ese día en el castillo, de lo que había visto, de lo que había sentido... Se prometió a sí misma que no volvería a recordar eso con nadie, pero su mente no hacía más que atraerlo una y otra vez, haciéndola enloquecer por dentro.

Mya intentó respirar de nuevo, pero parecía que su pecho se negaba a sentir con libertad ese olor del rocío de la mañana, la humedad; no la dejaba escuchar el canto de los pájaros ni el de su propio corazón, que aún seguía latiendo dentro de su cuerpo a pesar de sentirse muerta desde que era tan solo una niña.

Mya suspiró y dejó caer los hombros, totalmente derrotada. Caminó lentamente hacia el centro del pueblo. A pesar de que la cabaña de su tío se encontraba a las afueras del mismo, tardaba muy poco en llegar a donde quisiera. La joven torció la boca cuando una piedra se le clavó en el pie. Sus zapatos estaban desgastados por el paso del tiempo, pero como apenas salía de la casa, se negaba a comprarse otros. Y menos aún con el dinero que ganaba su hermana. Arya... Esta no podía imaginar lo que la amaba y envidiaba al mismo tiempo. Durante años se dijo que debía ser como ella, enfrentándose al mundo con valentía, pero cesó en su intento, pues ella se sentía totalmente lo contrario a su hermana: una maldita cobarde. Eso es lo que era. Se lo repetía una y otra vez cuando intentaba salir de su caparazón, pero la cobardía la llamaba y no la dejaba salir.

Sin embargo, adoraba el mercado, pues numerosas personas de fuera acudían al pueblo para vender sus productos y para Mya era un día realmente especial, ya que tenía la sensación de que podía dejar entrever un poco su interior. Disfrutaba cada puesto como si de una niña se tratara y, aunque siempre la confundían con su hermana, no le importaba, pues realmente debía hacerse pasar por ella para que nadie descubriera su secreto.

Cuando Mya por fin llegó al centro de la plaza, esta ya había comenzado su actividad y, contra todo pronóstico, la joven sonrió de emoción. No había demasiada gente en las calles en ese momento, por lo que Mya pudo caminar entre los puestos del mercado con total libertad y sin ser demasiado vista por los vecinos. Realmente era idéntica a Arya, por lo que nadie pensaría que no era ella, así que se limitó a relajarse y dejarse llevar por los incontables puestos de telas, fruta, carne, pescados, decoración... Incluso un puesto de inciensos, nuevo en el pueblo, la obligó a parar para oler cada una de las pequeñas cajas que había sobre la mesa. Olores de otras tierras inundaron su nariz y la hicieron soñar con vivir en esos otros lugares con la esperanza de encontrar algún día la felicidad que le fue arrebatada años atrás.

—Buenos días, Arya —dijo una mujer cerca de ella.

Mya se giró y se obligó a sonreírle. Su cara le parecía familiar, pero no lograba recordarla del todo. Aun así, se acercó a ella y la saludó con una sonrisa muy parecida a la de su hermana.

—Buenos días para usted también. Hoy en el mercado hay más puestos que otros días.

La mujer asintió y señaló el puesto de inciensos.

—Cierto, aunque ese de ahí me ha gustado mucho. He comprado una cajita antes de que esto se llenara de gente. No quiero que piensen mal de mí.

Mya, sorprendida por la confianza con la que la mujer le hablaba, sonrió sin saber qué decir.

—¿Hoy no trabajas, muchacha? Es raro ver que no estás ya en la taberna. Hamish se enfurecerá.

Mya suspiró y se encogió de hombros.

—Hoy entraré más tarde. Y, bueno, si se enfurece conmigo, intentaré calmarlo de alguna manera. Supongo que me tocará salir más tarde.

La mujer asintió y puso una mano en su hombro.

—Ten cuidado. Me han dicho que hay un forastero en la taberna. Cuida tu espalda, a ver si se va a aprovechar de ti, que eres muy buena.

Mya dejó escapar una carcajada y asintió.

—Tal vez es él quien debe tener cuidado.

La mujer la miró sin comprender y, tras despedirse, se marchó, dejándola sola de nuevo. Mya suspiró y se dijo que había superado la prueba. Fuera quien fuera esa mujer, no había descubierto que ella no era Arya.

Con la expresión más relajada, Mya caminó entre algunos puestos que aún no había visitado, y precisamente fue esa calma la que hizo que no fuera consciente de que había un par de ojos observándola desde el otro lado de la plaza, justo hacia donde la joven se dirigía en ese instante. En ese momento, a pesar de que su interés estaba puesto sobre los productos que vendían, Mya recordó algo que no había querido confesar cuando Arya les contó su extraño sueño con ese hombre.

Mya tragó saliva al sentir de nuevo el miedo que ella misma había concebido en su interior. Días atrás también había soñado con un hombre de las mismas características que su hermana había descrito, y tal y como esta había confesado, también la amenazó en su sueño, provocando que se levantara a punto de mojar la cama como un niño pequeño. Esos ojos negros que había visto en su sueño eran los mismos que Arya había contado y los mismos que la habían hecho temblar a ella. Pero prefirió no decir nada, y menos aún cuando Arya sí lo hizo. Una parte de ella no quería seguir su vida como si nada, como hacía Arya. Mya quería venganza, quería expiar la rabia que sentía en su alma y en su corazón con la intención de comprobar si así lograba vivir tranquila. Y si ese hombre era realmente alguien relacionado con el rey, lo usaría para vengarse.

La joven suspiró y sacudió la cabeza para alejar el recuerdo de ese hombre de su mente, y paró unos metros más adelante. Ese puesto ofrecía varias piezas de fruta y ella, al haber salido de prisa y sin desayunar, estaba realmente famélica. Con disimulo, Mya miró a un lado y a otro para comprobar si alguien tenía la atención fija sobre ella, sin ser consciente de que esos dos ojos negros la miraban desde un punto cercano a la joven. Y cuando estuvo segura de que nadie la

veía, cogió una manzana y la guardó entre su ropa, aprovechando que en ese momento el dueño del puesto se encontraba atendiendo a otra mujer.

Con media sonrisa dibujada en los labios, Mya caminó de vuelta hacia su casa, aunque debía atravesar de nuevo la plaza. Con paso lento, la joven deshizo el camino y se alejó del bullicio del mercado para adentrarse en las calles de las afueras y tomar el camino silencioso que llevaba a la cabaña de su tío. Le agradó escuchar el canto de los pájaros y el rugido del mar cercano.

Mya dio un mordisco a la manzana que llevaba ahora en la mano. Una sonrisa se dibujó en sus labios al no haber sido descubierta y continuó caminando. Le faltaba apenas una veintena de metros cuando escuchó un sonido a su espalda. La joven paró y miró atrás, pero todo estaba tranquilo. Sin embargo, una extraña sensación se instaló en su estómago, haciendo que la manzana pareciera fuego en su interior. Con el ceño fruncido, la joven se giró de nuevo y reanudó la marcha. No obstante, no había dado ni tres pasos cuando alguien la aferró con fuerza del brazo y la giró, haciendo que la manzana cayera al suelo cuando lo reconoció.

Ese día se había levantado temprano. El día anterior escuchó durante la cena que habría un mercado en el centro del pueblo, por lo que quería ir allí cuando este diera comienzo para intentar ver a las mujeres jóvenes con la intención de comprobar si alguna de ellas era la que buscaba.

Sin embargo, no llevaba allí más que veinte minutos cuando vio que un rostro conocido se acercaba hacia donde él se encontraba. El día anterior apenas la había vuelto a ver, incluso durante la cena fue otra joven la que lo atendió a pesar de la condición que él había impuesto por la mañana. No obstante, no quiso quejarse. Y ahora que volvía a verla no pudo evitar que sus ojos estuvieran fijos sobre sus movimientos. La joven, que parecía moverse como un felino entre los diferentes puestos del mercado, torció al llegar a un margen y comenzó a caminar hacia él sin saber que estaba cerca de ella.

Durante unos momentos, James se obligó a mirar a otras muchachas del pueblo, pero una y otra vez sus ojos regresaban a la belleza de aquella joven. No sabía por qué la camarera de la taberna llamaba tanto su atención, pero no podía apartar los ojos de ella.

James la vio sonreír a unos y a otros, incluso observó cómo hablaba animadamente con una mujer del pueblo de forma relajada, nada que ver con lo que había visto el día anterior.

El guerrero estaba a punto de marcharse hacia otro lado del mercado cuando de repente vio cómo paraba muy cerca de él, sin reconocerlo. Pero lo que más llamó su atención no fue el hecho de que no había reparado en él, sino lo que hizo a continuación. Vio cómo la tabernera alargaba una mano y robaba una manzana de un puesto cercano. En cualquier otra ocasión, el guerrero habría corrido hacia ella y la habría puesto en un aprieto para que devolviera la manzana robada, sin embargo, algo en él lo obligó a quedarse quieto, aunque seguidamente comenzó a seguirla por todo el mercado.

Vio cómo la joven se alejaba de allí, hacia las afueras del pueblo, y tomaba uno de los caminos, rodeado de frondosos árboles, mientras mordía tranquilamente la manzana robada.

A pesar de intentar aparentar frialdad, James no pudo evitar dirigir su mirada hacia el trasero de la joven, que movía de forma sensual, ajena a su penetrante y deseosa mirada. ¿Qué demonios le estaba ocurriendo? Él estaba allí en busca de una muchacha a la que llevar ante el rey, pero no podía evitar sentirse atraído por esa deliciosa joven que parecía haberlo hechizado el día anterior.

cuando llegó a la taberna.

Y cuando sintió que se enfadaba consigo mismo por esos malditos pensamientos, James acortó la distancia que los separaba y la aferró con fuerza del brazo, obligándola a volverse hacia él. El guerrero vio cómo la joven se mostraba sorprendida y ligeramente asustada por su presencia, al tiempo que la manzana robada caía de entre sus dedos. Y, sin saber por qué, de repente se arrepintió de haberla sorprendido así, pues el terror cruzó por sus ojos fugazmente.

—Me parece que se te ha olvidado pagar esa manzana... —le dijo soltándola por fin.

A pesar del susto inicial, James vio que la joven intentaba recomponerse y, nerviosamente, recolocó su ropa antes de mostrarse orgullosa, elevando el mentón.

—Eso no es asunto tuyo. De todas formas, no la he robado.

James enarcó una ceja ante su mentira.

—Muchacha, he visto cómo la cogías.

Mya frunció el ceño.

—¿Y me has seguido hasta aquí sin decir nada? ¿Qué pasa, acaso vas a aprovecharte de lo que sabes para que haga algo que tú desees?

James dio un paso atrás frente a lo que las palabras de la joven tenían implícito. Él nunca había violado a ninguna mujer a pesar del cargo que ostentaba. Y siempre había hecho pagar a los guerreros que sí lo habían hecho.

—Voy a hacer como si no hubiera escuchado eso, muchacha —acabó diciendo—. Pero pensaba que tu trabajo en la taberna te daría lo suficiente como para poder comprar esa y muchas otras manzanas.

Mya carraspeó, incómoda.

—¿Vas a contárselo al frutero? —preguntó, incapaz de responder a las palabras del forastero.

James simuló sopesarlo, pero acabó suspirando y negando con la cabeza.

—No, pero si vuelves a hacerlo, tendré que dar la voz de alarma.

Mya sonrió de lado.

—Primero tendrías que verme...

James gruñó y puso los brazos en jarras.

—Y ahora, si no te importa, tengo que cambiarme de ropa para ir a trabajar.

La joven se dio la vuelta, pero James la detuvo.

—¡Espera! —exclamó.

Mya refunfuñó y lo miró por encima del hombro.

—¿Qué pasa, no tienes a nadie más a quien molestar?

—Tan solo quería decirte que te acompañe a tu casa.

Mya torció el gesto.

—Vivo a solo unos metros, no me voy a perder.

—Insisto...

La joven estuvo a punto de negarse, pero estaba segura de que sería en vano. Finalmente,

asintió y comenzó a caminar hacia la cabaña de su tío, rezando mentalmente para que Arya no estuviera fuera cortando leña.

—¿De verdad no tienes nada mejor que hacer? —le preguntó cuando ya casi estaban frente a la puerta de entrada.

—Bueno, en realidad, sí. Pero puedo acompañarte de vuelta a la taberna.

Mya dirigió su mirada hacia otro lado e hizo un guiño, contrariada. Su hermana la iba a matar por haber llevado hasta su casa a ese hombre. Cuando la obligó a girarse hacia él y lo vio, sintió auténtico terror al tenerlo frente a ella. Ese hombre era exactamente igual a como lo había visto en su sueño y estaba segura de que era el mismo al que Arya había atendido en la taberna.

Sin embargo, a pesar de su nerviosismo interno, hizo todo lo posible para que no se le notara ese sentimiento, y cuando estuvieron frente a la puerta, Mya se giró hacia él.

—Debes esperar aquí fuera.

James enarcó una ceja.

—¿No vas a dejar que entre?

—No —sentenció con firmeza.

Y antes de darle tiempo para responder, Mya entró en la casa y se quedó apoyada contra la puerta durante unos segundos. En ese momento, la joven miró hacia las dos personas que había sentadas a la mesa y que la miraron de forma extraña. La joven se llevó un dedo a los labios mientras miraba a su hermana y señaló hacia la puerta.

Arya se levantó y corrió hacia la ventana con el corazón en un puño. Y al ver a la persona que había fuera, abrió los ojos desmesuradamente.

—Pero ¿qué...?

Su tío se levantó de un salto y miró también a través de la ventana, quedándose totalmente anonadado.

—¿Es él?

Arya asintió y miró enfadada a su hermana.

—¿Se puede saber qué demonios has hecho, Mya? —preguntó en voz baja para evitar que la escuchara—. Ese hombre es peligroso.

—He ido al mercado y me ha seguido al pensar que eras tú. ¿Por qué tiene tanta confianza contigo?

Arya resopló, pero no respondió.

—Siempre que sales me causas problemas, Mya —se quejó mientras se limpiaba las manos y tomaba sus cosas para marcharse—. Casi prefiero que te quedes en casa y no salgas.

Mya frunció el ceño y se apartó cuando su hermana quiso salir de la casa. Tragó saliva con fuerza y caminó arrastrando los pies hacia la mesa. Cerró los ojos cuando la puerta se cerró con un portazo y se mantuvo en silencio, sin dar más explicaciones.

Arya, por su parte, carraspeó, incómoda al verlo de nuevo y nada más y nada menos que frente a su casa. Y ahora que enarcaba las cejas, con sorpresa, se preguntó qué había hecho Mya.

—Te has cambiado de ropa demasiado deprisa.

Arya se golpeó mentalmente y miró de reojo hacia su casa.

—Soy muy rápida —fue su seca respuesta.

La joven estaba deseando marcharse de allí y evitar hacer algo que le hiciera sospechar que tenía una hermana gemela que se había hecho pasar por ella de nuevo. No sabía de qué podían hablar hablado, pero esperaba que Mya no hubiera revelado demasiada información.

—Tengo que ir a la taberna —le dijo—. Seguro que tienes mejores cosas que hacer...

James sonrió fugazmente.

—Ya te he dicho que pienso acompañarte.

—Qué bien... —murmuró la joven iniciando la marcha.

James la observó fijamente con media sonrisa dibujada en el rostro. Aquella joven era realmente atrayente. ¿Sería ella consciente del efecto que causaba en él o en algunos de los hombres que el día anterior estaban en la taberna? Seguramente no. Él era un hombre realmente observador y se había dado cuenta de que en ningún momento pretendía llamar la atención de los hombres, tan solo quería hacer su trabajo, y no pudo evitar preguntarse mentalmente por qué esa joven no estaba comprometida con alguien.

James la siguió y al cabo de unos pasos, ya estaba a su lado.

—¿Y qué fue lo que te hizo venir a este pueblo?

Arya deseó que su sobresalto no se notara, por lo que rodó los ojos y lo miró con cierto desinterés.

—¿De verdad vuelves a preguntarme sobre eso?

—Bueno, me sorprende, la verdad. Normalmente, la gente suele ir a las ciudades para encontrar trabajo.

—¿Y no crees que fue precisamente eso lo que me trajo aquí? No me gustan los espacios tan grandes como las ciudades.

—¿Por qué?

Arya se encogió de hombros, pensando cada palabra al milímetro para evitar decir más de lo que debía.

—Me gusta más la tranquilidad que ofrece un pueblo.

—¿Y por qué estás con tu tío y no con tus padres?

Arya creyó que la sangre abandonaba su rostro cuando escuchó aquella pregunta. Sin embargo, logró reponerse rápidamente para responder.

—Están muertos. Mi tío es el que nos cuida desde entonces.

James asintió con seriedad.

—Una gran labor, sin duda.

James vio cómo Arya asentía y mantenía la cabeza al frente, evitando mirarlo a los ojos durante gran parte del trayecto, algo que en parte lo sorprendió. Su incomodidad era más que evidente, pero no estaba seguro de que fuera por su presencia o tal vez por sus preguntas. Por ello, no pudo dejar pasar la oportunidad de investigar algo más sobre lo que realmente lo había llevado allí.

—Por cierto, ¿cuántos Stewart hay en el pueblo?

Arya estuvo a punto de caer, tras tropezar consigo misma, pero la mano de James lo impidió, aferrándola con fuerza de su brazo. La respiración de la joven se aceleró ante ese contacto y la pregunta que había llegado a sus oídos. Esa era la confirmación de que ese hombre estaba allí por algo más que para esperar a un amigo.

—¿Stewart? —preguntó la joven, soltándose de sus dedos—. No lo sé. Apenas conozco el apellido de la gente.

James enarcó una ceja.

—Trabajas en la taberna. Me extraña que no conozcas a gran parte de la gente que pasa por ahí.

Arya dio un paso atrás y tragó saliva con fuerza.

—Pues no los conozco. Y, por cierto, ¿por qué preguntas por los Stewart? ¿Quién eres realmente?

James entornó los ojos como siempre solía hacer ante sus enemigos, y Arya de repente sintió que estaba en peligro. La joven miró de reojo a su alrededor, pero aún no habían alcanzado las primeras casas de los aldeanos, por lo que, si el forastero quería, podría hacerle daño. Sin embargo, intentó que no viera su preocupación. El peligro que rezumaba James casi podía palparse con los dedos, pero, aun así, Arya se mostró orgullosa y altiva.

—Solo estoy esperando a un amigo. Él es Stewart, y quería saber si había gente de su familia.

—Pues pareces más bien un esbirro del rey que un simple viajero —le espetó la joven.

James dio un paso más hacia ella, acortando la distancia y provocando que el nerviosismo de la joven aumentara.

—¿Acaso has conocido a muchos esbirros del rey?

Arya frunció el ceño.

—No es asunto tuyo.

James dio otro paso más. Y otro, hasta quedarse a tan solo uno más para que su cuerpo rozara el pecho de la joven, que apretó los brazos contra su cuerpo y se mantuvo hierática.

—Tienes razón. No me importa. Pero por alguna extraña razón...

James entrecerró los ojos y la observó largamente. Dio un paso más y la rozó suavemente. Al contrario de lo que esperaba, Arya se mantuvo firme donde estaba, aunque en su mirada podía leer su temor. En esa cercanía también pudo oler a la joven, y sintió que ese olor a lavanda y brezo penetraba por su nariz, envolviéndolo y deseando poder enterrar su nariz en su cuello para morderlo y hacerlo suyo.

Sin embargo, su instinto de guerrero le pedía otra cosa. En su cabeza parecía escuchar continuamente una voz que le pedía precaución, pero su cuerpo gritaba otra cosa aún más fuerte. Y necesitó de toda su fuerza de voluntad para calmarse.

—¿Tu tío sabe que robas? —quiso saber cambiando de tema para alterarla más, aunque tampoco estaba seguro de por qué le hacía esa pregunta.

Arya lo miró sin comprender y frunció aún más el ceño. No obstante, intentó responder rodeando el tema, pues estaba segura de que o le estaba haciendo una pregunta trampa o tal vez

Mya había hecho algo que lo obligó a seguirla.

—No lo hago. Y aunque lo hiciera, no tengo que dar explicaciones a nadie ni agacharme ante él.

James forzó una sonrisa.

—¿Ni siquiera te agacharías ante el rey?

Arya resopló.

—Tal vez él es el menos indicado para ello —fue su misteriosa respuesta.

Arya sabía que había respondido con firmeza y seguridad, y sin darle tiempo a responder, se marchó, dejándolo solo.

Y, por alguna extraña razón, James estuvo de acuerdo con ella. Desde hacía unos años, Jacobo no era el mismo, y se lo confirmó el hecho de que lo hubiera obligado a ir allí para buscar a una mujer que bien podía ser la joven que tenía frente a él, ya que guardaba más secretos de lo que quería reconocer.

El guerrero la observó mientras se alejaba de él y, durante unos segundos, admiró ese porte orgulloso con el que caminaba; un porte que le resultó ligeramente familiar, ya que le recordó a la forma de caminar que tenía Margaret, la hermana del rey. Y durante unos segundos, rezó para que no fuera ella la mujer a la que estaba buscando, puesto que no quería que alguien como ella tuviera problemas con el monarca.

CAPÍTULO 6

Una semana después Arya estaba más que sorprendida por cómo habían cambiado las cosas en la taberna. Hamish ya no la trataba tan mal como anteriormente, y lo más extraño de todo era que James no había vuelto a intentar preguntar nada extraño. Pasada esa semana, pudo respirar, así que dio gracias al cielo mientras preparaba el desayuno en su casa.

Ese día era especial, pero no solo para ella, sino para todo el pueblo. Aunque habían pasado dos semanas desde la llegada del verano, allí en Dumbarton hacían dos fiestas diferentes: una el primer día de verano, y otras dos semanas después para agradecer el buen comienzo en los primeros días. A Arya siempre le había parecido una tontería esa segunda fiesta, pero reconocía que le gustaba estar con los vecinos y charlar con ellos distendidamente durante todo el día mientras paseaban por la playa, ya que era la única forma que tenía de hacer amigos.

—Pareces más animada...

Arya levantó la mirada para ver a su tío con una sonrisa. Este también había estado preocupado durante esos días, puesto que llevaba once años protegiéndolas, y no quería que les pasara nada.

—Bueno... supongo que es porque es un día especial.

John se acercó a ella y la ayudó a poner la mesa mientras observaba toda la comida que la joven parecía haber estado preparando desde hacía horas, y eso que había amanecido hacía tan solo una.

—Me alegro por ello. —Y esperó unos segundos antes de preguntarle por James—. ¿Ha vuelto a molestarte el forastero o ha venido ya su amigo y se ha marchado?

Arya negó con la cabeza.

—Lo de su amigo es mentira, tío John. Y no se ha marchado porque su habitación sigue ocupada. Parece que ahora las cosas están algo más tranquilas.

John asintió y señaló hacia la comida mientras se sentaba en una de las sillas del salón.

—¿Cuándo has preparado todo eso?

Arya sonrió y se encogió de hombros.

—No podía dormir y me levanté a medianoche para prepararlo.

La joven se mostró orgullosa de su trabajo. En la fiesta que había ese día, todo el mundo preparaba ricas comidas para compartir con el resto de vecinos, por lo que Arya había preparado lo que mejor se le daba cocinar: haggis, puré de patatas, arenque ahumado y sopa de cordero. En su mente había pensado también en preparar algún postre rico, pero no le había dado tiempo a hacerlo.

—Pues espero que después de haber trabajado tanto puedas disfrutar hoy y te lo pases bien.

Arya frunció el ceño y miró fijamente a su tío.

—¿Tú no vas a venir?

John negó con la cabeza y suspiró al tiempo que miraba por encima de su hombro hacia el lugar donde apareció Mya con los ojos aún ligeramente adormecidos e hinchados por el sueño.

—Me quedaré con Mya.

—No hace falta que hagas eso por mí, tío —rebatía la joven con su típica voz amargada.

—Nosotros iremos a otro pueblo, aprovechando que todos estarán en la playa, así que no nos quedaremos encerrados en casa.

Mya levantó la mirada hacia él y, durante un segundo, tanto John como Arya vieron cruzar una expresión de felicidad por sus ojos. La joven volvió a sumirse en su habitual seriedad y acabó asintiendo.

—Está bien, si así lo deseas —dijo mirando a su plato intentando ocultar la emoción que la embargó por completo.

Cuando Arya preparó todo sobre la mesa, se sentó en una silla al lado de su hermana y los tres comenzaron a servirse y a desayunar en silencio. No obstante, al cabo de unos minutos, cuando Mya estaba a punto de terminar con su desayuno, levantó la mirada y la clavó en su hermana Arya. Esta la vio de soslayo y le devolvió la mirada. Durante unos segundos no hizo falta que hablaran para poder entenderse y Arya sintió verdadera lástima por su hermana. Sabía que sufría internamente y que no hablaba de ello por algún extraño motivo. Quería ayudarla, lo había deseado desde hacía años, pero no sabía cómo hacerlo. Sin embargo, lo que más le sorprendió no fue aquella mirada, sino sus siguientes palabras:

—Yo también soñé con ese hombre —dijo lentamente y en voz baja, como si no se atreviera a confesarlo.

El tenedor que sujetaba Arya entre sus dedos acabó estrellándose contra el plato, esparciendo parte de la comida, aunque no se inmutó.

Su tío John también estaba sorprendido ante aquella confesión y miró a ambas, esperando una explicación por su parte.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Arya.

—Que yo también soñé con él, dos días antes de que tú nos contaras tu sueño.

Arya frunció el ceño.

—¿Y por qué demonios no nos has dicho nada hasta ahora?

Mya se encogió de hombros al tiempo que revolvía la comida de su plato.

—Supe que era él cuando me sorprendió en el bosque de camino a casa tras el mercado.

—Que tú también hayas soñado con él quiere decir que vuestra madre os está avisando desde el otro lado, sobrinas.

Ambas miraron a su tío.

—Debéis alejaros de él todo lo que podáis, sobre todo, tú, Arya, que estás más cerca de él.

—Hago lo que puedo, tío.

—Yo no voy a alejarme si vuelve a confundirme contigo, Arya.

La aludida entornó los ojos.

—¿Por qué dices eso? ¿Acaso quieres que nos descubra?

—Ese hombre me ayudará con mi venganza. Lo sé.

Mya levantó la mirada y la clavó en los ojos miel de su hermana con determinación. En ese instante, Arya sintió verdadero miedo por lo que había cruzado por la mente de su hermana durante todos esos años.

—¿Qué vas a hacer, Mya?

La joven se encogió de hombros.

—No es asunto tuyo, Arya.

La aludida tembló.

—Por favor, Mya, ya te pedí que lo olvidaras.

Mya dio un manotazo en la mesa y se levantó de golpe, mirando a ambos desde su posición.

—¿Olvidarlo? ¿Tú has podido olvidar las súplicas de madre? ¿Su sangre? ¿Sus ojos sin luz? ¿Has podido olvidar el ruido que hizo su cuerpo al caer muerta en el suelo de piedra de ese maldito castillo? Yo no.

Cuando Mya terminó de hablar, respiraba ruidosamente. Tenía los ojos llenos de lágrimas, unas lágrimas que no había sido capaz de derramar durante todos esos años y que guardaba en lo más profundo de su corazón; un corazón que había ido secándose con el paso del tiempo.

John suspiró a su lado y se levantó también de la silla para acercarse a ella y poner las manos en sus hombros.

—Cálmate, Mya. ¿De verdad crees que no entendemos y sabemos cómo te sientes? Perdí a mi hermana y de repente me vi cuidando de dos niñas pequeñas cuando ni siquiera era capaz de cuidar de mí mismo. Tranquila.

Tras eso, John se separó de ella y caminó hacia la chimenea. Apoyó las manos en la repisa y miró el fuego con atención.

—Sabía que tarde o temprano os encontrarían... —susurró—. Creía que tras la muerte de Jacobo II se olvidaría todo, pero parece que esto solo ha hecho que el temor del nuevo rey se acentúe al creer que podríais arrebatarle el trono.

—Solo una de nosotras, tío —terció Mya—. Ellos creen solo en la existencia de Arya. No saben que yo nací unos minutos después.

—Ya, pero eso no evita el peligro.

John se apartó de la chimenea y miró a Arya.

—Debes entrenar más y fortalecerte.

—¿Para qué?

Su tío apoyó las manos en su cadera y suspiró largamente, derrotado.

—Me ha llegado una misiva de palacio, donde tengo un contacto, y saben que Jacobo ha enviado a su mejor hombre a buscarte. Ese hombre se llama James Buchanan.

Arya frunció el ceño mientras sentía que el aire escapaba de su pecho y a punto estaba de no poder respirar de nuevo. Un poderoso calor subió hasta su cuello, como si de unas manos invisibles se tratara y pareció apretar con fuerza, pero se recordó de nuevo que había sobrevivido durante once años a muchas vicisitudes, incluida la muerte de su madre y un largo viaje desde Edimburgo a Dumbarton. Ese hombre solo era una piedra más en el camino.

—¿Por qué no nos lo habías dicho, tío? —pudo preguntar por fin cuando encontró su voz en lo más profundo de su ser.

Su tío acortó la distancia con ambas.

—No quería preocuparos, pero sí debéis tener cuidado. Si Jacobo lo ha enviado para saber de vosotras, tal vez tenga la orden de llevaros ante él. No bajéis la guardia.

—Yo no tengo intención de cruzarme de nuevo con él —murmuró Mya.

John miró a Arya, que estaba tan blanca como la nieve en invierno.

—Pero tú lo tienes muy cerca. No te confíes...

La joven asintió y apretó los puños con fuerza. Había tenido la esperanza de que realmente se tratara de un viajero que estaba solo de paso, esperando a un amigo, pero el destino parecía reírse de ella. Arya apartó la mirada de su familia y la desvió hacia la comida que había preparado con tanto ímpetu. Una parte de ella había temido a ese hombre durante esos últimos días, pero otra muy distinta... una parte que solo veía el hombre que era bajo ese muro se había sentido atraída por él.

Arya se golpeó mentalmente. ¿En qué momento de su existencia había perdido por completo el juicio? ¿Por qué había puesto sus ojos sobre un hombre tan imponente, musculoso, misterioso, rudo y peligroso? Arya enarcó una ceja y resopló.

—Tendré cuidado... —les aseguró.

John se aproximó a ella por detrás y puso una mano en su hombro.

—Se está haciendo tarde, sobrina. ¿Por qué no te vas ya a la fiesta?

—¿Y si me quedo en casa?

John sonrió y señaló la comida.

—¿Después de hacer todo esto? No. Ve a esa fiesta y pásalo bien. Olvida a ese hombre y sigue con tu vida. No tiene por qué descubrir que eres tú a la que busca.

Arya asintió y decidió no contar lo que sabía. Y si había hecho averiguaciones a lo largo de esa última semana, tal vez habría descubierto que ella era una Stewart. Sin embargo, prefirió callar y no contar la verdad. Corrían peligro, sin duda. Pero no podían marcharse y abandonar su vida, así como así. Si debía luchar y enfrentarse a su destino, lo haría con la cabeza bien alta, porque ella no había hecho nada, ni tampoco deseaba arrebatarse la corona al rey. Y si tenía que ir a Edimburgo a decirselo cara a cara, estaba dispuesta a ello.

Mientras Arya caminaba hacia la playa, cargando con toda la comida que había preparado, se hablaba a sí misma continuamente. Se dijo una y otra vez que no debía tener miedo de ese hombre, que tenía que ser fuerte, no solo por ella, sino también por su hermana Mya. Sabía que esta no aguantaría ni un día en la corte, por lo que debía ser fuerte por ambas. Y también por su tío. Le debía la vida. De no haber sido por él, no habrían tenido un techo bajo el que resguardarse del frío. Nadie sabía que Mya existía, por lo que era a ella a la que estaban buscando. Era la mayor, era la más fuerte física y mentalmente. Y así debía mostrarse. Hasta entonces había temblado ante la idea de cruzarse con James, pero ahora que sabía la verdad, estaba segura de que iba un paso por delante. Y si creía que iba a encogerse de miedo cuando llegara el día de la verdad, estaba muy equivocado. Ella era Arya Stewart, una superviviente, y un simple esbirro del rey no iba a cazarla tan fácilmente.

La joven elevó el mentón con orgullo y apretó el paso, un paso más seguro que antes, para llegar cuanto antes junto a los demás. Gran parte del pueblo se encontraba allí reunido. El rugido

de las olas aplacaba en parte las conversaciones de la gente, pero todos mostraban un aire calmado y de fiesta que logró contagiarla enseguida.

—¡Arya! —exclamó una mujer llamada Tina—. Es un gusto volver a verte, muchacha.

La joven le sonrió a la mujer y levantó ligeramente el peso entre sus manos.

—Espero haber superado tu sopa este año, Tina.

La mujer lanzó una carcajada y se acercó a ella para ayudarla a colocar todo en una de las enormes mesas que habían preparado por la playa. En ese momento, Arya no era consciente de que unos ojos negros la observaban desde el momento en el que la joven asomó cargada de pucheros. Durante unos instantes, había estado a punto de dejar su puesto para correr a ayudarla, pero cuando fue consciente de su pensamiento, James se quedó donde estaba. Durante esa larga semana había estado conociendo a gente del pueblo, investigando quién podría tener el apellido Stewart y aunque había hecho cierta amistad con algunas personas, no se había atrevido aún a ser directo en sus preguntas. No obstante, tenía la sensación de que esa joven estaba más cerca de lo que pensaba y que allí en Dumbarton daría con ella.

Desde su posición veía claramente a Arya. Esta aún no había reparado en su presencia y mientras bebía un trago del whisky que le habían servido, James vio cómo la joven hablaba con algunas vecinas del pueblo y reían. Al cabo de unos minutos, descubrió que Arya estaba sola, llenando un plato de la comida preparada por otros y, mientras lo degustaba, la música comenzó a sonar.

Muy cerca de ellos varios vecinos del pueblo comenzaron a bailar, animados por la música y todo lo que habían bebido. Las risas comenzaron a llenar la playa y el ánimo subió entre todos, haciendo que la fiesta elevara el tono un poco más.

Por una parte, James torció el gesto. El guerrero no estaba muy acostumbrado a vivir esas fiestas, ya que él siempre salía cuanto antes de ellas para marcharse a un lugar más tranquilo y con menos ruido donde poder beber una buena copa de whisky y disfrutarlo como merecía. Sin embargo, otra parte de él envidió a toda esa gente. Había pasado gran parte de su vida en la corte, sirviendo al rey, y no había tenido ni un solo instante de paz en el que poder hacer esa clase de amistades que veía ahora con sus ojos. Mucha gente lo temía y en Edimburgo no tenía precisamente la mejor reputación, ya que su fama de serio, misterioso y raro había llegado a todos los rincones de la ciudad. Por eso, ahora que tenía la oportunidad de reunirse con esa gente, no sabía realmente cómo comunicarse con los demás, por lo que prefirió mantenerse al margen, observando a todo el mundo. Pero sus ojos siempre volvían al mismo lugar: Arya.

La joven estaba realmente hermosa ese día. Estaba seguro de que había elegido su mejor vestido para esa festividad, ya que lo que solía vestir normalmente en la taberna era relativamente viejo y raído. Pero el hermoso vestido verde claro contrastaba con la claridad de su pelo y parecía hacer brillar sus ojos. Jamás había tenido el tiempo suficiente como para admirar la belleza de una mujer. Todas con las que había estado formaban parte de un simple acercamiento carnal en el que lo importante era desfogar tanto uno como el otro. Sin embargo, siempre tenía prisa y cosas que hacer, por lo que nunca se había parado a admirar esa belleza. Y Arya era realmente hermosa. Tenía algo en su rostro que la hacía parecer una especie de efigie o retrato antiguo, como si la joven llevara en su interior algo parecido a la sangre que cualquier cortesano poseía. Estaba seguro de que ella no era consciente de su belleza o de su porte orgulloso y regio, y a pesar de que sabía que debía alejarse de cualquier persona que pudiera retrasarlo en su cometido, James no podía apartar su mirada de ella.

Desde su posición, Arya masticaba un trozo de cordero asado que había llevado Tina a la fiesta. En sus labios se dibujó una sonrisa al darse cuenta de que debía felicitar a la mujer por cocinar mejor que ella. Mientras tanto, Arya observaba a todos los bailarines que había en el centro de la fiesta. A su alrededor, muchos niños correteaban por la playa persiguiéndose unos a otros y disfrutando tanto como los mayores. Con una sonrisa, Arya observó todo a su alrededor, hasta que su sonrisa se quedó congelada al ver, al otro lado de la fiesta, al hombre que, aún sin saberlo, la buscaba a ella. La mano que sujetaba el vaso del que bebía tembló, amenazando con tirar el contenido a la arena de la playa. Sin embargo, se recordó de nuevo lo que se había prometido.

—Eres valiente, Arya, no lo olvides —se dijo a sí misma en apenas un susurro.

En ese momento, elevó el mentón y lo miró orgullosa, retándolo con la mirada a que se atreviera a cazarla porque, si lo hacía, ella no le daría ni un solo segundo de tregua. Y a pesar de la distancia, Arya habría jurado que una sonrisa ladina se dibujó en los labios del guerrero del rey.

La joven tragó saliva y se obligó a mirar hacia otro lado, sin éxito. Había algo en ese hombre que la llamaba continuamente, como una especie de hilo que tiraba de ella desde su ombligo para unirla a él.

—Me alegra verte, Arya —dijo una voz cerca de ella, sobresaltándola y sacándola del embrujo del guerrero.

La joven giró la cabeza al tiempo que James fruncía el ceño al ver al nuevo acompañante de Arya. Esta esbozó una amplia sonrisa al ver allí al que había sido uno de sus pocos amigos de la infancia. Fue el primer niño al que conoció en Dumbarton, y a pesar de que se habían hecho muy amigos, su relación se había enfriado un poco desde que la joven comenzó a trabajar en la taberna. No obstante, cada vez que se veían, pasaban un buen rato juntos, charlando sobre su vida.

—¡Sean! —exclamó la joven—. ¡Cuánto tiempo sin verte!

El joven sonrió y asintió, acercándose más a ella.

—Demasiado —respondió mirándola a los ojos—. Hoy estás... muy guapa.

Arya sonrió aún más y se encogió de hombros. Sean había sido siempre un chico muy tímido y, aunque cuando era pequeña tenía la sensación de que le gustaba, él jamás le dijo nada. Era un joven que resaltaba por encima de los demás, siempre atento y dispuesto para ayudar a cualquiera que necesitara ayuda. Era hijo del herrero del pueblo y, aunque había heredado un gran negocio, Arya a veces tenía la sensación de que no era feliz con su trabajo.

—Gracias. Hacía tiempo que no me ponía este vestido.

—¿Cómo va todo?

Arya bebió lo que quedaba en su vaso y lo dejó sobre la mesa.

—Bien, aunque un poco cansada por todo el trabajo de la taberna. Últimamente, no puedo descansar ni un solo día.

—Hamish se aprovecha demasiado de tu bondad, Arya.

La joven asintió.

—Ya, pero no tengo otra cosa. Y mi tío necesita el dinero.

Sean señaló hacia la zona donde los demás saltaban, reían y se divertían.

—¿Te gustaría... bailar?

El joven casi había tartamudeado esas palabras, pero aún así, Arya aceptó. Nunca tenía la oportunidad de bailar con alguien y divertirse, por lo que aprovechó ese momento para unirse a los demás.

Sean le tomó las manos y comenzaron a bailar al ritmo de la música que sonaba a su alrededor. Una amplia sonrisa se dibujó en sus labios y se dejó llevar por el momento, la música y la increíble compañía. Momentáneamente, olvidó a James Buchanan y lo que lo había llevado allí sin ser consciente de que el guerrero seguía todos y cada uno de sus movimientos con ojos entornados, como si estuviera a punto de coger a Sean de la solapa de su camisa y alejarlo de ella de una patada.

Al cabo de varios minutos de baile, Arya acabó parando mientras intentaba recuperar la respiración.

—¡No puedo más! —exclamó abanicándose con la mano—. Necesito beber algo.

Sean asintió y, juntos, fueron hasta una mesa para servirse algo para beber. Cuando Arya terminó el contenido de su vaso, lanzó un suspiro de alivio y miró a su acompañante. Este pareció sonrojarse mientras la miraba y, en un momento de valentía, el joven levantó una mano y acarició su mejilla suavemente, como si quisiera grabar ese momento para siempre en su memoria. Arya le sonrió y antes de darle tiempo a hablar, le dio un beso en la mejilla y se marchó.

La joven se quedó anonadada, ya que era la primera vez que Sean mostraba ese gesto con ella. De hecho, era el primer chico del pueblo que se había atrevido a besarla en la mejilla. Siempre había pensado que no era lo suficiente hermosa como para que los jóvenes del pueblo la miraran, y ahora que Sean se había atrevido a acariciarla y besarla en la mejilla, no pudo sino sonrojarse.

Con una sonrisa en los labios, la joven levantó la mirada y, sorprendentemente, se topó con los ojos negros de James, que parecía haberse acercado a ella tan solo unos metros. Aún había distancia entre ellos, pero Arya estaba segura de que apretaba el vaso con demasiada fuerza, como si estuviera molesto por algo, ya que los nudillos de su mano estaban totalmente blancos. Su rostro, impasible, estaba a punto de ponerse rojo por la ira y, durante unos momentos, Arya pensó que la había descubierto y estaba enfadado con ella.

La joven tragó saliva y desvió la mirada justo en el momento en el que grito de una mujer se alzó desesperada por encima de la música, helando la sangre de Arya cuando miró en su dirección.

CAPÍTULO 7

Los gritos no tardaron en romper la alegría del momento, quedando la playa totalmente en silencio mientras las voces aterradas de esa madre no paraban de escucharse.

Arya, que estaba relativamente cerca de la mujer, corrió hacia ella y vio, con horror cómo su hijo braceaba desesperado dentro del agua.

—¿Alguien sabe nadar? —preguntó la mujer—. ¡Por Dios, ayudadlo! ¡Tommy, aguanta!

Arya, cuyo tío le había enseñado lo justo como para no ahogarse si en algún momento de su vida caía al agua, asintió y miró a la mujer mientras se quitaba los zapatos. En ningún momento pensó en quedarse quieta y que otro hiciera el trabajo por ella. Había que sacar a ese niño de ahí, y pensaba devolvérselo a su madre.

—Tranquila, Theodora. Lo sacaré de ahí.

La mujer, con el rostro empapado en lágrimas, giró la cabeza en su dirección y asintió, agradecida.

Arya corrió hacia la orilla, seguida no solo por los ojos de los habitantes del pueblo, sino también por James, que lanzaba maldiciones mientras se acercaba a ellos y desanudaba lentamente el nudo del cinturón que sujetaba su kilt para entrar en el agua en caso de que Arya no pudiera alcanzar al niño a tiempo y tuviera también problemas para salir.

La joven dejó escapar una exclamación de sorpresa al tiempo que su cuerpo se ponía en tensión para poder soportar la frialdad del agua. A pesar de que estaban en verano, el agua seguía estando realmente fría, y el movimiento constante de las olas no ayudaba en absoluto a mantenerla tranquila mientras se adentraba en el mar. Desde allí podía ver con claridad la cabeza del niño, que pateaba con fuerza el agua intentando mantenerse a flote, aunque a veces, no sabía si por cansancio o por la fuerza del mar, el niño desaparecía bajo las olas.

—¡Tranquilo, Tommy! —vociferó—. ¡Voy a sacarte!

El niño no dijo nada, tan solo se limitó a bracear mientras intentaba aguantar, aunque en sus ojos podía verse el cansancio.

Arya se dio prisa para acercarse y cuando el agua comenzó a cubrir su cintura, sintió cómo su cuerpo comenzaba a temblar por el frío. Segundos después, se zambulló en el mar y sintió como si millones de cuchillos atravesaran su cuerpo. Era un frío tan cortante y arrollador que necesitó de toda su calma interior para no dejarse arrastrar por el terror de la situación.

Cuando su cabeza emergió de nuevo y acortó la distancia con el niño, James, desde la orilla, dejó escapar el aliento que tenía retenido en sus pulmones.

—Vamos, muchacha —susurró entre dientes—. Sal ya de ahí, maldita sea.

Como si la propia Arya hubiera podido escucharlo, sintió que toda su fuerza se concentraba en sus brazos y, al instante, se lanzó a por el niño. En ese momento, perdió pie y se sumergió para intentar ver bajo el agua a Tommy. Enseguida logró ver uno de los brazos del niño, que seguía agitándose bajo el agua en busca desesperada de regresar a la superficie para respirar. Cuando logró aferrarlo, sacudió con fuerza los pies y se impulsó hacia arriba.

—Ya está, Tommy —balbuceó cuando por fin ambos sacaron la cabeza—. Estoy contigo.

Arya escuchó que desde la orilla todos aplaudían, pero aún quedaba lo más complicado, que

era regresar. El agua pareció encabritarse, haciendo que las olas fueran cada vez más fuertes, arrastrándolos hacia el interior en lugar de aproximarlos más a la orilla. No obstante, agua pateó con fuerza el agua y miró hacia la orilla. Vio que los vecinos parecían hacer una especie de fila, dándose las manos los unos a los otros para internarse en el agua y así llegar con facilidad hasta ella, facilitándole el trabajo.

Estuvo a punto de esbozar una sonrisa al ver que uno de los que se quedaba quietos no era otro que James, que se encontraba en la orilla de brazos cruzados, mirándola con una expresión iracunda en los ojos, que la observaban ligeramente entornados.

—Tengo miedo... —lloriqueó el niño entre sus brazos.

El agua logró arrastrarlos un metro más hacia el interior del mar, por lo que Arya pateó y braceó hacia uno de los hombres que estaba metido en el mar hasta la cintura a unos siete metros de ellos.

—Voy a sacarte de aquí, pequeño.

—Me han obligado los demás —dijo llorando—. Me han dicho que era un cobarde por no meterme en el agua.

A pesar de que estaba comenzando a cansarse y que su respiración era costosa a medida que se aproximaba de nuevo a la orilla, Arya lo miró de reojo y le dijo:

—Pues eres el niño más valiente de Dumbarton. No les hagas caso. Tú sabes lo que vales, que nadie diga lo contrario.

El niño asintió y, para calmarlo, Arya le sonrió.

—¿Me ayudas a nadar? Así podremos llegar antes... Solo tienes que mover con fuerza las piernas, como si dieras patadas al agua para que se aparte de nuestro camino...

Tommy asintió y, gracias a su movimiento, comenzaron a moverse más deprisa hacia la orilla. Sin embargo, Arya sentía que el peso de su vestido era como una losa que amenazaba con hacerlos desaparecer bajo el agua, por lo que tuvo que hacer acopio de la poca fuerza que le quedaba para poder llegar hasta los que estaban unidos por las manos.

—¡Vamos, no queda nada!

Arya levantó la mirada y descubrió que el primer hombre era el padre del niño, que tenía lágrimas en los ojos y parecía intentar ayudarlos desde la distancia. Y cuando por fin llegaron hasta él, gracias al movimiento de una ola algo más fuerte que las demás, suspiró aliviado de poder tener entre sus brazos al niño nuevamente.

—¡Tommy, nos has dado un susto de muerte!

El hombre comenzó a pasar al niño de unos brazos a otros hasta que, entre todos, lograron llevar al pequeño a la orilla, donde su madre lo recogió llorando desesperada y aterrada.

Arya sabía que allí hacía pie y sonrió al descubrir que los hombres aún seguían haciendo fila para tenderle la mano y ayudarla a salir. Sin embargo, el peso del vestido era un auténtico lastre que le impedía ponerse en pie. La joven estaba esperando la próxima ola para incorporarse con más facilidad, pero la última hizo retroceder el agua ligeramente con fuerza y Arya perdió pie, sintiendo al instante cómo la corriente la arrastraba hacia el interior del agua nuevamente.

Tan solo pudo lanzar una exclamación de auténtico terror cuando se vio a cinco metros del hombre en cuestión de segundos. Todos los que hacían la fila comenzaron a gritar al no poder

hacer nada por ella, ya que no sabían nadar.

Arya lanzó un rugido e intentó volver a la orilla, pero el peso del vestido era ya excesivo y se vio bajo el agua cuando la siguiente ola la alcanzó. Y en ese momento supo que iba a morir.

Desde la orilla, James apretaba los puños con fuerza sin dejar de observar el agua.

—Vamos, muchacha...

Había visto cómo la joven le entregaba el niño a los que habían hecho una fila. Él decidió quedarse apartado por si tenía que meterse rápidamente en el agua, así que cuando vio que una ola se llevaba lejos a Arya, solo tuvo tiempo para quitarse las botas y zambullirse por completo en aquellas frías aguas.

—Maldita sea —gruñó al sentir el frío penetrante en el cuerpo—. ¡Aguanta!

No estaba seguro de que Arya pudiera haber escuchado su grito, pero era lo único que podía hacer mientras braceaba hacia la joven, que a pesar de que había vuelto a sacar la cabeza de entre las aguas, estas la sumergieron nuevamente.

El corazón de James latía con fuerza. No entendía por qué, ya que no era la primera vez que salvaba a una persona en su vida, pero sí se trataba de una de las pocas que, sin haber hecho nada, había conseguido sacar a flote algo dentro de él que parecía haberlo revivido tras años de muerte.

Cuando Arya volvió a sacar la cabeza, escuchó cómo esta tomaba aliento con desesperación, intentando no ahogarse.

—¡Mantente a flote! —vociferó—. Ya llego...

Arya estaba de espaldas a él y a pesar de que intentó girarse, el agua, cada vez más embravecida, se lo impidió.

—¡Pesa mucho! —gritó antes de volver a desaparecer bajo el agua.

James gruñó y logró alcanzar el lugar donde la había visto por última vez. Enseguida, se sumergió y abrió los ojos para intentar buscarla. Todo estaba demasiado revuelto y numerosas burbujas impedían que pudiera ver con claridad, pero segundos después, un mechón de pelo rubio cruzó por delante de él, a tan solo un metro. James se lanzó desesperado hacia allí y logró dar con la joven, que intentaba, desesperadamente, desabrochar el nudo que ataba el corpiño de su vestido.

El guerrero entendió entonces lo que había querido decirle. Era el vestido el que la arrastraba hacia abajo, por lo que sacó de su calcetín una daga que siempre llevaba escondida ahora que no podía llevar colgada su espada. La dirigió hacia el cordón de la prenda y la cortó. Cuando por fin pudo liberar a Arya del vestido, llevó su mano hasta la cintura de la joven y se impulsó hacia arriba.

James la apretó contra su amplio pecho, intentando proporcionarle esa seguridad que había perdido ante el pánico de verse arrastrada por las olas. Y cuando por fin emergieron, ambos abrieron sus bocas para aspirar todo el aire que pudiera caber en sus pechos.

Arya levantó la cabeza y descubrió que la persona que la había salvado no era otro que James Buchanan. Había logrado escuchar varias veces una voz que le hablaba, pero no había logrado reconocerlo. Y ahora que ambos se miraban fijamente, con la mano del hombre en su cintura,

apretándola con fuerza contra él, Arya no encontró palabras para agradecerle el gesto.

Descubrió entonces que sus manos se aferraban a los amplios y poderosos hombros del guerrero del rey Jacobo y que parecían haberse quedado pegadas, pues, aunque intentó apartarlas, no se vio capaz. Sentía que la fuerza la abandonaba, como si estuviera a punto de desmayarse, pero se obligó a mantenerse despierta. Ya no sentía el peso del vestido arrastrándola hacia abajo. Ahora lo que sentía era la fuerza que manaba de ese misterioso hombre, cuyo cuerpo podía sentir pegado al suyo.

—¿Estás bien? —le preguntó James.

Arya, que se había perdido en la negrura de sus ojos, logró encontrar de nuevo el camino a la realidad y asintió.

—Sí, gracias.

James asintió con seriedad, como si le incomodara el hecho de haber escuchado su agradecimiento y comenzó a llevarla hacia la orilla.

Con la poca fuerza que le quedaba, Arya lo ayudó con las piernas, dando patadas al agua. Y cuando por fin ambos estuvieron en la orilla, la joven se apoyó inconscientemente contra el amplio cuerpo del guerrero, ya que no era capaz de sujetar su peso con las piernas. Temblaba tanto por el frío del agua como por el miedo que había pasado al pensar que iba a morir.

Sin dejar de sujetarla, James la alejó de la orilla y se internaron en lo que había sido la fiesta. Al llegar allí, vio que esta levantaba la mirada de nuevo a él y la miró fijamente. No sabía por qué, pero no quería apartar las manos de su cuerpo, como si al tenerla así pudiera garantizar su seguridad, pero finalmente, la soltó y dio un paso atrás.

Arya se tambaleó al tener que aguantar el peso de su cuerpo sin su ayuda y se quedó totalmente embobada ante la imagen que presentaba el hombre en ese momento. Tenía la ropa pegada al cuerpo, dejando entrever sus músculos a través de su camisa y cuando levantó la mirada y la clavó en su rostro... Arya estuvo a punto de caer de rodillas ante semejante belleza. El pelo mojado de James caía sobre su frente, dándole un aspecto aún más misterioso y aterrador, pero al mismo tiempo, atrayente y seductor. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que ese hombre no solo iba a ser un problema por lo que buscaba en el pueblo, sino porque el deseo que había en su interior parecía crecer a cada segundo. Y en parte dio gracias al cielo cuando, en ese instante, apareció Sean junto a ella y la tomó del brazo para girarla hacia él.

Casi respiró aliviada al romper el contacto visual con James, pero por otra parte se sintió ligeramente molesta.

—Por Dios, Arya, ¿estás bien?

El joven aferraba los hombros de esta, que acabó asintiendo y apartándose de él, pues en ese momento no se sentía cómoda tan cerca de Sean, y menos aún ahora que estaba con tan solo una camisola que se pegaba a su cuerpo, mostrando cada curva de su cuerpo.

—Cuando he visto que desaparecías... —En el rostro del joven se dibujó una expresión horrorizada.

James, a tan solo un par de metros de él, enarcó una ceja mientras se calzaba las botas nuevamente.

—Si tan preocupado estabas podrías haberte lanzado al agua a por ella —intervino con su habitual tono irónico.

Sean levantó la mirada hacia él y frunció el ceño.

—Yo no sé nadar...

—Tampoco te he visto en la fila que han hecho los hombres —siguió James—. Supongo que no sabes dar la mano como han hecho los demás. Pobre...

Sean, que abrió la boca para responder de malas maneras, se vio callado por la voz de Arya, que había dejado de temblar y se abrazaba a sí misma intentando recuperar la calma.

—Bueno, ya da igual. Lo importante es que Tommy ha vuelto con su familia. Sean, ¿por qué no vas a ver si está todo en orden?

El aludido asintió y se marchó, dejándolos solos de nuevo. Y fue entonces cuando Arya se giró hacia James y le espetó.

—¿Hace falta ser tan desagradable?

James la miró apartando el cabello que caía por su frente y haciendo que Arya olvidara la pregunta que acababa de formular.

—No destaco precisamente por mi amabilidad —respondió.

Arya frunció el ceño y resopló.

—Será mejor que me vaya. Debo ponerme algo de ropa seca.

James carraspeó y dio un paso hacia ella cuando la joven se giraba para marcharse.

—Te acompaño.

Arya negó con la cabeza, nerviosa.

—No hace falta.

La joven lo miró largamente y creyó verlo tiritar también de frío, pues a pesar de que era verano, la temperatura era fresca. Acabó suspirando y cediendo.

—Está bien. Tú me has salvado, así que lo justo es que te lo pague.

—No lo he hecho para que me pagues nada.

—Lo sé, pero quiero una conciencia tranquila. Acompáñame...

James asintió y, juntos, abandonaban la playa rumbo al bosque. Arya le dedicó una sonrisa a la madre del niño, que la miraba desde la lejanía sin soltar a su hijo y rodeada de gran parte de los aldeanos. Sus ojos mostraron una expresión de agradecimiento y en sus labios se dibujó la palabra “gracias”. Arya le sonrió y después fijó su mirada en el frente.

La joven seguía abrazándose a sí misma, pues la brisa marina era realmente fresca ese día y casi podía sentir aún los miles de cuchillos clavándose en su cuerpo cuando el frío penetró por su ropa hasta su piel.

Cuando abandonaron la playa y se internaron en el bosque en completo silencio, Arya no pudo evitar mirar de soslayo a James, que sacudía su pelo a su lado intentando secarlo de alguna manera. Y aunque este no era consciente de ello, Arya se mordió el labio ante la visión que tenía junto a ella.

No obstante, cuando estuvo a punto de tropezar y caer, desvió la mirada, golpeándose mentalmente por haber perdido completo el juicio. Él era un guerrero del rey. Y este lo había enviado en su busca. No sabía para qué, pero estaba segura de que para nada bueno. No podía

verlo como a cualquier otro hombre, así que debía alejarse de él. Pero era tan maldita y peligrosamente atractivo que estaba segura de que le costaría la vida conseguirlo.

—¿Por qué lo has hecho? —se obligó a preguntar para alejar de su mente los pecaminosos pensamientos en los que había derivado su mente.

James levantó la cabeza hacia ella y apretó los puños intentando no decir la verdad, pero, como si su boca tuviera vida propia, habló:

—Porque en el momento en el que he visto que tu cabeza se hundía en el agua, los demonios de mi corazón han gritado como nunca y me han golpeado tan fuerte que solo podía pensar en sacarte de ahí.

Los pies de Arya se pararon de golpe, incapaz de procesar semejantes palabras. A su lado, el guerrero también, y se mostró ligeramente aturdido, como si no hubiera sido él quien había hablado, por lo que, avergonzado, miró hacia el suelo.

Arya lo miró, asombrada, durante unos segundos, hasta que dio un paso más hacia él y le dijo:

—Eres un hombre muy extraño, James Buchanan.

—Es la primera vez que me dicen algo así. Siempre me han llamado cosas peores.

Arya entornó los ojos.

—¿Por qué?

James se encogió de hombros.

—Por las cosas que he hecho...

—¿Tan malas son?

El guerrero tragó saliva. Era la primera vez que mantenía una conversación así con una mujer. De hecho, nunca se había abierto a nadie, hablándole de cosas así, pero era como si algo en su interior quisiera abrirse y hablar.

—Depende de quién las mire...

Realmente intrigada, Arya sonrió ligeramente.

—¿Por qué no me cuentas algunas de ellas?

Se dijo que tal vez así podría sacar información al guerrero. No obstante, lo que obtuvo fue una negación por su parte.

—Es mejor no nombrar lo que debe ser guardado.

—Está bien. Dejaré de preguntar porque tengo demasiado frío.

Retomando la marcha, Arya lo sobrepasó y se perdió la pequeña sonrisa que pasó por los labios del guerrero. Este caminaba un paso por detrás de ella y evitaba fijarse en las curvas de su cuerpo, más que nítidas debido a que tenía la ropa pegada a la piel. El guerrero detuvo su mirada más de lo debido en las nalgas de Arya, que se movían demasiado provocativas a medida que la joven se acercaba a la cabaña. No quería reconocerlo, pero cuando la vio hundirse, sintió como si un agujero se abriera en su pecho. Aquella joven había llamado poderosamente su atención desde el primer momento en que la vio y no podía evitar que se sintiera ligeramente protector hacia ella.

—Te dejaré ropa de mi tío. A él no le importará, y menos aún cuando sepa que me has salvado de ahogarme en el mar.

—Solo he hecho lo que debía hacer —respondió cuando lo recibió el calor de la chimenea.

El guerrero enarcó una ceja y sonrió.

—¿Por qué tienes la chimenea encendida a pesar de ser verano?

Arya sintió que se sonrojaba.

—Bueno, no soy la única. Aunque hacen días estupendos, aquí el viento sopla más fuerte que en el centro del pueblo. Al vivir en el bosque, nos llega directamente la brisa del mar y hace fresco. Pero no me dirás ahora que no la agradeces...

James le guiñó un ojo y ella se sonrojó aún más, obligándose a mirar hacia otro lado. Agradeció mentalmente el hecho de que su tío y su hermana se hubieran marchado a otro pueblo para pasar el día, por lo que no había peligro de que llegaran y James descubriera la verdad sobre su familia.

—Acércate al fuego —le pidió intentando no tartamudear—. Mientras, iré a por algo de ropa seca.

Cuando se alejó de él, Arya se golpeó mentalmente. A pesar de que siempre se había llevado bien con algunos chicos del pueblo, nunca había tenido esos tipos de encuentros con ellos. Tan solo se habían dedicado un par de palabras sobre el tiempo y poco más. Pero con James tenía la sensación de que era algo más que una simple conversación. Parecía que se trataba de algo más salvaje, más varonil. El guerrero rezumaba masculinidad por cada poro de su piel y no podía evitar sentirse atraída a pesar de lo que ese hombre significaba para ella.

Con prisa, pues quería cambiarse ella de ropa enseguida, abrió el baúl de su tío y, sin reparar en los colores del kilt que tomó entre sus manos, salió de allí rumbo de nuevo al salón.

—Me ha dado la sensación de que la gente del pueblo te aprecia —escuchó que hablaba James desde el salón.

—Sí, bueno, pero ninguno de ellos se ha lanzado a las olas como tú has hecho —terció.

Cuando llegó al salón, se quedó completamente quieta desde el otro lado. James estaba al lado de la chimenea, apoyado contra la repisa y sin camisa, mostrando la amplitud de su cuerpo. La joven se quedó sin palabras. Era la primera vez que veía tan de cerca el cuerpo de un hombre semidesnudo, ya que jamás había tenido la oportunidad. Y que fuera precisamente el de James solo acentuaba ese tirón que sentía en el ombligo cuando lo veía.

Arya apretó con fuerza los pliegues del kilt de su tío que llevaba en su mano derecha, mientras que, con la izquierda, inconscientemente, acarició sus labios.

—A veces la ayuda llega de quien menos esperamos —repuso el guerrero girándose hacia ella.

Arya se sobresaltó y dio un paso atrás, mirando hacia otro lado al tiempo que carraspeaba.

—Sí, claro que sí —balbuceó incapaz de levantar la mirada de nuevo.

La joven le tendió primero la camisa para que se la pusiera cuanto antes, quedándose con el kilt en la mano por alguna extraña razón.

—¿A qué te dedicas para tener ese... cuerpo? —se atrevió a preguntar.

James dejó escapar una suave risa.

—Soy carpintero —mintió descaradamente.

Arya frunció el ceño y levantó la mirada, clavándola en él. Ahora que el joven tenía puesta la

camisa ella parecía haber recobrado la seguridad en sí misma.

—Un carpintero no tiene esas cicatrices en la espalda.

James dio un paso hacia ella con la mirada fija en sus ojos. Llevaba la camisa desabrochada y mostraba su amplio pecho con orgullo.

—No creía que me habías observado con tanto interés... —susurró.

Fue un murmullo realmente peligroso, pero Arya se había prometido no mostrarse pequeña ante él, por lo que elevó el mentón con orgullo a pesar de tener las mejillas totalmente rojas por la vergüenza de sentirse descubierta.

—Estoy segura de que guardas un secreto —le dijo para que confesara finalmente que era el hombre que Jacobo había enviado a por ella.

James dio otro paso hacia la joven, y estuvo a punto de sonreír ampliamente cuando, de soslayo, vio cómo los pezones de esta parecían querer atravesar la tela de la camisola.

—Como tú...

Arya entornó los ojos.

—Como todos —fue su réplica—. Está bien guardarlos, pero no está bien mentir. Y si mientes es porque temes algo.

El ceño de James se frunció tanto que ambas cejas lograron encontrarse.

—Yo no temo nada, muchacha. Si vuelves a llamarme cobarde... —amenazó acortando la poca distancia que los separaba.

Arya levantó más el mentón, orgullosa y rebelde.

—¿Qué? —lo retó.

—Pagarás las consecuencias —susurró.

Arya dejó escapar una risa irónica.

—¿Y cuáles son?

James sonrió de lado.

—Puedo llegar a ser muy hábil con una cuerda y un látigo.

La joven sonrió en lugar de asustarse. Estaba metiéndose en el fango, en un campo de batalla en el que su único enemigo era él, pero le parecía un juego tan excitante que no podía parar.

—Tal vez sea yo la que te ate y use ese látigo, señor Buchanan —susurró llamándolo por su apellido—, o tal vez sea yo la primera en ponerse la cuerda para ver de lo que eres capaz de hacerle a una mujer como yo...

James se sorprendió y se dio cuenta entonces de que ambos estaban demasiado cerca el uno del otro. Sin embargo, no quiso apartarse, ya que, si lo hacía, sería una muestra de abandono frente a esa lucha verbal. Él nunca se rendía ante ninguna batalla y el haber encontrado a alguien a su misma altura para batallar con palabras no hizo más que excitarlo. Nunca nadie se había atrevido a replicarlo de esa manera, por lo que esa muchacha del demonio logró alterar su cuerpo y deseo besarla para callar su verborrea y borrar esa expresión orgullosa y victoriosa.

—No me tienes, muchacha. Como bien sabes, no me conoces...

Arya sonrió aún más ampliamente y le tendió la ropa de su tío, haciéndola chocar contra su

pecho desnudo.

—Tienes razón, James Buchanan, no te conozco, pero tú a mí tampoco, así que no me retes.

Con una sonrisa, Arya se separó de él, sin embargo, se quedó congelada al ver los colores del kilt de su tío que acababa de poner entre sus brazos. ¿Cómo no se había dado cuenta de ello? Estuvo a punto de maldecir al verlo y aunque intentó cambiar la expresión de su rostro, James fue más rápido y se dio cuenta de hacia dónde miraba. Él también se quedó de piedra al ver los colores del kilt que acababa de entregarle, y levantando la vista hacia ella, frunció el ceño.

—¿Eres una Stewart?

Arya tragó saliva y apretó los puños contra su cuerpo. No era el mejor momento para mostrarse débil ante él, por lo que volvió a mostrarse rebelde ante él.

—Sí. ¿Algún problema?

James sacudió la cabeza, intentando poner en orden la maraña de pensamientos que cruzaron por su mente. No podía ser. Ella no.

—¿Por qué cuando te pregunté no me dijiste que eras una Stewart?

Arya carraspeó.

—No quise hacerlo. Estoy en mi derecho.

—¿Tu madre también era de ese clan o lo eres por parte de padre?

Arya frunció el ceño.

—¿Y eso qué más da?

—Es solo una pregunta.

—Pues no tengo por qué responderla.

Aún sorprendido por el descubrimiento, James miró los colores del kilt nuevamente. Una Stewart. Había hecho sus averiguaciones en el pueblo y nadie parecía pertenecer a ese clan, salvo ella: una joven que tenía la misma edad de la estaba buscando, una madre muerta y sabía que no era originaria del pueblo.

James levantó la vista hacia ella, intentando no parecer horrorizando ante la idea de que la había encontrado, pero habría dado su brazo derecho para que no fuera precisamente ella.

Con gesto adusto, le devolvió el kilt y se alejó de ella.

—Será mejor que me vaya —dijo—. No quiero molestar.

Arya abrió la boca para preguntarle qué buscaba de ella, pero James se fue tan rápido que no le dio opción alguna para hacerlo. Y lo peor de todo era que le había dejado con un mal sabor de boca tan fuerte que supo que el peligro era aún mayor del que pensaba.

CAPÍTULO 8

El pie de Arya no dejaba de moverse a medida que pasaban los segundos. La joven estaba tan nerviosa que estaba a punto de expulsar de su cuerpo la poca comida que había ingerido a lo largo del día. Este estaba llegando a su fin y su tío y su hermana aún no habían regresado a casa. Sus manos temblaban; su cuerpo estaba a punto de comenzar a hacerlo y sentía un intenso hormigueo en todo su ser.

—Lo he echado todo a perder, madre —susurró—. Once años escondiéndonos y he ido a mostrarle quiénes somos a nuestro enemigo...

Arya se llevó las manos a la cara, incapaz de moverse del sofá. Estaba deseando que llegara su tío para contarle todo lo que había sucedido, y no podía más que maldecir el momento en el que se había metido en el agua para salvar al niño, aunque internamente sabía que volvería a hacerlo si pudiera volver atrás.

—Va a venir a por mí... —susurró escondiendo la cara entre las manos.

Arya dejó escapar el aire con fuerza, enfadada consigo misma. ¿Cómo era posible que se hubiera relajado tanto frente a su propio enemigo? Había cogido el kilt y se lo había prestado para agradecerle que la hubiera salvado, pero sabía que el destino la había rescatado para volver a ponerla en peligro. Y ahora él sabía la verdad.

—No puedo superar la cara que ha puesto el hombre cuando te ha visto vencerlo con la espada...

La voz animada de su tío irrumpió dentro de la cabaña cuando entraron en ella. Arya dirigió su mirada hacia los recién llegados e intentó sonreírles para no amargarles la alegría nada más entrar en la casa. Sin embargo, su tío, que la conocía demasiado bien, vio la preocupación reflejada en sus ojos.

—¿Ocurre algo?

La sonrisa se borró de los labios de su hermana Mya. Una sonrisa que hacía tiempo que no había visto y que ahora, por su culpa, se borraba nuevamente.

—Yo... —comenzó diciendo la joven—. Creo que he echado todo a perder.

John miró de reojo a Mya antes de señalar el pequeño sofá, donde se sentaron los tres rápidamente.

—¿Ha pasado algo mientras estábamos fuera?

Arya asintió, retorciéndose las manos.

—He estado a punto de ahogarme en la playa. Un niño se había internado demasiado y no podía salir. Me he metido sin pensarlo, pero mi vestido pesaba demasiado, así que después de salvarlo, me hundía y el mar me arrastraba hacia dentro.

Arya paró un segundo para tomar aire.

—James Buchanan se ha metido para salvarme.

—¿Y dónde está tu error? —preguntó Mya.

—Lo he traído aquí porque ambos estábamos mojados y he pensado que, para devolverle el favor de salvarme, lo mejor era prestarle... uno de tus kilts.

John dejó escapar el aire lentamente y se dejó caer sobre las muñecas al tiempo que apoyaba los codos en las piernas.

—Aún estaba asustada y no he reparado en los colores de la tela, así que... —La voz de la joven se perdió y miró a su hermana y a su tío.

La primera estaba sorprendida y ligeramente aterrada, aunque sabía que jamás confesaría lo que sentía. Sin embargo, su tío estaba sin palabras. Había cerrado los ojos un instante antes de abrirlos y mirar hacia el kilt que aún reposaba sobre una de las sillas más cercanas.

—Deduzco que no se lo ha puesto...

Arya asintió tras seguir su mirada.

—En efecto. Se ha dado cuenta al mismo tiempo que yo. Y ya no he podido hacer nada.

—¿Te ha amenazado? —preguntó John con preocupación.

Arya negó.

—No, pero su mirada lo decía todo. Se ha sorprendido al ser consciente de la realidad y se ha marchado sin decir nada. Ni me ha amenazado ni me ha confesado la verdad, pero eso me ha confirmado que es él la persona a la que ha enviado el rey.

Mya resopló y se levantó de la silla.

—Debemos marcharnos del pueblo.

John lo sopesó, pero acabó negando.

—Tal vez sería lo más inteligente, pero no creo que tardara mucho en encontrarnos de nuevo.

Arya mostraba lágrimas en los ojos. No podía creer que todo se hubiera echado a perder en unos minutos.

—¿Y si lo envenenas cuando le llesves la comida? —sugirió Mya.

Arya enarcó una ceja ante la nueva insinuación de su hermana para matarlo.

—Ni siquiera me ha amenazado, Mya. No puedo matar a una persona a sangre fría.

Su hermana resopló.

—Déjame lo a mí, entonces...

John se levantó del asiento y negó con la cabeza.

—No vamos a hacer nada de eso. Si ese hombre te ha salvado en la playa y ahora sabe la verdad, tal vez intente preguntarte o saber más cosas de ti. Si lo hace, podrías hablar con él. Decirle que sabes la verdad y contarle quién eres.

Arya frunció el ceño.

—No puedo hacer eso, tío. Se lo debo a mi madre. Ellos la mataron.

—Entonces esperaremos unos días para ver de qué va todo esto. Y si corréis peligro, os sacaré del país.

—¿Por qué no nos vamos ya, tío? —preguntó Mya, desesperada.

—Porque aún sigo creyendo en la bondad de la gente. He visto los ojos de ese hombre y, aunque resume peligro, en el fondo parece un buen hombre. Si te conoce más, sabrá que no eres una mujer que ponga en peligro la corona, así que no te hará nada. Dejemos que la bondad de ese

hombre salga a la luz. Su alma también lo necesita. Estoy seguro de ello...

Dos días después, Arya aún no se había vuelto a cruzar con él. Sabía, por Hamish, que había pedido un cambio sobre la persona que lo atendía, que era ella, y que ahora no le importaba quién lo hiciera. Eso le había dado cierta libertad para atender a otros y salir cuando sabía que él estaba comiendo o cenando en el interior. Sin embargo, eso no había evitado que esa noche se vieran las caras en el centro de la taberna.

Arya había acudido de nuevo a la cocina tras salir a comprar unas últimas cosas antes de que cerraran las tiendas, y su cuerpo fue el primero que vislumbró entre todos los demás que llenaban la taberna, puesto que era el más musculoso y corpulento. La joven, tras verlo, estuvo a punto de dar un paso atrás y salir hasta que él desapareciera, pero Hamish la vio parada en la puerta y le hizo un gesto para que fuera a la cocina.

—¿Qué demonios haces, muchacha? Si no quieres trabajar, dímelo y buscaré a otra.

Su voz, que se alzó por encima de las demás, llamó la atención de muchos, entre los que se encontraba James, que giró la cabeza en su dirección.

Arya se armó de valor y cerró la puerta tras ella, elevó el mentón con orgullo y puso su mirada en Hamish. La joven pasó por delante de James, que no dejó de observarla ni un solo instante. Los días anteriores, su tío le pidió que no se mostrara débil ante él y que no dejara ver su miedo. Pero, aun así, no pudo evitar que sus manos temblaran ligeramente cuando la joven pasó por su lado y siguió adelante como si él no hubiera estado allí sentado.

Arya se sintió completamente observada por él y a pesar de que rodeó la barra y se metió en la cocina para seguir trabajando, creyó sentir sobre ella el peso de su intensa mirada negra. La joven lanzó un suspiro de alivio ante ese primer contacto desde lo sucedido en su casa, desde que James descubriera que ella era una Stewart y prácticamente diera por hecho que ella era la joven huida años atrás del castillo de Edimburgo.

—Lleva esto a la mesa de Sean... —le ordenó Hamish.

Arya dio un respingo, puesto que estaba tan pendiente de sus pensamientos que no se había dado cuenta de que el dueño de la taberna estaba tan cerca de ella. Sin ánimo de discutir, la joven se dispuso a llevar un plato de comida a la mesa de su amigo Sean. Tan pendiente había estado de la presencia de James que no había reparado en que su amigo también estaba allí, así que intentó dibujar una sonrisa y se dirigió con paso animado hacia él.

—¿Cómo estás, Arya? No te he visto desde lo sucedido en la playa...

La joven sonrió y tocó el hombro de Sean, bajo la atenta mirada de James, que estaba tan solo a dos mesas de allí.

—Muy bien, gracias. Se ha quedado en un susto...

—Me alegro.

Arya asintió y cuando sintió la mano de Sean en la espalda, demasiado baja para su gusto, estuvo a punto de borrar su sonrisa, pero le había prometido a su tío que no mostraría ningún sentimiento ante James, así que siguió sonriendo y dio un paso atrás justo en el momento en el que el guerrero de Jacobo se levantó casi de un salto, tiró al suelo la silla sobre la que estaba sentado y se marchó de allí dando tal portazo que muchas de las conversaciones de los allí presentes se quedaron en el aire.

Arya dejó escapar un suspiro de alivio y, tras disculparse con Sean, se marchó de allí para atender a otros clientes. La tensión casi podía palparse en el aire, pero debía seguir con su trabajo. Su vida tenía que ser la misma que antes de conocer a ese maldito hombre. Mientras la joven recogía lo que James había estado cenando, pensó en él y en lo que le transmitía. Sí, lo consideraba un hombre altamente atractivo y llamativo, pero al mismo tiempo rezumaba peligrosidad. Se preguntó si habría matado a mucha gente, teniendo en cuenta que trabajaba para el rey, y después de que la noticia de que varios clanes habían acudido a tierras MacPherson para luchar contra el rey, Arya llegó a la conclusión de que posiblemente era un buen guerrero. Y un asesino que podría acabar con ella cuando quisiera.

El tiempo transcurrió relativamente tranquilo entre las paredes de la taberna. A medida que pasaba el tiempo, fueron quedando los mismos de siempre, que se limitaban a beber y beber hasta casi perder el conocimiento. Sin embargo, ese día quedaron también Sean y dos de sus amigos. Si no recordaba mal, sus nombres eran Mathew y Tom. Arya apenas tuvo tiempo de pensar en otra cosa que no fuera trabajar recogiendo platos, vasos, fregándolos, secándolos, limpiando mesas... Para dejar todo limpio hasta el día siguiente.

Y cuando quedó únicamente la mesa de Sean, se acercó a ellos con una sonrisa conciliadora. Estos reían fuertemente y al haberse quedado solos en el salón de la taberna, el ruido que hacían parecía reverberar en cada rincón del lugar. Arya estaba acostumbrada a tratar con borrachos y, teniendo en cuenta que Sean era muy amigo suyo, no podía elevar el tono de voz más de lo debido.

—Señores, me alegro de que lo estén pasando tan bien, pero es hora de cerrar...

Sean dirigió su vidriosa mirada hacia ella. La joven tragó saliva, pues el alcohol había hecho que su amigo se desinhibiera demasiado y tal vez le espetara algo que no quería escuchar. Este la miró con una sonrisa y puso una mano en su cintura, atrayéndola hacia él.

—Querida Arya, ¿por qué no nos traes otra ronda?

—Porque debéis pagar las dos últimas y porque estamos cerrando. Si queréis más, me temo que tendréis que beber en la calle.

La voz de la joven sonó demasiado amable teniendo en cuenta que no le gustó ni la forma en la que la miraban ni cómo la había agarrado de la cintura. Arya se apartó de él con suavidad. No quería perder esa amistad, pero tampoco podía dejar que hicieran lo que quisieran ni que la trataran así, e intentó volver a sonreír.

—Tengo ganas de irme a casa y descansar para poder seguir llenando mañana vuestras copas. Así que, por favor, Sean, marchaos...

El aludido, como si hubiera despertado de un letargo, asintió y dejó caer sobre la mesa varias monedas para pagar lo consumido a lo largo de la noche. Después, Arya se apartó de ellos para verlos levantarse con cierta dificultad y, dando traspiés, se dirigieron a la puerta.

—Buenas noches, preciosa... —dijo Mathew con la lengua trabada.

Arya ni siquiera respondió. No le gustaban ese tipo de comentarios y había aprendido a callar cuando debía hacerlo para evitarse problemas, ya que los clientes podían quejarse a Hamish, y sabía que este la despediría a la primera muestra de descontento.

Cuando por fin se quedó sola, Arya suspiró. Miró a su alrededor y torció el gesto. No entendía por qué Hamish se había marchado de la taberna antes de tiempo y le había pedido que la cerrara ella. Las demás se habían marchado cuando su jornada llegó a su fin, dejándola a ella

empantanada, así que se dispuso a limpiar esa única mesa que le quedaba, recogió todo y barrió lo poco que quedaba sucio. Cuando todo estaba en orden, Arya se quitó el mandil y lo tiró sobre la barra. Ese día estaba realmente extenuada y solo deseaba regresar a su casa y descansar. Durante esos dos días apenas había pegado ojo por las noches y lo notaba claramente en su cuerpo, que apenas podía sostenerse sobre sus piernas cansadas.

—Por fin... —susurró dirigiéndose hacia la puerta para marcharse.

La joven cerró tras de sí y se giró hacia el camino. Sin embargo, apenas había caminado un par de pasos cuando Sean, Mathew y Tom salieron a su paso. Arya dio un respingo y los miró alternativamente.

—¿Ocurre algo, Sean? —se dirigió exclusivamente a él, pues era al que más conocía.

Los tres se tambalearon ligeramente ante ella, que apretó los puños contra la falda de su vestido.

—Sí, Arya...

La forma en la que susurró su nombre no le hizo demasiada gracia, por lo que intentó sobrepasarlos para echar a correr hasta su casa o al menos hasta que se sintiera a salvo.

—He pensado que podemos acompañarte hasta tu casa... —Sean arrastraba las palabras por la borrachera, lo cual le parecía un poco incómodo para la joven, que se negó en rotundo.

—No hace falta. He hecho este camino durante años. Puedo hacerlo ahora también.

Intentó no sonar demasiado arisca con él, pero no le estaba gustando en lo que había derivado la noche. Siempre había lidiado con borrachos dentro de la taberna, pero después estos se habían marchado a su casa a que se le pasara la borrachera, pero ahora... Arya se sentía acorralada y después de varios días sin dormir, no podía pensar con suficiente claridad.

La mano de Sean volvió a posarse en su cintura, igual que en la taberna. Y eso no le gustó a la joven, que intentó apartarse, sin éxito. Y lo peor de todo era que los otros dos amigos de Sean los rodearon con claras intenciones de no dejarla marchar con tanta facilidad.

—Venga, Arya, pórtate bien con nosotros... —susurró el que había sido su amigo.

La joven dejó escapar un resoplo mientras intentaba apartar las manos del joven de su cintura.

—Ya lo hago. Sois vosotros quienes debéis hacerlo ahora.

Sean gruñó y acercó la cara al rostro de la joven.

—¿Siempre tienes respuesta para todo?

Arya elevó el mentón con orgullo para mirarlo al tiempo que echaba el cuerpo ligeramente hacia atrás.

—Por supuesto.

Sean sonrió de lado y miró a los ojos dos.

—No sabes cómo nos gusta eso...

Arya frunció el ceño y aprovechó un momento de desequilibrio de su amigo para empujarlo. Logró soltarse, pero los otros dos no la dejaron alejarse.

—Dejadme en paz...

—Tranquila, preciosa —susurró Mathew—, solo vamos a pasarlo bien contigo...

Arya se giró en su dirección y le espetó.

—Os habéis equivocado de persona.

Y antes de que pudieran responderle, Arya le propinó una patada en la entrepierna a Mathew, que se dobló sobre sí mismo al tiempo que gruñía maldiciones contra ella. Arya no esperó a ver qué pasaba, e intentó rodear a Sean con rapidez, sin embargo, este pareció recobrar parte de su equilibrio y la aferró del brazo con fuerza. El joven la atrajo con fiereza, logrando arrancarle un gemido de dolor. Y antes de que pudiera gritar pidiendo ayuda, el que había sido su amigo la golpeó en el rostro.

Arya abrió la boca para gritar al tiempo que intentaba golpearlos de nuevo, pero Tom la agarró por detrás, le tapó la boca y la arrastró hacia la parte trasera de la taberna, donde sabía que nadie podría escucharla y donde la joven supo que ese mismo día perdería una importante batalla.

James había tenido que salir de la taberna de malas maneras. No podía soportar estar en el mismo lugar que ella después de todo lo que había pensado a lo largo de esos dos últimos malditos días. Dos días en los que apenas había dormido o comido. Incluso había intentado mantenerse dentro de la habitación para no ver a nadie.

Y ahora que se encontraba en la parte trasera de la taberna, en la entrada a la cuadra donde descansaba su caballo, James tampoco podía apartar su mente de esa maldita joven. ¿Por qué ella? James rompió un trozo de paja entre sus dedos y lo dejó caer al suelo. No podía evitar dudar, en ese instante, de su propia lealtad. Había jurado ante Jacobo años atrás, lo había seguido a donde había hecho falta, incluso participó en esa batalla en tierras MacPherson años atrás a pesar de que luchaba contra unos guerreros a los que, indudablemente, tenía cierta estima, a pesar de que nunca lo reconocería por orgullo. Había jurado encontrar a esa mujer para conseguir su propia libertad. Pero ahora... la duda se había instalado en su corazón. Jacobo no había sido demasiado claro respecto a sus intenciones con ella y algo le decía que nada tenía que ver con esos supuestos asuntos que tratar de la corte.

James tan solo necesitaba que ella misma le confirmara quién era realmente, pero estaba seguro de que era ella. La mirada de Arya se lo había confirmado cuando fue consciente de los colores del clan Stewart en el kilt que pretendía prestarle mientras se secaba el suyo. Ni siquiera él, que había estado pendiente de sus ojos, se había fijado en eso, pero al ver esa expresión, supo que era ella.

—Maldita sea... —refunfuñó.

Habría dado cualquiera de sus dedos para evitar que fuera Arya la mujer a la que debía entregar al rey. Era la única que se había atrevido a retarlo desde el primer instante, incluso se había mostrado ligeramente desvergonzada en algunos momentos, como si pretendiera seguirle el juego. Y eso había llamado su atención. Nunca se había fijado de esa manera en una mujer, pero Arya había despertado en él una sensación de protección, de acercamiento, de deseo, de más conocimiento sobre ella que jamás había sentido hacia nadie más. Había incluso llegado a rezar para que no fuera ella la mujer que buscaba, puesto que no le habría importado volver al pueblo una vez acabada su misión para intentar iniciar algo con ella. Le había gustado, sí. Maldita sea. James Buchanan había puesto sus ojos en una increíble y valiente mujer, y ahora no era para él.

El guerrero tiró con rabia la paja que quedaba entre sus dedos. Estaba iracundo. Y cuando la había visto recorrer cada palmo de la taberna sin apenas reparar en su presencia, se había sentido

rabioso consigo mismo. ¿Por qué demonios actuaba como si no lo conociera, como si no se hubiera dado cuenta de que iba tras ella? ¿Qué pasaba por su cabeza para no haber huido del pueblo en cuanto supo la verdad sobre él? Porque lo sabía... James estaba seguro de ello. Desde el primer momento lo había reconocido como esbirro del rey y, aunque él se había negado, sabía que el ojo de la joven era demasiado astuto y lo había descubierto. Entonces, ¿por qué se mostraba orgullosa y no escapaba de él? ¿En qué momento de su maldita existencia se había vuelto completamente loco? Él siempre llevaba a cabo sus misiones, sin poner sentimientos en ellas. Pero ahora...

James resopló y se frotó las sienes con los dedos. No sabía qué hacer. En varias ocasiones se había sentado a la mesa de su habitación, frente a un papel y una pluma para escribirle al rey y comunicarle que había dado con la joven a la que buscaba, pero no se había atrevido. Todo su ser se ponía nervioso cuando lo hacía y acababa levantándose furioso y a punto de rajar el papel en blanco que había ante sí. No podía traicionar al rey de esa manera, pero tampoco quería llevarla precisamente a ella ante él. Por ello, esa batalla en su interior hizo que estuviera a punto de explotar. Debía darse más tiempo y solo así podría llevar a cabo lo que tenía que hacer, pero no estaba seguro de poder conseguirlo. Y menos con ella tan cerca de él.

Y en el momento en el que se incorporó para subir a su dormitorio, James escuchó un gemido de dolor cerca de él y un grito sofocado por lo que parecía ser una mano.

Con el ceño fruncido y en tensión, el guerrero salió de la pequeña cuadra a la oscuridad de la noche. Su posición le permitía ver sin ser visto, por lo que cuando tres individuos aparecieron por la esquina, arrastrando a Arya, toda su furia se concentró en su pecho.

Un rayo de luna le permitió ver con más claridad, así que pudo ver el rostro del que había bailado con Arya el día de la fiesta en la playa y de sus dos amigos, a los que había visto acompañarlo en el interior de la taberna. Vio cómo la joven se debatía con fuerza entre los brazos de uno de ellos mientras los demás reían, así que se armó de paciencia y salió de su escondite para apoyarse, con suma tranquilidad en uno de los tablones más cercano a los jóvenes.

—Tengo la ligera sensación de que esta joven prefiere que metáis vuestras pelotas entre vuestras piernas y os alejéis de ella.

Los tres hombres se giraron sobresaltados hacia él para verlo apoyado contra una columna de madera con los brazos cruzados y con una expresión de aburrimiento reflejada en sus ojos. Sin embargo, cuando Arya llevó su mirada hacia él y James vio el alivio en ella, tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no ahogarlos allí mismo.

—¿Por qué no te largas, forastero? —preguntó Sean con voz pastosa—. Solo queremos divertirnos.

James torció la cabeza y se atusó la barba. Al menos había conseguido que dejaran de tocar a Arya y mantuvieran la atención sobre él.

—¿Divertiros? —preguntó antes de arrugar la boca—. En mi ciudad, normalmente, para divertirte tiene que haber un consenso entre ambas partes. Si no, es violación. Y si pretendías violarla, dejadme que os diga que ya podéis alejaros de ella si no queréis que os meta mi daga por el culo. Así es como yo disfruto...

Al ver que ninguno de los tres se movía y tan solo se miraban los unos a los otros, James se apartó de donde estaba apoyado, sacó la daga de entre su bota y se acercó a ellos. En la oscuridad, la sombra de su cuerpo parecía aún mayor y la peligrosidad que transmitía hizo que

soltaran a Arya y que salieran corriendo como pudieron, ya que tropezaban con sus propios pies debido a la borrachera.

Cuando Arya se vio libre de ellos en tan solo unos segundos, intentó que James no viera su temblor. El silencio los rodeó y la joven no sabía qué decir ni qué hacer en ese instante después de haber ignorado su presencia durante días. Por eso, Arya se quedó mirando a James con los ojos aún muy abiertos por la sorpresa.

El guerrero se acercó a ella lentamente, intentando no asustarla y cuando estuvo a su lado, no pudo evitar quedarse parado al ver que su rostro comenzaba a hincharse. Elevó la mano y, con dos dedos, aferró su mentón y elevó más su cabeza para observarla mejor. James sintió el temblor de la joven bajo sus dedos, y necesitó toda la paciencia que pudo reunir para no perseguir a sus agresores y matarlos con sus propias manos muy lentamente.

—¿Te duele? —preguntó con voz ronca.

Arya se encogió de hombros.

—Solo un poco...

James tragó saliva antes de soltar su rostro y dar un paso atrás. Necesitaba poner algo de orden en su cabeza antes de seguir con esa conversación.

—Supongo que debo darte las gracias... —comenzó diciendo la joven con voz temblorosa—. Otra vez.

El guerrero se encogió de hombros, restándole importancia. Gracias a la luz de la luna podía ver con claridad los brillantes ojos de la joven y habría hecho lo que fuera por verlos más de cerca. No sabía qué demonios le estaba pasando. Él era un hombre rudo y salvaje, no pensaba en esas cosas. Pero desde la primera vez que la había visto... algo había cambiado en él. Ese cambio empezó en el momento en el que descubrió que ya no deseaba ser un guerrero; no quería matar; no quería hacer más daño a nadie. Por eso quería cambiar de vida. Lo que no pensaba era que su interior había cambiado tanto. Estaba seguro de que gran parte de la gente a la que conocía se reiría de él al saber que estaba ablandándose, y ni siquiera podría confesar que le costaría horrores separarse de ella en el momento en el que sus vidas cambiaran de camino.

—No tiene importancia... —se obligó a responder.

Arya carraspeó y lo miró fijamente.

—Un carpintero no tiene esa labia —le dijo la joven—. Y mucho menos una daga metida entre sus botas que enseña con orgullo y seguridad.

James entornó los ojos y dio un paso hacia ella. El viento le daba de lleno en el rostro, arrastrando con él el aroma de Arya, que lo envolvió por completo e hizo que sus sentidos se llenaran de ella.

—Entonces, ese carpintero debería ser colgado de un árbol por semejante desfachatez.

James no se dio cuenta de que había hablado en un susurro hasta que Arya dejó escapar una pequeña exclamación de sorpresa. Pero no le importó, y menos cuando la joven habló.

—Tú no eres carpintero —murmuró la joven armándose de valor.

—¿Y qué dirías que soy? —preguntó dando otro paso más hacia ella.

Arya frunció el ceño y sus labios se apretaron en un divertido mohín que James habría querido tocar con la yema de sus dedos.

—Un guerrero —sentenció como en otra ocasión.

Arya vio cómo los labios de James se curvaban en una media sonrisa que hizo que su rostro se dulcificara.

—Eres muy perspicaz —admitió por fin el guerrero, incapaz de ocultar más la verdad.

Arya tragó saliva al verlo tan cerca. Este aún tenía entre sus dedos la daga con la que había amenazado a los tres borrachos, pero en lugar de sentir miedo por él, Arya deseó que se acercara más. A primera vista le había parecido peligroso, pero ahora... Ahora sentía que lo necesitaba cerca de ella, así que olvidó por completo el miedo que le había producido el hecho de que supiera la verdad sobre ella.

—Y tú muy mal mentiroso —le espetó con voz algo más fuerte—. Yo creo que eres un guerrero que quiere descubrir algo aquí. Y ha mentido a todos.

James se acercó aún más, hasta que su amplio y poderoso pecho chocó contra la joven, pero esta no se mostró aterrada ante su cercanía, y menos cuando acabó acorralada contra un árbol cercano.

—Tal vez ya he encontrado lo que buscaba...

Arya sintió cómo su corazón se aceleraba, pero levantó aún más el mentón.

—¿Y para qué lo quieres?

—Si te lo cuento, tal vez deba matarte después... —ronroneó apoyando una mano al lado de la cabeza de Arya—. De hecho, ahora sabes mi secreto. Tal vez debería matarte para evitar que lo cuentes...

La joven se apretó como pudo contra el árbol, pero sentía contra ella el cuerpo de James, fuerte, duro... Un cuerpo capaz de aplastarla si se dejaba caer sobre ella.

—Pero no vas a hacerlo —respondió—. Me acabas de salvar. No estaría bien que me mataras después de salvarme.

—Eso no significa nada, muchacha...

Arya no sabía en qué momento de su existencia había perdido el juicio, si tal vez había sido antes de que ese hombre llegara al pueblo o después de conocerlo; tal vez incluso nunca lo había tenido, pero lo que sí tenía claro era que su cuerpo se negaba a escapar del peligro de ese hombre. Y menos aún de su belleza. Porque sí, era rudo, malhablado y salvaje, pero poseía una belleza digna de cualquier dios antiguo.

—De hecho, hay varias formas silenciar a una persona sin necesidad de matarla...

Arya entornó los ojos, sin comprender.

—¿Y qué forma es esa? —le preguntó con voz retadora, como siempre.

Ese desafío hizo que James sonriera de lado, mostrando un lado lobuno, casi salvaje, y cuando su voz sonó de nuevo, Arya supo que estaba totalmente perdida:

—¿De verdad quieres saberlo?

La joven asintió y, antes de que terminara de mover su cabeza, James ya había bajado la suya para besarla.

CAPÍTULO 9

Había muerto. Estaba segura de ello. Había muerto y estaba en una especie de línea atemporal donde no había nada más a su alrededor. Todo parecía haberse quedado en silencio. Ningún sonido rompió el hechizo. Ningún ruido... Nada. Ni siquiera el viento parecía atreverse a interrumpir ese increíble momento mientras James la besaba con fiereza al principio; con ternura, después. Era la primera vez que alguien se atrevía a besarla. Y aunque al principio no tenía ni idea de qué debía hacer, Arya abrió sus labios para imitarlo sin saber que un segundo después, el propio James lanzaría un gemido de placer.

El guerrero se había propuesto callarla. Esa era su única intención. En ningún momento pensó que su cuerpo no respondería a las peticiones que lanzaba su mente. Sabía que debía apartarse, que tenía que ser únicamente un simple y corto beso para ser el vencedor en esa conversación. Pero no podía. Una vez probó la miel de aquellos suaves labios sintió que necesitaba beber de ellos para poder sobrevivir.

Inconscientemente, una de sus manos acabó posada en la cintura de Arya. La atrajo hacia él con cierta parsimonia, como si tuvieran todo el tiempo del mundo, y cuando ella no se apartó de él, profundizó aún más el beso. James creyó que iba a morir en ese momento. Todo su cuerpo vibró al tiempo que asediaba la boca de la joven. Llevaba una semana entera vislumbrando ese momento en su mente, pero jamás creyó que el juego que se traían acabaría en eso. Y menos después de descubrir toda la verdad.

Y aunque se golpeó mentalmente por no saber dirigir el rumbo de su lealtad, a James no le importó en ese momento. Incluso pensó que bien podría inclinar la balanza hacia Arya si así se lo pedía ella, pues estaba seguro de que la joven podría hacer con él lo que quisiera, ya que tenía su propia alma a sus pies. Él mismo estaba a sus pies. No sabía cuándo había pasado ni cómo, tal vez fue la primera vez que la joven le replicó con valentía a cualquiera de sus comentarios lacerantes, pero James había caído rendido a sus pies.

Su dedo pulgar acariciaba la cintura de Arya con ternura. No quería asustarla, pero tampoco quería mostrar que ella se había convertido en la primera debilidad de su existencia. Era una tontería. Incluso él mismo se reiría de sí en cuanto tuviera la primera ocasión, pero a pesar de no conocerla demasiado, sí la había seguido a cada instante. Conocía sus movimientos, sus virtudes, sus defectos, incluso las manías que tenía. Y nadie se había dado cuenta de ello. No por nada era el mejor guerrero y rastreador de Jacobo, aunque jamás reconocería lo que había hecho.

Al cabo de unos segundos, Arya se separó de él. La respiración de ambos era entrecortada, como si hubieran disfrutado de una larga carrera o caminata. Gracias a los rayos de luna, lograron ver los ojos del otro y durante unos instantes, se perdieron en sus miradas, como si no hubiera nadie más que ellos en el mundo. Lo que sintieron no pudieron explicarlo ni uno ni otro, pero la rapidez con la que latían sus corazones logró desestabilizar sus vidas, sus propios caminos, poniendo patas arriba todos sus planes. Arya había pensado huir. James no estaba seguro de enviar la carta a Jacobo. Pero después de ese beso, la balanza se inclinó, sin duda, hacia un lado.

—Yo... tengo que irme —susurró Arya cuando logró encontrar de nuevo su voz.

James apenas tuvo tiempo de hacer más que un leve asentimiento de su cabeza antes de quedarse solo en la parte trasera de la taberna. Una de sus manos, aún apoyada contra el árbol. La otra dejó libre la cintura de la joven cuando esta habló. No podía retenerla. No habría podido,

pues de haberlo hecho, no sería más que un despojo como los que habían intentado violarla.

Cuando James escuchó las pisadas de la joven alejarse de él, tuvo el impulso de girarse y pararla para contarle toda la verdad. Para decirle que sabía quién era y que estaba allí por ella, pero que no se preocupara porque no había tenido el suficiente valor de contárselo a Jacobo en una misiva. Sin embargo, tampoco encontró su propio valor en ese momento. Y dejó caer la cabeza contra el árbol. ¿En qué instante de su maldita existencia se había convertido en un cobarde? El guerrero sonrió tristemente al recordar a Cailean MacLeod. Estaba seguro de que, si el guerrero supiera de sus pensamientos, se habría reído en su cara.

James apoyó el cuerpo contra el árbol y se dejó caer hasta el suelo. Era incapaz de subir hasta su dormitorio para encerrarse allí y dar rienda suelta a sus pensamientos. Pero tampoco podía parar allí. Y estaba seguro de que no podría dormir en toda la noche. Por eso, miró hacia el cielo estrellado y apretó los puños con fuerza.

—Padre, ¿qué debo hacer? —susurró, desesperado.

Y esperó durante largo rato para comprobar si su padre, desde el lugar donde estuviera, le mandaba alguna señal...

Arya estaba segura de que en cualquier momento iba a vomitar. No por asco, por supuesto, sino por el nerviosismo que se había instalado en su cuerpo tras ese increíble beso. Sabía que había perdido la razón. Debía de ser eso, porque de otro modo no podría explicar lo que había hecho. ¿Por qué había dejado que James la besara justo después de confesarle que sí era un guerrero? Se tenía que haber alejado de él corriendo, casi volando, para evitar que la atrapara y la llevara ante Jacobo. Y, sin embargo, se había quedado parada, con los pies bien clavados en la tierra, esperando y deseando con todas sus fuerzas que siguiera, que no dejara de besarla nunca.

Arya se tocó los labios cuando divisó su casa. La joven miró hacia atrás para comprobar si alguien la seguía, pero estaba sola. Y en ese instante, una pequeña sonrisa cruzó fugazmente por sus labios. La había besado... Ese hombre, poseedor de una belleza de otro mundo, se había fijado en ella y la había besado.

—Pero es tu enemigo, Arya... —se recordó.

Estaba segura de que su madre estaría revolviéndose en su tumba, si es que la habían enterrado, ya que jamás supo lo que habían hecho con su cuerpo. Si alguna vez se dijo que su madre seguramente estaría orgullosa de ella, creyó que en ese momento no lo estaría. Y sabía que su familia tampoco, aunque jamás lo contaría...

Con un carraspeo y una respiración profunda para calmarse, Arya entró en la cabaña. Su tío y su hermana estaban cenando, y ambos se giraron, asustados, cuando la joven abrió la puerta de golpe.

—¿Y esa cara? —preguntó Mya girando por completo su cuerpo hacia ella al tiempo que dejaba caer la cuchara contra el plato.

Arya disimuló y se atusó el pelo, simulando extrañeza.

—¿Qué me pasa?

Mya frunció el ceño.

—Estás despeinada y tienes la mejilla derecha hinchada...

Arya estuvo a punto de lanzar un suspiro de alivio, ya que pensaba que descubrirían que la habían besado. Se encogió de hombros e hizo un gesto con la mano, restando importancia.

—He tenido un problema con unos borrachos a la salida de la taberna.

John entornó los ojos.

—¿Y se han atrevido a golpearte?

—Sí, bueno, pero no ha pasado nada. Han logrado huir.

Mya enarcó una ceja.

—No te imagino golpeándolos... Tú siempre has sido más diestra con tu mente que con la espada.

Arya frunció el ceño ante el recordatorio de que ella no era precisamente buena con la espada. Mya siempre había destacado más, pero su hermana tenía razón: ella había logrado vencer algunos asaltos gracias a su inteligencia más que a su fuerza. Sin embargo, sí había aprendido a defenderse.

—En eso tienes razón, Mya. No todo es a base de fuerza, también de inteligencia.

No estaba dispuesta a confesar que había salido ilesa gracias a la intervención de James Buchanan. Jamás contaría algo así, pero de no haber sido por él, el relato que estaba contando ahora sería muy diferente.

Con paso firme, Arya se dirigió hacia su habitación, pero la voz de su tío la detuvo cuando estaba a punto de entrar.

—¿No vas a cenar?

La joven negó con la cabeza.

—No tengo hambre. Estoy demasiado cansada.

—¿Todo bien hoy con James Buchanan?

La mención del guerrero le hizo dar un respingo que, deseó, su tío no viera. Y si había sido consciente de ello, no dio muestras.

—Sí —respondió—. No me ha dicho nada ni me ha dado muestras de que estoy en peligro.

—Sigue teniendo cuidado...

—Lo tendré...

—Yo sigo pensando que deberíamos escapar o matarlo —intervino Mya.

Arya dejó escapar un resoplo y no se quedó en el pasillo a escuchar la respuesta de su tío. Entró en el dormitorio para dormir e intentar olvidar lo que había sentido cuando James la había besado. Por Dios que no sabía si era por ser su primer beso o el hipnótico momento, pero se habría dejado llevar por todo lo que había sentido en su interior. Arya aún podía notar que toda la sangre de su cuerpo estaba concentrada en su bajo vientre, como un recordatorio de lo que había pasado. Y en ese momento, Arya dejó que sus manos temblasen ante lo sucedido. Quería llorar, gritar, saltar, bailar... Infinidad de sentimientos que no sabía cómo gestionar, pero que hicieron que, por primera vez desde que había visto morir a su madre, se sintiera realmente viva por dentro.

Llevaba demasiados años sufriendo en silencio. No tanto como su hermana, pero jamás podría olvidar los ojos sin vida de su madre. Una imagen que la perseguía allá donde fuera, y que la

había hecho vivir con temor. Y a pesar de que tal vez su destino estaba muy próximo a ella, no sentía ese terror en su interior. Junto a James había sentido calma. A pesar de casi obligarse a temer de él, en lo más profundo de su alma tenía la sensación de que ese hombre no era el demonio que creía haber esperado. Pero, aun así, no dejaba de ser un enviado del rey...

Al día siguiente, la taberna no estaba tan llena como otros días, por lo que Arya podía tener más momentos de alivio. Se preguntó qué podría pasar para que no hubiera ido tanta gente, pero al cabo de unos minutos se dijo que no debía importarle, pues no era asunto suyo.

Llevó platos con el desayuno a varias mesas y mientras unos terminaban de comer sus platos, otros se levantaban y se marchaban, dejando la mesa libre para su limpieza. Tras una noche en la que había dormido mejor que nunca, Arya se sentía con energías renovadas para trabajar. Apenas le dolía la mejilla y la hinchazón había bajado por completo, aunque un pequeño moretón le recordaba que había sido golpeada en ese lugar.

Pero la joven siguió trabajando. Y en el momento en el que volvía tras la barra para dejar los platos sucios, la puerta de la taberna se abrió de nuevo para dejar entrar a un nuevo cliente. Pero cuando Arya levantó la mirada desde el otro lado de la barra, necesitó de toda su fuerza para que sus rodillas no cedieran y se cayera al suelo por la impresión. La joven tragó saliva y se sujetó las manos con la clara intención de que nadie viera que estaba temblando como nunca.

Las conversaciones se apagaron casi de golpe cuando el forastero irrumpió en la taberna y se dirigió, con paso firme y decidido, a Arya. El hombre miró de reojo a los allí presentes, pero a nadie en especial. Y cuando llegó a la barra, puso las manos sobre ella e inclinó el cuerpo hacia Arya, que estuvo a punto de vomitar lo poco que había desayunado.

—Estoy buscando a James Buchanan. ¿Lo conoces?

Arya, que no había podido dejar de mirar la ropa del recién llegado, levantó la mirada. Sus ojos, de un azul claro llamativo, no inspiraban nada bueno y parecía aún más peligroso que el propio hombre al que buscaba. El que tenía frente a ella era uno de los guerreros del rey, de eso no le cabía duda, sobre todo, porque llevaba el estandarte de Jacobo bordado en la pechera de su ropa. Y todo el mundo sabía que los soldados del rey vestían de esa manera.

Otro peligro más, pensó la joven. No obstante, se obligó a reaccionar y asintió rápidamente.

—Está alojado en esta taberna, señor, pero aún no ha bajado a desayunar.

El hombre la miró de arriba abajo, como si sospechara de ella, y frunció el ceño. Arya se obligó a no temblar de miedo y levantó el mentón con valentía.

—Si lo desea, puede esperarlo...

Pero el hombre negó con la cabeza y dirigió su mano hacia el *sporrán* que colgaba de su cadera. Durante un segundo, Arya pensó que iba a atacarla, pero lo único que sacó de ahí fue una misiva.

—Necesito que le des esta carta cuando lo veas. Es importante. Mi compañero y yo esperamos su respuesta.

Arya miró hacia la puerta de la taberna, donde lo esperaba otro hombre vestido como él. No sabía en qué momento había abierto la puerta, pues había estado tan concentrada en el hombre que había frente a ella que no había visto al otro.

La joven asintió.

—Así lo haré —prometió.

El hombre imitó su gesto y se retiró de la barra, no sin antes dirigir una mirada odiosa a los allí presentes. Pero Arya ni siquiera supo en qué momento se marcharon. Ni siquiera escuchó que las conversaciones habían vuelto a la taberna, ya que toda su atención estaba puesta en el emblema de la misiva que tenía entre sus manos. Esta estaba sellada con la insignia del rey Jacobo y estaba segura de que en su interior preguntaban por ella.

Arya guardó la carta en su mandil, preguntándose si tal vez debería tirarla al fuego de la chimenea para quemarla. No obstante, el guerrero del rey la había visto y podría ejecutarla por traición.

La joven necesitó unos minutos para reponerse a la impresión. Querría correr hacia su casa y avisar a su tío. Seguramente, él sabría qué hacer y tal vez entonces decidiera marcharse del pueblo en busca de un refugio donde poder vivir tranquilamente. Pero no podía salir corriendo, ya que llamaría demasiado la atención. Se dijo que tenía que estar atenta a todo lo que sucediera a su alrededor, y seguir a James allá donde fuera a llevar su respuesta.

El tiempo comenzó a pasar demasiado lento para Arya. Estaba deseando que bajara James de su dormitorio y se preguntó si ocurriría algo si iba a avisarlo y le llevaba la carta directamente a su dormitorio. Pero no estaba segura de que fuera la mejor opción, sobre todo, teniendo en cuenta que el día anterior habían acabado besándose.

Y cuando gran parte de los clientes habían terminado de desayunar y ya se marchaban, James hizo acto de presencia en el salón de la taberna. Arya no pudo evitar dar un respingo al verlo. Se había aseado y parecía haberse peinado a conciencia su pelo rebelde, pero aun así ni siquiera pudo dejar a un lado el halo de oscuridad que siempre lo acompañaba.

La joven tragó saliva al verlo y le señaló una de las mesas libres y limpias. El guerrero siguió su indicación y se sentó frente a la joven, que esperaba de pie junto a la mesa.

James levantó entonces la mirada y la clavó en ella, desafiante, intimidante, pero, sobre todo, ardiente. Arya estuvo a punto de girarse y esconderse en la cocina para no volver a salir, por temor a no ser capaz de que contenerse. Sin embargo, se había prometido a sí misma que no se achantaría ante él, y no pensaba hacerlo. La joven carraspeó, nerviosa, y cuando encontró la voz suficiente para hablar, le dijo:

—Para desayunar hoy tenemos huevos revueltos con espárragos.

—Perfecto... —fue su respuesta.

La joven tuvo la sensación de que su voz había sonado como un ronroneo, pero tal vez estaba perdiendo el norte.

Asintió y dio un paso para marcharse a por el desayuno, pero Arya sentía que la carta quemaba en el interior de su mandil. En ese instante, la joven llevó la mano hacia él y se giró de nuevo hacia el guerrero. Este no había apartado su mirada de ella y esperó a que le dijera lo que tenía que decirle con una paciencia que no sabía que tenía.

—Hace unos minutos ha llegado un... hombre buscándote.

James enarcó una ceja y vio cómo la joven sacaba la carta y se la tendía. Su corazón se sobresaltó al ver el emblema del rey plasmado en ese papel y supo que desde palacio estaban esperando noticias suyas.

—Bueno, en realidad, eran dos hombres. Uno se ha quedado en la puerta y el otro ha preguntado por ti. Me ha pedido que te diga que espera respuesta...

James levantó de nuevo la mirada a los ojos de la joven y vio la preocupación en ellos. No era para menos. No habían hablado claramente entre ellos sobre lo que estaba pasando, pero tanto uno como otro sabían toda la verdad. Pero que intentaran ignorar lo que pasaba no hacía que el peligro real desapareciera, así que tarde o temprano él tenía que tomar una decisión. James estaba seguro de que la misma preocupación que había en los ojos de Arya estaba reflejada en los suyos, pero de momento no podía hacer nada. Así que asintió y rompió el lacre antes de mirarla de reojo, una clara invitación a que se marchara de allí y lo dejara solo. No obstante, la joven intentó mostrarse valiente, y le dijo:

—Así que al final eres un guerrero de verdad... Lo que no pensaba era que fueras uno de la corte del rey.

James enarcó una ceja.

—Muchacha, ¿nunca han intentado cortarte la lengua?

Arya intentó sonreír con autosuficiencia.

—Nunca.

—Pues ten cuidado. Tal vez sea yo quien lo haga.

Arya tragó saliva, pero no se dejó intimidar.

—Si lo hicieras, mis besos no te quitarían nunca más el sueño.

James la miró con media sonrisa dibujada en los labios.

—No me lo han quitado.

—No es eso lo que dicen tus ojeras...

Arya se alejó de él con una sonrisa, pero con el corazón latiendo demasiado deprisa.

Y cuando James vio que Arya lo dejaba solo, dio un suspiro de preocupación. Sabía que ese día iba a llegar, pero no tan rápido. Jacobo quería que la encontrara, pero no pensaba que tan rápido. Creía que disponía de más tiempo para intentar solucionar todo e inclinar la balanza a un lado u otro.

Querido James Buchanan,

Hace ya varios días que te marchaste rumbo a Dumbarton y aún no tengo noticias sobre ti. Estaba seguro de que me enviarías una misiva diaria, dándome explicaciones de lo que habías descubierto con el paso de los días, pero aún no he recibido nada. Y como es la primera vez que ocurre, realmente me preocupa.

Dumbarton es un pueblo muy pequeño, así que supongo que has podido conocer a la perfección a los habitantes y, si la joven está ahí, seguramente también sabes quién es. Necesito que la traigas inmediatamente, James, es una cuestión de vital importancia para la corona.

He enviado a Donovan y Aiden para que les des una respuesta sobre el paradero de la joven. Y espero teneros de vuelta muy pronto.

Jacobo III.

James intentó no pensar en la clara y explícita amenaza que había en aquellas líneas. Aunque estaban escritas con esmero y educación, como solía ser en Jacobo, lo conocía a la perfección y

sabía que el rey no escribía una carta, así como así, si no era realmente importante. Y que lo amenazara dejaba claro que estaba dudando sobre su lealtad.

James levantó la mirada y descubrió que Arya lo estaba observando de soslayo desde la barra mientras simulaba estar secando unos vasos. Antes de que pudiera pensar más lo que tenía que hacer, el guerrero abandonó la mesa y subió de nuevo a su dormitorio con la clara intención de escribir la maldita carta que el rey esperaba de él.

James tuvo la sensación de que le costaba horrores subir las escaleras y que no estaba seguro de tener el temple suficiente como para escribir lo que debía, sin embargo, entró como una exhalación en su dormitorio, cerró tras de sí y se sentó en la silla. Allí seguía, como si nada, el papel que había dejado los días anteriores, junto con la pluma y la tinta.

Con un largo suspiro, James tomó entre sus dedos la pluma y la mojó. No estaba seguro de saber elegir las palabras adecuadas, pero lo que sí sabía era que iba a escribir con el corazón.

Majestad,

Lamento no haber escrito estas líneas en los días anteriores, pero he estado de lleno en la investigación que me ha traído a Dumbarton. Sé que vuestro tiempo es oro y que necesitáis a esa chica cuanto antes.

He estado haciendo averiguaciones en el pueblo y tengo a dos mujeres que tal vez sean la que estoy buscando, pero debo ir con cuidado. No quiero adelantar acontecimientos y que todo se eche a perder por llevar prisa. Tengo que ir con tacto con ambas familias, acercarme a ellos y averiguar todo lo que pueda. Y cuando tenga la seguridad sobre cuál de ellas es la mujer a la que buscamos, llevarla ante vos.

Entregaré esta carta a Donovan y Aiden y espero estar pronto de nuevo en Edimburgo con esa mujer en mis manos.

Podéis seguir confiando en mí, majestad.

Atentamente, James Buchanan.

El guerrero lanzó un suspiro y se dejó caer contra la silla, como si escribir aquella carta le hubiera supuesto una guerra interna que había hecho mella en su ánimo y en su fuerza. Esperaba que la mentira que había contado en la carta fuera convincente para el rey. Eso lo ayudaría a ganar tiempo respecto a Arya y a hablar con ella largo y tendido sobre lo que ambos sabían, pero ninguno se había atrevido a romper el hielo y hablar.

James selló la carta y se levantó lentamente, como si le costara hacerlo. Por primera vez en su vida iba a traicionar la confianza del rey, y la verdad era que se sentía tremendamente mal. Si Jacobo lo descubría, acabaría sin cabeza, pero tenía un presentimiento en el centro de su pecho respecto a todo aquello. El rey no había querido decirle nada, y eso lo hizo sospechar. Y no quería poner en riesgo a Arya, pues sabía cómo se las gastaba Jacobo cuando algo no le iba bien.

James salió de su dormitorio y bajó las escaleras con la mirada puesta en el suelo. Cuando llegó al salón de la taberna, miró a la joven, que se movía con gracia entre mesa y mesa, recogiendo, limpiando... Y, como si hubiera sentido su mirada, Arya levantó los ojos hacia él cuando vio que se marchaba de la taberna. La joven tuvo la sensación de que se trataba de una despedida, así que, asustada, se dijo que no podía quedarse allí.

Arya tembló de miedo y supo que el final de todo aquello estaba cada vez más próximo, así que se giró hacia Hamish, que estaba a unos metros de ella.

—Tengo que irme unos minutos —le dijo.

El dueño de la taberna se giró hacia él con mala cara.

—¿Crees que las jarras de whisky se sirven solas?

Arya resopló.

—No, pero tengo que salir, Hamish. Sírvelas tú. O, si lo prefieres, échame, pero es realmente importante.

Y sin esperar una réplica por su parte, Arya dejó el mandil y salió de allí. Era cierto que ya no le importaba que la echara del trabajo, sobre todo, porque estaba segura de que se marcharían del pueblo enseguida debido a la cercanía de los nuevos guerreros del rey. Tenía que saber qué ponía en esa carta y cuál era la respuesta de James. Y haría lo que fuera para conseguirlo.

CAPÍTULO 10

James intentó mostrar el mismo rostro frío y calculador que Donovan y Aiden conocían, pues de lo contrario, sabrían que estaba ocultando algo. Por ello, carraspeó, se ajustó la ropa aún más y frunció el ceño para caminar con prisa hacia el centro del pueblo, donde supuso que estarían sembrando el terror en los vecinos del mismo.

Los conocía a la perfección. Y sabía por qué Jacobo los había enviado a ellos. Eran dos de los guerreros más despiadados que había entre sus filas, y mataban sin control y sin ni una pizca de arrepentimiento en sus corazones. Si ellos dos descubrían que era Arya la mujer a la que buscaban, la joven estaría perdida, si es que llegaba viva al castillo de Edimburgo...

Tal y como había esperado, los encontró en el centro del pueblo. Lo supo incluso antes de llegar, ya que vio a varios aldeanos correr en dirección contraria a la plaza. James torció el gesto y suspiró. Cuando llegó, no pudo evitar enarcar una ceja al ver cómo habían acorralado a una niña de poco más de diez años y se la pasaban el uno al otro mientras la empujaban, la insultaban y se reían de ella sin hacer caso a las lágrimas que salían de sus ojos.

—Hijos de... —James logró contenerse, pues no quería que lo vieran como un enemigo, sobre todo, cuando tenía tantas cosas que tapar.

Así que se acercó a ellos y puso su expresión más irónica en el rostro.

—¿Vuestro divertimento ahora es aterrorizar a niñas o es que habéis vuelto a cagaros encima como cuando erais pequeños y necesitáis jugar como si lo fuerais?

La ironía estaba impresa en cada una de sus palabras, junto con una de sus habituales sonrisas mordaces, y estuvo a punto de sonreír más cuando sus palabras hicieron el efecto que quería: que dejaran en paz a esa niña asustada. Cuando esta se marchó corriendo, James se cruzó de brazos y los miró a los ojos.

—Me han dicho que me buscabais...

Donovan dejó escapar una risa malvada.

—Jacobo nos ha enviado porque parece ser que ya no sabes hacer tu trabajo...

James torció el gesto, contrariado.

—Yo tendría cuidado con las palabras que usas, Donovan...

El aludido sonrió y se acercó peligrosamente a él.

—Nunca habías tardado tanto en encontrar a una persona.

—Tal vez esa persona sea muy buena escondiéndose, ¿no crees?

Aiden resopló.

—¿No habrás estado perdiendo el tiempo con alguna mujer?

El rostro de Arya apareció de repente en su mente, pero acabó negando por dos motivos. El primero de ellos porque no era momento de pensar en ella. Y el segundo, porque temía que pudieran ver su rostro reflejado en sus ojos y lo descubrieran.

—Sabes que yo no soy como tú... Si tengo una misión, me centro en ella. Y cuando acabo, me permito disfrutar de una mujer que quiera de verdad estar conmigo. A diferencia de ti... que las obligas.

Aiden sonrió, orgulloso, pero no dijo nada, puesto que Donovan se le adelantó.

—Creo que no es el mejor lugar para hablar de lo que nos ha traído aquí...

James asintió y les señaló una de las calles que los llevaría al bosque.

—Por allí no tendremos ojos espías.

Los dos guerreros asintieron y cuando James los siguió, no pudo evitar mirar ligeramente por encima de su hombro al sentir sobre su espalda una mirada. Estaba seguro de que la joven lo había seguido, casi podía olerla. Tan solo esperaba que no se metiera en problemas con sus dos compañeros, pues no acabaría de la mejor manera.

Al cabo de unos minutos, cuando estaban solos en el bosque, James sacó la carta de su *sporran* y se la tendió.

—Esa es mi respuesta para Jacobo.

Donovan la tomó entre sus manos, pero no pudo evitar mirarlo irónicamente.

—¿De verdad crees que hemos venido aquí tan solo para que nos des una carta? Queremos saber cómo llevas el trabajo.

Lo sabía. James no se equivocaba con ellos. Los conocía desde hacía años y sabía que harían cualquier cosa para ponerlo en un aprieto.

—Creía que esa información era únicamente para Jacobo. Vosotros no tenéis nada que ver con esta misión.

Aiden se acercó más, sonriendo.

—Nosotros somos los ojos de Jacobo ahora... Y exigimos que nos des información.

James lo miró largamente en silencio, sopesando sus palabras, y cuando sintió de nuevo ese cosquilleo en la nuca, se dijo que aquella conversación debía acabar cuanto antes.

—Está bien. Os diré lo mismo que he escrito en la misiva a Jacobo. Sigo la pista de dos familias —mintió con facilidad—. Parece ser que tuvieron algo que ver con la corte hace diez años y tienen a dos sobrinas que bien podría ser una de ellas la joven a la que busco. No he podido ir más deprisa porque tampoco quiero preguntar directamente a esas familias. Si lo hiciera, los pondría sobre aviso.

Cuando calló, Donovan soltó un resoplo.

—¿Y ya está?

—¿Qué más quieres?

—Que nos digas quiénes son esas familias...

James negó en rotundo.

—Es mi trabajo de estos días. No pienso cederos esa información para que después intentéis arrebatarme el mérito.

Eso y que estaba seguro de que irían tras Arya en cuanto terminaran de hablar con él.

—Está bien, Buchanan —acabó cediendo Aiden—. Mañana nos iremos del pueblo con tu misiva.

—¿Vais a dormir en la taberna? —El horror hizo que se le revolviera el estómago.

—No, preferimos hacerlo al aire libre. Ese lugar es demasiado cochambroso para nosotros.

James enarcó una ceja y vio cómo se alejaban de él rumbo al pueblo nuevamente. Intentó que no se lo notara el alivio al saber que se mantendrían lejos de Arya, así que esperó pacientemente y disimulando en medio del bosque hasta que sus compañeros desaparecieron de su vista.

Y entonces, solo entonces, desenvainó su daga con disimulo y se escondió entre los arbustos.

Arya no había perdido de vista a los tres guerreros de Jacobo desde que abandonó la taberna. Había seguido a James hasta el centro del pueblo y descubrió, con horror, cómo aterrorizaban a una niña pequeña que no paraba de llorar. No sabía si James estaba de acuerdo con eso, pero cuando los dos recién llegados al pueblo la soltaron y esta se fue corriendo, Arya dejó escapar un suspiro de alivio.

Tras eso, los vio marcharse de la plaza en busca de un lugar más solitario para hablar. Sabía que no podrían hablar con tranquilidad allí, así que los siguió de cerca, disimulando a cada paso, como si estuviera allí buscando algo para la taberna en caso de ser descubierta. Pero la suerte estuvo de su lado cuando ninguno de ellos miró hacia atrás. Ni siquiera James, que torció ligeramente el cuello hacia un lado, como si notara su presencia.

Cuando llegaron al bosque, Arya se escondió tras unos arbustos y esperó a que diera comienzo la conversación. Sin embargo, desde allí no podía escuchar absolutamente nada, y no quería arriesgarse a ser descubierta si salía de su escondite.

La joven asomó ligeramente la cabeza, lo justo para verlos hablar y descubrir que James le tendía una carta a uno de ellos. Estos parecían burlarse de algo que a James realmente no le hacía gracia. Y minutos después, aquella conversación llegó a su fin.

Arya vio cómo los dos hombres se marchaban y dejaban solo a James, que tenía los brazos en jarras, de espaldas a ella. La joven se escondió un poco más tras el arbusto, apartando la vista de su objetivo, ya que temía que esos dos hombres la descubrieran. Y cuando hubo pasado un tiempo y dejaron de escucharse los pasos de los guerreros, Arya asomó de nuevo la cabeza.

En sus ojos se dibujó una expresión de sorpresa y salió un poco más de su escondite. La joven frunció el ceño y miró a un lado y otro del bosque. ¿Dónde demonios estaba James? Había visto cómo se quedaba solo en el bosque y, si hubiera querido regresar al pueblo, debía haber tomado el mismo camino que sus compañeros. Pero el bosque estaba completamente vacío. Ni siquiera había tenido el tiempo suficiente como para desaparecer si se hubiera ido por otro camino.

Y cuando estaba a punto de girarse para marcharse de allí, Arya sintió que la punta de una daga se apoyaba contra su garganta, paralizándola por completo.

—Estoy dudando sobre si debería cortarte el cuello o enviarte a la corte para que te acusen de espionaje y traición... —La voz del guerrero sonó lenta y pausada, pero demasiado peligrosa.

Con un simple movimiento de sus dedos, James la instó a levantarse y girarse hacia él, sin apartar la daga de su cuello. La joven lo miró con el cuerpo tenso, esperando que le cortara el cuello en cualquier momento, algo que no sucedió.

—¿Se puede saber por qué te has expuesto al peligro siguiéndonos?

Arya tragó saliva, y ese simple gesto hizo que la punta de la daga le hiciera un pequeño corte en el cuello; algo que no pasó desapercibido a James, que apartó al instante el arma, aunque no la guardó.

—¿Por qué están ellos aquí?

—Por alguna extraña razón, creo que ya lo sabes...

Arya dejó escapar el aire lentamente, incapaz de moverse. Sentía que todos los miembros de su cuerpo se habían quedado petrificados y no podía huir. La conversación que tanto había esperado y que, al mismo tiempo temía, había llegado por fin. Ahora pondrían las cartas sobre la mesa y se dirían la verdad mirándose a los ojos.

—Lo que sé es que Jacobo te ha enviado aquí... para buscarme —admitió con cierta dificultad.

James tragó saliva, incapaz de creer que la joven hubiera confesado la verdad mirándolo directamente a los ojos.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

Arya sintió que le faltaba el aire.

—Porque soñé contigo antes de que llegaras al pueblo. Porque tú mismo me preguntaste si había alguien apellidado Stewart en el pueblo. Y porque llevo toda la vida escondiéndome de él. De Jacobo... y de su padre.

James frunció el ceño y la miró largamente.

—¿Le has dicho que me has encontrado? En esa carta...

Pero James no fue capaz de contestar, a eso, sino que intentó desviar el tema.

—El primer día que te vi no dije nada de los Stewart y te mostraste aterrada... ¿Es porque soñaste conmigo?

—Qué perspicaz —asintió la joven con cierta ironía.

—Los guerreros lo somos.

Arya sonrió con tristeza.

—Y tú eres el mejor de Jacobo...

James entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

Pero Arya calló y dio un paso atrás.

—Creo que nos debemos una explicación —siguió James.

La joven suspiró y lo miró largamente. Ya había hablado demasiado, así que no podía dar marcha atrás y largarse de allí corriendo, simulando que no había pasado nada. Pero no podía. Su orgullo y honor no se lo permitían. Y algo en su interior le decía que cuando contara su verdad, se quitaría un peso de encima. Pero había una cosa que no podía contar...

—Está bien... James.

El guerrero sintió algo extraño en su interior al escuchar su nombre entre sus labios, como si lo hubiera susurrado, como si hubiera una petición implícita en su tono. Y esperó a que se sintiera segura de contar todo.

—Yo nací y crecí en la corte de Edimburgo hasta que tuve nueve años. Mi madre trabajaba para el antiguo rey, así que vivíamos en la zona de los sirvientes. Pero yo no tenía permiso para salir del dormitorio... más que para dar un paseo cuando todo el mundo dormía. Y cuando tuve nueve años... Me vi obligada a escapar de allí.

—¿Por qué? Jacobo me dijo que tenía que hablar contigo por asuntos de la corte.

Arya sonrió tristemente.

—Y supongo que obvió contarte que su padre mató a mi madre...

Los ojos de James se abrieron desmesuradamente.

—¿Cómo dices...? —Su voz, normalmente oscura, sonó sorprendida, en un simple susurro.

—Por qué será que no me extraña que Jacobo escondiera esa información. Entre otras... Tuve que viajar hasta aquí para encontrar a mi tío. Y desde entonces hemos vivido en paz. Ni he creado problemas, ni los busco.

James dio un paso atrás, como si la joven lo hubiera golpeado. Aquella información no era la que esperaba. De hecho, ni siquiera esperaba que la joven se atreviera a contarle la verdad.

—Entonces ¿para qué te busca?

Para matarme, le habría gustado decirle, pero no podía confesar esa verdad. Eso no. Si lo hacía, tenía que dar más información de la que le había proporcionado. Así que decidió contar lo que ella misma había escuchado aquel aciago amanecer en el dormitorio del castillo en Edimburgo.

—Para meterme en un convento.

James frunció el ceño, sin comprender.

—¿Y por qué querría Jacobo hacer algo así?

—Me temo que debe ser él quien te responda a eso... Supongo que también te preguntarás por qué sé que eres el mejor guerrero de Jacobo.

James asintió.

—Mi tío tiene un conocido en el castillo. Trabaja allí desde hace años. Le escribí y este le confirmó que el rey envió a su mejor hombre para buscar a la hija de su hermana, Lily Stewart.

Arya suspiró y cerró los ojos un momento. Ojalá pudiera confesarle que no estaba solo ella en el mundo, sino que tenía una hermana gemela, pero debía proteger la vida de Mya. Si a ella la mataban, al menos quedaría alguien vivo de la estirpe de su madre que podría seguir su vida. Y así Mya podría dejar su vida de encierro.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Me vas a entregar a esos dos?

La voz de la joven lo sobresaltó. James se había quedado tan sorprendido ante todas esas revelaciones que se había metido en sus pensamientos para ordenarlos. Al escuchar el nombre de la madre de la joven sintió un escalofrío. Era el mismo que el propio Jacobo le confesó cuando lo envió a esa misión. Había deseado que no fuera real, que todo eso formara parte de una pesadilla, pero saber que Jacobo quería meterla en un convento le heló la sangre dentro del cuerpo. ¿Qué haría la joven en un maldito convento, salvo marchitar su belleza entre cuatro paredes? ¿Y por qué un rey se preocupaba del destino de la hija de una sirvienta? No lo entendía, y después de todo lo que Arya le había confesado no quería presionarla para que contara más. Poco a poco lo descubriría.

James negó con la cabeza.

—No. En la misiva he escrito que necesito más tiempo...

Arya sintió que algo se agitaba dentro de ella.

—¿Por qué has hecho eso?

James dio unos pasos a un lado y a otro, hasta que acabó de nuevo frente a ella, con la mirada fija sobre sus preciosos ojos.

—No lo sé... —admitió—. Tal vez porque estoy loco. Tal vez porque mi relación con Jacobo cambió hace tiempo. Tal vez porque estoy cansado y viejo. Tal vez porque te pareces demasiado a mí.

James boqueó varias veces, incapaz de continuar, pero una extraña fuerza creció en su interior. Siempre había sido un hombre muy directo, y no podía empezar a ser un cobarde ahora.

—Tal vez lo he hecho porque eres la mujer más hermosa que he visto nunca. Tal vez porque nunca me he cruzado con una mujer como tú. Tal vez porque a cada instante necesito besarte, tocarte, tomar tu mano, subirte a mi caballo y llevarte a mi hogar, donde cada maldito día, cada hora y cada segundo te demostraría lo que te haría para callar esa boca rebelde que tienes.

Arya estaba segura de que había muerto y frente a sí no tenía a James Buchanan, sino a un ángel revestido con los ropajes del guerrero. O puede que hubiera escuchado mal sus palabras. Pero fuera lo que fuera, se había quedado sin aliento. No era capaz de registrar en su mente aquellas palabras. ¿Ese hombre, del que había huido, al que había temido, contra el que se había levantado para defenderse, se había declarado? No podía ser...

Sin embargo, se lo confirmó el hecho de que James se acercó a ella y puso una mano en su rostro. Arya la sintió caliente. Ruda y callosa, sí, pero ardiente. Las miradas de ambos conectaron al instante y Arya no pudo evitar temblar ante ella y su contacto.

—Desde el primer momento, ese primer día, cuando puse mi mirada sobre ti, supe que me traerías problemas. Lo que no imaginaba era que serías tú el motivo que me trajo aquí. Y ahora no sé qué hacer... Jacobo podría pedir mi cabeza si se enterara de esto.

La desesperación era evidente en su voz.

—Puede que te parezca que me he vuelto loco o crees que te estoy mintiendo, pero creo que nunca he hablado con tanta seguridad sobre algo que me atañe solo a mí. Siempre he sido muy impulsivo. Siempre he tenido las cosas claras en mi vida. Y una de esas cosas que tengo claro es que no me resultaste indiferente ese día.

—Pero apenas me conoces... —susurró.

—Lo suficiente como para haber visto tu interior. Te he observado y he podido llegar a tu alma. No sé qué habrá pasado con Jacobo para que te reclame, pero sé que tienes un alma pura. Dices que soy el mejor hombre del rey. Ese apelativo me lo gané gracias a mi facilidad para ver dentro de la gente, para adivinar si lo que decían era lo que realmente pensaban. Y tú eres auténtica. No me temes, e incluso te has enfrentado a mí. Y lo mejor de todo: me has retado. No puedo dejar ir a una mujer así.

Las lágrimas rodaban sin parar por las mejillas de la joven, que elevó una mano para posarla sobre la del guerrero.

—James... —susurró sin voz.

—Quiero protegerte, Arya, pero debo admitir que mi honor me impide traicionar al rey.

Arya dejó escapar un sollozo.

—Yo no he hecho nada, James. Te lo juro por mi vida...

—Estoy seguro de ello. Hace unos años, Jacobo persiguió a Gavin MacPherson hasta su castillo solo porque desobedeció una orden y se casó con la mujer a la que amaba. En su momento no llegué a comprender a MacPherson, pero ahora sí.

Arya boqueó varias veces, tan sorprendida que era incapaz de pronunciar palabra ante lo que el guerrero le había confesado. Y antes de que pudiera decir algo, este sonrió ligeramente y le dijo:

—No hace falta que digas nada, Arya. No me hagas caso. Estoy loco.

James acortó la distancia que los separaba y la besó suavemente. Había soñado una y mil veces que volvía a besarla. Era cierto lo que la joven le había dicho en la taberna: no había dormido. El recuerdo de su beso había logrado arrebatarse el sueño, y no había podido dejar de pensar en ella. Sí, era impulsivo. Pero jamás se había sentido tan atraído por una mujer para algo más que para unas horas juntos en el catre. No obstante, sabía que había cambiado hacía tiempo, y su idea de formar una familia nunca había sido tan atrayente y fuerte como en esos últimos días.

El guerrero se apartó de ella y la miró, sujetándola aún con firmeza.

—Encontraré la manera de ayudarte. No sé cómo, pero lo haré, Arya.

CAPÍTULO 11

El resto de la mañana, Arya no apareció en la taberna. James fue consciente de ello después de que acudiera a ese refugio para él y viera a Hamish enfurecido, lanzando maldiciones a diestro y siniestro, gritando a las otras dos jóvenes que lo ayudaban y jurando que echaría a Arya de la taberna la próxima vez que la viera.

A pesar de lo que había pasado en medio del bosque esa misma mañana, James se sorprendió al no culparse de haber abierto una parte de él que siempre había mantenido cerrada. Él había sido un hombre rudo, feroz y frío que jamás había mostrado sus sentimientos, por lo que era extraño que él mismo confesara lo que había sentido por Arya la primera vez que la vio. Siempre había pensado que el amor era una debilidad que lo único que conseguía era desviar la mente hacia un lugar donde tal vez podrían matarlo. Y él era un hombre de guerra. Hasta hacía poco. Los pensamientos sobre su vida habían cambiado de una forma tan radical que se había sorprendido cuando la idea de dejar las filas de Jacobo pasó por su mente. Una idea que lo llevaría a tener una vida tranquila en su granja, alejado del ruido de la guerra y con una familia a su alrededor, una familia que no había tenido nunca, pues entró en las filas de Jacobo cuando apenas podía sostener una espada. Y la idea de que Arya formara parte de esa familia le había sobrevenido la primera vez que la joven se atrevió a retarlo.

James suspiró largamente y se pasó una mano por la cara. Tal vez estaba haciendo un castillo en el aire, una idea de vida que no era para él. Puede que no estuviera hecho para la vida en convivencia con una mujer, pero si su corazón clamaba por algo así, tal vez era porque ya estaba preparado.

El guerrero supuso que la joven se había refugiado en su casa para intentar pasar lo más desapercibida posible mientras él intentaba pensar un plan para poder sacarla del pueblo sin llamar la atención de Donovan y Aiden, a los que no había vuelto a ver en toda la mañana. Se preguntó qué estarían haciendo, y en parte se preocupó de que estuvieran molestando de nuevo a los niños del pueblo. Sin embargo, cuando estaba a punto de terminar su plato de comida, la puerta de la taberna se abrió. James giró la cabeza en su dirección con la esperanza de ver de nuevo a Arya, pero no era ella la que apareció, sino sus dos compañeros de filas.

James volvió de nuevo la cabeza hacia la comida e intentó no hacerles caso, pero sus compañeros cruzaron la taberna para sentarse junto a él, a quien miraron fijamente, como si esperaran algo.

—En lugar de estar tranquilamente comiendo, deberías hacer averiguaciones. ¿No crees?

James dejó tranquilamente la cuchara sobre el plato. Terminó su bebida y, después, levantó la vida, mirándolos de forma aburrida.

—Pocas averiguaciones podría hacer después de morir de hambre. ¿No crees?

Donovan le sonrió de lado al escuchar su pregunta de vuelta. Nunca se habían llevado demasiado bien. Este quería destacar por encima de los demás y escalar puestos en el ejército de Jacobo para estar más cerca del rey. Hasta ahora lo había conseguido. Se había quitado del medio a gran parte de los guerreros que le sobraban, bien porque habían muerto en la guerra, bien porque el propio Donovan lanzaba acusaciones falsas sobre ellos. Fuera como fuera, tan solo estaba James por delante de él para acercarse más al rey. Y ahora que estaba en esa última misión, James sabía que Donovan haría lo que fuera para que se marchara del ejército con una

mancha en su apellido. Y eso era lo que más le preocupaba, pues su compañero haría lo que fuera para descubrir el motivo por el que no había desenmascarado aún quién era la joven.

—Buchanan, no has venido aquí a hacer amigos... Debería haberte importado una mierda si los habitantes del pueblo sospechaban o no por tus preguntas incómodas, así que sigo sin entender por qué no las has hecho.

James apoyó los codos en la mesa y lo miró fijamente.

—Yo lo que no entiendo es por qué cojones te metes en mi trabajo cuando nadie te lo ha pedido. Ni siquiera Jacobo. Os pidió una respuesta. Ya se la escribí a él en una carta. Después de dársela, debisteis marcharos de vuelta a Edimburgo para entregársela a su majestad. A él es a quien le debo explicaciones y mi lealtad. No a ti, que es algo que me parece que se te olvida.

Aiden dejó escapar una risa.

—Venga, Buchanan, no te pongas así. Solo estamos impacientes por poner cara a esa misteriosa joven.

—¿Y por qué? Al rey es al único al que debería importarle.

Aiden asintió y miró de reojo a Donovan.

—Bueno, es que tal vez antes de entregársela a Jacobo podríamos disfrutar de su compañía...

James frunció el ceño. Ya sabía a qué tipo de compañía se refería. Los conocía a la perfección. A ellos y al rastro de violaciones que habían ido dejando allá donde habían luchado. Por ello, y por la preocupación que le generaba Arya, James se obligó a mantener la calma.

—Esas no son las órdenes del rey. La chica debe entregarse sana y salva.

Donovan resopló.

—Eres un aburrido, Buchanan.

—Soy un hombre de honor... No todos pueden decir lo mismo...

El aludido sonrió de lado y a James le pareció una sonrisa tan mortífera y vengativa que necesitó de todo su autocontrol para no marcharse de allí, correr hacia la casa de Arya y llevarla a un lugar seguro hasta que todo llegara a su fin.

El guerrero apartó el plato de él, ya que el olor de la comida que acababa de ingerir le produjo entonces una angustia que amenazó con hacerlo vomitar. Y en ese momento, con una sonrisa en los labios y sin dejar de mirarlo, Donovan levantó el brazo para llamar la atención de Hamish, que estaba recogiendo una mesa cercana.

James pensó que iba a pedir algo para beber o comer. Pero nada más lejos de la realidad. El guerrero de Jacobo miró al dueño de la taberna y le preguntó:

—Disculpe, buen señor. Estamos buscando a una joven de unos veinte años, hija de Lily Stewart, que tal vez vive por estos lares. ¿La conoce?

El corazón de James se paralizó al instante. Donovan acababa de dar demasiados detalles. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para no arañar la mesa o matarlo, y también para mostrar una expresión en su rostro que denotara aburrimiento o tal vez interés por su respuesta.

Vio cómo Hamish fruncía el ceño mientras pensaba. Y después acabó asintiendo, lo cual hizo que el mundo de James pareciera venirse abajo.

—La única Stewart que conozco es a la joven que trabaja aquí. No sé cómo se llamaba su

madre, pero se corresponde también con la edad de la joven a la que buscan.

Donovan sonrió.

—¿La chica que trabaja aquí? —Desvió su atención hacia las dos jóvenes que llevaban platos a otra mesa de la taberna—. ¿Alguna de esas dos?

Hamish negó con la cabeza, provocando que James quisiera arrancarle la cabeza.

—Es la otra.

—¿La rubia que había esta mañana? —preguntó Aiden—. ¿A la que le entregamos la carta?

—Yo no vi que le entregara nada, pero sí. Es la única que no está ahora trabajando, así que, si la encuentran, díganle que no hace falta que venga más a trabajar...

—¿Y dónde vive esa joven, buen hombre?

—En las afueras del pueblo. En una cabaña que hay en medio del bosque, rumbo al sur.

Y malhumorado, Hamish se giró y los dejó solos. Y antes de que Donovan mirara de nuevo a James, este se obligó a mostrarse indiferente.

—Así que la has tenido todo este tiempo delante de tus narices y no lo has visto...

James frunció el ceño y buscó una mentira apropiada y creíble para ese momento.

—Ella misma me dijo que su apellido era Sutherland.

Donovan pareció creerlo, pues dejó escapar un resoplo, enfadado.

—¿De verdad te has dejado engañar por una maldita furcia? Has perdido facultades, Buchanan.

La ira hizo que James estuviera a punto de desenvainar la daga de su bota. Pero logró contenerse y, finalmente, dejó escapar una risa.

—¿Perder facultades? ¿Quién te asegura a ti ahora que esas dos de ahí no van corriendo a avisar a la otra para que desaparezca? Para ser un rastreador hay que ir con cuidado, no preguntar de forma tan directa.

Donovan golpeó la mesa con fuerza.

—Si hubieras preguntado de forma directa, ya estarías en Edimburgo y nosotros nos habríamos ahorrado un viaje a este maldito y feo pueblo.

James enarcó una ceja, irónicamente, tratando de contener la rabia y preocupación de su interior.

—Pensaba que te gustaba viajar porque así evitabas que Jacobo te ordenara vigilar desde la muralla para castigar tus... malas artes con sus súbditos.

—Vete al infierno, Buchanan —le espetó al tiempo que se levantaba de la silla—. Nosotros encontraremos a la joven antes que tú. Haremos lo que sea para llevarla ante Jacobo y, después, el rey te expulsará con deshonor de la corte. Y tal vez no te devuelva las tierras que tanto anhelas.

James apretó con tanta fuerza la tabla de la mesa que esta crujió bajo la palma de su mano. Les dirigió a ambos una mirada de auténtico odio, que bien podría haberlos matado si hubiera podido. Vio cómo ambos se marchaban de la taberna con una sonrisa en los labios y con la promesa de encontrar a Arya antes que él.

Así que cuando estos salieron por la puerta principal, James corrió hacia la puerta trasera de la cocina, sorprendiendo al propio Hamish, que lo miró extrañado. James se dirigió a la cuadra donde estaba su caballo. Lo ensilló lo más rápido que pudo y cabalgó con la intención de encontrar a Arya cuanto antes, aunque tomando un camino que lo obligaría a dar un rodeo.

Mya estaba bebiendo un vaso de agua cuando vio que Arya salía del dormitorio con la espada que John le había regalado. Su tío les había comprado una a cada una para que aprendieran a luchar. Desde muy pequeña, Mya había dado muestras de que era muy buena en el arte de la lucha con espada. Arya, sin embargo, aunque había aprendido varias técnicas con las que podría defenderse en caso de un ataque, siempre había preferido ejercitar la mente. Había demostrado ser muy buena en otros aspectos y había desarrollado una gran capacidad para trazar planes con los que salir airoso de situaciones difíciles.

Por ello, Mya no pudo evitar elevar ambas cejas, sorprendida por ver a su hermana con la espada en la mano.

—¿A dónde vas con eso?

Arya se encogió de hombros. No les había contado que finalmente James y ella se habían dicho la verdad y, después de mucho pensarlo, pensó que tal vez sería una buena idea entrenar ella sola.

—Voy a practicar un poco por el bosque, lejos de la cabaña. Creo que, teniendo en cuenta cómo están las cosas, lo mejor es que entrene un poco para intentar mejorar.

Mya asintió y después dirigió su mirada a su tío, que se levantó del sillón.

—Si quieres, podemos entrenar juntos, Arya.

La joven negó con la cabeza.

—No hace falta. Solo quiero recordar algunos de los movimientos que nos enseñaste. Nada más.

—¿Y la taberna?

La joven suspiró.

—Después de haber salido esta mañana sin el permiso de Hamish, no creo que quiera verme por allí de nuevo.

—¿Ha ocurrido algo?

—Sí, han llegado al pueblo otros dos guerreros del rey. Buscaban a James.

Mya enarcó una ceja.

—¿Lo llamas por su nombre?

Arya tragó saliva.

—¿Y cómo quieres que lo llame?

—¿Desgraciado? ¿Malnacido? Cualquier apelativo menos su nombre...

John suspiró y puso una mano sobre el hombro de Arya.

—¿Qué debemos esperar de esos dos?

—No lo sé, pero nada bueno. Tened cuidado.

Arya no quiso contarles que James le había prometido que encontraría la forma de sacarlos del pueblo porque, si lo hacía, debería dar explicaciones que no deseaba.

Por ello, tras despedirse, salió con la espada y los dejó solos. Tío y sobrina se miraron a los ojos.

—Veo el miedo en tu mirada, Mya. No lo niegues.

La joven desvió la mirada.

—Siempre has sabido ver más allá de mí, tío.

John sonrió tristemente y se acercó a ella para abrazarla.

—Sé que eres la única de las dos que no ha podido superarlo, Mya. Te has escudado en frialdad y seriedad para esconder tu dolor.

John se separó de ella y la miró a los ojos.

—Ojalá hubiera podido saber cómo sacar de ti esa pena, sobrina. Lamento que tuvieras que ver cómo murió tu madre.

—Soy una cobarde, tío.

John negó con la cabeza.

—No eres una cobarde. Eres más valiente de lo que crees porque solo una persona valiente es capaz de seguir viviendo y luchando día a día con lo que le hace daño por dentro, como tú has hecho.

Mya no pudo evitar que varias lágrimas rodaran por sus mejillas.

—Duele demasiado, tío.

John volvió a abrazarla. Durante todos esos años había tenido que soportar ver cómo la joven se consumía en la tristeza, la rabia y el rencor por algo que ni él mismo lograba entender. Arya había sido más fuerte en ese sentido y, aunque en su interior aún sufriera por la pérdida de su madre y la situación tan trágica que tuvieron que vivir, había logrado reponerse y seguir adelante.

—¿Por qué no vas a la playa hasta que se haga de noche?

Mya frunció el ceño.

—¿Con Arya también fuera de la casa? Es peligroso.

—¿Qué más da ya el peligro, Mya? Vive. Como sea, pero vive.

La joven dudó un instante, pero, tras una sonrisa conciliadora de su tío, asintió y salió con cuidado de la casa, alejándose de allí con la esperanza de que todo aquello acabara cuanto antes.

Cuando se quedó solo, John suspiró largamente y cerró los ojos un instante. Sabía que el peligro que había matado a su hermana llegaría finalmente a sus puertas y, desde siempre, había estado preparado.

El hombre puso los brazos en jarras e intentó calmar los rápidos latidos de su corazón. No quería mostrarse preocupado frente a sus sobrinas, pero ya no podía demorar más la promesa que le había hecho a su hermana muerta de cuidar a sus hijas.

John se giró y fue hasta su dormitorio. Abrió el baúl donde guardaba sus pertenencias y tomó el cinto y la espada que había guardado en lo más hondo del mismo con la esperanza de que no le

hiciera falta jamás. Y antes de colgarlo de su cadera, el hombre tomó una pequeña carta, cuyo papel estaba ya viejo. Una semana antes de que sus sobrinas se presentaran frente a la puerta de su casa, había recibido una desesperada carta de su hermana en la que le describía la situación en el castillo. Le contaba que Jacobo II estaba interesado en enviar a su hija a un convento y que lo veía capaz de cualquier cosa. Y finalmente, le pedía que, si le ocurría algo a ella, cuidara de ambas como si fueran suyas, ya que nadie más conocía el secreto de que había dos niñas y no una.

John volvió a doblar el papel con la letra de su hermana mientras una lágrima escapaba de sus ojos. La echaba terriblemente de menos.

—Te he fallado, hermana —susurró—. No he sabido esconderlas.

John se llevó una mano a la sien y dejó caer la carta al fondo del baúl. Después se levantó y se colgó la espada de la cadera. El hombre suspiró largamente. Hacía años había jurado no volver a luchar después de ver todo el sufrimiento que podía generarse. Pero ahora tenía que defender lo suyo de nuevo. Y no pensaba fallarle a su hermana. Ni tampoco a sus sobrinas.

CAPÍTULO 12

John dejó su dormitorio sin poder evitar sentirse extraño con su antigua espada de nuevo colgando de su cadera. Habían pasado muchos años desde que jurara no volver a luchar, pero por sus sobrinas haría lo que fuera. No sabía cómo se sentiría un padre de verdad, pero para él, Arya y Mya no eran solo sus sobrinas. Las sentía como unas hijas. Eran ya demasiados años juntos y él era un hombre de cumplir promesas. Cuando las vio llegar aquella mañana lluviosa a su casa, supo que había pasado algo. Y les prometió que iba a cuidarlas con todo su empeño y su corazón. Y ahora que el peligro aparecía de nuevo en sus caminos, las iba a proteger con su vida.

John tenía la sensación de que esos dos hombres del rey que había en el pueblo no significaban nada bueno en la vida de sus sobrinas. Y aunque James le había sobresaltado el corazón, supo ver en él su verdadero fondo, su cansancio y sus ansias por cambiar de vida con tan solo un vistazo. Era un buen hombre. Estaba seguro de ello. Y cuando Arya lo había llamado por su nombre con esa familiaridad y el brillo en sus ojos tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no sonreír.

John se acercó a la jarra de agua que reposaba sobre la mesa. Se sirvió un vaso y lo bebió hasta la última gota. Intentando que las manos no le temblaran por lo que sabía que iba a pasar, dejó caer una de ellas sobre la empuñadura de la espada y después se dirigió a la puerta.

Agradeció mentalmente el hecho de que sus sobrinas no estuvieran allí, y rezó para que, pasara lo que pasara, ninguna de ellas acabara en el cadalso de Edimburgo.

John abrió la puerta y cerró tras de sí. Dio un par de pasos hacia el camino que lo llevaría al pueblo, pero enseguida sintió que no estaba solo, que había alguien más cerca. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que su destino había llegado antes de lo que esperaba. El hombre frunció el ceño y miró por encima de su hombro derecho. Por una de las esquinas de la cabaña vio aparecer a un hombre alto, rubio y de ojos tan entornados que apenas veía la negrura que había en ellos. John se giró completamente hacia él, y por la otra esquina de la cabaña vio aparecer a otro guerrero, vestido igual que el primero, con las indicaciones reales en sus pecheras, aunque algo más bajo, pelo castaño y ojos azules brillantes, pero repletos de maldad.

—Vaya, vaya... Stewart. Te veo preparado para la batalla...

John apretó la empuñadura de la espada con fuerza, aunque no la desenvainó, ni tampoco negó ser un Stewart. Ya no hacía falta. Los habían descubierto, y él pensaba luchar por sus sobrinas hasta su último aliento.

—¿Quiénes sois? ¿Y qué queréis?

Donovan sonrió y se acercó a él con paso seguro.

—Creo que ya lo sabes... Estoy seguro de que llevas tiempo esperándonos... Buchanan no ha hecho bien su trabajo o no ha querido hacerlo. Tengo dudas...

John frunció el ceño, pero no le respondió. Le había sorprendido que, tras saber que eran ellos a los que buscaba, no hubiera ido tras su pista. Y eso solo le indicó que era cierto que se trataba de un buen hombre.

—¿Dónde está tu sobrina?

John estuvo a punto de sonreír al pensar en que no solo había una. Al contrario, lo miró con el ceño tan fruncido que sus cejas se habían unido en una sola.

—¿Para qué la busca Jacobo?

—Eso no es asunto tuyo, Stewart.

John chasqueó la lengua y torció la cabeza.

—Me temo que todo lo que tiene que ver con mi sobrina es asunto mío.

El otro hombre también se adelantó.

—Pero nosotros no queremos darte esa información.

—Por tu propio bien, si quieres vivir, dinos dónde está.

John negó con la cabeza al tiempo que desenvainaba lentamente la espada. El hombre fijó su mirada en ellos, dispuesto a lo que fuera por salvar a Arya y Mya. No iba a permitir que las encontraran, que las enviaran a Edimburgo y las asesinaran a sangre fría por una corona que a ellas no les interesaba. La sujetó con fuerza, clavó los talones en el suelo y se puso en posición de ataque. Hacía mucho tiempo, tal vez demasiado, desde la última vez que luchó a muerte para defender su vida. Pero para él su vida ya no tenía valor. La de sus sobrinas, sí.

—Jamás os daré esa información.

Ambos guerreros de Jacobo se miraron entre sí con una sonrisa, al tiempo que desenvainaban las espadas.

—Tranquilo, la encontraremos igualmente.

—Como hay un Dios en el cielo, vuestra muerte llegará antes de que finalice este día... —sentenció John.

Donovan sonrió al tiempo que hacía un arco con su espada. La lucha estaba servida. Y al instante, los dos guerreros de Jacobo se lanzaron contra él. John aferró su espada con fuerza, giró sobre sí mismo para sortear el arma de Aiden mientras que paraba la estocada de Donovan. Este lanzó un grito de rabia al ver ese giro. Lo había subestimado por completo al creer que se trataba de un simple granjero con ínfulas de guerrero que no sabría pelear, pero la forma en la que desvió su espada la indicó que se trataba de un buen guerrero.

John no se molestó en responder irónicamente a su gesto. Tenía puesta toda su atención en la pelea, que no tardó en seguir. Aiden se lanzó contra él sin tregua, pero John logró parar de nuevo sus movimientos.

La pelea siguió varios minutos más mientras los guerreros de Jacobo intentaban cansar al tío de Arya y Mya, pero este no daba muestra alguna de cansancio. Ni siquiera habían logrado herirlo, algo que él sí consiguió cuando, segundos después, John abrió una pequeña herida en el muslo izquierdo de Aiden.

—Eres una maldita escoria, Stewart... —siseó este cuando miró hacia su pierna.

Pero John no respondió. Se lanzó a por Donovan, que miraba enfurecido la herida de su compañero. Al instante, levantó su espada contra él y logró parar a tiempo su estocada.

—Maldito desgraciado... ¡Vamos a desangrarte como a un cerdo! —exclamó Donovan, girando sobre sí mismo para alejarse de su espada.

John sintió una punzada de miedo por sus sobrinas. ¿Qué harían aquellos malditos cobardes si daban con ellas? Estaba seguro de que nada bueno. Y como si hubieran leído sus pensamientos, Donovan le dijo:

—¿Sabes qué haremos con ella cuando la tengamos? No la llevaremos directa a Edimburgo. Primero la haremos nuestra, Stewart. Disfrutaremos de cada uno de sus gritos y de su cuerpo. Y lo que sobre irá directo a Jacobo.

John arrugó el rostro. Lo sabía. No hacía falta que lo jurara. Sabía, por sus ojos, que decía la verdad y que harían lo fuera con Arya, Mya o ambas, si descubrían la verdad.

Sin embargo, John no se dejó vencer tan rápidamente por esos pensamientos, aunque sí hizo que desviara ligeramente su atención, lo cual hizo que Aiden lo hiriera en un costado, abriendo una gran brecha. John lanzó una maldición.

Su gemido de dolor hizo que Donovan sonriera, aunque ese gesto se quedó congelado en sus labios cuando John, con un movimiento rápido, abrió un enorme tajo en su estómago. Y de no haberse movido con tanta rapidez, el guerrero de Jacobo habría mostrado sus entrañas en ese preciso instante. Donovan se encogió sobre sí mismo, aferrándose con fuerza el vientre. Y cuando Aiden se lanzó a por John tras verlo herido, este le abrió otra herida en la espalda, que logró cruzarla de arriba abajo.

Aiden llevó las manos atrás, intentando apaciguar el dolor que lo recorrió al instante. Pero John no les dio tregua y volvió a atacar. No obstante, Donovan, que a pesar del dolor también se había encorvado para disimular, sacó una daga de su bota y la lanzó directamente a su corazón.

John se movía entonces, levantando su espada para lanzarse hacia Aiden, cuando sintió el pinchazo en su pecho. Un pinchazo que le arrebató el aliento de golpe. Sus brazos se bajaron y la empuñadura de su espada se escurrió entre sus dedos. Un gesto sorprendido apareció en su rostro. No sabía de dónde había procedido ese dolor, pero cuando bajó la mirada hacia su pecho y vio la empuñadura de una daga salir de él, supo que esos eran sus últimos segundos de vida.

Logró escuchar las risas de ambos guerreros. Unas risas tensas debido a su dolor, pero risas, al fin y al cabo. Habían vencido. Se había confiado por su avance en la lucha y había perdido de vista las manos de Donovan. El dolor de su pecho se extendió poco a poco a todo su cuerpo. Un dolor no solo por su muerte, sino también por el destino de sus sobrinas.

Pasaron unos segundos cuando sus rodillas se doblaron. El aire dejó de entrar en su cuerpo y un intenso mareo lo obligó a tumbarse. Desde ahí logró ver la copa de los árboles que, durante años, habían sido un techo protector para su cabaña, le habían dado felicidad y lo habían ocultado a él y a sus sobrinas.

Los rostros de Arya Mya aparecieron entonces frente a sus ojos, ocultando los árboles y lo que había alrededor. Les dijo mentalmente que las amaba y que allá donde fuera las protegería de todo. Una sonrisa se dibujó en su rostro a medida que la vida escapaba de su cuerpo. Las amaba. Por Dios que había logrado encontrar en ellas ese amor tan profundo que había necesitado tras una juventud de guerra y batallas. Con ellas había conseguido esa felicidad que tanto anhelaba.

Y cuando la luz fue escapando de su mirada John sintió que había hecho lo correcto en esta vida, que había logrado protegerlas, enseñarlas a protegerse, les había dado lo que el destino les había arrebatado. Ellas merecían esa corona, sin duda, más que Jacobo. Y aunque jamás se convirtieran en reinas, para él ya lo eran.

—Muere como un perro... —escuchó que uno de ellos decía.

Pero esa voz estaba ya demasiado lejos. Una extraña sensación de paz de atesoró en su pecho, como si lo que había pasado ya quedara atrás. Algo demasiado suave pareció mecerlo a medida que la muerte avanzaba y, por fin, exhalaba su último aliento. Pero John estaba feliz. Había

cumplido con su misión en esa vida. Y ahora tocaba seguir viaje allá donde fuera su espíritu.

Arya sentía que empezaba a sudar de forma incómoda cuando una gota cayó por su espalda. Había perdido la noción del tiempo desde que hacía ya un rato. Sabía que quedaba poco más de una hora para que el día llegara a su fin, por lo que debía darse prisa y entrenar un poco más. No quería que su hermana se riera de nuevo de ella. Sí, siempre había sido más ducha en el arte de escapar y planear ciertas cosas que en el arte de la espada. No le había gustado. Se le daba bien, pero siempre había deseado que su camino fuera en otra dirección que la lucha. Desde que había visto morir a su madre sentía que todo era peligroso, como si a su alrededor solo hubiera inseguridad y amenazas. Pero aun así había preferido otro tipo de vida. Sin embargo, si ahora debía usar una espada, lo haría para defenderse o para defender a su familia y su hogar.

En su mente no paraba de aparecer la idea de que tal vez lo mejor era abandonar toda su vida, dejar allí sus recuerdos y marchar a otro lugar donde estuvieran seguros. Pero por alguna extraña razón, le costaba marcharse.

Y ese día, desde que había visto aparecer a los otros dos guerreros de Jacobo, Arya tenía la sensación de que la mano le picaba para que acudiera a su casa, cogiera la espada y se pusiera a entrenar. Pero, aun así, a pesar de llevar bastante tiempo en medio del bosque, sola, Arya no conseguía quitarse una extraña sensación inquietante. Ni con la espada en la mano se sentía segura, como si un peligro inminente estuviera a punto de atacarla.

La joven resopló y movió la cabeza de un lado a otro mientras rotaba los hombros para descargarlos. No estaba acostumbrada a esos movimientos, por lo que se le cargaban enseguida. Tras esto, volvió a clavar los talones en el suelo, como su tío John le había enseñado, entornó los ojos, como si mirara a un enemigo, y cargó contra él, realizando movimientos rápidos que lograron hacer silbar el aire cerca de ella.

Arya atacó y realizó movimientos de defensa al tiempo que su respiración se le aceleraba. Pensó en su madre y se animó a ser fuerte. No sabía qué le depararía la vida, pero estaba segura de que tarde o temprano esos dos guerreros de Jacobo darían con ella si a James no se le ocurría algo pronto.

Al cabo de unos segundos, Arya sintió un escalofrío y un intenso hormigueo en la espalda, subiendo hasta la nuca. La joven frunció el ceño y aferró con más fuerza la espada. Alguien la estaba observando, lo sabía. Estaba segura de que detrás de ella había alguien esperando, pero no tenía claro si quería atacarla o no.

Arya se giró de golpe, dispuesta a defenderse si los hombres de Jacobo habían venido a por ella. La joven vio cómo se movían unos arbustos a unos diez metros de ella, y sabía que no era por el viento, puesto que este soplaba en dirección contraria.

—¿Mya? —preguntó—. Si eres tú, no tiene gracia...

Su hermana a veces había acudido a ese lugar, donde siempre entrenaba, para burlarse de ella por sus dudas a la hora de atacar. A veces se había presentado allí de frente y otras se escondía para observarla. Sin embargo, tuvo la sensación de que no era su hermana la que estaba tras el arbusto.

Arya miró a un lado y a otro, incluso a su espalda, temerosa de que quien fuera no estuviera solo y la atacara por detrás. Sin embargo, no olía el peligro más que delante de sus narices.

—¿Quién demonios eres?

Su voz, que reverberó entre los árboles, hizo que el arbusto se sacudiera aún más y de él saliera, para horror suyo, un pequeño jabalí que corrió en dirección contraria, ajeno al susto que acababa de darle a la joven.

Arya suspiró y se llevó una mano al pecho para intentar calmar los latidos de su corazón. Sin embargo, algo a su espalda hizo que volviera a ponerse en alerta: el sonido, casi imperceptible, de la hoja de una espada al desenvainarse. Por ello, volvió a aferrar la suya con ambas manos y se giró con la velocidad de un rayo, levantando al mismo tiempo la espada para hacerla chocar contra la que se dirigía entonces a su cabeza.

Su corazón amenazó con salir de su garganta, pero logró aliviarse, en parte, al ver que la persona contra la que había cruzado su espada no era otro más que James. El caballo de este descansaba a pocos metros de allí, y la joven no pudo evitar preguntarse cómo demonios había llegado hasta allí sin hacer apenas ruido, ya que no había escuchado los cascos del animal.

Los ojos de Arya estaban demasiado abiertos y lo miraban de forma incrédula, aunque aliviada.

—Pero ¿qué demonios haces aquí? —preguntó cuando logró encontrar su voz de nuevo en el fondo de su garganta.

—Te he estado buscando por todos lados.

Arya lo miró sin comprender y dio un paso atrás, alejándose de su espada y clavando la suya en el suelo.

—Desconocía que supieras usar la espada.

En los labios de James se dibujó media sonrisa, que logró calmarla en parte.

—Bueno... hay muchas cosas de mí que no sabes —le devolvió la sonrisa.

James apretó con fuerza la espada y, sin poder contenerse, lanzó una mirada hacia ella, examinándola de arriba abajo, como si quiera devorarla, algo que haría si ella lo dejaba. Sin embargo, carraspeó y se centró en la conversación.

—Podrías hacerte daño...

Arya se encogió de hombros al tiempo que volvía a aferrar con fuerza la espada y hacía un giro de muñeca de él.

—El dolor es algo que está en la mente, y la muerte es algo que irremediablemente tendremos que aceptar un día, James.

El guerrero levantó ambas cejas.

—Veo que tú ya no te escondes y llevas tu propia espada —terció la joven señalándolo con la suya.

—Con esos dos sueltos por el pueblo es mejor llevarla.

La expresión en el rostro de Arya cambió de repente ante la mención de los dos guerreros de Jacobo, compañeros de James.

—¿Ha ocurrido algo?

El guerrero chasqueó la lengua.

—Me temo que el dueño de la taberna tiene la lengua demasiado suelta y les ha contado quién eres en realidad.

Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente e, inconscientemente, dio un paso atrás, como si la hubiera golpeado. Arya sintió que todo su mundo se caía a pedazos, como si el cuidado con el que habían pisado todos esos años no valiera ahora para nada.

—¿Estás seguro de ello?

James asintió.

—Yo estaba delante... Antes de eso les he dicho que todos estos días he ido con cuidado, sin presionar a nadie. Y les he pedido que no preguntaran directamente para evitar sospechas. Pero no han hecho caso.

James suspiró y dio un paso hacia ella con cuidado, temeroso de que saliera corriendo en contra.

—Lo siento, Arya. Voy a sacarte de aquí.

Pero la joven pareció no escucharlo, y miró el camino que iba en dirección a su cabaña, como si algo dentro de ella se removiera, como si tirara de ella, pero se quedó parada en el sitio. Y después miró de nuevo al guerrero.

—Tú no tienes la culpa. Debimos irnos cuando tú llegaste al pueblo.

James sintió que algo dentro de él se apretaba, como si le hubieran hecho daño esas palabras. Si se hubieran ido del pueblo, no habría tenido la oportunidad de conocer a una mujer maravillosa.

—Todos estos años... —murmuró la joven llevándose las manos al rostro para ocultar las lágrimas que salían entonces de sus ojos.

Su espada aún estaba clavada en la tierra y bien podría haberle dado una patada para desfogar la rabia de su corazón, pero se alejó de James, dándole la espalda y caminó de un lado sin saber qué hacer.

El guerrero la observaba, preguntándose qué debía hacer en ese momento. No sabía qué hacer o qué decir. Él era un hombre de guerra. Nunca hablaba. Él actuaba. Así había sido gran parte de su vida, y aunque sabía que debía decirle algo a Arya para tranquilizarla, las palabras no salían de su boca. Por ello, actuó. Clavó la espada junto a la de la joven y se acercó a ella. Y cuando la alcanzó, por la espalda, levantó con cierta reticencia los brazos y la abrazó. Al ver que Arya se dejaba abrazar por él, la estrechó más fuerte contra su pecho, y apoyó la barbilla en su cabeza.

—Yo no he hecho nada, James. Estoy cansada de escapar. Tuve que huir esa noche hace años cuando aún era de noche. No tuve tiempo de despedirme de mi madre. Ni siquiera pude enterrarla decentemente. Y ahora... Debo seguir huyendo.

James cerró los ojos un instante. Una semana. En tan solo unos días su vida había cambiado de forma radical. Había llegado allí con la promesa de encontrarla para que el rey le diera su propia libertad, pero había descubierto a una mujer tan especial que no se sentía con fuerzas de entregarla. Y ese sufrimiento... Era real, sin duda. Él podía verlo, sentirlo. Era tan real que Arya temblaba. No sabía si era por el miedo o la rabia, pero él mismo se sentía terriblemente iracundo por lo que había pasado. De no haber llegado Donovan y Aiden al pueblo, él habría tenido el tiempo suficiente como para llevarla a un lugar seguro.

James suspiró y la obligó a girarse.

—Queda poco para el anochecer, así que iré a la taberna, recogeré todas mis cosas y te llevaré

a un lugar seguro hasta que todo esto se calme.

Arya sentía en su cintura las manos callosas del guerrero y no pudo evitar mirarlo a los ojos.

—¿Por qué haces todo esto por mí, James? No hemos empezado muy bien que digamos. Y te he ocultado que era yo a la que buscabas... Deberías estar enfadado.

James lo meditó unos segundos. Se sentía incapaz de apartarse de ella.

—Te lo dije esta mañana, Arya. Nunca he dicho algo así a nadie. Te lo juro. Jamás he encontrado a nadie como tú. Sé que soy impulsivo y que tal vez esto no está bien, pero yo no soy muy ducho en palabras. Lamento si sueno rudo. Eres una mujer especial. Lo supe desde el primer momento. Y aunque pienses que estoy loco o que alguien como yo no merece... a alguien como tú, voy a ayudarte. La verdad es que yo tampoco querría a alguien como yo cerca.

Arya abrió la boca para responderle, pero James no se sentía capaz de escuchar lo que tuviera que decirle por temor a que lo rechazara. Era la primera vez en su vida que se abría de esa manera. Lo había hecho de una forma loca, sin pensar en lo que realmente hacía, y sabía que sería el hazmerreír de mucha gente si se enteraran de ello, pero no podía evitarlo. Siempre había mostrado su inquina por aquellos a los que no consideraba amigos, así que eso tampoco podía guardarlo.

—Y por eso he venido a buscarte. Temía que ellos te encontraran antes que yo —siguió diciendo—. He pensado que esta noche podríamos irnos. No podemos demorarnos más. Te llevaré a un lugar seguro y volveré aquí para disimular con Donovan.

Vio que Arya fruncía el ceño.

—¿Puedo ser yo también igual de sincera, James Buchanan?

El guerrero asintió y tragó saliva.

—Cuando te vi en mi sueño te temí. Más incluso que al propio padre de Jacobo años atrás. Vi tus ojos negros y supe que eras un peligro para mí y mi familia. Estaba segura de que ibas a hacerme daño, que me llevarías al cadalso. Pero cuando te tuve frente a mí, el miedo se convirtió en reto. El reto, en búsqueda. Y esa búsqueda, en ansias por estar contigo, por tocarte. Así que, si tú estás loco, puede que yo también lo esté. Siempre he escuchado que hay que esperar y conocerse poco a poco, pero creo que los sentimientos a primera vista también existen.

Arya no pudo evitar que una lágrima solitaria cayera por su mejilla.

—Mi madre siempre me contaba un cuento cuando me iba a dormir. Se trataba de una princesa que se enamoraba perdidamente de un príncipe nada más verlo. Yo siempre me reía porque creía que eso era demasiado fantasioso, pero ¿sabes qué decía mi madre?

James estaba sin palabras frente a lo que Arya ya había confesado, pero logró encontrar las palabras suficientes para preguntarle:

—¿Qué decía?

Arya sonrió entre las lágrimas.

—Que cuando dos almas están destinadas a estar juntas, se reconocen en el mismo instante en que se ven por primera vez. Es por ello por lo que a veces la gente se enamora a primera vista.

Arya pareció quedarse sin palabras ante lo que ella misma acababa de decir.

—¿Quieres decir...? —comenzó preguntando James sin saber cómo continuar.

Arya asintió, incapaz de repetir lo mismo.

—No sé a dónde me llevará la vida, si acabaré en Edimburgo frente al rey o en cualquier otro lugar, pero no hay nada que me gustaría más que estar a tu lado.

Las manos de James acabaron en las mejillas de la joven y, antes de que siguiera hablando, el guerrero la besó.

CAPÍTULO 13

Eso no estaba bien. Lo sabía. Después de todo lo que habían hablado y del peligro que había a su alrededor, no podían acabar besándose en medio del bosque como si todo estuviera en orden cerca de ellos. James lo tenía claro. Jamás en su vida había sido tan descuidado como en ese instante, pero los labios de aquella joven eran tan deliciosos y llamativos que no podía parar. Y lo peor de todo era que ella lo animaba a seguir.

James estaba seguro de que se estaba volviendo loco. Él era un hombre que siempre había estado pendiente de todo a su alrededor, de cualquier peligro, de cualquier persona que pudiera hacerle daño, de todo... Pero desde que conocía a Arya tenía la sensación de que todo eso se había echado a perder, como si ya no fuera consciente de las cosas que lo rodeaban, más que ella misma. Así se encontraba su mente en ese momento: adormecida, embrujada... Y no le importaba. Lo único que quería era besarla.

Y cuando las manos de Arya comenzaron a acariciar su pecho de forma inocente, pero también erótica, no pudo evitar lanzar un gruñido de placer que hizo que la apretara más contra él.

No está bien, le repetía su mente una y otra vez. *No está bien...* pero a pesar de esa vocecilla en su cabeza, James continuó. Sí, estaba bien. La deseaba, y ella lo deseaba a él, claro que estaba bien.

Las manos de Arya ascendieron por su pecho hasta sus hombros. Las rodillas de la joven amenazaron con hacerla caer al suelo por el inmenso placer que estaba sintiendo. No quería parar. Sabía que podía pasar por allí algún vecino, aunque ese lugar fuera uno de los más escondidos de Dumbarton, pero solo quería besarlo. Inconscientemente, clavó los dedos en sus hombros, buscando ese apoyo, ese contacto que lo animó a estrecharla aún más, como si amenazara con imbuirla dentro de su propio cuerpo. La joven sintió todos y cada uno de sus músculos contra su propio cuerpo, incluida su entrepierna, que se alzaba poderosa contra su propio vientre y que hizo que todo su cuerpo vibrara ante semejante vigor. Era la primera vez que sentía algo así contra su cuerpo, incluso también era la primera vez que notaba claramente cómo era aquella parte del cuerpo masculino que jamás en su vida había visto en nadie. Eso hizo que sus mejillas se tornaran completamente rojas por la vergüenza, pero también por el deseo. Su cuerpo comenzó a subir la temperatura, a sudar, a temblar de placer, a pedir más... Necesitaba más.

Nunca en su vida había tenido esa imperiosa necesidad de sentir las caricias de un hombre, de ser tocada, besada en cualquier parte de su cuerpo. Quería que los labios de James descendieran de su rostro y besaran su cuello, su pecho... Todo. Se había convertido en una libertina de repente, pero no le importaba.

Cuando la joven gimió de placer, James se apartó ligeramente de ella y la miró a los ojos. Los rostros de ambos estaban a tan solo unos milímetros y podían sentir el uno contra el otro sus respiraciones aceleradas.

—No pares, James —susurró la joven con urgencia.

El guerrero cerró los ojos unos instantes, como si estuviera luchando consigo mismo por romper ese momento. Sin embargo, cuando volvió a abrirlos, Arya vio en ellos reflejado el deseo y un instinto primario que le hizo temblar las piernas de nuevo.

—¿Estás segura?

Arya asintió y cuando, inconscientemente, lamió su labio inferior, James frunció el ceño, intentando contenerse, hasta que, lanzando un rugido, se lanzó de nuevo hacia ella. Pero esta vez sus labios no fueron a parar contra los de la joven, sino que bajaron a su cuello.

James la obligó a elevar más su cabeza, para así tener mejor acceso a su garganta, donde se detuvo a besar con tranquilidad su piel. El guerrero succionó después cada palmo de su cuello, arrancando gemidos que podía sentir bajo sus labios y que hicieron que su cuerpo vibrara de placer y necesidad.

Sus manos recorrieron la espalda de la joven en busca del nudo de su vestido, que deshizo con maestría unos segundos después. James sintió el estremecimiento de Arya cuando el viento fresco sopló contra su cuerpo, pero la animó a hacer lo mismo que él, así que llevó las manos a los botones de su camisa y comenzó a desabrocharlos. James estuvo a punto de lanzar un gruñido de placer al descubrir que la joven tenía la valentía para hacer lo mismo que él, así que cuando las manos de Arya apartaron su camisa y la dejaron caer al suelo después de desabrocharla, James se separó de ella y dio un paso atrás.

No sabía por qué lo hacía, tal vez era su propio ego el que le pedía ser admirado, pero dejó que los ojos de Arya recorrieran su cuerpo, hasta el inicio de su kilt, del que intentaba salir desesperadamente su miembro. En los ojos de Arya vio reflejado el deseo y en parte el miedo ante la idea de mostrarse también completamente desnuda. El guerrero solo le había bajado ligeramente el vestido por sus hombros, pero no le había descubierto los pechos, algo que sus ojos deseaban ver con una terrible desesperación.

—Eres... muy hermoso.

James se sobresaltó. Era la primera vez que alguien lo llamaba con ese apelativo. Incluso él mismo no se consideraba hermoso. Tenía el cuerpo repleto de cicatrices por las incontables batallas a las que había acudido, y muchas de las mujeres con las que había estado evitaban mirarlo al horrorizarse por ellas. Pero en la mirada de la joven no había horror, sino admiración. Y eso hizo que su pecho se llenara de orgullo.

—Me han llamado muchas cosas, pero nunca hermoso.

Su voz ronca hizo que Arya levantara la mirada hacia él.

—Pues lo eres.

James sonrió y volvió a acercarse a ella. Vio cómo Arya tragaba saliva ante la idea de sentirlo de nuevo tan cerca, pero se dejó hacer. Las manos casi temblorosas de James deslizaron los pliegues sueltos de su vestido por sus brazos, dejando sus pechos a la vista del guerrero, que estuvo a punto de gruñir ante la belleza de su cuerpo. Y cuando toda la tela cayó a sus pies, dejándola desnuda por completo, Arya tembló por el nerviosismo.

—No quiero hacerte daño —le aseguró en un susurro.

La joven asintió.

—Lo sé.

James asintió y después llevó sus manos a los pliegues de su kilt, el cual soltó para quedarse también desnudo frente a ella, mostrando todo su esplendor. Escuchó que Arya carraspeaba y se retorció las manos.

—Estiraré el kilt en el suelo para que estemos más cómodos.

Arya asintió y se protegió el cuerpo con los brazos, sintiéndose incómoda al mostrarse así ante

él. Era la primera vez que alguien la veía completamente desnuda. Ni siquiera su hermana, cuando se cambiaban de ropa, la había visto de esa guisa, ya que ella siempre se vestía con rapidez.

Observó cómo James colocaba su kilt sobre la hierba con esmero y cuidado. Y cuando este se levantó y volvió a admirar su poderoso cuerpo, Arya lo abrazó y escondió su cara en el hueco de su cuello. Quería sentirlo, pero en ese instante tenía miedo, pánico de hacer algo que no le gustara y la dejara allí tirada.

James la estrechó entre sus fuertes brazos y acarició lentamente su espalda.

—¿Tienes miedo de mí?

El viento soplaba con suavidad entre sus cuerpos, pero en ningún momento hicieron nada para volver a taparse, ni tampoco para alejarse el uno del otro.

—No. No, James, no tengo miedo de ti.

Arya se separó de él para decírselo mirándolo a los ojos, y el guerrero sintió algo en su pecho que no había experimentado jamás en su vida. Lo que ya tenía desde que la conoció pareció hacerse más grande y profundo en ese momento. Saber que Arya no lo temía, saber que era la primera mujer en su vida que no lo temía, y que se entregaba a él de verdad, porque realmente lo deseaba, sin dinero de por medio, le hizo un nudo en la garganta.

Sin decir nada más, James la besó lentamente y la giró para llevarla hacia el kilt y dejar que se tumbara. Arya se dejó hacer y le devolvió el beso. La pasión arrolladora que la había atravesado volvió a hacerse de su cuerpo y lo calentó, impidiéndole sentir el frescor del día, el rocío de esa noche que estaba próxima a llegar.

La boca de James no dejó de besarla en ningún momento. Abandonó sus labios para ir de nuevo a su cuello. Lo besó con devoción, arrancándole gemidos mientras Arya se retorció bajo su cuerpo. Cuando se sintió saciado de esa parte, bajó lentamente, lamiendo cada poro de su piel, hasta llegar a sus pechos. James los miró con fervor. El deseo se leía en su mirada, y eso hizo temblar a Arya, que no podía apartar su mirada de él, de cada movimiento del guerrero. Y cuando su boca descendió una vez más hacia su cuerpo, Arya dejó caer la cabeza hacia atrás, rindiéndose hacia lo que sentía. Arqueó su cuerpo cuando la lengua juguetona de James lamió uno de sus pezones lentamente para después apartarse y ver cómo el viento fresco hacía el resto. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando James vio que este se alzaba retador frente a él.

Hizo lo mismo con el otro pecho, acariciándolo, saboreándolo... No dejó ni un solo centímetro de piel sin mimar.

—James... —gimió Arya aferrándolo del pelo.

La joven lo obligó a levantar la mirada hacia ella y al ver su sonrisa malvada en su rostro, Arya fue consciente del verdadero James. En sus ojos vio la picardía que había. Ni rastro de la seriedad o el malhumor que lo había caracterizado desde que lo conocía. No. Ese era otro James, el que se ocultaba detrás de la muralla que él mismo había levantado para alzarse como uno de los mejores guerreros del rey. Y que alguien como él se hubiera fijado en ella estuvo a punto de provocarle el llanto.

—¿Tienes prisa?

James sonrió al ver que la joven asentía. Por ello, la cubrió con su cuerpo y la miró a los ojos. Una de sus manos se dirigió directamente a la entrepierna de la joven, donde comprobó que

estaba mojada y preparada para recibirlo.

Mientras la besaba, el guerrero dirigió su miembro hacia el cuerpo de Arya. A pesar de que intentaba agasajarla, reconoció que él también tenía prisa. Prisa por hacerla suya, por darle todo el placer que quería proporcionarle, por dejarle claro, sin palabras, que era suya. Porque sí, quería que fuera suya, que pasara el resto de su vida con él, en su granja cuando por consiguiera su libertad...

Y ese recuerdo de su objetivo hizo que James se quedara quieto unos segundos.

Arya abrió los ojos y lo miró.

—¿Todo bien? ¿He hecho algo que no...?

James negó.

—No. No es el momento, pero quiero decirte una cosa.

Arya frunció el ceño. Sentía el miembro del guerrero en la entrada de su cuerpo, dispuesto a penetrarla, pero tan quieto que estuvo a punto de levantar ella misma la cadera y obligarlo a hacerlo. Sin embargo, esperó.

—¿Estoy demasiado loco si te pregunto si te gustaría pasar... el resto de tu vida conmigo?

Los ojos de Arya se abrieron desmesuradamente ante aquella proposición. No podía creer lo que escuchaban sus oídos. Y esa estupefacción fue malinterpretada por James.

—Lo siento, sé que soy muy intenso...

—No, no lo eres. Me gusta. De hecho, me hace gracia porque no lo parecías. Das una impresión y luego realmente eres un hombre diferente. Claro que me gustaría pasar mi vida junto a ti. Eres valiente, decidido, no temes mostrar tus sentimientos a pesar de ser un guerrero. Eres realmente especial, James Buchanan. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. Y ahora, quiero que me hagas tuya.

Arya levantó ligeramente las caderas, suspirando de placer. James miró hacia ese lugar donde se unían sus cuerpos. Y antes de pensar en lo que la joven le había respondido, su cuerpo se movió y la penetró. Sí, le había dicho que sí. Era una completa locura, y él había perdido el juicio totalmente. Lo sabía, pero no podía evitarlo. Su padre siempre le enseñó que cuando en la vida se presenta una oportunidad única, no puedes dejarlo marchar. Y su ánimo por cambiar su vida lo llevó a cometer esa locura. Una dulce locura que le confirmó lo que sentía en su interior: la amaba. La amaba desde el primer momento en el que la joven lo miró orgullosa y sin temor alguno. Y supo que en su vida jamás ninguna otra mujer lo miraría así.

James la penetró lentamente, arrancándole un pequeño gemido de dolor cuando se topó con aquella barrera que le hizo parar un segundo. Aferrándose con fuerza a su propio kilt para contenerse, dejó que el cuerpo de Arya se acostumbrara al suyo. Y cuando estuvo preparada, terminó de penetrarla.

—Lo siento —susurró entre beso y beso.

Y cuando sintió bajo su cuerpo que el de la joven perdía la tensión, comenzó a moverse en su interior. Arya tardó tan solo unos segundos en volver a suspirar de placer. Sus pequeñas manos se aferraron a sus nalgas, clavando sus uñas con fuerza, aumentando, sin saber, su placer. Arya lo empujaba más contra ella, que gimió. Sus ojos se cerraron por el placer mientras James saboreaba su garganta, sintiendo con antelación que un gemido saldría de ella.

El guerrero aumentó la velocidad de sus acometidas, sintiendo que el culmen de su placer estaba próximo. Y en ese instante, Arya arqueó su cuerpo, temblorosa, y gritó con fuerza al tiempo que se aferraba a él con intensidad. James sintió en su miembro las contracciones del cuerpo de la joven, que lo empujaron a él a sentir su propio orgasmo, que llegó como si de un huracán se tratara, derramándose en su interior.

Ambos necesitaron de varios minutos para sobreponerse a esa increíble tormenta que habían experimentado. Y cuando sus respiraciones por fin se hicieron más suaves, se separaron para mirarse a los ojos. Arya sonrió y llevó una mano a la mejilla del guerrero. Sintió bajo su palma la barba del mismo; pinchaba, pero no le importó. Estaba realmente feliz. Era el mejor momento de su vida. Y no podía creer que ambos hubieran decidido unir sus vidas una vez terminara todo aquello.

Una sonrisa se dibujó también en los labios del guerrero, que se apartó de ella para evitar aplastarla con su peso. Se acostó a su lado y la atrajo hacia él. Sabía que no podían pasar mucho tiempo en ese lugar, desnudos y desprotegidos, pues seguramente Donovan y Aiden estaban buscando a la joven, pero se dijo que unos minutos más no supondrían un problema.

—Gracias —susurró Arya.

James la miró de soslayo.

—¿Por qué?

La joven sonrió.

—Por esta locura.

—Supongo que esa locura me la transmitió mi padre. Siempre me dijo que las oportunidades hay que aprovecharlas. Me di cuenta de que eres una mujer extraordinaria desde el primer momento. Y, de hecho, pensaba volver a decírtelo cuando hubiera acabado mi misión aquí. Pero al saber que eras tú a la que buscaba creí que iba a volverme loco por completo. No podía dejar que nadie te pusiera en peligro. Y por eso creo que la mejor opción para cuidarte es que seas mi esposa. No dejaré que el rey te haga daño, y mucho menos Donovan o Aiden. Intentaré convencer a Jacobo de que has muerto o de que has huido del país para que te deje en paz.

Arya asintió y dejó caer la cabeza sobre su amplio pecho. La mano de James recorría su espalda de forma relajada y al cabo de varios minutos, este la instó a levantarse.

—No podemos estar más tiempo aquí. Estamos desprotegidos.

Arya estuvo de acuerdo y se levantó para vestirse. Ambos tardaron unos minutos en volver a estar con sus ropas puestas y se besaron nuevamente. James la aferró de ambos brazos y la miró a los ojos.

—Me habría pasado toda la noche contigo, Arya, si todo estuviera en orden.

—Lo sé. Yo también lo habría querido, pero debemos solucionar antes todo este problema.

James asintió y miró a su alrededor. De repente, había tenido un mal presentimiento y tenía la sensación de que el peligro andaba cerca de ellos. Por ello, la había instado a vestirse tan deprisa.

—Esta misma noche nos marcharemos. Dile a tu tío que prepare todo. Se vendrá con nosotros. Os llevaré a un lugar seguro y cuando todo esto acabe, me reuniré allí con vosotros.

Arya asintió. Sabía que debía contarle la verdad sobre su hermana, pero en ese momento, sabía que tenía prisa. Y ella también. No podían perder más tiempo contándose cosas que bien podría

desvelarle una vez James fuera a su casa a recogerla. Así que prefirió callarse y se separó de él tras abrazarlo una última vez.

—Me pasaré a por vosotros a medianoche. A esa hora todo estará tranquilo y nadie nos seguirá.

Arya asintió y le sonrió.

—Todo saldrá bien —la joven lo dijo más para autoconvencerse que por otra cosa.

James sonrió.

—Por algo soy el mejor guerrero del rey... —repuso con autosuficiencia.

Arya sonrió, recogió su espada y se marchó por un camino diferente al del guerrero, que también recogió su arma del suelo donde la había clavado.

Antes de perderse en el bosque, ambos volvieron a mirarse con una sonrisa, la última que se dedicarían el uno al otro antes de que el desastre se cerniera sobre ellos.

Apenas quedaba un mínimo de luz en el cielo cuando Mya subió la pendiente de la playa para regresar a su casa. Agradeció al cielo que no se hubiera cruzado con nadie que pudiera confundirla con su hermana y que después vieran a Arya en otro lugar. Lo primero que haría nada más llegar a la cabaña sería agradecerle a su tío que la animara a bajar a la playa, ya que su carácter había mejorado mucho allí. Había llorado como nunca, sola, sin nadie que viera esa debilidad suya y la molestara, y eso era algo que le debía a su tío. La tristeza había invadido su vida y aún no había encontrado la manera de apartarla de su lado.

Con un suspiro, Mya recorrió el último tramo que le quedaba para llegar a su casa y, de repente, sintió un escalofrío. La joven paró en medio del camino y miró a un lado y a otro, pero no había nadie. Todo estaba tranquilo. Los arbustos ni siquiera se movían con la última brisa del día. El olor a tierra mojada por el relente impregnó sus sentidos, pero algo en su interior le indicó que tuviera cuidado, que algo iba mal. Y por ello, apretó el paso.

Mya frunció el ceño al ver desde la distancia que la puerta de su casa estaba totalmente abierta. Y no se escuchaba nada. La joven corrió hacia allí, temerosa de que hubieran encontrado a Arya y se la hubieran llevado. Sin embargo, lo que encontró fue mucho peor de lo que pensaba. Ni siquiera hizo falta que llegara a entrar en la casa. A un lado a su derecha había un cuerpo tirado en un charco de sangre que vio de soslayo cuando corría hacia la cabaña.

Mya se quedó completamente petrificada, con la mirada aún puesta sobre la puerta abierta de la cabaña, incapaz de mirar a un lado, pues lo reconocía igualmente. Las manos de la joven comenzaron a temblar, extendiendo ese temblor por todo su cuerpo. Aterrada, lentamente giró la cabeza hacia su derecha y dejó escapar un lamento de rabia, pena y frustración al confirmar que el cuerpo que había allí tirado y muerto era el de su tío.

—¡No! —exclamó fuerte, sin importarle que pudieran oírla los que habían hecho eso—. ¡Tío John!

La joven corrió hacia el cuerpo y se arrodilló a su lado.

—¡No! —lloró.

Sus hombros se sacudían con fuerza por el llanto descontrolado. Mya miró a un lado y otro, incluso llegó a apretar la herida del pecho de su tío con la esperanza de que reviviera. Pero sabía

que estaba muerto. Su pecho no subía ni bajaba. Ni siquiera le quedaba un simple aliento de vida al que aferrarse para sanarlo. Nada. Su tío estaba muerto.

Mya dejó escapar un gemido de rabia que llenó todo el páramo donde se alzaba la cabaña. Jamás pensó que, cuando salió de la casa, sería la última vez que vería a su tío con vida.

—Desgraciados... —rugió—. ¡Vais a pagar con vuestra asquerosa y maldita vida, ratas de Edimburgo!

La joven dejó que el llanto lastimero la arrullara. Sus ojos estaban puestos sobre los de su tío, sin vida, como habían estado los de su madre años atrás. Aún seguían abiertos, como si hubiera intentado aferrarse a la vida, sin éxito. Y lo que más llamó su atención era que en los labios de su tío parecía formarse una extraña y suave sonrisa, como si hubiera muerto en paz. Junto a él descubrió su espada manchada de sangre, pero no de la suya, como si hubiera logrado herir a la persona o personas que le hubieran hecho eso.

Un poderoso y profundo rencor afloró en su pecho, deseando vengarse.

—Voy a encontrarlos, tío. Te lo juro... Voy a encontrarlos y voy a matarlos por lo que te han hecho. Y después, si sigo viva, iré a Edimburgo a matar a Jacobo con mis propias manos. Ya es hora de que coja el rumbo de mi existencia.

La rabia era más que evidente en sus palabras, pero también en su cuerpo, que no dejaba de temblar.

Y cuando segundos después escuchó el sonido de unas pisadas en la casi oscuridad reinante del bosque, Mya se levantó de golpe, aferro la espada de su tío y apuntó con ella hacia los arbustos.

Un instante después, se quedó petrificada al ver aparecer a una tranquila y sonriente Arya, que levantó la mirada al verla allí parada con la espada en la mano. Su sonrisa se desvaneció al verla llorar, al ver la sangre de la espada y, sobre todo, al ver el cuerpo de su tío allí tirado.

Arya vio cómo su hermana bajaba la espada poco a poco y lloraba desconsolada.

—Lo han matado, Arya —susurró su gemela—. Lo han matado...

La espada resbaló de entre los dedos de Mya y dejó que su hermana se acercara con el rostro descompuesto por el horror.

—Nos han descubierto... Esos malditos guerreros nos han descubierto. ¡Y lo han matado!

Mya lanzó un grito de rabia que fue sofocado por su propia hermana cuando Arya llegó hasta ella y puso su mano sobre su brazo.

—Tranquila. No grites. Podrían estar cerca.

Mya lloró, desconsolada.

—No me importa, Arya. Esos tres desgraciados lo han matado.

Arya negó con la cabeza.

—James no ha sido.

—Venga ya, ¿por qué estás tan segura? Es otro guerrero más...

Arya suspiró y se arrodilló junto al cuerpo de su tío. Después, con sumo dolor, puso la mano sobre sus ojos y se los cerró. No había tenido el tiempo suficiente para cerrar los de su madre años atrás, pero a su tío no iba a dejarlo con ese rictus.

—James estaba conmigo, Mya.

—No intentes protegerlo.

Arya giró la cabeza hacia ella y la miró ceñuda.

—No lo protejo. Es la verdad. Él no habría hecho esto.

—¡Él vino a este maldito pueblo a cazarnos, Arya! ¡No es muy distinto a esos dos de los que nos hablaste!

Arya se mordió la lengua. Sabía que era inútil discutir con su hermana por algo así. Estaba llena de odio y sabía que este se interponía entre ella y su pena. Arya sí se sentía tremendamente atormentada. Las lágrimas escaparon de sus ojos con fuerza, como hacía tiempo que no lloraba. Amaba a su tío y en ningún momento pensó que después de lo increíble que había vivido con James se encontraría con esa estampa.

—Lo siento, tío John —susurró.

Arya escuchó las pisadas nerviosas de Mya a su espalda. Caminaba de un lado a otro, incapaz de pararse y echar un último vistazo a su tío. La joven rezó por el alma del hombre que las había cuidado como si fueran sus hijas. Recordó los buenos momentos, las risas, los abrazos, su ánimo. Su tío jamás había dado muestras de debilidad o cansancio, ni siquiera les echó en cara nada de lo que había hecho por ellas. Lo amaba como a su propio padre, pues así era como había actuado, como ese padre que nunca tuvieron y que mató a su propia madre.

Todo eso era culpa de Jacobo, tanto del rey antiguo como su hijo. Arya los odió y deseó tener la valentía suficiente como para ir a Edimburgo y retarlo para conseguir la corona; una corona que le pertenecía más a ella que a él, aunque fuera bastarda.

—Van a pagar por lo que han hecho, Arya —juró Mya a su espalda—. Yo me encargaré de ello.

Arya negó con la cabeza.

—Debemos enterrar a tío John y escapar de este maldito pueblo a un lugar seguro. James me ha dicho...

—¿Otra vez él? —la cortó su hermana—. ¿Acaso te has convertido en su furcia?

Arya frunció el ceño y se levantó. Después se giró hacia su hermana y le dio una bofetada.

—No te consiento que me llames así, Mya. Lo que yo haga con mi vida es asunto mío, pero te aseguro que James no tiene nada que ver con esto. Está claro que la fuerza de Jacobo es mayor que la nuestra. Esos dos guerreros no van a parar hasta matarnos a nosotras también. Y después... ¿qué? Yo me voy del pueblo con James.

Mya resopló y negó con la cabeza, como si no conociera a su hermana.

—Debemos vengar al tío.

—Tío John habría querido que nos pusiéramos a salvo. ¿De verdad prefieres buscar a esos dos e intentar darles muerte? Van a matarte, Mya. Y entonces la muerte de madre y del tío no tendrán sentido.

—No voy a buscar a esos dos... sino a los tres.

Arya dejó escapar un gruñido.

—¡Deja a James en paz! Él es un buen hombre.

Mya elevó el mentón con orgullo, pero no respondió. Estaba enfadada con su hermana. Si no

se atenía a razones, se separarían. Ella no iba a dejar que la muerte de su familia acabara en el olvido, como si no tuvieran importancia. Para ella sí la tenían.

—Vamos a enterrarlo —dijo Arya con voz más calmada.

Mya asintió y después le dijo.

—Prepara su cuerpo. Yo seré quien cave su tumba.

Arya frunció el ceño y accedió. Su tío había muerto por defenderlas. Hacía demasiado tiempo que había guardado su espada, así que seguramente la había vuelto a desempolvar por salvarlas de una muerte segura sin saber que encontraría la suya propia.

La joven suspiró mientras su hermana se alejaba. Quitaría la ropa a su tío, lo lavaría y prepararía con sus mejores ropas. Y después de enterrarlo, abandonaría ese pueblo en busca de una vida mejor.

CAPÍTULO 14

Era noche cerrada cuando una sucia Mya y Arya portaban como podían el cuerpo de su tío. No podían esperar al día siguiente para enterrarlo, ya que tendrían que dar demasiadas explicaciones en el pueblo. Y Arya se había prometido que para el día siguiente estaría muy lejos de allí. Tal y como habían pensado, Mya había estado cavando la tumba a la espalda de la cabaña mientras Arya aseaba el cuerpo de su tío. Jamás había pensado que semejante trabajo sería tan difícil de hacer. Incluso no había podido evitar sentir vergüenza al tener que desnudar el cuerpo de su tío para ponerle ropa limpia. Intentando hacerlo de la manera más respetuosa posible, lo desnudó, limpió su sangre y vendó la herida que lo había matado para después ponerle una camisa y un kilt limpio. Ató su cinto a la cadera y envainó su espada. Estaba segura de que su tío querría que lo enterraran así, aunque hiciera años que no cogía su espada. Pero había muerto defendiéndolas, así que había dejado esta existencia como un guerrero, y así sería sepultado.

Mientras realizaba todo ese trabajo, Arya no había dejado de llorar. Intentó que su hermana no la viera, aunque estaba segura de que Mya lanzaba lágrimas de sangre con cada palada mientras cavaba la tumba. Y para cuando su hermana llegó, casi una hora después, manchada y sudorosa, y le indicó que ya había terminado, Arya había dejado de llorar, mostrándose tan fuerte como normalmente a pesar de que estaba cansada de siempre ser la dura.

Ninguna de ellas habló o dijo nada mientras transportaban el cuerpo de su tío John, no sin dificultad, hacia el lugar cavado. Ambas estaban enfadadas la una con la otra por las palabras tan duras que se habían dedicado. Se habían equivocado, y lo sabían. Pero en ese momento de dolor no querían rectificar.

—Yo iré por ese lado... —dijo Arya.

Su hermana tan solo asintió, pero no dijo nada.

Las dos colocaron con sumo cuidado el cuerpo, intentando ponerlo en la mejor posición posible. Cuando por fin terminaron, ambas se quedaron mirando a su tío desde sus pies. A Arya le parecía irónico. Aquella sonrisa que mostraba su tío le hacía parecer dormido, pero nunca volvería a despertar. Y eso dolía. No podía culpar a James. Este había estado con ella todo el rato y sabía que quería ayudarla de verdad. Si hubiera querido entregarla, lo habría hecho desde el primer momento, ya que conocía su identidad desde hacía días.

No, ella no era tan vengativa y rencorosa como Mya. Prefería seguir adelante e intentar salvar su vida, ya que, en caso de no hacerlo, la muerte de su madre y su tío sería en vano. Y no podía permitírselo.

Arya suspiró y miró de reojo a su hermana. Esta observaba el cuerpo con el ceño fruncido y los puños apretados a ambos costados de su cuerpo.

Apenas un rayo de luna les permitía ver dónde estaban y el rostro de su tío, pero Arya estaba segura de que era lo mejor para evitarse problemas. Tal vez esa noche Donovan y Aiden no acudieran a buscarlas, así que tenía unas horas para poder poner en orden sus pensamientos y su vida.

—¿Sigues pensando que tu James no tiene nada que ver?

Arya giró la cabeza en su dirección al sentir la frialdad en sus palabras.

—Estaba conmigo, Mya. Si hubiera querido hacernos daño, lo habría hecho hace días.

La joven miró a su hermana unos minutos mayor que ella y sonrió irónicamente.

—Lo temiste cuando lo conociste y ahora lo defiendes. ¿En qué te has convertido?

—En su futura esposa —admitió.

Los ojos de Mya se abrieron desmesuradamente y dio un paso atrás, como si la hubiera golpeado.

—¿Te has prometido con él? ¿En qué estás pensando?

—En que lo amo.

—No es posible.

—Sí, lo es. Ya nos lo dijo madre varias veces. Cuando conoces a tu alma gemela, lo sientes. Y yo lo sentí.

Mya dejó escapar una risotada.

—Pensaba que yo era tu gemela.

—En esta existencia. Gemelas de cuerpo, no de alma, Mya. Te amo y durante toda nuestra vida he intentado que seas feliz. He trabajado por ti, me he llevado broncas por ti y he intentado sacarte una sonrisa a pesar de saber que la amargura corre por tu cuerpo. Que no esté de acuerdo contigo en esto no quiere decir que no te adore. Eres mi hermana. Hemos compartido el vientre de nuestra madre al mismo tiempo. Y jamás podría tener hacia ti pensamientos que no sean amorosos.

Los ojos de Mya se llenaron de lágrimas y durante unos minutos intentó mantenerse callada, pero no pudo.

—Lo sé. Cada día, cuando te levantabas antes que yo, yo me hacía la dormida, Arya.

La joven chasqueó la lengua, se cruzó de brazos y miró hacia otro lado, avergonzada.

—Lo hacía porque no tenía la suficiente fuerza como para abrir los ojos y ver que te ibas a trabajar, que tenías aliento a hacerlo a pesar de lo que nos había pasado. Yo no lo tenía. Incluso ahora tampoco lo tengo. No sé cómo vivir, Arya. Llevo triste once años, y esto no parece mejorar con la muerte del tío. Solo la muerte de esos guerreros del rey podrá hacer que al menos descansen un poco mi alma atormentada.

Arya la tomó de las manos.

—Disculpa mi bofetada, Mya. No quería hacerte más daño del que ya tienes dentro de ti.

—Lo has hecho con razón. Te he insultado.

—Pero debí reaccionar de otra manera.

Mya se encogió de hombros.

—No voy a atacar a tu hombre, pero a esos dos... déjamelos.

Arya tragó saliva, atemorizada.

—Mya...

—Arya, por favor... Vete, huye del pueblo y sé feliz con él.

Mya dio un paso atrás y separó sus manos de las de su hermana.

—Nuestros caminos se separan ahora. Espero poder verte pronto.

Arya abrió la boca para responder, pero Mya se perdió en la oscuridad de la noche. La joven dio un paso en su dirección, pero debía echar la tierra sobre el cuerpo de su tío. Su mente se debatió unos segundos sobre lo que tenía que hacer primero, así que se dijo que ya la encontraría.

Arya cogió la pala con la que su hermana había cavado la tumba y que estaba tirada a un lado de la misma. Suspiró y comenzó a echar tierra sobre su tío. Ese momento le encogió el corazón y le rompió el alma. Cada palada de tierra que echaba sobre él era como una puñalada en su cuerpo. Le pidió perdón una y mil veces, y le juró que intentaría hacer lo que ella consideraba correcto. Su madre y su tío no eran personas vengativas, y ella no quería serlo. No podría vivir una vida con el alma encogida solo porque no podría haber dado caza a alguno de los culpables de sus muertes. Ella no era así, y no quería serlo.

Cuando por fin terminó, tan manchada y sudorosa como su hermana cuando había ido a avisarla, Arya suspiró y se tomó un respiro. El silencio a su alrededor era tan abrumador que no pudo evitar lanzar una mirada para descubrir si había alguien más con ella.

—Que la Tierra te sea leve y tu espíritu vuele hacia la luz, tío John —susurró.

Ni siquiera un sacerdote iba a officiar una misa por su alma, ni unas palabras de consuelo de nadie, ni siquiera podría visitar de nuevo su tumba si se marchaba de allí. ¿Era una buena sobrina? ¿Había sido una buena hija? Arya lloró intensamente y acabó de rodillas sobre la tierra removida. No tenía respuestas para ello, pero lo que sí tenía claro era que había hecho todo lo posible por ser la mejor. Había trabajado hasta dejarse el alma; tenía las manos callosas por ello. Los había amado, respetado... Nadie podría decir que era una mala hija y sobrina por no buscar venganza e intentar salvarse. No podía hacer nada por Mya. Sabía que sus caminos estaban destinados a separarse. Lo sabía desde el momento en el que vio su mirada tras la muerte de su madre. Mya, la verdadera Mya, ya no estaba allí. Jacobo II se había llevado su inocencia, su vida, incluso su libertad. Le habían entregado todo al que fuera su padre y ahora no estaba dispuesta a darle lo poco que le quedaba al que era su hermanastro. Y menos por una corona.

—Gracias por todos estos años, tío John. Espero que ahora estés con madre. Riendo, como siempre nos contaba...

Tras unos minutos, u horas, Arya no estaba segura de cómo pasaba el tiempo en ese momento, se levantó y limpió las lágrimas de su rostro. Respiró hondo para intentar calmarse y pensar con claridad. James le había prometido que iría a buscarla alrededor de medianoche, así que se dijo que debía prepararse cuanto antes.

Después de susurrar una oración por el alma de su tío, Arya aferró con fuerza la pala y fue hacia la parte trasera de la cabaña para buscar un cubo con el que llenar poco a poco la pequeña bañera que tenían en casa. Después de lo sucedido, estaba realmente sucia y no quería empezar su viaje de esa guisa. Así que preparó todo a conciencia, se bañó en pocos minutos, secó su cuerpo y su pelo y, después, se vistió con unos pantalones que ya estaban ligeramente raídos, pero que serían cómodos para viajar junto a James, puesto que no quería que la falda le entorpeciera el camino.

Mientras hacía su petate, no le sorprendió ver que el baúl de su hermana estaba completamente abierto y la ropa revuelta en su interior. Arya se asomó para después comprobar, con horror, que la espada de su hermana no estaba y que seguramente se habría marchado para buscar a los asesinos de su tío.

Su corazón se sobresaltó y durante unos minutos se preguntó si tal vez ella debía salir tras Mya para intentar quitarle esa idea, pero sabía que era imposible. No lo había conseguido antes,

menos ahora que seguramente estaba sedienta de sangre fresca. Aun así, no podía evitar temblar ante la idea de que la mataran o de que le hicieran algún daño irreparable en su ya deteriorada alma. Sin embargo, no sabía si por sentido común o por miedo, esperó en su casa a James. Su hermana se habría reído de ella por ser tan cobarde en esos momentos, pero estaba tan afectada por la muerte de su tío y por el miedo que tenía a Donovan y Aiden que sus pies no podían moverse de su casa.

—Es mejor esperar a James —se dijo a sí misma en voz alta.

Pero media hora después no fue James quien primero entró en la casa como si de un huracán se tratara.

Tras dejar que su hermana Arya echara tierra sobre el cuerpo de su tío, algo que no podía soportar su alma ni su corazón, Mya corrió en la oscuridad de la noche hacia su casa. Fue directamente hacia su dormitorio y, de su baúl, cogió la espada que había en el fondo del mismo. Esa espada que su tío le había regalado por uno de sus cumpleaños, tanto a ella como a su hermana. Esa espada con la que había aprendido a luchar a conciencia, pues sabía que estaba preparándose para ese momento; el momento en el que vengaría la muerte de su madre y la de su tío. Primero empezaría con la venganza sobre este último, y después haría lo que fuera por viajar hasta Edimburgo y acabar de una vez por todas con esa maldita familia que le había hecho tanto daño.

No le importó estar sucia después de cavar la tumba de su tío. Así que cuando estuvo lista y preparada, Mya salió de la casa antes de que su hermana regresara, ya que no soportaría que le pidiera que se quedara una vez más. A pesar de la oscuridad, la joven veía claramente el camino gracias a la luz de la luna. Además, estaba acostumbrada a caminar de noche, ya que, muchas de ellas, salía de la casa para tomar el aire. Un aire que ahora sentía que le faltaba y no llegaba a su pecho.

Con paso rápido, Mya recorrió el camino que la llevaba al pueblo. Una de sus manos reposaba directamente sobre la empuñadura de la espada, dispuesta a sacarla en el mínimo momento en el que escuchara algún sonido a su alrededor. Su alma clamaba venganza. Y esa noche conseguiría la primera de ellas.

Estaba segura de que su hermana no la seguiría, ya que no querría arriesgarse a que la gente del pueblo las viera juntas, puesto que descubrirían su secreto. Y una sonrisa se dibujó en su rostro al preguntarse qué pensaría la gente si la viera con la espada en la cadera.

No tenía ni idea de dónde se hallaban esos guerreros. Sabía que James dormía en la taberna, pero ya iría a por él después. Le alegró el hecho de que su hermana Arya la creyera cuando le dijo que no iría tras él, pero era la mayor de sus mentiras. Ese hombre era uno de los culpables de la muerte de su tío. Fue el primero en llegar al pueblo y, por su culpa, los otros dos estaban allí, así que también iría a por él con todas las consecuencias.

Sin embargo, creyó a Arya cuando le dijo que James había estado con ella, así que por ello quiso ir primero a por Donovan y Aiden. Pero una sombra se cruzó en su camino. Mya desenvainó la espada al instante y lo apuntó directamente a la garganta, pero un rayo de luz iluminó su rostro y creyó recordar haberlo visto por el pueblo.

—¿Eres Sean?

El aludido enarcó una ceja.

—¿Acaso no me reconoces, Arya?

Mya carraspeó y asintió.

—Sí, lo siento. No te he visto bien entre las sombras.

—¿A dónde vas con una espada?

—A donde no te interesa —le espetó intentando sobrepasarlo.

La joven desconocía lo que había ocurrido con Sean y su hermana en la taberna noches atrás, así que apenas lo miró e intentó seguir su camino, pero este volvió a pararla.

—Espera un segundo, Arya. Me gustaría pedirte disculpas por lo sucedido...

—¡No me interesa! —exclamó girándose para marcharse, pero en ese momento recordó algo y volvió a mirarlo—. ¿Tú sabes dónde van a pasar la noche esos dos guerreros del rey que han llegado al pueblo?

Sean frunció el ceño y asintió.

—Todo el pueblo lo sabe. A las afueras —el joven le señaló el camino y Mya se lanzó hacia él sin despedirse.

—Te perdono lo que sea que me hayas hecho —susurró antes de perderse de nuevo en la oscuridad, dejando a Sean completamente descolocado ante ese extraño comportamiento.

Mya siguió adelante y puso toda su atención en lo que sucedía a su alrededor. Antes de abandonar las últimas calles del pueblo, la joven desenvainó la espada y la aferró con fuerza. Caminó lentamente, pegándose a las paredes que ya se le acababan y le mostraban el campo repleto de oscuridad. Una oscuridad iluminada por una hoguera a tan solo una veintena de metros del pueblo. Una sonrisa ladina se dibujó en sus labios. A pesar de que había salido poco de la cabaña, conocía el pueblo como la palma de su mano. Sabía que los guerreros estaban cerca de varios árboles, así que se dirigió hacia allí para ocultarse, aunque la oscuridad le daba el escondite que necesitaba. Los reconoció, pues sus ropas los delataban. El escudo del rey parecía brillar con intensidad debido a la hoguera que había frente a ellos, y los maldijo una y otra vez por lo que habían hecho.

Sin hacer ruido, la joven pudo llegar hasta ellos. Tan solo cinco metros la separaban de ellos, pero desde allí pudo ver con claridad todo lo que pasaba. Mya entrecerró los ojos y descubrió que ambos estaban heridos. Desde allí escuchó sus gemidos de dolor mientras intentaban frenar la sangre que corría por sus cuerpos.

Mya miró al cielo y sonrió, acordándose de su tío. Le agradeció mentalmente que le hubiera hecho más fácil el camino para matarlos, pues así, heridos, serían un blanco más sencillo para matar. Sería la primera vez que se enfrentaría a alguien en un duelo a muerte, pero no estaba asustada. Ni siquiera su corazón estaba acelerado por lo que iba a ocurrir en cuestión de minutos, ya que sabía que tenía el corazón tan roto que era incapaz de sentir nada por nadie. Ni siquiera por ella.

—Maldito cabrón —siseó uno de ellos—. Espero que esté en el infierno.

—Y muy pronto lo estará su sobrina, aunque primero jugaremos con ella.

La risa que siguió a ese comentario hizo que Mya perdiera por completo la poca razón que le quedaba. Si pensaban que iban a “jugar” con ella o con su hermana, estaban muy equivocados.

En ese momento, aferró con ambas manos la espada y salió de su escondite. La oscuridad le

permitió ser una sombra para ellos hasta que estuvo tras el guerrero que tenía la herida en el costado. Y al instante, le puso la hoja de la espada en la garganta.

—Así que pretendéis jugar conmigo... —comenzó diciendo.

Ambos guerreros se sobresaltaron, sobre todo Aiden, que apenas podía moverse, ya que tenía la hoja de la espada contra la garganta.

—Para ello, primero tendréis que cazarme...

Donovan, que estaba al otro lado de la hoguera, se levantó lentamente. Tenía la espada a un metro de él y sabía que, si se movía deprisa, podría cogerla, pero este dibujó una sonrisa al verla amenazar a Aiden.

—Muchacha, puedes hacerte daño con eso. ¿Por qué no la sueltas?

Donovan dio un paso hacia su espada. Mya lo vio y sonrió antes de responder:

—Porque he venido a acabar con vosotros, basura de Edimburgo —Su voz sonó potente, rota, pero tan segura de sí misma que ambos guerreros supieron que decía la verdad.

Y al tiempo que Donovan se lanzó a por su espada, la joven le cortó el cuello a Aiden, que no esperaba que tuviera el valor de hacerlo.

Donovan la miró con los ojos desorbitados cuando se giró hacia ella. La sangre de su compañero había salpicado los ropajes de la joven, que lo miraba orgullosa al tiempo que se apartaba unos pasos del cuerpo del guerrero caído. Este se debatía entre la vida y la muerte, tapando con la mano la enorme brecha que le había abierto en el cuello sin ningún remordimiento.

—¿Quién va a jugar con quién? —preguntó la joven con una sonrisa en los labios—. ¿Cuál de vosotros es el que le dio la puñalada a mi tío?

Los últimos estertores de Aiden rompieron el silencio que hubo tras la pregunta de la joven. Donovan rodeó la hoguera lentamente, poniendo toda su atención en la joven, que también comenzó a moverse, describiendo un círculo con sus pies.

—Así que has venido a vengarte por ello, muchacha...

El último suspiro de Aiden siguió a las palabras del guerrero, que sonrió ampliamente a pesar de la frialdad con la que la joven había matado a su amigo y compañero.

—Me buscabais, ¿no? Aquí estoy, malnacido. Y si consigues llevarme a Edimburgo, tendrá que ser muerta.

Donovan entornó los ojos y la miró con maldad de arriba abajo, sopesando las probabilidades de matarla antes de lo que debía o si tenía que llevarla viva ante Jacobo.

—Voy a disfrutar muchísimo haciéndote mía. Voy a sonreír cada vez que grites cuando te penetre con la empuñadura de mi espada por tu pequeño y lindo trasero.

Donovan esperó a que la joven mostrara un escalofrío de miedo, sin embargo, Mya describió un arco con la espada y se puso en posición de ataque sin dejar de observarlo fijamente a los ojos, con determinación, aquella que él mismo había visto en otros compañeros antes de la batalla cuando no tenían nada que perder. Se dio cuenta de que la joven no tenía nada por lo que luchar, tan solo la movía el ánimo de venganza. Y esos eran los guerreros más peligrosos.

—Primero tendrías que conseguir detenerme —fue la respuesta de la joven—. Y no voy a ser

fácil, te lo aseguro. La muerte de mi tío me ha dado las fuerzas que perdí hace mucho tiempo cuando el desgraciado de Jacobo II me arrebató la única seguridad que tenía en la vida. Así que debo darte las gracias, guerrero. Tú has despertado a quien tenía durmiendo en mi interior desde hacía mucho tiempo. Pero antes de seguir con mi camino, voy a acabar contigo.

Donovan dejó escapar una suave risa que llenó el espacio a su alrededor. Y en ese momento, Mya se lanzó contra él. Había visto cómo este se retorció ligeramente por el dolor de su costado, así que no iba a darle ni un solo segundo de tregua. Las lágrimas inundaron las mejillas de la joven mientras el sonido de las espadas rompía el silencio a su alrededor. Cada vez que atacaba, recordaba todos y cada uno de sus cumpleaños, cada instante, cada día, cada lágrima derramada con el paso de los años, la amargura de su corazón. Y eso le dio la fuerza suficiente para luchar.

Mya sentía que el pecho le ardía, que necesitaba gritar de rabia, de frustración, de amargura, de tristeza, pero primero quería hacerle daño a Donovan. Quería que probara el dolor que podía provocar una simple herida. Por ello, giró sobre sí misma, se acercó a él y le dio una sonora patada en el vientre, justo donde su tío le había abierto una brecha que cruzaba su costado hasta su espalda.

Donovan gritó de dolor, provocando que Mya riera entre lágrimas. Sí, estaba dispuesta a morir. Y si ese día terminaban con su vida, al menos también acabarían con su sufrimiento.

—Maldita perra...

—Pensabas que iba a correr cuando me encontrarais, ¿verdad? No. Soy una Stewart, y es mi turno de risas. Ahora sois vosotros quienes vais a llorar.

Donovan se lanzó contra ella. Mya paró su estocada con facilidad. Se veía a leguas que el guerrero estaba cansado y dolorido y que le costaba mucho mover los pies con rapidez, así que ella solo debía cansarlo un poco más para darle la estocada final.

Con manos temblorosas por la rabia, Mya arremetió una y otra vez contra él. Apenas estaba cansada. Ni siquiera sentía la brisa marina que llegaba hasta allí. Ni olía el humo de las chimeneas de las casas. Nada. Todo parecía haber desaparecido. Excepto la muerte, que esperaba llevarse a alguien más esa noche.

La lucha se extendió por unos minutos más. Tiempo en el que Mya consiguió ganarle terreno a Donovan, que sudaba visiblemente al tiempo que su respiración estaba demasiado agitada por la sangre perdida.

—¿Sabes algo, desgraciado? Me estoy cansando...

Mya se limpió las lágrimas y sonrió, aprovechando el momento en el que Donovan dio varios pasos atrás para alejarse de ella y tomar un poco de aire.

—Así que no vamos a extender esto por más tiempo. ¿No crees?

Donovan gruñó alto, tan alto que Mya escuchó que varios búhos salían despavoridos de los árboles más cercanos. Pero en lugar de achantarse, la joven aferró con más fuerza la espada, tanta que sintió cómo los grabados de la empuñadura se clavaban en su palma. Pero no le importó. Se lanzó contra él con fuerza. Arremetió con todo el odio que sentía reflejado en sus ojos, como si hubiera dejado de ser ella y dentro de sí hubiera otra persona totalmente diferente.

—¡Esto es por mi madre! —vociferó la joven abriéndole una brecha en la pierna.

Donovan gritó de dolor y estuvo a punto de caer al suelo por la debilidad, pero logró reponerse para intentar frenar otro de sus ataques. No obstante, no fue demasiado rápido y Mya le clavó la

espada en el vientre hasta la empuñadura.

—¡Y esto es por mi tío!

La joven respiraba aceleradamente cuando los ojos de Donovan se abrieron demasiado. Una bocanada de sangre salió de su boca y fue a parar a la ropa de la joven, que no le importó. Las rodillas del guerrero cedieron. Había perdido demasiada sangre ya y esa herida solo hizo que la poca fuerza que le quedaba desapareciera.

El guerrero tosió cuando su cuerpo cayó de espaldas. Desde ahí podía ver la sombra de la joven, que no sonreía. Al contrario, lloraba más aún. Y unos segundos después, se arrodilló a su lado. Desenvainó la daga que el propio guerrero llevaba en su cintura, acercó la cara a la suya y le dijo:

—¿Sabes qué me dijo una vez mi tío, ese al que habéis matado? Cuando te toque ser martillo, golpea fuerte porque cuando te tocó ser clavo, nadie tuvo piedad de ti. Ahora soy martillo y pienso golpear a la casa de Jacobo por todo lo alto.

La joven le clavó la daga en el corazón, justo en el mismo lugar donde él la había incrustado en su tío.

—Y el siguiente al que pienso matar es a ese perro de James Buchanan —le juró—. Iros todos al infierno. Yo ya sé cómo es porque llevo allí demasiados años.

Donovan intentó respirar, pero no pudo. La muerte venía a por él, tan oscura como esa noche. Y sin poder moverse ya, dejó escapar su último aliento de vida.

Con un suspiro de alivio, Mya se incorporó. Le dolía el cuerpo terriblemente. Toda la tensión que había acumulado se estaba echando sobre ella, pero no lo suficiente como para desincrustar la espada y la daga del cuerpo del guerrero y colgarlas de su cinto. Llenando su pecho con aire viciado por la sangre derramada, Mya se dirigió hacia los caballos de los guerreros. Desanudó sus riendas y dejó que uno de ellos escapara mientras aferraba con fuerza las del otro. Sonrió al descubrir que estaban ensillados, así que lo montó y puso rumbo de nuevo a su hogar con la esperanza de matar a James Buchanan, sin saber que este había presenciado esa masacre desde el primer momento.

CAPÍTULO 15

Arya se quedó de piedra al ver la ropa manchada de sangre de su hermana Mya, que acababa de entrar en la cabaña. Había escuchado los cascos de un caballo, pero pensaba que era James, que se acercaba para enviarla a un lugar seguro. Sin embargo, jamás imaginó que vería a su hermana con el rostro salpicado de sangre y la ropa... ya no distinguía cuál era el color real. Fue hacia ella y la tomó de las manos, manchándose ella también de esa sangre, pero no le importó.

—¿Qué has hecho, Mya?

La joven se lanzó hacia el pasillo que llevaba a su dormitorio y entró como una exhalación. Las manos, aún temblorosas.

—He impartido justicia.

El corazón de Arya se quedó parado y la joven la miró desde el umbral de la puerta.

—¿A qué te refieres?

Arya vio cómo su hermana se quitaba la ropa manchada de sangre y la dejaba tirada en una esquina antes de ir hacia la palangana con agua que siempre tenían sobre una mesita pequeña y comenzó a lavarse y a quitarse los restos de sangre aún fresca.

—Los he matado...

Arya la miró horrorizada y temerosa de que también se refiriera a James.

—A esos dos desgraciados... Se reían... Pero he sido yo quien ha reído la última.

Su hermana se acercó a ella y miró su cuerpo desnudo.

—¿Te han herido?

—No. Estoy bien. Tío John los había herido y estaban débiles.

Las manos de Mya se movían con rapidez para limpiar su cuerpo. Arya la vio realmente nerviosa y una parte de ella no pudo evitar sentir miedo hacia su propia hermana.

—¿Estás segura de que los has matado?

Mya dejó escapar una risa que le erizó el vello.

—A uno le he cortado el cuello y al otro le he clavado su propia daga en el corazón. No creo que se levanten a primera hora de la mañana.

La frialdad con la que su hermana le contó aquello le hizo enarcar una ceja. Por ello, su corazón se encogió de miedo.

—Mya, ¿no pensarás ir después a por James...?

La joven siguió lavando sus brazos, pero no respondió. Y cuando estuvo por fin limpia, se giró hacia Arya, que esperaba una contestación por su parte.

—¿Sabes qué pensaban hacernos antes de entregarnos a Jacobo?

Arya tragó saliva y negó con la cabeza.

—Nos iban a violar. Pensaban meternos la empuñadura de la espada por el trasero, Arya. Y después, como si de un saco se tratara, nos entregarían a Jacobo para que este nos rematara. ¿Estás segura de que tu James no piensa hacer lo mismo contigo?

Su hermana suspiró y sintió que sus mejillas se tornaban rojas ante lo que estaba dispuesta a

confesar.

—Ya he yacido con él esta misma tarde. Y fue muy amable conmigo, Mya. No creo que pensara meterme la empuñadura por... ya sabes. Estás llena de odio. ¿Por qué no le contamos a James la verdad sobre nosotras y te vienes conmigo? Estaremos seguras...

Mya negó con la cabeza.

—Ya te he dicho antes que nuestros caminos se separaban. Pienso ir a Edimburgo a acabar con este problema antes de que esto acabe con nosotras.

—Pero...

—¡No hay más que hablar! Por eso les he robado un caballo a esos dos. Me marchó. Y no me sigas, Arya. Vive tu vida. Yo haré lo mismo.

La joven estuvo a punto de replicar, pero su hermana le dio la espalda y se agachó frente a su baúl. En lugar de vestirse con uno de sus vestidos, la joven se calzó unos pantalones con los que siempre solía entrenar con su tío y que este le había regalado. Después, se puso una camisa y se colgó el cinto a la cadera. Miró con seriedad a Arya y suspiró largamente.

—No te pido que me sigas, sino que me entiendas, hermana. Pensaba acabar también con la vida de tu hombre, pero al ver tus ojos sé que no podría perdonarme hacerte daño. Espero que él no te lo haga a ti o tendré que ir a por él al fin del mundo. Le perdonaré la vida.

Mya tocó su rostro una vez más y esbozó una simple sonrisa.

—Te quiero, Arya.

La joven no pudo evitar echarse a llorar.

—Yo también, Mya. Ten cuidado.

La joven asintió y se marchó de la casa de la misma forma en la que había venido: como una exhalación.

Cuando se quedó sola de nuevo, Arya se miró las manos. Se las había manchado con la sangre que llevaba su hermana. Y mientras escuchaba alejarse el caballo de Mya, Arya fue a la cocina para lavarse con el agua limpia que había en un cubo. Le daba asco pensar que esa sangre había pertenecido a los hombres que habían matado a su tío, pero también sintió calma al saber que estaban muertos y ya no les harían daño. Solo le quedaba esperar que James llegara cuanto antes y se marcharan del pueblo.

Tardó varios minutos en poder quitarse toda la sangre, ya que se le había resecado entre los dedos. Y mientras secaba sus manos con un paño limpio, la puerta de la cabaña volvió a abrirse, estrellándose con fuerza contra la pared.

Arya se sobresaltó y dio un grito mientras se giraba hacia la salida. La oscuridad de fuera le impidió ver en un principio a James, pero un segundo después, el guerrero atravesó el umbral con el rostro tan iracundo que la joven dio un paso atrás de forma inconsciente, temerosa de que el centro de su ira estuviera justo en ella.

—James...

El aludido la miró como nunca había hecho y Arya se preguntó si había hecho algo para molestarlo de esa forma.

—Veo que te has dado prisa en cambiarte de ropa y en limpiar toda esa sangre...

Arya frunció el ceño, sin comprender, hasta que la imagen de su hermana llegó a su mente. ¿Acaso había visto James a su hermana mientras esta acababa con la vida de los guerreros de Jacobo?

—¿A qué te refieres? —preguntó intentando disimular.

James refunfuñó y se acercó a ella, acorralándola contra la pared.

—Ya estoy aquí. ¿Vas a matarme a mí también? Te he oído. Estaba escondido entre los árboles, vigilando que esos dos no vinieran tras de ti y me he enterado de cosas. Te he escuchado acusarlos de matar a tu tío, pero también he escuchado cómo le jurabas a Donovan que el siguiente en morir sería yo... Aquí me tienes.

Arya boqueó varias veces, incapaz de saber qué responder.

—Yo no he hecho nada —le aseguró—. No lo entiendes.

James dejó escapar un rugido y dio un puñetazo contra la pared, justo al lado de su rostro. La joven cerró los ojos un instante. No podía contarle la verdad. No mientras estuviera tan enfadado con ella. Casi había podido sentir la amargura de su hermana en su propio corazón al despedirse de ella. No podía acusarla ahora. Ella era la mayor y debía defenderla.

—¡Pues explícamelo! Porque no entiendo que esta tarde estuvieras conmigo y unas horas después jures matarme. ¡Nadie que me haya amenazado ha vivido para contarlo!

Arya no sabía qué decir. Lo miró a los ojos e intentó que él viera su verdad reflejada en los suyos, pero estaba tan iracundo que únicamente resoplaba y la miraba esperando una respuesta.

—Yo no he matado a nadie, ni tampoco he jurado matarte, James. Todo lo que te dije era cierto.

El guerrero resopló y se alejó de ella.

—¿Era una forma de engatusarme para que no te llevara ante Jacobo? ¿Cuándo lo planeaste?

Arya abrió los ojos desmesuradamente y negó con la cabeza.

—¡No! Yo no he trazado ningún plan, James.

—¡No me llames así! Ya no tienes ese permiso...

Esas palabras fueron como una puñalada en el corazón de la joven, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. No sabía cómo convencer a James de que ella lo había estado esperando pacientemente en casa, que la mujer a la que había visto era su hermana gemela y que jamás había pensado engañarlo para salir de ese problema.

—La mujer a la que has visto con esos guerreros no era yo.

James la miró entornando los ojos.

—¿De verdad piensas que soy tan tonto como para no haberte reconocido a pesar de la oscuridad? Era tu rostro. No me importa que los hayas matado. De hecho, pienso que has hecho un favor a todas las mujeres con las que se podrían haber cruzado, pero ¿a mí? ¿De verdad pensabas matarme después de haberte entregado a mí? ¿Crees que ese era el precio por tu libertad? ¿Tu virginidad?

Arya negó. Las lágrimas asolaron su rostro. La joven apretaba las manos con fuerza, incapaz de confesar la identidad de su hermana. De hecho, incluso estaba segura de que no la creería, aunque le contara toda su verdad.

—Te juro por mi vida que yo no pensaba matarte...

Arya se aproximó a él e intentó tocarlo, pero James se alejó de ella y la miró con los brazos en jarras, tan enfadado que no podía pensar con claridad. Al verla llegar al claro donde estaban sus compañeros, había estado a punto de salir de su escondite, pero se quedó petrificado al ver cómo manejaba la espada y los mataba con relativa facilidad a pesar de tratarse de dos hombres experimentados en la guerra. Y aún menos salió de su asombro al ver que gritaba que pensaba matarlo a él también. No había podido creer lo que escuchaba. Le había confesado lo que sentía, se había abierto a ella y acababa de descubrir que Arya solo había jugado con él para escapar, para no ser llevada ante Jacobo. Y él había caído como un tonto. Jamás en toda su vida como guerrero había sido engañado. Tenía un don para ver el verdadero fondo de las personas, y sin duda, su mente se había quedado obnubilada por la belleza de la joven. Pero no pensaba dejarse engañar más por ella. Ya no.

—Pues para no querer hacerlo lo has gritado a los cuatro vientos. No puedo creerlo...

James acortó la distancia con ella y la aferró de los brazos.

—¿Qué momento compartido contigo es el que más gracia te ha hecho? ¿Ha sido cuando te has entregado a mí o cuando te he confesado mis sentimientos? ¿O tal vez fue cuando planeaste todo esto?

Arya negó con la cabeza, incapaz de hablar. Y eso fue lo que más enfureció al guerrero, que la sacudió con fuerza, arrancándole un gemido de dolor.

—¿En qué momento lo hiciste, cuando me viste por primera vez o mientras me preparabas la habitación?

—James...

—¡No digas mi nombre! —vociferó soltándola—. No quiero escucharlo de tus labios. Ahora entiendo por qué Jacobo quiere enviarte a un convento... ¿Qué le hiciste a su familia? ¿Qué le hizo tu madre?

La joven frunció el ceño y lo abofeteó.

—No te consiento que hables de mi madre, James Buchanan. ¡No hicimos nada!

La rabia de la joven estuvo a punto de desaparecer cuando vio que James se llevaba una mano a la mejilla y giraba la cabeza lentamente hacia ella, peligroso. Arya tragó saliva y estuvo a punto de correr fuera de la casa para escapar de él, pero no pensaba mostrarse débil. No había hecho nada y no merecía ese trato.

El guerrero comenzó a caminar hacia ella lentamente. A pesar de sus intentos por mostrarse valiente, Arya comenzó a caminar hacia atrás, volviendo a quedar atrapada entre la pared y el propio guerrero.

—Te juro que yo no he hecho nada.

—En todas las misiones que he tenido desde que trabajo para el rey he tenido enemigos. Y de todos ellos, los que pensaban matarme, acabaron atravesados por mi espada.

El labio inferior de Arya tembló.

—Tienes suerte de que Jacobo te quiera viva...

La joven negó con la cabeza, apretándose tanto contra la pared que estaba segura de que iba a atravesarla en cualquier momento.

—¿Por qué no me crees cuando te digo que jamás he pensado matarte? —exclamó la joven acercando su rostro al del guerrero—. Por favor...

—Porque conozco a la gente como tú. Mentís y engañáis a todo el que se cruza en vuestro camino. Te has aprovechado de tu belleza y has logrado engañarme, pero no voy a caer de nuevo...

Arya resopló y apretó los labios con fuerza para evitar confesar que había sido su hermana la que había pensado matarlo. Si no se molestaba en escucharla, no le contaría la verdad. Aceptaría su destino como años atrás. Arya dejó escapar un siseo cuando James la aferró con fuerza de la mandíbula.

—Voy a llevarte ante Jacobo y voy a acabar con esta misión.

—¿Por qué no dejas que me vaya? Por favor...

James apretó con más fuerza, arrancándole un gemido.

—Llevarte ante él significa mi libertad...

Arya sintió sus palabras como un puñal en el corazón, y no pudo evitar llorar.

—¿De verdad lo de esta tarde no ha significado nada?

James rugió de rabia y acercó los labios a su oído.

—¿De verdad vas a tener la desfachatez de intentar embaucarme con algo que no debió ocurrir jamás? No vas a volver a engañarme... Y no pienso espera ni un segundo más para volver a mi hogar.

El guerrero se separó de ella y la miró de arriba abajo a un par de metros de distancia. Al mismo tiempo, sacó de su *sporran* una cuerda y se la mostró.

—Tú decides si prefieres ir por las buenas o por las malas...

Arya sintió que su corazón se partía en mil pedazos en ese instante. No podía evitar negar con la cabeza y cuando por fin tuvo el valor suficiente para hacer algo, corrió hacia la puerta. Iba a proteger a su hermana pequeña. Bastante había sufrido ya como para soportar enfrentarse al rey. Y si debía sacrificarse una vez más, lo haría. Por ella, por su madre y por su tío. Pero no lo haría sin pelear.

Apenas pudo cruzar el umbral de la puerta cuando James la alcanzó, aferrándola del brazo y girándola con tanta fuerza que se chocó contra su amplio y duro pecho. Arya contuvo un sollozo de miedo al ver su rostro iracundo tan cerca y antes de que intentara atar sus manos, la joven gritó:

—¡Iré por las buenas!

James la aferró de la camisa blanca que se había puesto y la llevó contra la pared. Acercó su rostro al de la joven, que lo apartó ligeramente.

—¿Es uno de tus trucos?

Arya negó con la cabeza.

—No, te lo juro. Iré por las buenas. Pero, por favor, no me ates. No me lleves como un animal.

James dudó un instante hasta que finalmente refunfuñó.

—Está bien, pero como se te ocurra hacer algo para intentar escapar...

El guerrero desenvainó la daga y puso la punta sobre su garganta, apretando ligeramente hasta arrancarle un siseo de dolor.

—No me importará quedarme sin libertad si le llevo únicamente tu cabeza al rey.

La joven frunció el ceño.

—¿Eso soy para ti, un medio para conseguir tu libertad?

James negó con la cabeza.

—Te has convertido en algo menos que eso... —dijo mirándola a los ojos a sabiendas de que era la mayor de las mentiras que había soltado jamás.

Le había dolido terriblemente su engaño. Se había sentido como una simple pieza de un juego de la corte. Y ya estaba harto de que nadie tomara en serio lo que realmente quería. Había servido con lealtad al rey. Incluso se había planteado la opción de traicionarlo por salvarla de sus garras. Pero saber que solo era un plan destinado para acabar con él lo hirió en lo más profundo de su alma, sobre todo, porque aún la amaba.

Mientras la aferraba con fuerza del brazo y la sacaba a rastras de la casa, vio el miedo reflejado en sus ojos. Era un miedo real, sacado de lo más profundo de sus entrañas. Lo sabía porque era el mismo miedo que había visto en algunos guerreros antes de entrar en batalla. Un miedo que los había llevado a hacerse sus necesidades encima, pero lo que el guerrero no sabía era que ese terror no era por él, sino por el hecho de Arya tendría que enfrentarse al que era su hermanastro, el rey Jacobo III.

Arya sintió que todo su mundo se derrumbaba en el mismo instante en el que James la obligó a montar en su caballo y él lo hizo tras ella, pasando los brazos por su cintura y aferrando con rabia las riendas.

La joven intentó no temblar ante la idea de lo que se le iba a presentar en unos días en su camino, pero no pudo evitar hacerlo por cómo había cambiado su existencia en tan solo unos minutos. Mya había errado y ella tendría que pagar las consecuencias, pero lo haría con la mayor de las valentías. Se repitió una y mil veces que no podía volver a mostrar debilidad ante el guerrero al que había creído amar hasta hacía unos minutos. Había estado dispuesta a dejar su hogar y su pueblo para ir con él a donde fuera que ambos estuvieran a salvo. Y estaba claro que se había equivocado, pero, sobre todo, precipitado.

Una hora antes había soñado con subir en el caballo del guerrero y que este la abrazara así, sentirse bien, relajada, a salvo... Pero había cambiado todo en cuestión de minutos. ¿Cómo podría hacerle entender que no quería traicionarlo, que ni siquiera había sido ella? ¿Cómo decirle que había conseguido convencer a su hermana para que no lo matara? No podía. Ya no. Sabía que cualquier cosa que intentara decirle la desecharía de su mente porque creería que era una artimaña para engañarlo de nuevo.

Una lágrima solitaria rodó por sus mejillas mientras dejaban el pueblo atrás y tomaban el camino que los llevaría de regreso a Edimburgo. ¿Habría cambiado la ciudad en todos esos años o seguiría igual? ¿Cómo sería Jacobo III? ¿Se parecería a su padre físicamente?

Arya suspiró intentando no pensar en lo que estaba por venir. A su espalda sentía claramente la tensión en el cuerpo de James, que seguramente estaría atento a cada uno de sus movimientos, temeroso de ser atacado por ella en cualquier momento. No había creído que la dejara cabalgar

sin atarle las manos, pero al menos, se dijo, tendría más libertad de movimientos para escapar de él en cuanto tuviera la primera oportunidad.

Arya sabía que su relación se había echado a perder, que todo lo que parecían haberse prometido ya no valía nada. Nunca tendrían nada más que desprecio. Y así debía verlo a partir de ese momento, pero sabía que le iba a costar horrores odiarlo. Lo amaba. Por Dios que jamás había sentido algo tan fuerte por un hombre como lo que sentía por el que había tras ella.

Su espalda chocaba contra su amplio pecho. Un pecho sobre el que había dejado caer la cabeza horas antes para descansar. Y no pudo evitar que de su garganta escapara un sollozo. Había fallado. Le había fallado a todo el mundo, incluso a ella misma. ¿Cómo iba a ser capaz de estar con un hombre cuando ni siquiera había sido capaz de poner en orden su vida? ¿Cómo iba a amarla de verdad alguien como James Buchanan? No. ¿Quién era ella para ser amada por él? Simplemente la primogénita bastarda del antiguo rey de Escocia. Ella no era nadie...

CAPÍTULO 16

Después de pasar toda la noche en completo y riguroso silencio, Arya estaba a punto de quedarse dormida cuando apenas quedaban unos minutos para que diera comienzo un nuevo día. Sus ojos se cerraban irremediablemente a pesar de que intentaba mantenerlos abiertos a toda costa. No quería que su cuerpo se dejara caer contra James. Se obligaba a sí misma a odiarlo, pero le costaba mucho conseguirlo. El aliento del guerrero daba de lleno en su nuca y ese calor la llenaba por completo, haciendo que todo lo vivido con él la tarde anterior reviviera de nuevo y lo sintiera como si acabara de pasar. Y eso provocaba que su corazón se rompiera de nuevo, cada vez en pedazos más pequeños que no podría reconstruir jamás.

No supo en qué momento James había echado su manto sobre los hombros de ambos, pero cuando volvió a abrir los ojos después de quedarse dormida de nuevo, el manto la cubría de la fina lluvia con la que había amanecido el día. La joven miró al cielo y no pudo evitar sorprenderse. Pensaba que había cerrado los ojos un maldito instante, pero no. Cuando los abrió ya había amanecido y llovía ligeramente.

Fue entonces cuando se sobresaltó al darse cuenta de que tenía el cuerpo completamente relajado y tendido contra James, que seguía guiando al caballo por el camino con la misma frialdad que había demostrado desde el mismo momento en el que subieron sobre el animal.

Al instante, la joven se incorporó, haciendo que el manto resbalara ligeramente por su hombro. Pero ni siquiera se molestó en volver a colocarlo. Quería sentir la lluvia sobre ella, la brisa, el rocío de la mañana... Quería sentirlo todo antes de que Jacobo III acabara con ella. Porque sabía que iba a hacerlo. En ese momento, mientras la lluvia caía sobre su rostro inclinado hacia el cielo, Arya se preguntó por qué su hermanastro se preocupaba ahora por su existencia. Durante esos días era algo que no se había planteado. Siempre creyó que sus problemas se acabaron con la muerte de su padre, pero ¿por qué ahora Jacobo se preocupaba por la existencia de una hermana? ¿Tal vez temía que intentara arrebatarle la corona de alguna manera?

—Llegaremos a Edimburgo en tres días si seguimos a este ritmo.

La voz de James a su espalda la sobresaltó, y estuvo segura de que el propio guerrero lo había notado. Después de toda una noche en completo silencio no pensaba que volvería a hablarle, pero ahí estaba de nuevo esa voz ronca, misteriosa que había hecho que se le erizara la piel. Y ahora... ahora, maldita sea, seguía haciéndolo.

—Qué ilusión —respondió la joven con ironía.

Arya sintió cómo el guerrero se tensaba ante sus palabras y aferraba con más fuerza las riendas del caballo.

Ambos volvieron a sumirse en un silencio incómodo, pero al cabo de un tiempo, cuando la lluvia pareció aumentar de intensidad y la mano derecha del guerrero volvió a cubrirla con el manto sin decir nada, Arya no pudo contenerse más.

—Ni siquiera me has preguntado cómo y cuándo murió mi tío... ¿o tus amigos te contaron cómo lo hicieron?

Arya escuchó y sintió en su nuca el resoplo del guerrero, que acabó diciendo:

—No hablé con ellos. Ni siquiera éramos amigos.

—Trabajabais para el mismo hombre. No me digas que no erais amigos...

James sonrió a su espalda, aunque ella no la vio.

—Te sorprendería saber el nivel de competitividad que hay en las filas de Jacobo.

Pero la joven no respondió. Se cruzó de brazos. Su orgullo había hecho que se mojara ligeramente la ropa y la brisa de la mañana le daba escalofríos. Pero también lo hacía la voz del guerrero. Sonaba ahora tan fría y distante que se le clavaba en el alma. ¿De verdad había sido capaz de olvidar en unos minutos lo que habían vivido? Arya se arrebujo bajo el manto un poco más, sin importarle el hecho de que eso hizo que se apretara contra el pecho de James, pero este estaba tan caliente que al menos lograba calmar su frío.

El guerrero tragó saliva y miró la nuca de la joven. Jamás había tenido que contenerse tanto como lo había hecho durante toda esa maldita noche. En más de una ocasión cruzó por su mente la idea de dar media vuelta y tomar otro camino, uno que fuera seguro para ella, pero el recuerdo de su traición lo asoló de nuevo.

Su corazón se había encogido cada vez que Arya daba una cabezada y se obligaba a mantenerse despierta. Le rompía el corazón ver cómo se alejaba de él y evitaba su contacto, pero estaba seguro de que hacía lo correcto. Él la sujetaba para evitar que se cayera y en esos momentos volvía a recordar todo lo vivido con ella desde el primer instante en que la vio. No la habría creído capaz de matar a nadie, ni siquiera de mostrar ese rostro frío, impenetrable y loco que vio cuando vociferó a Donovan que iba a matarlo también a él. Había sentido que su corazón se rompía. Y necesitó de unos minutos para recuperarse mientras la joven escapaba del lugar en un caballo robado. La rabia con la que había ido a su cabaña le hizo no ser consciente de que el caballo ya no estaba allí cuando él llegó, pero tampoco le dio importancia en ese momento. Supuso que tal vez ella lo había obligado a marcharse para evitar que él lo viera.

Los puños de James se cerraron con más fuerza sobre las riendas. Y fue en ese momento cuando habló:

—¿Cómo murió? —acabó preguntando.

Para su sorpresa, Arya giró la cabeza hacia él y clavó su mirada en sus ojos. James bajó los suyos, y se golpeó mentalmente por haberlo hecho, pues los labios de la joven quedaron tan cerca de él que no pudo evitar morderse el labio de deseo. Momentáneamente, olvidó que estaba enfadado con ella, pero cuando recuperó la cordura, segundos después, levantó de nuevo la mirada para observar el horizonte. ¿Cómo era posible que hubiera estado a punto de caer en la tentación de besarla después de saber que había pensado matarlo?

James casi suspiró aliviado cuando Arya giró de nuevo la cabeza hacia adelante, y soltó lentamente el aire contenido. Era tan hermosa que había llegado a ser peligrosa para él.

—Tus... compañeros —Su voz desvió su atención—, al parecer, estuvieron en mi casa buscándome. Se toparon con mi tío y lo mataron a sangre fría. Él logró herirlos, pero le clavaron un puñal en el pecho. Solo me defendía. Lo llevaba haciendo durante once años. Lo hicieron mientras yo estaba contigo...

El recuerdo de ese momento tiñó sus mejillas de rojo y después de contar eso, prefirió quedarse callada.

—Lo siento —dijo él al cabo de unos segundos—. Él no tenía nada que ver con todo esto.

—No, pero se vio envuelto cuando aceptó cuidarme.

James asintió. Una cuestión recorría su mente una y otra vez, pero no se atrevía a ponerla en

palabras. Sin embargo, al cabo de unos minutos, acabó por preguntarle:

—Jacobó no busca a una persona por una tontería, ni quiere enviar a un convento a una mujer cualquiera por ningún motivo. ¿Por qué demonios te busca?

Arya dejó escapar un resoplo y volvió a girarse hacia él, con tanto ímpetu que se escurrió del caballo y estuvo a punto de caer. Las rápidas manos de James lo impidieron y la aferraron con tanta fuerza para volver a colocarla que sintió cómo su cuerpo le quemaba los dedos. Se obligó a apartarlas rápidamente para evitar que ese calor se extendiera por todo su cuerpo y la miró con frialdad.

—Eso deberás preguntárselo a él. ¿No crees?

—Sí, pero tú también sabes el motivo. Y no me digas que no. Le tienes miedo.

Arya resopló, pero negó con la cabeza.

—No le temo a nadie.

Sin embargo, un escalofrío la delató y James la miró con una ceja enarcada.

—Es tu señor. Pregúntale a él cuando me lleves o puedes quedarte en la mazmorra donde seguramente me llevará. Así podrás oír todo... Anoche no quisiste escucharme, así que ahora no me pidas explicaciones.

Tenía razón. Había acudido tan iracundo a su cabaña que no se había planteado la opción de escuchar lo que tuviera que decirle. Pensó que cualquier cosa sería una terrible mentira más, y por ello la había callado con sus propios gritos. El rencor en las palabras de la joven logró hacer una brecha en su pecho, arrebatándole el aire y dejándolo sin aliento. ¿Cómo era posible que pudiera sentirse tan terriblemente mal en ese momento? La duda se cernió sobre él. Sí, había sido siempre muy impetuoso, pero no había querido escuchar a la mujer por la que sentía un profundo amor. Le había fallado. Pero ya no había vuelta atrás.

—Solo quería comprender un poco más del porqué de todo esto.

—¿Y por qué no le preguntaste a tu rey antes de aceptar llevarme ante él?

James suspiró.

—De hecho, sí lo hice, pero solo me dijo que quería tratar contigo unos asuntos de la corte.

Arya rio con amargura.

—Claro, asuntos de la corte... Entonces tendrás que creerlo. Es tu rey.

—También el tuyo —repuso al instante.

La joven no pudo evitar sonreír irónicamente.

—O yo su reina... —susurró más para sí que para él.

No obstante, James lo escuchó a la perfección, pero no quiso preguntar más. Ambos volvieron a sumirse en un silencio que les duró hasta bien entrada la mañana cuando los rugidos del estómago de Arya eran tan fuertes que no podía disimularlos ya más con una tos.

—Pararemos a comer algo.

Arya tuvo que contener su boca para evitar agradecerle ello. La noche anterior no había podido comer nada, y al mediodía apenas unos bocados. La llegada de los guerreros del rey le habían cortado el hambre, por lo que no pudo probar nada. Y ahora, después de toda una noche a lomos del caballo no podía evitar que su estómago rugiera con fuerza a pesar de que intentaba

disimularlo para que James no la escuchara. Eso significaría un signo de debilidad, y no podía permitirse mostrarse frágil ante él. Ya no. En su mirada solo debía haber odio. Un intenso rencor que lograra hacer un agujero en su alma para siempre y que no pudiera olvidarla. Sin embargo, le costaba mucho mostrarse así ante él.

Cuando cabalgaron un poco más, hasta un pequeño valle, Arya no pudo evitar sentirse impresionada por la belleza que mostraba ese lugar. Apenas había salido de Dumbarton en todos esos años, y casi no recordaba nada del viaje hasta allí cuando era pequeña. Por eso, mientras James desmontaba tras ella, Arya se detuvo a admirar el paisaje. Lo que sentía se mostraba en sus ojos e hizo que James también se detuviera, pero no para mirar el paisaje, sino para mirarla a ella. Estaba tan bonita, con sus mejillas rosadas, sus pantalones, su camisa, su chaleco, su pelo ondeando al viento... que no podía apartar la mirada de ella. Ese porte orgulloso y majestuoso no la hacía parecer una sirvienta cualquiera y se obligó a reaccionar cuando Arya giró el rostro hacia él y vio lágrimas en sus ojos. No estaba seguro de que fueran de pena o felicidad ante la belleza del lugar, pero lo que sí sabía era que no podía permitir que la joven se diera cuenta de lo que conseguía hacerle sentir.

—Te ayudaré a bajar...

James le tendió la mano, pero Arya, aferrándose con fuerza a la montura, se inclinó ligeramente y desmontó, obviando su mano tendida hacia ella.

—No quiero tu ayuda.

James la miró fijamente con el ceño fruncido. Arya le devolvió la mirada, firme, decidida, rencorosa y, aunque jamás se lo reconocería, apenada y dolorida. Y eso obligó al guerrero a recordarse de nuevo por qué estaban allí, lo cual hizo que volviera a su frialdad de siempre.

—Supongo que entonces tampoco querrás mi comida...

La joven lo miró ceñuda.

—Eso depende de cómo tratéis en la corte a vuestros presos —fue la respuesta de la joven.

Y aunque James sintió la necesidad de bajar su orgullo, un nuevo rugido del estómago de la joven hizo que fuera directamente hacia sus alforjas y cogiera la comida.

—¿Los presos podemos hacer nuestras necesidades o tampoco podemos? Perdón que pregunte, James Buchanan, soy nueva en esto.

Cuando el guerrero se puso al hombro la alforja que contenía la comida, levantó la mirada hacia ella y la observó fijamente. Vio que estaba ligeramente avergonzada por tener que pedirle algo así, por lo que asintió y desvió la mirada. No obstante, si la joven quería jugar con él, juego le daría.

—Sí, pero lo que no tienes es intimidad, así que tendrás que hacerlo frente a mí.

El horror se reflejó en su rostro y dio un paso atrás.

—¿No pretenderás que lo haga mientras miras?

James dibujó una sonrisa.

—Eres una prisionera, ¿no? Así es como tienes que hacerlo...

—Eres un desgraciado —le espetó con rabia.

—Me han dicho cosas peores, tranquila.

El guerrero le habló con tanta seguridad e indiferencia que logró ponerla furiosa. ¿Por qué no era capaz de sentir algo parecido a lo que le había demostrado la noche anterior? ¿De verdad esa era la verdadera cara del guerrero? ¿Se había enamorado de una maldita ilusión? Sí. Tal vez era solo eso, una ilusión.

—Está bien. ¿Dónde?

James señaló a su alrededor.

—Tienes todo un valle para elegir...

Con la mirada clavada en él, Arya comenzó a desabrochar sus pantalones y antes de que los hubiera bajado hasta sus rodillas, James se había girado y tiraba de las riendas del caballo para que pastara unos metros alejado de allí. Arya vio cómo el guerrero se cruzaba de brazos y miraba hacia el frente. Y en ningún momento dio muestras de girarse para mirarla. Le dio su espacio y esperó, pacientemente, a que terminara. Sin embargo, no pudo evitar mirar por encima de su hombro para decirle:

—Si yo fuera tú, dejaría esa piedra en el suelo.

Arya enarcó ambas cejas. ¿De verdad había sido capaz de ver sus intenciones a pesar de estar de espaldas? Cuando se había agachado y la había visto justo a sus pies se preguntó qué pasaría si lo golpeará con la piedra en la cabeza y lo dejaba allí tirado mientras ella huía. Durante unos segundos se dijo que no pasaría nada, que él estaba haciendo algo peor al retenerla y llevarla ante Jacobo. Pero una vocecilla le pidió que no lo hiciera, que era el hombre al que amaba y que no quería herirlo. Por ello, la joven dejó caer la piedra al tiempo que se levantaba y volvía a ponerse bien su ropa. No obstante, no pudo evitar sonreír al mirar al suelo y ver los charcos de barro que había por todos lados debido a la suave lluvia que seguía cayendo.

—¿Has terminado ya o vas a necesitar toda la mañana? —La voz ronca de James llamó su atención y paró justo a su espalda con la mano escondida atrás.

—Ya estoy, Buchanan. Ya puedes volver a tratarme como la prisionera que soy.

Con el ceño fruncido, James se giró hacia ella y la miró a los ojos. Su prisionera... Esa palabra lo hería profundamente. ¿De verdad podría tratarla como una prisionera? ¿Y si Jacobo le ordenaba que la metiera en una mazmorra? ¿Sería capaz de hacerlo? Ese pensamiento hizo que sintiera un escalofrío de horror. Y por ello no lo vio venir.

Con una sonrisa, Arya elevó el mentón con orgullo y le estampó la mano llena de barro en la cara, restregándose por toda ella bajo la mirada atónita del guerrero, que apretó los puños con fuerza.

—Puede que yo no sea nadie en la corte que tanto amas y tanta lealtad le guardas, pero haré lo que sea para que mi nombre resuene por siempre en el fondo de tu corazón, incluso cuando de mí solo queden cenizas en este mundo.

Arya lo miró con odio. Durante unos segundos, ambos se miraron con el sentimiento que corría entonces por sus venas. ¿Dónde había quedado el amor que se juraron la tarde anterior? Ninguno lo sabía.

La joven esperó a que él diera el siguiente paso. Si la golpeaba, no le importaba. Ya la había dañado lo suficiente, así que un simple golpe, por muy fuerte que fuera, no le haría tanto daño como el odio que él le transmitió la noche anterior. Arya apretó los puños, elevó el mentón y esperó, orgullosa y rebelde, su respuesta.

Con movimientos lentos, James quitó el barro de su cara, sin apartar los ojos de ella.

—Por menos de esto, mis enemigos han acabado muertos...

Arya sonrió tristemente al tiempo que abría los brazos, retándolo con la mirada.

—Adelante, Buchanan. Ya no me importa morir. No podéis arrebatarme más de lo que ya me habéis quitado.

No sabía por qué, pero a James se le apretaba el corazón cuando la joven se dirigía a él pronunciando únicamente su apellido. Sí, la había reprendido cuando usó su nombre y le gritó que no lo hiciera. Pero ahora que escuchaba su apellido... Lo hería en lo más profundo de su corazón, así como sentía que lo había herido también en su orgullo al restregarle el barro por la cara.

—¡Hazlo!

El grito de la joven reverberó por todo el valle. James se detuvo unos instantes para observarla. Jamás había visto una mirada tan vacía y muerta como aquella en una persona tan viva como Arya. ¿De verdad era tan grave todo como para estar dispuesta a morir? El guerrero frunció el ceño e inconscientemente llevó la mano a la empuñadura de la daga.

—¡Vamos, guerrero! —volvió a gritar la joven con lágrimas en los ojos—. ¡Mátame!

Arya apretó los puños, aún manchados de barro, y cuando James desenvainó la daga y se acercó a ella.

—¡Venga, Buchanan! ¡Demuéstrame que tienes las agallas suficientes para acabar conmigo! Dices que te he traicionado. También te he humillado. ¡Vamos, mátame! Prefiero mil veces la muerte a tener que vivir con el corazón roto sabiendo que me odias por algo que yo no he hecho.

Las lágrimas de la joven salían en tromba de sus ojos mientras James daba un paso hacia ella con la daga en la mano. El guerrero puso una mano en la nuca de Arya y la acercó a él. Esta dejó escapar una exclamación y cuando sintió la punta de la daga en su cuello, se permitió mirar a los ojos de James una última vez.

—Lo más fácil ahora mismo sería precisamente eso, matarte. Tal vez acabar contigo signifique que todos mis problemas van a desaparecer, pero sé que yo tampoco podría seguir viviendo sabiendo que tengo las manos manchadas con tu sangre. Muchos de mis enemigos han dicho que soy un hombre extraño, difícil y terco. Sé que puedo parecer un loco, nunca mato a mujeres, a pesar del daño que ellas me hayan podido hacer. No voy a manchar mis manos con tu sangre, muchacha, así que no vuelvas a provocarme.

James la soltó e intentó no venirse abajo ante sus lágrimas. El dolor y la pena se reflejaban con tanto ímpetu en aquella mirada que habría logrado romper todas las barreras que había vuelto a levantar frente a ella. Había visto el verdadero deseo de morir en ella, pero no podía hacerlo... Sin embargo, no pudo evitar encogerse ante sus siguientes palabras:

—Me llevas a Edimburgo, Buchanan. Tus manos ya están manchadas con mi sangre...

James frunció el ceño y la miró en silencio. Pero cuando abrió la boca para hablar preguntarle qué había querido decir, ya era demasiado tarde. Arya se giró hacia una piedra cercana lo bastante grande para sentarse sobre ella. El guerrero la vio encogerse sobre sí misma y abrazarse con la mirada baja. Se había rendido. Esa era la imagen que tenía ante sí: una mujer rendida ante su futuro. Y en ese momento, se preguntó de nuevo si tal vez estaba cometiendo el mayor error de toda su vida.

Dejando escapar un resoplo, James sacó de la alforja un odre con agua y se lavó la cara para limpiar el barro que había quedado en ella. Cualquiera de sus enemigos habría caído muerto a sus pies tras humillarlo de aquella manera, pero Arya... ¿de verdad le hizo eso con la intención de que la matara? ¿Acaso pensaba que él era un demonio?

Al cabo de unos segundos, cuando logró tranquilizarse, James se acercó a ella y se sentó sobre otra piedra al lado de la suya. La lluvia parecía caer ahora con menos intensidad, pero James la sentía terriblemente fría, molesta. Nunca se había parado a pensar en el clima cuando debía salir a una misión. De hecho, no le importaba que lloviera o hiciera sol. Estaba acostumbrado. Pero ahora le parecía insoportable. Incluso le molestaba el canto de los pájaros que sobrevolaban la zona.

El guerrero dejó la alforja sobre la hierba y sacó varios trozos de queso. No quiso decirle que los había robado de la taberna antes de salir. Y que incluso no había llegado a pagar los últimos dos días. Seguramente Hamish ya se había dado cuenta de que había abandonado la taberna y estaría clamando al cielo, maldiciéndolo. Pero no le importaba. El problema que tenía por delante era mucho peor que unas simples monedas no pagadas.

Sin hablar, le tendió a Arya uno de los trozos de queso. Cuando la joven lo cogió, los dedos de ambos se rozaron e inconscientemente se miraron entre sí. Vio que Arya tragaba saliva con fuerza, como si temiera haber hecho algo malo. Pero al ver que no le decía nada, la joven comenzó a engullir la comida.

James también se centró en su alimento, pero tenía la sensación de que no le sabía a nada, como si masticara un trozo de paja.

Siempre había disfrutado del silencio, pero en ese momento, junto a ella, después de lo ocurrido la tarde anterior, se sentía incómodo. Y eso solo aumentaba su malhumor.

—¿Cómo pensabas hacerlo?

Arya levantó la mirada hacia él y la incomprensión se dibujó en sus ojos.

—Matarme...

La joven enarcó una ceja y dejó escapar un resoplo. No iba a responder a eso, puesto que ella jamás se había planteado matarlo. Así que centró su atención en el último bocado de queso que le quedaba. Lo metió en su boca y lo masticó lentamente, alargando el momento de respuesta, que realmente no llegó a ocurrir.

Al escuchar su silencio, James rechinó los dientes y desenvainó de nuevo la daga. La hizo girar en el aire para sujetarla por la punta, cediéndole a ella la empuñadura.

—Muéstramelo. Quiero verlo.

—No voy a cogerla —le dijo la joven después de tragar con dificultad el trozo de queso.

James la movió en su mano.

—Hazlo. Atácame como pensabas hacerlo. Tengo curiosidad, sobre todo después de ver cómo mataste a Donovan y Aiden.

Arya se mojó los labios con rabia, mordiendo el inferior con fuerza. Estaba harta de que siguiera pensando que iba a matarlo, pero no estaba dispuesta a coger su daga.

—Déjame en paz.

—¿Te faltan huevos para matarme? Prueba a hacerlo.

Arya frunció el ceño y lo miró de reojo.

—No pienso seguirte la corriente, Buchanan.

James sonrió de lado.

—Vamos, fuiste muy valiente matando a dos guerreros del rey. Hazlo. Intenta matarme, muchacha.

La joven arrugó el rostro.

—No voy a hacerlo.

—¡Vamos! —vociferó James poniéndose de pie y entregándole la empuñadura de su daga.

La joven lo secundó, enfadada.

—¿Acaso no me has escuchado? ¡Te he dicho que no!

—Hace un rato has puesto en duda mis agallas. ¡Inténtalo tú ahora!

Ambos se miraron con fiereza durante unos segundos, hasta que la joven le dijo nuevamente:

—¡No voy a hacerlo!

—¡Ten los suficientes cojones para intentar matarme! —vociferó James, desgañitándose la garganta—¡Hazlo!

Arya dio un paso atrás.

—¡Déjame en paz!

—¡Hazlo!

Arya rechinó los dientes.

—¡No!

—¡Hazlo!

Arya dejó escapar un grito de auténtica rabia, se lanzó a por él, le arrebató la daga y lo tiró al suelo con tanta facilidad que la joven no se dio cuenta de que fue el propio guerrero el que le aferró la cintura para que cayeran juntos. Y cuando lo tuvo bajo ella, le puso la daga en la garganta, justo bajo el inicio de la barba.

—¿Esto es lo que quieres? ¿Quieres que apriete un poco más y te mate?

—Quiero ver hasta dónde eres capaz de llegar —le respondió con suavidad.

—Vete al infierno, Buchanan —le espetó con rabia sin dejar de llorar.

Y antes de que el guerrero pudiera ver sus intenciones, Arya giró la daga en su propia dirección, apuntando con ella en su pecho. En los ojos de James se dibujó una expresión aterrada.

—¿O tal vez prefieres ver esto, guerrero?

—Suéltala.

—Ahora no quiero...

Arya se sentó a horcajadas sobre el vientre del guerrero sin dejar de apuntarse con la daga.

—Así se van a acabar los problemas de todos, incluso los míos.

James vio que los dedos de la joven se aferraban con más fuerza a la daga y, con un

movimiento rápido, logró desestabilizarla y tirarla al suelo. Él se movió deprisa y se puso sobre ella, aferrando sus brazos por encima de su cabeza. La daga había ido a parar unos metros adelante. Y cuando la joven movió las piernas con la intención de golpearlo en su parte más íntima, logró sujetarlas con sus propios pies, inmovilizándola al instante.

—Eres un maldito cobarde, Buchanan. Prefieres que sea otro quien me mate en lugar de dejar que sea yo quien decida.

—No va a matarte nadie.

Arya dejó escapar una risa cruel.

—Venga ya, guerrero, parece que no conoces el ambiente en el que te mueves. ¿Por qué no me matas ahora y dejamos que esto acabe?

—No quiero matarte.

—¿Qué vas a hacer entonces? Sea lo que sea, no tienes cojones para hacerlo.

Y esas palabras, como si lo hubieran despertado de un hechizo, hicieron que de repente acortara la distancia que los separaba y la besara para acallarla.

CAPÍTULO 17

Arya se quedó completamente quieta cuando sintió los labios de James sobre los suyos. Estaba tan sorprendida que no supo reaccionar. Inconscientemente, abrió los suyos ligeramente, más por quejarse que por besarlos. Sin embargo, lo que sentía por él la traicionó y acabó respondiendo a ese beso sabiendo que era el último que le daba, el último que recibiría en lo poco que le quedaba de vida y el último que nadie le daría con esa pasión tan arrolladora.

Inconscientemente, su cuerpo también reaccionó y lo arqueó, olvidando todo lo que había ocurrido entre ellos en las últimas horas. Su mente entró en una especie de embrujo en el que olvidó el daño, su corazón roto... Todo. Y en el momento en el que se dio cuenta de lo que estaba haciendo, de que James se había convertido en su enemigo y de todo el daño que le había hecho la noche anterior al romperle el corazón, Arya reaccionó y comenzó a intentar soltarse.

James sabía que había perdido por completo la razón. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de ello. En el instante en el que sintió el cuerpo de la joven bajo el suyo dejó de pensar con claridad y cuando lo retó, sintió que todo estaba perdido ya. La besó. Y lo hizo con tanta intensidad y deseo que habría sido capaz de arrancarle la ropa allí mismo y hacerla suya. No obstante, cuando sintió que Arya se removía en su contra bajo su cuerpo, su mente volvió a tener la misma lucidez de siempre y se apartó. Lo hizo tan deprisa que incluso sintió un ligero mareo, ya que aún no se había recuperado de la impresión.

Los ojos del guerrero estaban muy abiertos, tanto o más que los de Arya, que lo observaba con una mezcla de asombro e ira. James se incorporó y se alejó unos metros mientras apretaba los puños con fuerza.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —preguntó Arya con rabia al mismo tiempo que se levantaba del suelo y daba un paso atrás, poniendo más distancia entre ellos.

Durante unos momentos, James no supo qué contestar, pero al cabo de unos segundos, le respondió:

—Para demostrarte que tengo los cojones suficientes para hacerlo —dijo recordando las últimas palabras de la joven antes de que perdiera el juicio.

Arya se acercó a él, señalándolo con el dedo.

—Eres un desgraciado. Te crees mejor que esos dos amigos tuyos que llegaron al pueblo. ¿Acaso pensabas también violarme? ¿Tal vez creías que así iría a Edimburgo tranquila y de buena gana? Te has equivocado, Buchanan.

James frunció el ceño.

—Nunca me ha hecho falta violar a ninguna mujer para meterla en mi cama —respondió este con rabia.

Arya lanzó un gruñido. No supo por qué, pero esas palabras le hirieron en lo más profundo de su alma. Imaginar a James metido en la cama con otras tantas mujeres y escuchar el desprecio en su voz hicieron que su maltrecho corazón terminara por romperse del todo.

—¡Pues muy bien! —vociferó—. ¡Espero que después de dejarme en manos del rey corras detrás de alguna de ellas para desfogar porque a mí no volverás a tocarme, Buchanan!

Arya no se dio cuenta de que había gritado con un mar de lágrimas rodando por sus mejillas. Y no fue consciente de ello hasta que descubrió que no veía con claridad al guerrero. De un

manotazo, retiró las lágrimas y se alejó de él. Necesitaba poner distancia en ese momento para evitar caer de rodillas ante él y derrumbarse. Estaba aterrada. Aterrada por el temor de enfrentarse a Jacobo, por el terror de no saber dónde estaba su hermana, por no saber cómo acabaría su vida, por perder a James, por el dolor de la muerte de su tío. Había perdido todo. Se había quedado completamente sola, y temía enfrentarse a su destino, a la propia vida. Temía vivir, y no sabía cómo afrontarlo.

Arya se giró y le dio la espalda mientras se abrazaba a sí misma. Sentía un poderoso frío recorriendo su cuerpo y adentrándose en su propia alma, donde terminó por instalarse, haciéndola temblar. Todo su mundo se derrumbaba. Todo temblaba, como si un poderoso terremoto moviera la tierra bajo sus pies. Y lo peor de todo era que no tenía a nadie que le diera un abrazo, que la tranquilizara, nadie con quién hablar. Nadie. Terrible e inexorablemente sola.

Arya contuvo un sollozo. No quería que James la escuchara llorar, aunque la hubiera visto unos segundos antes. La joven levantó la cabeza hacia el cielo, ese del que ya apenas llovía. Cerró los ojos unos instantes y dejó que la fina lluvia cayera por su rostro, haciendo que las lágrimas se confundieran con las gotas. Sentía tal vacío en su alma que estaba segura de que iba a morir antes de llegar a Edimburgo. Pero ya nada le importaba. Se había quedado sola. El destino había sido cruel, arrebatándole todo lo que más amaba. Tal vez ella había hecho algo para merecer ese castigo. No lo sabía, pero había algo que sí podía hacer en contra del destino, algo que pudiera hacer ella antes de que llegar a esa piedra en su camino. No iba a dejar que nadie más decidiera sobre ella. No podía. Ya estaba cansada. Y pondría fin a todo eso antes de que todo eso le pusiera fin a ella.

Arya giró la cabeza hacia James, que había ido hacia la alforja para recoger la poca comida que había quedado fuera de esta.

—Vámonos —le pidió—. Cuanto antes lleguemos a nuestro destino, antes podrás olvidar que una vez existí en tu vida.

James levantó la cabeza, sorprendido por sus palabras. Vio la determinación en sus ojos, también la pena, pero, sobre todo, un profundo y horrendo sentimiento de terror que hizo temblar a su propia alma. Estaba enfadado con ella. Desde la noche anterior se sentía realmente iracundo por la rabia que había escuchado en sus palabras. Pero una enorme parte de él se sentía incapaz de odiarla, incapaz de olvidarla, incapaz de dejar de amarla.

Aferró con fuerza la alforja y se incorporó. Vio cómo Arya caminaba hacia el caballo de la misma forma que los sentenciados a muerte caminaban hacia el patíbulo. Arrastraba ligeramente los pies al tiempo que sus hombros estaban tan caídos que se preguntó una y otra vez qué clase de pensamientos cruzaban por su mente.

Con un suspiro largo, el guerrero caminó tras ella y colgó la alforja mirándola de reojo. Los ojos tristes de Arya estaban fijos sobre la montura, a la cual se aferró para subir antes de que él tuviera tiempo suficiente para ofrecerle su ayuda. Era difícil. Sin lugar a dudas era la misión más difícil a la que se había visto avocado. Habría preferido mil veces una cruenta batalla que tener que enfrentarse a la belleza, al corazón y al alma de aquella joven que parecía rota en mil pedazos.

Cuando montó en silencio tras ella, James no pudo evitar mirar atrás con la esperanza de encontrar allí la respuesta a si debía continuar su camino hacia adelante o si tal vez debería desviarse para ponerla a salvo y encontrar una manera de que ella le contara toda la verdad, su verdad. Sin embargo, no vio nada. Ni una señal, ni una respuesta a sus cuestiones. Jamás había

dudado tanto sobre lo que tenía que hacer. Jamás. Y cerró los ojos unos instantes para calmar los rápidos latidos de su corazón. Las manos le temblaron al tiempo las pasaba por la cintura de la joven y aferraba las riendas. Algo le dijo que estaba equivocado, que ese camino no era el correcto. No obstante, no sabía hacia dónde tenía que ir, así que azuzó al caballo e inició la marcha sin mirar atrás.

Apenas quedaban ya unas horas para llegar a Edimburgo y James casi podía sentir en su nariz los típicos olores de la ciudad. Había sido un camino arduo, largo, eterno... Desde que la había besado, Arya se había sumido en un silencio que lograba matarlo a cada paso de quedaba. Apenas se había dirigido a él más que para pedir comida o unos minutos para hacer sus necesidades. Ni siquiera se había molestado en mirarlo. Él la observaba a cada momento y descubrió que ella misma se había sumido en sus pensamientos y él no sabía qué hacer para sacarla de ahí.

A cada metro que el caballo retornaba a Edimburgo, James sentía que su corazón se apretaba cada vez más, provocándole un intenso dolor en el pecho que lo obligó a respirar hondo para intentar calmarlo. Creyó tener una vocecilla en su mente que le repetía una y otra vez que estaba equivocándose, que no era el camino correcto. Pero ¿cuál era? James refunfuñó para sí.

Después de toda una noche sin parar a descansar para llegar cuanto antes y quitarse el malestar cuando por fin terminara su misión, James sentía que todos los músculos de su cuerpo estaban contraídos por la tensión y sabía que necesitaba un respiro antes de enfrentarse a la mirada escrutadora de Jacobo. Puede que no, pero estaba seguro de que le haría infinidad de preguntas para saber por qué había tardado tanto, qué había pasado con Donovan y Aiden, y tal vez, por alguna extraña razón, descubriera su relación con Arya. Pero estaba mentalmente preparado para ello. Había estado a su lado durante muchos años, así que conocía muy bien a Jacobo. Pero aquella voz en su mente le advertía de un peligro extra, un peligro que Jacobo había guardado para sí y no le había revelado. Entonces, James se preguntó qué estaba sucediendo que se escapaba de sus manos. Sus ojos se dirigieron a la nuca de Arya, que descansaba su espalda contra su pecho, y estaba seguro de que ella también guardaba algo que él desconocía.

James sabía que su aliento daba de lleno en el cabello de la joven y que esta lo sentía a cada segundo. Se preguntó qué estaría pensando como para haberse sumido en ese terrible e incómodo silencio. Incluso no podía evitar sorprenderse de que la primera noche había hecho todo lo posible por no tocarlo y ahora no le importaba sentir su calor en su cuerpo, dejándose caer, derrotada, contra él.

Arya intentaba a cada instante contener las lágrimas. Estaba segura de que estaban llegando a Edimburgo y el miedo le atenazaba la garganta. Sentía que se ahogaba, que había algo atascado en ella que le impedía tragar y, a pesar de que se había jurado no querer saber nada de James, no podía evitar poner su espalda contra su pecho, pues solo así sentía que el miedo se escapaba en parte de su cuerpo.

Arya tragó saliva de nuevo y se cruzó de brazos. El día había amanecido relativamente soleado, como si se riera de ella ante lo que le deparaba el destino. Sentía que la amargura que había abrazado a su hermana ahora lo hacía con ella, derrumbándola por completo, haciendo que todo su ser llorara, pero sin derramar ni una sola lágrima.

No quería hablar. En alguna que otra ocasión, James había intentado romper el silencio, pero ella no lo deseaba. No tenía nada nuevo ni interesante que decir, ni mucho menos contar la

verdad de nuevo. Sin embargo, su alma deseaba gritar, romperse de una vez por todas y clamar su verdad, que ella era hija del antiguo rey de Escocia y hermanastras del actual; gritar que, si quisiera, podría reunir un ejército y arrebatarse la corona al actual rey; gritar que ella no había hecho nada malo, pero, sobre todo, gritar que amaba a James Buchanan por encima incluso de su propia vida. Y era por ello por lo que sabía que no podía contarle nada, ya que, si lo hacía, lo pondría en peligro también a él.

No. Debía quedarse callada e intentar hacer lo posible por un nuevo intento, un último intento para... Sí, prefería eso a enfrentarse a Jacobo.

Arya miró por encima de su hombro y clavó la mirada en James, que la bajó para observarla.

—Me gustaría hacer mis necesidades una última vez antes de llegar a Edimburgo.

James no tardó ni un segundo en asentir, así que paró al caballo y desmontó. Ni siquiera se molestó en tenderle la mano porque sabía que ella no aceptaría su contacto. Así que se limitó a quedarse junto al caballo y darle un último respiro tranquilo antes de ponerla en manos de Jacobo.

Por el sonido de sus pasos, supo que Arya se había alejado un poco más de lo que le había dejado en otras ocasiones, pero no se molestó en mirar. Y menos cuando escuchó que paraba. El frufú de su ropa le indicó que estaba bajando sus pantalones y él se limitó a acariciar la cabeza de su caballo a la espera de que terminara. El guerrero miró hacia el camino y sintió cómo los dedos de sus pies se enroscaban de rabia. Sabía que tenía su libertad a tan solo un paso de él, pero el fin de la de Arya estaba también a la misma distancia. Y él sería el culpable. No Jacobo, ni Donovan ni Aiden. Él. Y jamás en toda su vida se había sentido tan mal de llevar a un prisionero ante su rey. Porque ella era una prisionera. Lo era desde el momento en el que escuchó que iba a matarlo.

Al cabo de unos segundos, el frufú de la ropa de Arya le indicó que había terminado. De todas formas, no se atrevió a mirarla. Era un cobarde. Un maldito y profundo cobarde. Y cuando escuchó que los pasos de la joven paraban justo a su espalda, siguió mirando hacia adelante.

—Lo siento —escuchó que decía.

James frunció el ceño y se giró hacia ella. La miró directamente a los ojos. Vio que estaba llorando y apretaba los labios con fuerza, como si intentara contenerse no solo por el llanto, sino por algo más. El guerrero entornó la mirada y la observó con sin comprender.

—No quería llegar a esto, James Buchanan.

Y antes de que el guerrero tuviera tiempo de abrir la boca para preguntar, sintió una punzada de dolor en la cabeza que logró derribarlo y tirarlo al suelo. Su caballo se mostró nervioso, pero él, durante unos segundos, no pudo hacer nada más que gruñir de dolor. Sintió la sangre recorrer su rostro justo al instante. Arya le había abierto una brecha con una piedra y cuando escuchó los pies de esta alejarse de él corriendo, no pudo sino enfurecerse por haber sido tan descuidado.

Arya tiró la piedra justo a los pies de James. Su corazón gritó por saber qué le había hecho, pero todo su ser clamaba por correr desesperadamente. Su mente, en algún momento de la mañana, había recordado aquel camino. Y sabía que cerca de allí había un puente elevado varios metros sobre un profundo río. No podía esperar a llegar a Edimburgo. Una vez estuviera allí no tendría escapatoria, así que era su última oportunidad.

Las lágrimas no le permitían ver con claridad el camino, pero si caía, no le importaba. Ya no le importaba nada. Arya corrió como si estuviera siendo perseguida por el mismísimo diablo.

Atrás quedaron los gruñidos de dolor de James. Había visto correr su sangre por su cabeza y por su cuello. Le había hecho daño, sí. Algo que nunca había pensado, pero era necesario. De todas formas, era la última vez que se lo hacía.

Arya gritó de rabia y frustración. Sentía que no era la que guiaba su propio camino, como si una extraña mano invisible lo hiciera por ella. Y lo peor de todo era que ya no le importaba. Pidió perdón mentalmente a su madre y a su tío. Había hecho lo imposible por sobrevivir, pero ya no podía. Sintió sobre ella el peso de la misma amargura que había sentido Mya. Y ahora por fin logró entenderla. James le había roto el corazón antes de que pudiera ser consciente de la muerte de su tío y tampoco había estado preparada para la muerte de su madre. La vida le había puesto trabas antes de tener el poder suficiente para liberarse de ellas. Y ya no había vuelta atrás.

El sonido del río que buscaba sonó de repente en sus oídos. Una sonrisa triste apareció en sus labios. Era el único sonido que podía escuchar. Atrás quedaron los gruñidos de James, el relincho de su caballo, la promesa silenciosa de una venganza... Ahora estaba ella frente al destino que prefirió elegir.

El antiguo puente que había dibujado en su mente apareció de repente. Este se encontraba en las mismas condiciones que recordaba, como si el tiempo no pasara sobre él. Sus pies se quedaron quietos un instante, mirándolo. Ese era el destino que elegía. El río corría con rapidez bajo las piedras del puente. No sabía cuántos metros había de caída, pero sí los suficientes como para morir por el golpe o ahogada entre las aguas rápidas bajo sus pies.

Una nueva lágrima escapó de sus ojos, y la limpió con tanta rabia que sintió cómo se rasgaba ligeramente la piel de la mejilla con sus propias uñas. Pero ya no le importaba. La muerte la aguardaba cerca, a tan solo unos metros.

Cuando logró que sus pies por fin se movieran en busca de esa muerte, Arya creyó escuchar cerca de ella un relincho. Miró a su alrededor, pero no vio nada. Así que se obligó a caminar deprisa hacia el límite del puente. La joven subió hasta lo más alto del mismo y se encaró al borde. Este no era muy alto, así que no tuvo que poner sus rodillas en él para subir.

—Lamento todo el daño que os he hecho, madre, tío John. Si no hubiera venido a este mundo, ambos estaríais vivos. Pero no puedo dejar que él gane.

Arya cerró los ojos un instante. Estaba a tan solo un paso de caer por el puente. El viento soplaba a favor de la caída y le daba de lleno en el pelo, que se movió hacia su rostro, impidiéndole ver con claridad cuando unos segundos después abrió los ojos de nuevo. Arya lo recogió un instante, poniéndolo en su hombro izquierdo. Y fue entonces cuando se dio cuenta que había alguien a su lado derecho del puente.

Arya miró de soslayo y descubrió que James desmontaba del caballo con el rostro desencajado. La joven avanzó unos milímetros hacia el vacío. ¿Por qué demonios la había seguido hasta allí?

Vio que la sangre corría por el rostro del guerrero, pero este parecía no ser consciente de ello. El corazón de James se había paralizado cuando, después de recuperarse ligeramente del golpe, montó sobre su caballo y siguió el camino que había tomado la joven. Jamás pensó que corría hacia allí para matarse. Pensó que intentaría huir cruzando el puente, pero no creyó que la vería allí encaramada al borde del mismo.

—¡Arya!

La voz del guerrero la sobresaltó. Giró la cabeza de nuevo hacia él y levantó una mano al tiempo que avanzaba otros milímetros.

—Ni se te ocurra acercarte a mí, James Buchanan.

El guerrero frunció el ceño. Su voz estaba rota por el dolor, por el miedo y por una pena inmensa que se reflejaba en aquellos ojos que tanto había amado. Y aún seguía haciendo, aunque en silencio.

—Baja de ahí, por favor —le dijo con voz suave, tendiéndole una mano.

Arya miró de reojo hacia el río y acabó negando con la cabeza.

—No. Ya estoy harta de obedecer. Estoy harta de hacer lo que todos creen que es lo mejor para mí. Estoy harta de que todos dirijan mi vida sin darme la oportunidad de ser yo quien decida. Ya no, James...

Arya pronunció su nombre en un susurro. Días atrás le había ordenado que no lo llamara por su nombre. Pero eran sus últimos momentos, así que ya no le importaba nada.

El guerrero dio un paso hacia ella, quedándose a tan solo un par de metros de la joven. La determinación estaba grabada en aquellos ojos. Y negó con la cabeza. No. Aquello no podía terminar de esa manera. No allí. No en ese momento. No con él delante sin que no pudiera hacer nada por ella.

—Arya, por favor. No lo hagas.

—¿Por qué? —preguntó ella, desganada—. Ya no tengo vida. Ya no me queda nada por lo que luchar. Ya no me queda nada que perder. Jacobo me lo ha arrebatado todo.

James entornó los ojos y rechinó los dientes. Dio otro pequeño paso, intentando no asustarla para evitar que se lanzara directa al agua.

—Ni siquiera me quedas tú. ¿Por qué debería bajar?

—Porque yo te lo pido... —respondió con suavidad.

James valoró las pocas opciones que tenía para poder salvarla. Si daba un paso más hacia ella, estaba seguro de que iba a saltar. Si se quedaba detenido, tal vez saltara igualmente y no sería tan rápido como para aferrarla de la ropa. Y si se lanzaba a por ella de repente... Tal vez caerían los dos. James renegó para sí. Maldita fuera, cualquier opción indicaba muerte. Así que solo le quedaba intentar convencerla.

—¿Por qué no me cuentas la verdad? ¿Por qué le temes tanto? La promesa de enviarte a un convento no es tan atroz como para querer morir...

Arya dejó escapar una risa amarga.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo... ¿Cuál crees que es mi verdadero apellido?

James la miró sin comprender, acercándose unos milímetros más a ella.

—Stewart. Jacobo dijo que te apellidabas Stewart.

—Pues cuando regreses y le informes de mi muerte, pídele que, como favor por haber acabado conmigo, te cuente toda la verdad.

James negó con la cabeza.

—Arya, prefiero que me la cuentes tú, aquí abajo.

El guerrero levantó aún más su mano.

—Por favor... No lo hagas, Arya.

La joven miró la sangre que corría por el cuello del guerrero. Sangre que ella misma había derramado, además de besar el lugar por el que corría en ese momento. Y a pesar de la frialdad que se obligó a sentir, no pudo evitar notar su nerviosismo y miedo. Aquella era la primera vez que lo veía asustado. El mismo miedo que tiene un niño cuando se ve perdido y solo. Un miedo tan profundo y atroz que, inconscientemente, le hizo dar un paso atrás, aunque sin alejarse del borde del puente.

—No voy a contarte nada. No lo mereces. Hace días no me permitiste hablar. Había pensado contarte la verdad de mi vida cuando nos marcháramos porque no nos íbamos a ir solos, James. Y no me refiero a mi tío. Pero no me dejaste. Preferiste hacerme daño. Aunque serás el último que lo hagas.

Arya dio un paso atrás, alejándose de él, pero acercándose peligrosamente más al borde.

—¡No! —gritó James, asustado—. Sé que siempre he sido impulsivo y me ha dado problemas. No quise hacerte daño, Arya. Tal vez me equivoqué y mis sentimientos no eran ciertos.

A cada palabra, James rezó para que no se le notara la mentira.

—No quise hacerte daño ni jugar contigo. Me equivoqué. Lo reconozco. Soy un maldito loco y un puto renegado de la vida. Jamás debí acercarme a ti de esa manera. No busco hacerte daño al llevarte ante Jacobo. Solo esclarecer lo que sea que tenga que hablar contigo. Por favor, no me hagas esto. Dame la mano.

Arya la miró y después levantó los ojos hacia él.

—Esa noche dijiste que llevarme significaba tu libertad. ¿Por qué?

James estuvo a punto de gruñir al ver que no le daba la mano y se alejaba del borde. Sin embargo, no quiso que se le notara la urgencia.

—Dime la verdad.

—Quiero retirarme de las filas de Jacobo. Mi padre le debía dinero al rey, así que me dio en pago por esa deuda. Me he criado en la corte, entre guerreros. Y ahora solo deseo volver a las tierras de mi familia para vivir como granjero. Jacobo me ordenó que te buscara como última misión antes de concederme mi libertad.

Arya no pudo evitar que una punzada de dolor cruzara por su pecho.

—¿Pusiste tus ojos sobre mí antes de saber que era yo la que buscabas?

—Si me estás preguntando si jugué contigo para engatusarte y llevarte ante Jacobo, la respuesta es no. Ya te he dicho que no quise jugar contigo.

La joven sonrió con tristeza y miró de nuevo al vacío bajo sus pies.

—Lamento todo esto, James. Lamento todos y cada uno de los momentos, aunque no han sido muchos... Y espero que Jacobo te dé tu ansiada libertad. No me importa lo que hagáis con mi cuerpo, díselo.

James negó con la cabeza y el terror reflejado en sus ojos. Dio un paso hacia ella y apretó la mandíbula.

—¡Arya, por favor! Te lo suplicaré de rodillas si hace falta. No saltes.

La joven se giró hacia él de nuevo y vio cómo el guerrero, sin bajar su mano tendida hacia ella, se ponía de rodillas con la súplica reflejada en sus preciosos ojos.

—Dame la mano, por favor. Ódiame, busca a alguna hechicera para que me haga infinidad de maldiciones, rájame de arriba abajo cuando lleguemos a Edimburgo. Pero, por favor, no saltes. Ni el más despiadado enemigo, ni el peor de los ejércitos, ni el propio rey han conseguido que me ponga jamás de rodillas. Pero tú, Arya Stewart, aquí me tienes, suplicando. Y si tú me lo pides, saltaré en tu lugar.

Arya lo miró largamente, incapaz de creer lo que veían sus ojos, y mucho menos lo que había escuchado. La voz de James realmente sonaba suplicante, urgente, preocupada, aterrada. Sus ojos también lo demostraban, pero ella ya tenía el alma tan rota que no sabía si creerlo o no. Le había dado demasiadas oportunidades a la vida, pero lo había perdido todo.

—Levántate, guerrero, o tu rey te colgará al ver cómo te agachas ante mí. —Una sonrisa irónica y triste surcó sus labios ante lo que podría significar que el mejor guerrero del rey Jacobo se inclinara ante la verdadera heredera de la corona. Y solo cuando James se levantó, continuó—. Ha sido fugaz, pero te he amado y te amo como nunca he amado a nadie. Creía que la vida por fin me sonreía ante una persona que me quería, pero ya no puedo más. Mi vida ha llegado hasta aquí. Y espero, aunque tal vez no te importe, que algún día puedas perdonarme.

Y sin darle tiempo a replicar, Arya dejó que el peso de su cuerpo se deslizara hacia el vacío.

CAPÍTULO 18

El grito que escapó de la garganta de James reverberó en toda esa zona, tan fuerte que los pájaros más cercanos volaron despavoridos ante el terror y la urgencia reflejada en esa voz.

—¡Arya!

James se lanzó hacia ella con una velocidad que no parecía salida de su propio cuerpo. Cuando vio que la joven se dejaba caer al vacío, ese mismo vacío se posó en su interior, haciendo que todo el suelo que pisaba comenzara a temblar. El miedo y el terror se reflejaron en su rostro y, por primera vez en su vida, quiso llorar de rabia y frustración, pero, sobre todo, de amor.

James llegó junto al borde del puente justo a tiempo de poder aferrar con fuerza la camisa de la joven, que no hizo intento alguno por sujetarse a él para evitar caer. El guerrero se agarró con fuerza al borde del puente y parte de su cuerpo pendía de este, a punto de caer él también por el mismo.

—¡Suéltame! —vociferó la joven intentando desasirse de los dedos que, precariamente, la sujetaban.

James gruñó y la aferró con más fuerza al tiempo que negaba con la cabeza.

—¡No pienso hacerlo, Arya! ¡Un hombre de honor no dejaría jamás que la mujer a la que ama se deje vencer y muera! ¡No voy a permitirlo!

Arya rugió de frustración, sin ni siquiera haber procesado en su mente lo que el guerrero acababa de decirle. La joven miró hacia arriba y vio que el cuerpo de James estaba a punto de caer por el puente con ella e intentó, con sus propias manos, desasirse de sus dedos, pero le fue imposible. Con una fuerza que no parecía salida de él, James comenzó a incorporarla y, poco a poco, la subió hasta que de nuevo estaba junto a él.

—¡Déjame! —vociferó la joven.

Arya comenzó a rebullirse contra él para intentar soltarse, pero James la aferró con fuerza y sujetó sus manos por encima de su cabeza.

—¡Eres un maldito desgraciado! No sabes lo que has hecho.

James la miró a los ojos. Su corazón aún latía con tanta rapidez que sentía que se mareaba ligeramente. Intentaba, por todos los medios, respirar con normalidad, pero sentía que todo daba vueltas a su alrededor. El miedo le atenazaba la garganta y las manos le temblaban como nunca. Incluso tenía la sensación de que se le adormecían los músculos de todo el cuerpo, como si este no le funcionara del todo bien.

Y cuando por fin encontró la voz suficiente como para responder, le dijo:

—Lo que he hecho ha sido salvar tu vida. Y te aseguro, por mi propia vida, que lo haría una y otra vez.

—Me has salvado para volver a condenarme de nuevo, Buchanan.

—¡No! —exclamó James intentando que las lágrimas no acudieran a sus ojos. Su orgullo le impedía volver a decir la verdad. Una verdad que Arya parecía no haber escuchado cuando estaba colgando del puente—. Te he salvado porque no podría vivir culpándome de no haber hecho nada por obligarte a seguir viviendo.

Arya resopló y retorció sus muñecas para soltarse.

—Está bien. Tú ganas, guerrero —le dijo con el tono de voz apagado—. Adelante, llévame ante Jacobo y terminemos con esto de una vez...

Arya miró hacia otro lado y cuando James no sintió sobre él sus ojos, su ira, su frustración, tembló. Volvía a rendirse. El guerrero chasqueó la lengua y la ayudó a levantarse.

—Por cierto, no pienso pedirte disculpas por haberte hecho esa brecha. Te la mereces.

James entornó la mirada y le hizo un gesto con la cabeza, en silencio, hacia el caballo. Sabía que, dijera lo que dijera, ella iba a hacerle llegar su odio hacia él. Pero se dijo una y otra vez que al menos aún tenía sentimientos para mostrar. De haber muerto unos metros más abajo con su cuerpo chocado contra las rocas, Arya ya no tendría sentimientos. Y él ya no volvería a escuchar la melodía de su voz.

Ya con el corazón latiendo a su velocidad normal, James la siguió y ambos subieron al caballo. Estaban siendo los peores días de su vida, pero lo que aún desconocía era que todo iba a ir a peor.

La ciudad de Edimburgo se dibujó en el horizonte unas horas después. Ambos se habían sumido en un profundo silencio del que ni uno ni otro querían salir. Pero por fin habían llegado a su destino y, tal y como le había sucedido en otras ocasiones, James tuvo la imperiosa necesidad de tirar de las riendas hacia otro lado y desviarse de su camino.

Arya, por su parte, no dijo nada. Ya no deseaba romper el silencio ni siquiera para insultarlo. El guerrero había hecho que perdiera su última oportunidad de morir de una forma que ella eligiera. Sabía que su vida, ahora que estaba en la capital, estaba a punto de llegar a su fin, pero ya no tenía ganas de contárselo a James. Ya no. Se sentía realmente triste, y a pesar de que intentaba mostrarse valiente, una parte de ella temía el encuentro con el rey.

Después de que la salvara le había pedido que la llevara ante Jacobo porque estaba cansada y quería que todo aquello terminara lo antes posible. Su destino estaba ante sus ojos y a pesar de que habían pasado más de diez años, Arya vio que la ciudad apenas había cambiado durante todo ese tiempo. Ya no la veía tan grande, eso sí, pero su mirada de niña no correspondía con la de una mujer adulta. A lo largo de todos esos años había sufrido innumerables cosas que parecía que la habían preparado para ese momento. Pero, aun así, no pudo evitar temblar ante lo que estaba a punto de suceder.

—Espero que todos los días de tu vida te acuerdes de mí cuando te despiertes y veas un nuevo sol y sepas que a mí no me disteis la oportunidad de disfrutarlo.

A su espalda, James suspiró y carraspeó.

—No me lo hagas más difícil.

Arya se giró y clavó su mirada en él.

—No creo que será tan difícil sabiendo que te queda muy poco camino por recorrer para conseguir tu libertad. —Lo miró de arriba abajo con el odio reflejado en sus ojos—. Y no me mires así, cualquiera diría que ya no sientes lo que me dijiste en la cabaña antes de apresarme como a una vulgar asesina.

Y así era, aunque James no quiso reconocerlo. Incluso la verdad era que aquellas palabras las pronunció cuando la rabia corría por sus venas, pero realmente no las sentía. Jamás las había sentido. Él no la odiaba. La amaba como jamás había amado. Y le estaba costando horrores

mantener el paso del caballo sin tirar de las riendas. Al mismo tiempo, tampoco quería confesar que no daba marcha atrás en su camino porque su maldito orgullo se lo impedía, porque hacerlo sería darle la razón a la joven y, aunque sabía que no estaba haciendo bien, no podía parar. Quería salvarla, ya que la amaba, pero tampoco sabía cómo hacerlo. Nadie le había enseñado nada sobre las relaciones verdaderas entre un hombre y una mujer, y en esos momentos, en los que se sentía agobiado y frustrado, tenía la sensación de que incluso no sabría comportarse como el guerrero que era.

James miró aquellos ojos llenos de odio, pero también de miedo, y fue entonces cuando se dio cuenta de que esos sentimientos eran reales, que Arya se había mostrado tal cual era. Entonces, ¿por qué demonios era tan cobarde para dar la vuelta y tomar otro camino? ¿Por qué no se marchaba con ella, le daba una oportunidad más y vivía una vida feliz a su lado? ¿Por qué no olvidaban todo lo ocurrido entre ellos y empezaban de cero? Por orgullo. Por miedo. Por cobardía.

Y en el momento en el que más sintió la necesidad de besarla para que cambiara aquella expresión de odio y después dar la vuelta, alguien cerca de ellos llamó su atención.

—¡Eh, Buchanan! ¡El rey lleva días esperándote!

James no pudo evitar sobresaltarse. Levantó la cabeza y miró unos metros más adelante. Tan metido estaba en la conversación con ella que no se había dado cuenta de que se habían acercado a la muralla de la ciudad. Desde allí los miraban parte de sus compañeros. Conocía a todos muy bien y gran parte de ellos los miraban con la sorna reflejada en sus ojos. Todos los pensamientos que habían cruzado por su mente para intentar escapar se acababan de ir al traste.

Su caballo había seguido el camino que ya conocía y los había llevado frente al enorme portón de la muralla exterior, más alejada del castillo y que salvaguardaba a las innumerables casas que había dentro de aquellos muros.

James se obligó a reaccionar e inconscientemente miró hacia atrás, hacia el camino que habían dejado atrás y por el que ya no podían volver. Miró allí donde había tenido que dejar sus sueños con Arya, su vida soñada, sus propios sentimientos... Ya no podría volver a ser ese James que de repente había surgido al conocerla. Y estaba seguro de que había muerto en el mismo instante en el que escuchó que Arya iba a matarlo. Ese James había durado muy poco, pero había sido tan intenso que, durante unos días, tuvo la esperanza de ser un hombre como cualquier otro, de tener una vida normal.

Y cuando escuchó el ruido del portón al abrirse, James miró de nuevo hacia el frente. Este se abrió demasiado deprisa para su gusto, y cuando estuvo arriba, esperó unos segundos más para armarse de valor y cruzarlo. ¿Por qué demonios había olvidado el momento en el que vio a Arya matar a Donovan y jurar que iba a ir tras él para matarlo también? Debía recordárselo. Tenía que hacerlo de nuevo porque, si no lo hacía, acabaría por iniciar una guerra.

—Tus amigos esperan, Buchanan.

La voz de Arya llamó su atención y cuando esta giró la cabeza para mirarlo otra vez y vio la determinación en ellos, pero también la pena, se dijo que debía hacer lo posible para que el único sentimiento que hubiera en el corazón de Arya a medida que avanzaban fuera el del odio. El odio más puro que pudiera surgir en un corazón. Y, por ello, dejó que su ironía saliera al paso. Iban a despedirse en cuestión de minutos. Y se dijo que cuanto más lo aborreciera, mejor para él.

—Por tu rabia y tu forma de dirigirte a mí, diría que tienes ansias por conocer a estos

compañeros míos...

Por Dios, nadie sabría lo que le había costado decir aquellas palabras con ese tono irónico y divertido. Le haría daño. Lo sabía. Incluso lo vio reflejado en sus ojos en cuestión de segundos. Pero ya no había vuelta atrás. Iba a dejarla en manos de Jacobo para que resolvieran sus problemas y la soltara cuanto antes. Y él se marcharía a vivir una vida en la granja lo más infeliz posible; una vida llena de soledad y odio hacia sí mismo; una vida en la que ella no estaría.

—Eres el ser más despreciable que he conocido, James Buchanan —le espetó la joven con lágrimas en los ojos—. Llévame ante él y vete a tu maldita granja, o a la mierda. El lugar que más se ajuste a la negrura de tu corazón, pero déjame decirte una cosa. Lo único que yo he sentido hacia ti ha sido amor. Nunca pensé matarte. Esa persona a la que viste no era yo, pero ya da igual. Estamos aquí y tú vas a obtener tu maldita libertad. Que la disfrutes.

Arya se giró hacia los guerreros que había apostados en la muralla y los atravesó con la mirada.

—Vamos, me espera mi querido... rey.

Arya estuvo a punto de decir “hermanastro”, pero logró contenerse a tiempo. James no merecía saber la verdad. Estaba realmente enfadada con él. Había logrado sobreponer el aborrecimiento que sentía hacia él por encima de su amor. Y así tenía que ser. Se había equivocado al decidir darle su amor y su cuerpo. Pero ya no cabía en ella más la duda. Ahora debía enfrentarse a su destino. Ahora debía ser una guerrera más entre ellos.

—¿A qué esperas? —vociferó la joven sin mirarlo—. ¡Vamos!

Y sin esperar a que James diera la orden al caballo, fue ella la que clavó el talón en el lomo del animal para que comenzara a caminar de nuevo. Para cuando James pudo reaccionar, ya estaban cruzando el umbral de la muralla bajo la atenta mirada de todos los guerreros allí apostados.

—¡Menudo pedazo de pastel nos traes, Buchanan! —vociferó uno de ellos.

El guerrero no se molestó en responder. Estaba tan tenso que tenía la sensación de que iba a entrar en batalla en cuestión de minutos, como si una fuerza arrolladora estuviera preparando el campo para la lucha, y a pesar de portar sus armas, James sentía que estaba desnudo ante esa batalla. Tal vez la peor de toda su vida.

Arya se armó de valor y lo miró ceñuda. Acababa de pisar tierra enemiga, una tierra de la que tuvo que huir años atrás. Y esta vez no lo haría con miedo. Se obligó a dejarlo atrás, ya que no podía enfrentarse al rey con el pánico que había tenido en el centro de su pecho durante toda su vida. La habían buscado, la habían encontrado... Y ahora ella se defendería con todo lo que su tío le había enseñado.

Aunque no importara, ella era la primogénita del rey Jacobo II. Era la verdadera heredera de la corona y juró por la sangre real que llevaba en sus venas que iba a ser valiente. Si su hermanastro buscaba guerra, sin duda ella se la presentaría.

El caballo atravesó la ciudad de Edimburgo de una punta hacia el epicentro de todo lo que sucedía allí. En lo alto de una gran roca, y vigilando toda la ciudad, se levantaba el enorme y poderoso castillo en el que había pasado la primera etapa de su vida. Tan bonito e irreal como recordaba... De haberse tratado de una visita de cortesía, Arya habría disfrutado de las vistas que ofrecía la fortaleza. En varios de sus lados pendía de un gran desfiladero y sabía que podían acceder a él a través de la enorme y única calle empinada que había al otro lado de donde ellos se encontraban en ese momento.

Una sonrisa amarga se dibujó en su rostro. Ella sabía que no era la única entrada o salida del castillo. Gracias a las historias que les contaba su madre, aprendió que había muchos pasadizos secretos en varios puntos del castillo, y gracias a uno de ellos Mya y ella pudieron escapar aquel aciago amanecer.

—Valor, Arya... —su voz apenas se escuchó, pero James sí logró capturar aquellas dos palabras al tiempo que enfilaba hacia la calle empinada que los llevaría a la segunda muralla del castillo.

Los puños de James aferraron con más fuerza las riendas, sintiendo la tentación de tirar de ellas para parar. Sin embargo, el caballo siguió adelante al tiempo que en su mente se dibujaba una y otra vez la palabra “cobarde”.

A pesar de que había hecho ese recorrido una y otra vez, James tenía la sensación de que era la primera vez. Todo a su alrededor le parecía extraño, las casas, la gente que conocía de años atrás, los guardías, las tiendas... Todo parecía haber cambiado en esas dos semanas fuera de la ciudad. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que todo estaba igual y que el que realmente había cambiado no era otro más que él. Él era quien tenía unos sentimientos diferentes, sus pensamientos, su vida, sus deseos... Todo era distinto. Y junto a él, sobre el caballo, llevaba a la única mujer a la que había amado. Se había enamorado de ella la primera vez que la vio, y cuando se atrevió a retarlo, se volvió loco por ella. Le habría encantado gritarlo a los cuatro vientos; llegar allí con una sonrisa; presentar a Arya como su prometida o su ya mujer... Pero nada de eso ocurriría. Ella lo odiaba. Había conseguido que lo hiciera, y eso haría más fácil su separación, aunque para él fuera lo peor que había tenido que hacer durante toda su miserable vida.

En cuanto la entregara a Jacobo se marcharía sin mirar atrás. Intentaría olvidar esas dos increíbles semanas de su vida y levantaría de nuevo la granja de su padre.

—Ya solo te quedan unos minutos para conseguir tu libertad, Buchanan —terció Arya cuando lo escuchó resoplar contra su nuca—. Te queda lo más fácil de tu misión.

James frunció el ceño al tiempo que su cuerpo se tensaba. ¿De verdad creía la joven que eso sería fácil? ¿De verdad lo había creído con tanta facilidad? ¿Realmente era tan ingenua como parecía? Le había confesado sus sentimientos. Él... que no era más que un guerrero, un hombre de pocas palabras, un hombre que solía ironizar sobre las relaciones de enamorados. Se había abierto en canal con ella y aún no podía creer que lo hubiera creído con tanta facilidad. Sí, había sido cruel, no había sido capaz de medir su comportamiento y sus palabras. La había tratado de la peor manera posible, pero no pensaba que le había sido tan fácil ocultar sus verdaderos sentimientos con ella.

—¿No vuelven Donovan y Aiden contigo?

La voz de uno de los guerreros más cercanos llamó su atención, sacándolo de sus pensamientos. Debía centrar su mente y no dejarse llevar por ella. Tenía que conducir a Arya ante Jacobo y después... Después ya vería lo que hacía.

James se encogió de hombros y lo miró sin comprender:

—¿A qué te refieres? Me fui solo.

El guerrero más cercano lo miró con una sonrisa mientras James desmontaba y aferraba a Arya del brazo después de que esta hiciera lo mismo. La joven clavó su mirada en él, preguntándose qué demonios estaba haciendo o si tal vez se había vuelto loco, pero James no le devolvió la

mirada.

—Me refiero a que Jacobo los envió detrás de ti unos días después para comprobar qué estaba pasando.

James frunció el ceño y negó con la cabeza.

—Pues te aseguro que, si hubieran llegado a Dumbarton, los habría visto o al menos habría sabido de ellos. ¿Estás seguro de que tomaron ese camino?

—Claro que sí. Yo mismo les abrí el portón.

James enarcó una ceja y negó con la cabeza, mostrándose extrañado. Arya, por su parte, lo miraba atónita.

—Pues no me extrañaría nada que hayan desertado. Ya sabes que tenían ciertas inclinaciones a escaquearse del trabajo.

Su compañero estaba estupefacto ante aquella confesión.

—Se lo comentaré a Jacobo —prometió James—. Voy a verlo ahora...

El guerrero asintió y los dejó solos con el rostro aún sorprendido por las palabras de James. Este soltó las riendas de su caballo y dejó que lo tomara uno de los mozos de cuadras bajo la atenta mirada de Arya, que la tenía clavada en él.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó la joven caminando hacia el edificio principal de la fortaleza.

—Confesar que has matado a dos guerreros importantes en esta corte supondrá tu muerte inmediata.

—¿Y eso qué más te da? No creo que te importe...

James la miró de reojo con mala cara. Si no le hubiera importado, habría confesado la verdad. Le habría gustado responderle eso, pero prefirió callarse y seguir con la mirada puesta en el frente. El guerrero la guio a través de los muchos edificios que poseía el lugar hasta que llegó al mayor de ellos.

Arya tragó saliva. Lo recordaba. Allí era donde había crecido. En sus salidas nocturnas a veces lograban salir fuera del edificio y este se encontraba en las mismas condiciones que hacía años, aunque más oscurecido, más negro.

James la miró de soslayo. La joven se había quedado parada observando el edificio. Y él, que no deseaba arrastrarla, esperó pacientemente a que se decidiera a continuar. Habría dado su brazo derecho por saber qué pensamientos cruzaban entonces por su mente, aunque una parte de ellos se vio reflejada en su mirada. Vio cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y comenzaba a temblar a pesar de intentar contenerse. Arya apretó los labios con fuerza y respiró hondo, clara evidencia de que hacía lo posible por no venirse abajo.

Y a pesar de que intentaba mostrarse fría ante James, sabía que no lo estaba consiguiendo. Once años. Hacía once años que había pisado entre esos muros por última vez. Once años en los que su madre no había estado con ella. Y hacía once años desde que había contemplado la mayor de las desgracias en su vida. Los ojos muertos de su madre parecían contemplarla entre las piedras que conformaban el castillo, pero Arya sacudió la cabeza. Iba a enfrentarse a su destino con valentía. Y ya nada podía pararla.

La joven miró a James y acabó diciéndole:

—¿Entramos o vas a permitir que tu rey nos siga esperando sentado en su cómodo trono?

La ironía con la que Arya se había obligado a impregnar cada palabra sorprendió a James, que enarcó una ceja. Este asintió y la condujo hacia el interior del castillo. El primer olor que penetró en la nariz de la joven fue el de las flores frescas en varios jarrones dispersados por todo el pasillo.

Unas escaleras cercanas a la puerta quedaron atrás cuando James la condujo hacia el pasillo derecho, un pasillo que ya había recorrido con anterioridad y que ahora logró recordar. El sonido de la voz de su madre, hablando en voz baja mientras la acompañaba en su paseo, volvió a resonar en su mente.

Arya sacudió la cabeza. No podía permitirse desviar la atención hacia sus recuerdos. Por ello, a medida que avanzaban, se fijó en los cuadros que colgaban de las paredes. Según recordaba, algunos seguían siendo los mismos mientras que otros sí habían cambiado o los habían añadido al lado de los ya existentes.

Algunas personas del servicio se cruzaron con ellos, pero Arya apenas los miró, excepto a una mujer mayor que portaba una hilera de sábanas entre sus brazos. Esta mujer, al verla, se quedó parada en el sitio y se santiguó, llamando no solo la atención de Arya, sino también la de James, que miró de reojo a la joven. Esta giró la cabeza en dirección a la mujer, y no la apartó hasta que ambos giraron en una de las esquinas.

—Parece que esa mujer te conocía... —dijo James.

La joven lo miró y se encogió de hombros.

—Tal vez me ha confundido... —respondió a pesar de que en su interior tenía la sensación de que también la conocía.

—Sea como sea, hemos llegado.

El corazón de Arya se sobresaltó. No pudo evitarlo. Intentó que no se le notara, aunque con la mirada de James fija sobre ella no estaba segura. Arya tragó saliva y asintió con arrojo. Ya no había vuelta atrás. Si intentaba escapar, la matarían antes de salir de aquellas cuatro paredes. Así que iba a enfrentarse a él. El hombre por cuyo destino le arrebataron el suyo.

Jacobo III estaba tras esa puerta. Y ella iba a enfrentarlo.

—¿Estás esperando a que me cague de miedo, Buchanan? Estás perdiendo facultades.

La joven se obligó a llamar la atención del guerrero, que la miraba con una mezcla de curiosidad y admiración. Vio cómo Arya cuadraba los hombros, colocaba ligeramente su ropa y echaba su pelo hacia atrás. Se estaba preparando igual que él antes de una batalla. Y a pesar de las circunstancias, sintió unas ansias terribles por besarla. Estaba orgulloso de ella, aunque ya no podía decirse.

Y antes de arrepentirse de estar allí y sacarla a espadazos de la fortaleza, James alargó una mano y abrió la puerta que los separaba de la sala del trono. Estaba seguro de que sus hombres ya lo habían informado y estaría esperándolos allí. Así que aferró a Arya del brazo y entró con ella en la sala donde descubriría unas cuantas verdades que harían temblar su mundo.

CAPÍTULO 19

Arya apretaba con tanta fuerza los puños que estaba segura de que sus uñas iban a atravesar la carne de la palma de su mano en cuestión de segundos. Aquella sala era demasiado larga para sus nervios. En el fondo de la misma, al otro lado de la puerta, se encontraba él, el hombre que le había quitado el sueño tras tomar el relevo de su padre en la corona; el hijo del hombre que había matado a su madre y el que podía matarla a ella con una simple orden.

Arya caminó al lado de James y una pequeña parte de su alma agradeció que estuviera allí para, al menos, apoyarla con su simple presencia a pesar de que lo odiaba por todo lo sucedido.

Durante unos segundos, en la sala solo se escuchó el sonido de los pasos de ambos. Jacobo se encontraba sentado en el trono, con la mirada fija sobre ella y con una amplia sonrisa en los labios. Y de haber podido hacerlo, Arya lo habría matado con una sola mirada. Al lado del trono, dos guerreros más acompañaban al monarca, aunque no hablaban con él, sino que se mantenían a un lado y otro del trono con la mano apoyada en la empuñadura de la espada.

Cuando apenas les quedaban unos metros, Jacobo comenzó a aplaudir y se levantó.

—¡Muy bien, Buchanan! —exclamó—. Sabía que tú la encontrarías.

James paró a dos metros de él, obligando a parar también a Arya, que cruzó las manos por delante de su cuerpo y mantuvo una pose erguida y orgullosa, nada que ver con lo que en realidad sentía, pero no podía mostrarse débil.

—Lo que me sorprende es que Donovan y Aiden no estén contigo.

James suspiró y torció la cabeza. Arya siguió mirando a los ojos del rey, que a veces le dirigía la mirada a pesar de que su atención estaba puesta sobre el guerrero.

—Ya me ha dicho Arthur que salieron poco después de que yo me marchara, pero no llegaron a Dumbarton. Ni siquiera los he visto en el camino.

La seguridad en su voz y la claridad con la que hablaba hicieron que Arya volviera a mirarlo estupefacta. ¿A qué demonios estaba jugando? Desde un principio, él creía que los había matado ella, así que no entendía por qué ahora no la culpaba de eso ante el monarca.

—Esos dos normalmente han dado problemas y siempre pensé que desertarían de nuestras filas, pero no quiero pensar en eso ahora, Buchanan. Es otro tema el que nos ocupa hoy.

Arya dejó de mirar a James cuando sintió que la mirada de Jacobo se posaba en ese instante sobre ella. La joven tragó saliva y volvió a encararlo con orgullo. La verdad era que se parecían un poco ahora que lo veía cerca de ella, aunque el monarca tenía el pelo oscuro. No obstante, los rasgos eran relativamente parecidos entre ambos. De todas formas, Arya sabía que nadie los relacionaría familiarmente a pesar del ligero parecido entre ellos.

—¿Estás seguro de que es la Stewart que busco? —preguntó a James sin dejar de mirarla.

El guerrero carraspeó, incómodo.

—Sí, majestad.

Arya miró de soslayo a James y enarcó una ceja. Le sorprendió que en ese momento se mostrara con una voz más calmada y suave, parecida al James que había conocido. Nada que ver con el guerrero cruel que había conocido después. Después, volvió a fijar su mirada en Jacobo, que se alejó de su trono y se acercó a ella.

Arya intentó no temblar al ver que se acercaba tanto que podía oler su aroma a brezo y distinción. Tan solo dos pasos los mantenían separados, pero la joven lo sintió tan cercano que podía notar la fuerza y el poder que rezumaba de cada poro de su piel, de cada botón de su impecable chaqueta, de cada hilo que conformaba su ropa... Y, aun así, le sostuvo la mirada.

—Puedes preguntarme. Yo responderé por mí misma...

Jacobo sonrió de lado.

—No te he dado permiso para tutearme, muchacha.

—Yo tampoco te he dado permiso para cazarme...

El rey dio un paso más hacia ella.

—Esto va a ser divertido... ¿Cuál es tu nombre?

—Arya Stewart —respondió la joven con orgullo.

Cualquier persona que los viera en ese instante podría pensar que tenían casi la misma edad, a pesar de que los separaban varios años de diferencia. Jacobo parecía haber envejecido con rapidez y casi aparentaba llegar a la treintena cuando la realidad era bien diferente.

—Pensaba que sería más difícil encontrarte, hermana...

Aquella última palabra hizo que James levantara la cabeza de golpe hacia ellos. Durante un segundo, creyó haber escuchado mal, pero lo siguiente que salió de la boca de Arya fue lo que se lo confirmó:

—Hermanastra... —replicó.

Jacobo dejó escapar una risa al tiempo que miraba a James. Este había dejado escapar una exclamación de sorpresa. Los miraba a ambos como si de repente les hubieran salido dos cabezas y cuando fijó su mirada en los ojos de Arya, esta desvió la suya, incapaz de sostenérsela.

—¿No te lo ha contado?

James negó con la cabeza al tiempo que veía cómo la joven bajaba la mirada y apretaba con tanta fuerza sus puños que se volvían completamente blancos.

—Te pedí que la buscaras porque descubrí una carta que guardó mi padre en uno de los cajones de la mesa de su despacho. En ella explicaba que tenía una hermanastra y que podría poner en peligro la seguridad del reino al intentar reclamar la corona. Mi padre también comentaba quién era su madre y su apellido, pero de mi querida hermanastra no sabía nada más. Por eso te pedí que la buscaras. Esta es la mujer más peligrosa de toda Escocia.

Las manos de James comenzaron a temblar, y lo peor de todo era que no estaba seguro de por qué lo hacían. Por una parte, se sentía terriblemente decepcionado por el secreto que había guardado Arya para sí y no había querido contarle. También estaba completamente aterrado por lo que ese secreto significaba para toda Escocia, pero, sobre todo, para Arya. En la mirada de Jacobo vio sus verdaderas intenciones y, en ese instante, no pudo sino golpearse mentalmente a sí mismo una y otra vez por haberla llevado directamente a las fauces del lobo. Ahora era cuando entendía algunos de los comentarios que Arya le había hecho desde que la había apresado. Ahora sabía por qué le confirmaba que Jacobo iba a matarla... Ella era la mujer que podía arrebatarse la corona. La verdadera reina de Escocia.

James tragó saliva y atravesó a Arya con su mirada. Esta volvió a levantar la suya y lo miró. Toda la verdad estaba reflejada allí. La joven parecía pedirle ayuda con los ojos, pero él ya no

podía hacer nada por salvarla. Lo había tenido fácil, la solución había estado en sus manos, pero se le había escapado en el momento en el que atravesaron el portón de la muralla de la ciudad.

El guerrero apretó los puños con fuerza y dio un paso adelante.

—No sabía nada de todo esto, majestad —admitió—. ¿Qué pensáis hacer al respecto?

Jacobo sonrió aún más.

—Supongo que imaginas que la existencia de esta mujer es un auténtico peligro para todos.

James miró fugazmente a Arya, que inspiró con fuerza.

—Sí, lo es... —se obligó a responder.

—Aún tenemos tiempo. Ahora que la joven está aquí con nosotros podemos hablar sobre este tema.

Arya dejó escapar un resoplo.

—No hay nada de qué hablar. Jamás se me ha pasado por la cabeza reclamar la corona. Yo prefería vivir con la libertad que esa corona que quita.

Jacobo acortó la poca distancia que los separaba y la tomó del rostro con fuerza. A su lado, James no pudo evitar acercarse, aunque se obligó a parar cuando vio que los dos guerreros que se habían mantenido al margen se movían hacia él. Este levantó las manos en señal de paz y esperó.

—Me sorprende que mi padre no diera contigo antes...

La respiración de Arya se aceleró a pesar de sus intentos por mantenerse firme, decidida y orgullosa.

—Supongo que supe esconderme bien de lo que supone tener sangre real. Porque la tengo... te guste o no.

Jacobo rugió de rabia y la soltó para después propinarle una sonora bofetada que retumbó en cada rincón del cuerpo de James, que se adelantó sin pensarlo para parar el brazo del monarca, a quien miró entre iracundo y sorprendido.

—¿Qué haces, Buchanan? —preguntó el rey mirando hacia la mano del guerrero.

Este lo soltó enseguida e intentó disimular. No quiso mirar al suelo, donde había caído la joven tras la bofetada, pues sabía que, si lo hacía, todos los allí presentes descubrirían lo que realmente sentía hacia ella. Y así no podría salvarla.

—Lo siento, majestad. Pero creo que tal vez esperar para mantener esta conversación es mejor que hacerlo ahora. La... prisionera no está habituada al trato en la corte y tal vez es mejor esperar.

Jacobo frunció el ceño.

—Esperar ¿a qué? ¿A que me quite la corona?

James se obligó a dejar escapar una risa irónica.

—¿De verdad creéis que alguien como ella es capaz de arrebatarnos lo que os pertenece por derecho propio?

La mirada que Arya le dedicó desde el suelo, mientras se aferraba la mejilla dolorida, atravesó su corazón por completo. No quiso mirarla. Y de hecho le costó un mundo no hacerlo. Pero sabía que era lo mejor en ese instante. James sabía que el tono con el que había pronunciado aquellas

palabras fue demasiado sarcástico, por lo que Arya no pudo evitar sentirse dolida ante él. Pero el guerrero se obligó a mantenerse firme. Prefirió que lo odiara, pero al menos que tuviera la vida suficiente para hacerlo.

—Llevo días sin dormir, Buchanan, pensando que la corona pende de un hilo sobre mi cabeza. Te envié para que la encontraras y ahora que está aquí, no voy a dejarlo para más tarde.

—Pero...

—¡Ya está bien, Buchanan! —vociferó el rey—. Querías tu libertad, ¿no? La tienes. Puedes irte cuando quieras. Gracias por tus trabajos para la corona. Ahora, lárgate.

James estaba seguro de que la roca sobre la que estaba alzado el castillo había comenzado a temblar para derruirlo. Solo eso podía explicar el mareo que de repente sintió en lo más profundo de sus entrañas. Inconscientemente, miró hacia su vientre, ya que estaba seguro de que el rey lo había atravesado con una daga. Pero tenía el cuerpo intacto.

Lo había deseado. Sí. Con todas sus fuerzas. Pero no podía dejar sola a Arya sabiendo que la esperaba la muerte. ¿Por qué demonios no la había escuchado antes?

—Agradezco la libertad, majestad. Pero, si me permitís...

—¡No lo permito, Buchanan! ¡Y deja de meterte en esto! —Jacobo lo encaró mirándolo a los ojos—. Cualquiera diría que te has enamorado de ella, maldición. ¡Vete!

El rey rompió el contacto visual y se agachó para aferrar con fuerza a Arya, que lanzó un gemido de dolor cuando los dedos del monarca se clavaron en su brazo. La empujó hacia James y tiró de su pelo para que levantara la cabeza. La obligó a mirar al que había sido su guerrero y la acercó más a él.

—Esta será la última vez que vais a veros, así que puedes agradecer a este hombre que te haya traído a casa para recibir lo que mereces.

James mantuvo los puños apretados a un lado y, sin saber cómo, logró contener sus ansias por desenvainar su espada y atravesar con ella al rey y a sus dos guerreros. Sabía que en ese momento no podía hacer nada y que tenía que esperar al momento propicio para hacerlo. Por ello, dio un paso atrás y no dijo nada, pero las palabras de la joven lo atravesaron nuevamente.

—Gracias por todo, James Buchanan. Espero que tu libertad sea duradera y que por fin puedas vivir la vida que tanto has ansiado. Yo, por el contrario, no tengo la misma suerte. Adiós.

James boqueó varias veces, pero no dijo nada hasta que el propio Jacobo hizo un gesto a sus dos hombres.

—Lleváoslo...

—Esperad, majestad. Me gustaría estar presente en el interrogatorio —pidió James antes de que los que habían sido sus compañeros lo aferraran de ambos brazos.

—Aquí ya no eres nadie, Buchanan. Las tierras de tu padre vuelven a estar en tus manos. No vuelvas por la corte. Jamás.

—¡Esperad! —vociferó intentando desasirse de las manos de los otros guerreros.

Sin embargo, James se vio empujado hacia la salida al tiempo que vio que Jacobo volvía a golpear a Arya en la cara.

—¡No! —gritó.

Pero los guerreros lo empujaron al pasillo y cerraron la puerta en sus narices. Dejándolo completamente solo y con la mirada puesta en la puerta, allí donde había visto por última vez a Arya tras ser golpeada de nuevo. James apretó los puños con tanta fuerza que la sangre no tardó en deslizarse entre sus dedos.

El guerrero gruñó. Sabía que, si abría la puerta, iniciaría una guerra y sería ajusticiado, seguramente al lado de la propia Arya. Y no podía dejarla morir. Él era quien la había llevado a la boca del lobo. Él era quien debía salvarla. Lanzando un gruñido, el guerrero se lanzó hacia el exterior del castillo. Caminó con rapidez hacia su caballo, lo ensilló de nuevo y salió de la fortaleza como alma que lleva el diablo sin ser consciente de que dos guerreros lo observaron, anonadados, cerca de él.

Si quería ayudar a Arya, tenía que salir de allí para pensar con claridad. No iba a ser fácil, pero estaba seguro de que tampoco sería imposible.

Arya sabía que su cuerpo la estaba traicionando. Intentaba, por todos los medios, no temblar de miedo, pero le parecía imposible. Sobre todo, después de tener que soportar el dolor de cuatro golpes en su cuerpo. Los había contado. Y lo hizo únicamente porque estaba segura de que no iban a ser los únicos.

La joven se arrastró por el suelo para alejarse del rey. Este tenía los ojos inyectados en sangre, odio y rabia acumulada al saber que ella podría arrebatarse todo lo que tenía. Y aunque ella ya había confesado que no lo quería, sabía que seguiría siendo un problema por el resto de su vida.

—Y dime, muchacha, ¿cómo demonios pudiste escapar de este castillo siendo tan solo una maldita niña asustada?

Arya limpió la sangre de su labio antes de ponerse en pie y responder.

—Mi querido padre mató a mi madre delante de mí. Y eso fue lo que me dio fuerzas para hacer lo imposible por escapar de él.

Jacobo frunció el ceño.

—¿Y por qué no aprovechó ese momento para apresarte?

Arya sonrió de lado.

—Porque estaba escondida bajo la cama. Él no lo sabía, así que aproveché para escapar en el momento en el que salieron del dormitorio.

—Este castillo tiene muchos guerreros apostados en sus puertas. ¿Cómo pudiste hacerlo?

Arya se tambaleó. Le dolía terriblemente la cabeza, justo donde la había golpeado la última vez, pero no iba a desfallecer tan pronto.

—Tal vez esos guerreros no son tan listos como crees, hermanastro...

Jacobo sonrió al tiempo que acariciaba sus nudillos.

—No sé qué vio mi padre en tu asquerosa madre. Una sirvienta... Y desde luego, tú has heredado ese poco lustre y decoro.

—Más quisieras tú haber probado del amor que mi madre era capaz de dar a pesar de todo.

Jacobo se acercó a ella.

—Tu madre era una vulgar ramera, como tú.

Lanzando un rugido de rabia, Arya se lanzó contra él, sorprendiéndolo. La joven logró arañar su rostro y propinarle una patada antes de que los dos guerreros que había en la sala se arrojaran contra ella y la aferraran de los brazos.

—¡Soltadme! —vociferó la joven.

Arya intentó desasirse de sus manos, sin éxito. Estaba realmente iracunda. Jamás en su vida había tenido las ansias por matar a alguien como en ese momento, y no le importaba que fuera al mismísimo rey de Escocia.

—¡No te atrevas a hablar de mi madre!

Jacobo sonrió y se acercó a ellos. Miró a sus hombres y no hizo movimiento alguno para pedirles que se retiraran. Al contrario, las siguientes palabras que salieron de sus labios sí hicieron temblar a Arya:

—La reina de Escocia... ¿De verdad crees que alguien podría seguirte? No eres nadie. Solo una bastarda sin nada. Y para los bastardos hay un castigo más que merecido.

La joven vio cómo Jacobo desabrochaba los botones de su chaqueta y la dejaba tirada en el suelo. Después, remangó su camisa y la miró de nuevo con una sonrisa.

—Y tú vas a descubrir cuál es ahora mismo. ¡Sujetadla bien!

Arya intentó propinarle una patada, sin éxito. Recibió a cambio un golpe por parte de uno de los guerreros que le cortó la respiración. Y cuando dejó de toser, levantó la cabeza de nuevo hacia el rey, que cerró los dedos de su mano derecha en un puño y lo clavó directamente en su estómago.

Arya sintió que todo el aire escapaba de sus pulmones. La estancia comenzó a dar vueltas a su alrededor en el momento en el que sus rodillas no pudieron sostenerla por más tiempo y cayó ante él.

—¡Yo soy el rey de Escocia! ¡Y nadie puede arrebatarme nada!

—Tu propia locura será la que te haga caer —profetizó la joven cuando encontró el aliento para hablar—. Y ojalá esté ahí para verlo.

—¡Maldita furcia!

Jacobo la golpeó de nuevo en el rostro. Un intenso dolor atravesó la sien de Arya, que durante unos segundos sintió que perdía la vista, ya que todo se volvió negro a su alrededor. La joven sacudió la cabeza para volver a centrarse, aunque apenas le dio tiempo a recuperarse de nuevo cuando el rey volvió a golpearla, esta vez propinándole una patada en el costado.

La joven sintió que caía al suelo, libre del amarre de los guerreros, y se aferró el costado. Arya dejó escapar un gemido de dolor e intentó alejarse de él, pero una nueva patada, esta vez en su espalda, la hizo gritar. Este sonido reverberó entre las cuatro paredes de la sala del trono, haciendo sonreír a Jacobo, que se frotó las manos. Sin embargo, después no la golpeó, sino que la sujetó del pelo y estiró su cabeza hacia atrás.

—No puedes contra mí. ¿No te das cuenta?

—No quiero tu maldita y sucia corona —repitió Arya con dificultad—. Siempre he querido vivir en paz. Trabajar para subsistir y formar una familia, esa que nuestro querido padre me arrebató. Quédate tu corona. No la quiero.

Jacobo tiró de su pelo aún más.

—No te creo... Si mi padre dejó escrita esa carta era porque estaba seguro de que en algún momento vendrías a reclamarla. Y solo quería ponerme sobre aviso. Has sobrevivido durante años, oculta. No hay nadie que pueda asegurarme que no has formado un ejército para levantarte contra mí.

Arya dejó escapar una sonrisa amarga.

—¿Un ejército? Tú mismo lo has dicho. No soy nadie. ¿Quién iba a seguirme?

—No lo sé... Pero lo que sí sé es que voy a hacer lo posible para que nunca tengas la oportunidad de hacerlo.

Jacobo la soltó y la cabeza de Arya rebotó contra el suelo. La joven dejó escapar un gemido de dolor, y no se movió del lugar.

En ese momento, la puerta de la sala del trono se abrió sin que antes hubieran pedido permiso para entrar. Un nuevo guerrero entró en ella, llamando la atención de Jacobo, que levantó la mirada hacia él.

—¿Cómo osas interrumpirnos?

El guerrero llegó hasta ellos y respiró hondo para calmar su nerviosismo.

—Lo lamento, majestad. Pero lo que me trae aquí es de vital importancia.

—¿Más importante que el juicio al que estoy sometiendo a esta joven?

El guerrero asintió y carraspeó.

—Vuestra hermana Margaret ha escapado del castillo.

El rostro del rey se tornó blanco.

—¿Cuándo ha ocurrido eso?

—No lo sabemos, pero creemos que hace una hora más o menos. Su sirvienta no la encuentra por ningún lado.

Jacobo dejó escapar una exclamación de rabia.

—Está bien. Dejaré esto para encontrarla. Preparaos todos.

El guerrero asintió y se marchó, dejándolos nuevamente solos. Jacobo volvió a tirar del pelo de la joven hacia atrás.

—Tienes suerte de que tenga que marcharme. Pero te aseguro que nos veremos de nuevo las caras en las mazmorras, que es el único lugar de esta fortaleza donde podrás estar.

—Vete al infierno, hermanastro —escupió la joven.

Jacobo resopló antes de responder.

—Le pedí a Buchanan que te trajera aquí para una cosa —le avisó—. Y es para informarte de que estás condenada a muerte, Arya Stewart. Dentro de tres días serás ajusticiada en el patio de armas de este castillo. Pero, tranquila. Haré que construyan una pira digna de una reina que nunca llegó a ser nada.

CAPÍTULO 20

James cabalgó hasta la que había sido su casa antes de partir. No la echaría de menos, eso lo sabía. El guerrero se dejó caer sobre una de las dos sillas que había en esa cocina. Y apoyó los codos en la mesa. Cerró los ojos un instante cuando estos se llenaron de lágrimas que no quería derramar. Tenía la sensación de que había cometido la mayor de las traiciones, y no al rey, sino a su propio corazón. Y le dolía tanto el pecho que no podía respirar.

—¿Qué has hecho? —se preguntó una y otra vez.

El guerrero apretaba los puños con fuerza mientras escondía la cara entre sus manos. No podía creer lo que había sucedido minutos antes en la sala del rey. ¿De verdad Arya era la primogénita de Jacobo II? De todas formas, no entendía muy bien el miedo del actual rey respecto a la joven, ya que esta era una bastarda, por lo que no podría ostentar título alguno ni reclamar la corona, sobre todo, cuando el propio Jacobo II no la reconoció en su día. Pero ahora sí podía entender el porqué de enviarla a un convento. Si la encerraban allí, jamás podría salir para nada más que no fuera para meter los pies en la tierra el día de su muerte.

También era capaz de entender el porqué de la joven cuando intentó quitarse la vida en el puente cercano a Edimburgo. Ella sabía toda la verdad y estaba segura de que el rey la reclamaba para enjuiciarla y matarla.

Y ahora que no podía acceder al castillo con la libertad de antes, ¿cómo podría ayudar a Arya a salir de allí? Se dijo que tenía que hacerlo de una manera en la que nadie sospechara de él, ya que lo perseguirían y quemarían la granja de su padre. James suspiró. Conocía todos y cada uno de los puestos de guardia en todo el recinto del castillo. Además, sabía a qué hora eran los cambios de guardia y cómo los hacían, y en ningún momento del día quedaban desprotegidas las murallas.

James dejó escapar un suspiro de frustración y se levantó de la silla, tirándola a su paso. Necesitaba respirar aire puro y alejarse del ruido de la ciudad que, en ese momento, tenía la sensación de que lo estaba volviendo loco.

Después de pasar unos minutos en esa casa, cuyas paredes parecían cernirse sobre él, James salió como una exhalación. Montó sobre su caballo y se marchó a las afueras de la misma. El guerrero respiró hondo cuando se vio protegido por los inmensos árboles del bosque cercano a la ciudad. Desde allí ya no podía escuchar el ruido de la gente, aunque sí el de su cabeza. Aún podía escuchar la voz de Arya pidiéndole que la matara, que no la llevara a Edimburgo y cargando contra él por no dejarla hablar. Cuando la había mirado a los ojos en la sala del trono, tuvo la sensación de que había algo más que no le había contado, pero tenía dudas sobre si en algún momento llegaría a saberlo.

James desmontó y dejó que el caballo pastara tranquilamente mientras él intentaba concentrarse y encontrar una solución para salvar a Arya. Aún le dolía en el alma el golpe que la joven había recibido en su presencia, pero mucho más aún le dolían todos aquellos que habría recibido ya por parte del rey.

Hacía años que consideraba que Jacobo había perdido el juicio, sobre todo, cuando vio que lanzaba a todos sus hombres contra gran parte de los mayores clanes de Escocia que se habían reunido en tierras MacPherson. Eso le demostró que la corte no era sitio para él, que él había entendido la guerra como algo diferente. Y todo su ser comenzó a cambiar ahí.

Y ahora... Saber que la mujer a la que amaba estaba en manos de ese hombre y que iba a ser ajusticiada por él le carcomía las entrañas.

James puso los brazos en jarras mientras miraba al suelo y se golpeaba mentalmente una y otra vez. No le habría importado golpearse físicamente contra el primer árbol que se cruzara en su camino. Se sentía terriblemente mal consigo mismo. Nunca tuvo la sensación de haberse fallado, como en ese momento. Las lágrimas acudieron de nuevo a sus ojos y, sin poder contenerlas por más tiempo, lloró. Por primera vez en su vida, sus ojos dejaron que el terrible sentimiento que corría por su cuerpo saliera en forma de lágrimas, que no tardaron en recorrer su rostro y empapararlo, al mismo tiempo que su ropa. Sus hombros se sacudían mientras los sollozos se escapaban de su garganta.

—Arya... —susurró.

El nombre de la joven se confundía varias veces con los sollozos, pero no dejaba de salir continuamente. La había llevado al cadalso. Él había llevado al cadalso a la mujer que amaba. ¿Cómo iba a perdonarse semejante error en lo que le restara de vida? James rugió y dio una patada a una piedra mientras lloraba y lloraba. Se llevó las manos al rostro, como si así pudiera tapar la vergüenza que sentía de sí mismo. Y en ese instante, mientras se limpiaba el rostro con rabia, escuchó un grito desgarrador que rompió el silencio del bosque.

Mya se había cruzado en el camino a Edimburgo con un jinete. Aunque, bueno, realmente eran dos. No les había dado la suficiente importancia hasta que se acercó un poco más a ellos y descubrió la melena rubia de su hermana. Al instante, los siguió y descubrió que llevaban el mismo camino que ella, el de Edimburgo. No entendía por qué su hermana finalmente iba a la capital, pero supo que no era de buena gana cuando la vio intentar escapar de James Buchanan.

Y desde entonces, no les había quitado ojo desde la distancia. Ella también viajaba a la capital para llevar a cabo su venganza. No sabía cómo lo haría, tan solo entraría en la ciudad utilizando el pasadizo por el que habían escapado ellas aquel aciago amanecer. Y una vez que estuviera dentro de los muros del castillo, encontraría al rey y lo mataría. Sabía que no era un plan demasiado elaborado, pero sí lo suficiente como para que su alma quedara en paz de una vez por todas.

No obstante, cuando encontró que su hermana estaba siendo retenida por Buchanan, olvidó un poco su plan y los siguió. Después vio, desde la distancia, que entraban por la muralla que protegía Edimburgo y desaparecían de su vista.

Las horas pasaron y ella cabalgó hacia la arboleda que había a un lado de la ciudad y decidió descansar. Necesitaba reponer fuerzas para llevar a cabo su plan, y más si debía sacar a su hermana de allí. El maldito guerrero de Jacobo la había traicionado. Arya le había dicho que la iba a llevar a un lugar seguro, pero ese lugar seguro era la cárcel de Edimburgo.

—Maldito seas... —susurró.

Mya acariciaba la empuñadura de su espada continuamente. Se sentía realmente nerviosa ante lo que iba a hacer, pero sabía que tenía que esperar al mejor momento para llevarlo a cabo.

La joven tomó un trozo de pan de su alforja. A lo largo de todo el camino había ido robando, de un lado a otro, varios trozos de comida, ya que no le había dado tiempo a coger nada de su casa. Lo masticó lentamente, pues después de varios días estaba duro, además de que tenía la sensación de que estaba comiendo comida de caballo.

Cuando por fin pudo tragar ese pequeño trozo de pan, Mya guardó el que le sobró y se sentó sobre una piedra al tiempo que dejaba escapar un suspiro. La joven miró al cielo y, a través de las copas de los enormes árboles, vio la luz del sol. Ese día del verano brillaba el sol con fuerza, aunque las nubes del horizonte portaban la amenaza de una posible lluvia en las siguientes horas.

El recuerdo de su tío John la golpeó con fuerza y llenó sus ojos de lágrimas. A medida que habían pasado los días sentía que se rompía más y más, al tiempo que su odio iba en aumento. Mya se llevó las manos a la cara y se obligó a no derramar ni una sola lágrima más. Tenía que ser fuerte. Por una vez en su vida, debía serlo. Arya siempre la había ayudado, había trabajado por ella, había hecho la comida por ella. En definitiva, había vivido por ella. Y ahora que sabía que estaba en problemas por culpa de ese guerrero, su deber era sacarla de donde fuera que la habían metido.

Mya recordaba ese lugar como si solo hubiera pasado un día desde que su hermana y ella habían escapado. El pasadizo escondido estaba cerca de allí, por lo que tenía que encontrar la manera de cruzarlo sin que la vieran, aunque, después de mirar a su alrededor, descubrió que en ese bosque no había absolutamente nadie. El miedo y el terror que habían pasado hasta que llegaron a la puerta de su tío aún pululaba entre sus venas. Jamás olvidaría las lágrimas que derramaba mientras Arya la empujaba con fuerza para que avanzara y no se quedara atrás. Se había quedado paralizada, con los ojos muy abiertos y el cuerpo tenso. Apenas podía hablar y mucho menos expresarse con gestos. A Mya le había costado meses volver a hablar y ser mínimamente la que era. Y fue entonces cuando se dieron cuenta de que la Mya antigua ya no existía. Y en ese momento, tampoco.

La joven dejó escapar un nuevo suspiro y apoyó los codos en los brazos, justo en el instante en el que escuchó el crujido de una rama detrás de ella.

Mya se levantó de un salto y desenvainó su espada al tiempo que se giraba con ella en alto. Y se quedó petrificada al ver que la persona que había tras ella, a unos cinco metros, le sonreía con amabilidad y pedía disculpas con la mirada.

Al instante, Mya bajó la espada y la envainó sin apartar la mirada de aquella mujer más joven que ella y que vestía con ropa tan formal y rica en detalles que supo enseguida que no era una mujer cualquiera.

—Lo siento, no pretendía asustarte —dijo la joven con voz melódica.

Mya carraspeó, incómoda. No se sentía bien frente a ella con su ropa sucia, vieja y raída. Sin embargo, asintió y dio un paso atrás cuando la otra joven terminó por acercarse a ella.

—Creía que no me iba a cruzar con nadie —siguió la joven—. Y si alguien te pregunta por mí, díles que no me has visto...

Mya frunció el ceño.

—Lo siento, pero no sé quién eres.

Su interlocutora sonrió ante su tuteo y dio un paso más hacia ella.

—Me habían hablado mucho de mujeres que son guerreras, pero nunca había visto ninguna. —La miró de arriba abajo—. Te admiro. A mí no me dejan hacer casi nada en palacio.

Mya entornó los ojos y tragó saliva. ¿Acaso era...?

—Mi nombre es Margaret Estuardo.

La joven sonrió ante la expresión de estupefacción de Mya, que dio otro paso atrás, como si la

hubiera golpeado. Esa joven, lejos de ser una muchacha cualquiera de Edimburgo era, ni más ni menos, que la hermana del rey. Y, por ende, su hermanastra.

—¿Eres la hermana del rey? —preguntó a pesar de que sabía la respuesta.

Margaret asintió pícaramente.

—Sí, y supongo que te preguntarás qué hago aquí en medio del bosque y sin protección.

—La verdad es que sí. Me sorprende...

Margaret caminó de un lado a otro y habló al tiempo que movía las manos con gestos delicados.

—La vida en palacio es realmente aburrida. No me dejan hacer nada y coser no es la mejor tarea del mundo, la verdad. Me aburre. Así que a veces, cuando los guerreros de mi hermano están un poco distraídos, me escapo. Otras veces, como ahora, me pongo una capa que he tomado prestada a una de las sirvientas y salgo. No te imaginas lo dura que es la vida entre cuatro paredes...

Mya sintió un pinchazo en el pecho y rechinó los dientes. No pudo evitar morderse la lengua para no dejar salir lo que realmente sentía. Sin embargo, no pudo contener del todo su ironía.

—Cierto, seguro que es muy difícil vivir en semejante castillo. Es mucho mejor vivir en una cabaña pequeña con menos dinero, vestidos y joyas.

Margaret se giró hacia ella y pidió disculpas con la mirada.

—Lo siento. Tienes razón. Debes de haber vivido bastante mal para llevar esa ropa tan vieja.

Mya enarcó una ceja.

—Sí. Pero lo peor de todo es ver que otras personas han vivido la que debía haber sido tu vida, y disfrutaban de comodidades que a ti te han sido arrebatadas.

Margaret la miró sin comprender, pero carraspeó, incómoda, cuando vio la oscuridad reflejada en los ojos de Mya.

—No me has dicho tu nombre.

—Stewart. Mi nombre es Mya Stewart.

Margaret se cruzó de brazos e intentó recordar algo.

—Stewart... Mi hermano creo que buscaba a alguien con ese apellido.

Mya sonrió.

—Sí, a mí.

Margaret entornó los ojos y la miró de nuevo de arriba abajo.

—Pero tú pareces buena persona.

—No creas en las apariencias —replicó Mya—. Necesito entrar en tu odiada y enorme cárcel de piedra.

Margaret dio un paso atrás y tragó saliva. De repente, al ver que Mya llevaba la mano a la empuñadura de la espada, sintió miedo y tuvo la necesidad de regresar al castillo.

—Si quieres, puedo ayudarte a entrar. Ser la hermana del rey tiene ciertas ventajas.

Mya sonrió ampliamente.

—Claro que vas a ayudarme. Y en cuanto a lo de que ser hermana del rey tiene ciertas ventajas, no lo creo. Yo soy hermanastra y no he tenido ninguna...

Los ojos de Margaret se abrieron desmesuradamente y su grito reverberó entre los árboles cuando Mya se lanzó hacia ella. La hermana del rey intentó escapar y regresar al castillo, pero sus pesadas ropas poco o nada tenían que hacer con los pantalones que Mya llevaba puestos, así que esta la alcanzó en segundos y la empujó para tirarla al suelo.

Margaret volvió a gritar cuando una piedra se clavó en su costado, pero Mya no mostró piedad ante ella. Le pisó el pecho, manchando de barro su vestido.

—Por favor, haré lo que sea, pero no me hagas daño.

—Tu maldita familia le ha hecho daño a la mía desde hace años. Tu padre mató a mi madre delante de mis ojos y luego he tenido que vivir penurias por culpa de tu querido hermano. Esto no va a quedar así. La venganza es lo que me ha traído a este lugar, y contigo pienso empezar a cobrarle cada una de las lágrimas que he derramado por vuestra culpa. Tú vas a pagar las deudas de tu padre conmigo. Adiós, Margaret. Recuerda que fue tu hermanastra la que te llevó al infierno cuando llegues a él.

Y sin ni un mínimo asomo de piedad por su parte, Mya clavó la espada en el vientre de la joven. Esta abrió la boca en un intento por gritar de nuevo, pero no pudo hacerlo. La vida comenzó a irse de su cuerpo bajo la atenta mirada de Mya, que sonreía cada vez que un enorme chorro de sangre escapaba de su vientre. Esta se alejó de ella y dio un paso atrás.

—Eso es por mi madre y por todo el dolor que tu maldita familia ha infringido a la mía.

Margaret intentó decir algo más, pero de su garganta tan solo pudo escapar el último suspiro de su existencia.

Mya también dejó escapar el aire de sus pulmones para después respirar más hondo al tiempo que una sonrisa de satisfacción se dibujaba en sus labios. Por fin una pequeña parte de su alma parecía descansar dentro de ella. La tranquilidad que sintió en ese instante fue realmente plena. Pero le duró poco, pues segundos después sintió la presencia de alguien más a su espalda.

—Pero ¿qué demonios has hecho?

Aquella voz... La reconocería en cualquier lugar. Apenas la había escuchado una sola vez en su vida, pero la había guardado en el fondo de su mente para no olvidarla jamás.

Mya sonrió aún más y se giró lentamente hacia James. Cuando la joven posó su mirada sobre él, este estuvo a punto de dejar caer su espada al suelo cuando la reconoció. Mya hinchó el pecho de orgullo y lo miró de arriba abajo con auténtico asco. Había apresado a su hermana Arya, y no pensaba perdonárselo.

James, por su parte, sintió como si alguien lo hubiera empujado, apuñalado o matado directamente y se encontraba en una especie de limbo en el que no entendía absolutamente nada.

—Arya... —susurró—. ¿Cómo has podido escapar?

Y después señaló el cuerpo de la única mujer que lo había mirado con cierto respeto en ese castillo, la hermana de Jacobo.

—¿Por qué la has matado? Ella no te ha hecho nada...

Intentó hablar despacio para evitar que la joven se asustara. Antes de que lo obligaran a abandonar la sala había mirado a Arya y vio el rencor reflejado en su mirada. El mismo rencor

que reflejaban ahora sus ojos, y no quería que cargara contra él. No podía creer que hubiera matado a Margaret. ¿Es que la joven tenía dos personalidades diferentes que cambiaban según el momento? ¿Esa no parecía ser la Arya derrotada que había estado a punto de tirarse por el puente antes de llegar a la ciudad? Al contrario, parecía ser una mujer completamente diferente: más seria, más incisiva, más... asesina. ¿Esa era la mujer de la que se había enamorado?

—Ella y toda la familia real ha vivido una vida muy alejada de lo que yo he vivido. No quería lujos, ni tampoco los quiero ahora. Tan solo deseaba vivir tranquila, pero ellos no me han dejado. Ni siquiera me han dado otra opción de vida. Ellos me han convertido en la mujer que soy. Me arrebataron a mi madre, mi infancia, ahora a mi tío... Y tú... Tú también me has arrebatado algo, James Buchanan. Y debes pagar por ello.

Mya movió en círculos la espada y se alejó del cuerpo de Margaret.

—Los guerreros del rey van a venir pronto. Ese grito se ha escuchado por todos lados.

Mya se encogió de hombros. No estaba dispuesta a decirle que ella no era Arya y aclararle que era ella quien había matado a sus compañeros y quien pretendía matar también al rey. No le importaba. Ella no tenía por qué contar nada.

James, por su parte, miró a un lado y a otro del bosque. Si lo descubrían allí con Arya podrían incluso llegar a pensar que él mismo la había ayudado a escapar. Se golpeó mentalmente por haberse dejado engañar por ella. Nuevamente, sus pensamientos volvían a gritarle que había estado equivocado y que había estado a punto de provocar que Jacobo lo matase al hacerle ver que tenía ciertos sentimientos por ella. Eso casi le había costado su libertad. Y después de ver desde la distancia cómo mataba a Margaret, no estaba dispuesto a dejar que Arya se saliera con la suya de nuevo. Era una asesina, y así era como debía ser juzgada. Y él... Llegaría un día en el que lograría olvidarla. De eso estaba seguro.

—Entonces tienes dos opciones, Buchanan. O me dejas marchar para seguir con mi plan y te dejo vivir... O bien te mato y después sigo con mi plan. Elijas lo que elijas, voy a seguir con todo lo que tenía planeado desde hacía días.

James rechinó los dientes.

—No creía que pudieras mentir tan bien, Arya. En más de una ocasión me he creído todo lo que has dicho. Creía que de verdad tenías miedo a Jacobo. Él es quien nos envió a buscarte. Pero ¿Margaret? ¿Ella qué te ha hecho?

James apretó los puños. Intentaba ganar tiempo para que los guerreros del rey dieran con ellos y logaran atrapar a la asesina que era la mujer de la que estaba enamorado.

—¿Y mi madre? ¿Qué hizo ella para que la mataran? Voy a explicártelo, desgraciado. Ella murió por protegernos, para darnos una vida libre de las ataduras de un convento. Mi madre quería que fuéramos libres y pudiéramos decidir.

James bajó ligeramente la espada y la miró sin comprender. El guerrero entornó los ojos y dio un paso hacia ella. Mya se puso en posición y aferró su espada con ambas manos. Si él quería atacarla, ella estaría preparada. No iba a caer. No antes de culminar su venganza. Y si debía llevárselo por delante, así haría.

—Elige, Buchanan. Dejar me escapar o morir...

Pero James no respondió, sino que se acercó de nuevo a ella, haciendo que Mya se pusiera ligeramente nerviosa. En sus ojos se reflejó un asomo de duda y, en ese instante, el guerrero

intentó disimular ante lo que había visto de reojo justo a la espalda de la joven. Si la entretenía lo suficiente, tal vez ellos llegaran para ayudarlo, procurando que la sorpresa por la identidad de aquellos dos no se reflejara en su rostro.

—Has hablado como si fuerais dos y no una sola. ¿A qué te refieres con eso?

James quiso ganar tiempo. Y sabía que lo estaba consiguiendo, pero sintió que todo su mundo se vino abajo cuando escuchó la verdad de los labios de la propia Mya antes de que aquellos dos se lanzaran contra ella.

La joven sonrió y bajó la espada, clavándola en el suelo, aunque sin soltarla.

—Ya me imaginaba que eras tonto, pero no tanto. ¿De verdad no te has dado cuenta, Buchanan?

—No, pero estamos dispuestos a escucharte... —dijo una voz masculina a su espalda.

James corrió hacia ella y, a pesar de que Mya levantó su espada con rapidez y se giró, no pudo esquivar el fuerte puñetazo en la mejilla que le propinó aquel guerrero que mostraba media sonrisa en los labios, y cuyo rostro fue el último que vio antes de que la oscuridad la sumiera en un profundo sueño.

CAPÍTULO 21

James miraba a esos dos con el ceño fruncido. ¿Qué demonios hacían allí? No lo sabía, pero a pesar de la situación, asintió a modo de agradecimiento. No obstante, no pudo evitar gruñirles.

—Podríais haber esperado a que contara la verdad.

Kerr Mackay y Cameron Sinclair se miraron entre ellos con una sonrisa al tiempo que el primero de ellos guardaba la daga que había desenvainado para atacar a Mya si la cosa se ponía aún peor de lo que parecía.

—De nada, Buchanan —respondió Kerr cruzándose de brazos.

—Te veo más viejo, Buchanan. ¿Tan difícil es vivir en la corte?

El aludido miró a Cameron con el ceño fruncido.

—Creo que no es momento para bromas. ¿No crees? Los guerreros de Jacobo están a punto de venir.

Kerr enarcó una ceja.

—Tú ya eres un guerrero de Jacobo...

James resopló y negó.

—Ya no. Soy libre. ¿Qué demonios hacéis aquí?

Kerr y Cameron se miraron entre sí, pero cuando iban a responder, el sonido de varios cascos de caballos se escuchó en las cercanías al bosque. James se sobresaltó y miró hacia el cuerpo muerto de Margaret. Durante un momento, dudó sobre si tenía que quedarse allí, pero él ya no pertenecía a la corte y temía que lo acusaran de haberla matado. Y tampoco quería que descubrieran a la joven allí con ellos. Primero necesitaba respuestas. Muchas respuestas, así que miró a Kerr y Cameron y les dijo:

—Tengo que llevarla lejos de Jacobo hasta que descubra la verdad.

Cameron miró hacia los límites del bosque. Desde allí vio las patas de numerosos caballos a punto de encaminarse hacia donde ellos estaban, así que señaló hacia el corazón del bosque.

—Cerca del mar hemos visto una cabaña abandonada. No es el mejor lugar para pasar la noche, pero sí para que puedas interrogarla como deseas.

James frunció el ceño.

—¿No vais a contar nada?

Kerr sonrió de lado.

—Buchanan, creo que nuestra curiosidad puede más que la razón. Yo también quiero saber qué está pasando.

James se agachó junto a Mya, la tomó entre sus brazos y la subió a su hombro.

—Entonces, tomad vuestros caballos y vayamos allí.

Ambos guerreros asintieron, y Kerr, antes de alejarse de allí, se santiguó mirando al cuerpo de la hermana del rey. Si la habían matado, aquello era más serio de lo que parecía. Y sabía que Buchanan no era un mal hombre como para estar envuelto en algo tan peligroso que podría causar una guerra en el país.

El caballo de James, que apareció cuando este silbó levemente, permitió apoyar el cuerpo de la joven. El guerrero montó y dejó que Kerr y Cameron lo condujeran hacia esa cabaña mientras los hombres del rey entraban entonces en los límites del bosque.

Cameron dio una patada a la puerta de la cabaña. Ya estaban fuera de la vista de los guerreros de Jacobo, pero los tres temían que los descubrieran y los culparan de haber asesinado a la hermana del rey.

James se sentía terriblemente mal mientras cargaba a Mya hacia el interior de la cabaña. Siempre se había llevado bien con Margaret, y le parecía una falta de respeto a esa relación y a la joven haberla dejado allí sola, como si hubiera traicionado algo a lo que, en realidad, ya no pertenecía. Pero debía encontrar la verdad. Tenía que salvar a aquella joven para que le contara todo lo que sabía, por qué había hecho todo eso y cualquier otra cosa que pudiera dar luz al terrible problema que tenían encima.

James la sentó en una de las esquinas de la cabaña y, con una cuerda que le pasó Cameron, le ató las manos. La joven aún no había recuperado la consciencia cuando el guerrero se incorporó y encaró a los dos allí presentes junto a él. No los consideraba amigos, ya que jamás habían tenido más que unos minutos de conversación, pero sí los respetaba. Siempre. Desde que los conocía sabía que eran buenos guerreros, pero mucho más mejores personas, por ello los respetaba y admiraba. Sin embargo, no podía creer que lo hubieran ayudado en el bosque, ni siquiera podía entender que estuvieran allí con él en ese preciso momento. Por eso, lo miró y los encaró con el ceño fruncido y los brazos cruzados a la altura del pecho.

—¿Puedo preguntar qué hacéis aquí?

Kerr lo miró y arqueó ambas cejas.

—¿Ayudarte?

James resopló.

—No somos amigos, Mackay, como para que me ayudes.

Kerr lanzó una carcajada y se encogió de hombros.

—Cierto. No somos amigos, pero los tres somos guerreros. Y sabemos cuándo uno de nosotros está metido en un buen lío. Tú nos ayudaste en la batalla en tierras MacPherson.

James entornó los ojos.

—Yo no os ayudé.

Cameron lanzó un resoplo.

—Vimos claramente cómo intentabas hacer lo posible para no matar a ninguno de los nuestros. Los herías sin que sus vidas corrieran peligro. Vimos cómo intentabas alejarte del centro de la lucha para evitar matar.

James carraspeó y se mostró incómodo.

—Eso no es cierto —mintió.

Kerr sonrió de lado.

—Qué mal mentiroso eres, Buchanan. No te dimos las gracias entonces, así que considera nuestra ayuda una forma de agradecimiento.

James miró hacia otro lado. No estaba acostumbrado a que nadie lo ayudara. Ni siquiera pensaba en la opción de considerar a alguien un verdadero amigo, así que agradeció con la mirada su gesto.

—¿Y qué hacíais en el bosque en ese momento?

Cameron sonrió.

—¿No pensarás que tenemos algo que ver con la muerte de la hermana del rey?

—No. He visto claramente cómo ella la mataba.

Cameron se adelantó y le dio una palmada en la espalda.

—Estamos en Edimburgo desde hace un par de días. Hemos traído una parte de los impuestos que nos faltaban del año pasado. No queremos que el rey nos envíe a sus hombres para matarnos por no pagar... —respondió el joven con ironía—. Ya nos marchábamos cuando te hemos visto salir del castillo hecho una furia. Te hemos hablado, pero no os has visto.

—Nos ha parecido extraño verte así, así que te hemos seguido. Con distancia, eso sí. No queríamos que nos mordieras... —bromeó Kerr—. ¿Qué demonios ha pasado para que estés así? Parece que te ha consumido la locura. Y luego está la muerte de la hermana del rey... Y esta joven... Creo que tienes que dar muchas explicaciones...

James dudó un instante. Suspiró y dio un paso hacia la única ventana que había en la pequeña cabaña. Más que eso parecía ser un cobertizo abandonado. Las telarañas colgaban del techo y la mugre se extendía por cualquier rincón de la misma. Sin lugar a dudas, hacía muchos años que allí no entraba nadie. El sonido de las olas rompiendo contra la orilla llamó su atención y recordó el instante en el que salvó a Arya de morir ahogada en el mar.

James se giró hacia ella, allí sentada. Y, sin embargo, teniendo en cuenta lo último que le había dicho antes de que la golpearan, tuvo la sensación de que no era la mujer de la que se había enamorado. Y luego estaba el hecho de que hubiera escapado con facilidad del castillo donde la había dejado en manos de Jacobo...

—Hace dos semanas el rey me encargó la misión de ir a encontrar a esta joven. Me dijo que tenía que tratar unos asuntos de la corte con ella. Al parecer, era la hija de una antigua sirvienta del castillo, pero no me dijo nada más. Tenían indicios de que podía estar en Dumbarton, así que viajé hasta allí.

James señaló con la cabeza a Mya.

—Se llama Arya Stewart y trabajaba en la taberna del pueblo. No creía que era ella a la que buscaba...

—Y te has enamorado... —sentenció Kerr con voz que le pareció atronadora.

James levantó la cabeza hacia él y lo miró, ceñudo. Este sonrió de lado y enarcó una ceja. Sabía que no le valdría de nada mentir y negarlo, pues lo habían descubierto al instante, sin apenas hablar de ella.

—¿Cómo demonios te has dado cuenta?

Cameron dejó escapar una risa.

—No eres tan hermético como te crees...

—Así que James Buchanan tiene un corazoncito...

James miró de mala gana a Kerr.

—Si te vas a cachondear de mí, te voy a partir tu bonita cara, Mackay.

Kerr levantó las manos en señal de paz.

—No quiero probar tus puños, gracias.

—Pues no te burles...

El aludido asintió, aunque la sonrisa siguió apareciendo en su rostro por largo rato, haciendo suspirar a James.

—Jacobó mandó a Donovan y Aiden tras mis pasos porque, al parecer, estaba tardando demasiado. Ella los mató.

Cameron abrió mucho los ojos.

—¿Ella sola?

James asintió.

—Parece increíble, pero así fue. Yo la vi con mis propios ojos. Y después amenazó con matarme a mí también. Fui tras ella y la he traído ante Jacobo, pero...

El guerrero suspiró y se masajeó las sienes.

—Allí me he enterado del verdadero motivo que ha llevado al rey a buscarla.

—Y supongo que nos lo vas a contar...

James miró de soslayo a Cameron, asintiendo.

—Es su hermana. Bueno, hermanastra. Supongo que el antiguo rey se aprovechó de la sirvienta y la dejó embarazada. Pero cuando yo me he ido del castillo, Jacobo la tenía en sus manos.

—Entonces ¿qué hacía fuera de él? ¿Habrá escapado?

James se encogió de hombros ante la pregunta de Kerr. Ni él mismo lograba entenderlo.

—Estaba a punto de contármelo cuando la habéis golpeado.

Cameron se agachó junto a la joven y tocó su hombro para sacudirla.

—Entonces debemos despertarla para que nos cuente la verdad. No tenemos demasiado tiempo. Seguramente el rey envíe a parte de sus hombres en busca de la persona que la ha matado. Así que no podemos quedarnos aquí mucho tiempo.

—No hace falta que vosotros os quedéis. No quiero causaros problemas ni meteros en esto.

Kerr puso una mano en su hombro.

—Buchanan, ya estamos metidos en esto. Y no vamos a dejarte solo. Te lo debemos, por nuestros guerreros. Eres un buen hombre, aunque siempre has intentado mostrar lo contrario.

James lo miró a los ojos. En ellos vio que decía la verdad, pero no podía creerlo. Él nunca se había molestado en hacer esos amigos, pero era cierto que había intentado siempre ser un buen hombre de honor, un hombre respetable y respetado. Y agradeció con una sonrisa el apoyo de ambos guerreros en ese momento tan difícil.

—Estáis locos. ¿Lo sabéis? Estáis arriesgando la seguridad de vuestros clanes.

Kerr se encogió de hombros, restándole importancia.

—Creo que me lo ha contagiado mi esposa...

James sonrió fugazmente, pues en ese instante, Mya gimió y comenzó a despertar. Los tres guerreros se giraron hacia ella y se agacharon en fila frente a la joven para sacarle la información que necesitaban para salvarla o devolverla a los confines del castillo más imponente de Escocia.

Mya sintió que la mejilla derecha le latía con demasiado ímpetu, provocando que toda su cabeza se quejara ante ese latido incesante y doloroso. Sin embargo, se obligó a abrir los ojos. Recordó que un guerrero que desconocía la había golpeado y temía estar en las mazmorras del castillo antes de haber cumplido con su venganza. Sin embargo, antes de nada, dejó que sus sentidos se llenaran de todos los sonidos a su alrededor. Escuchaba el canto de los pájaros, el mar, sentía el calor del día y la luz que había a su alrededor le molestaba a pesar de tener los ojos medio abiertos.

—No intentes disimular, muchacha, sabemos que estás despierta.

Aquella voz... Era la misma voz del hombre que la había golpeado. Mya abrió los ojos de repente y no pudo evitar dar un respingo cuando vio a tres hombres junto a ella, mirándola fijamente y con las manos en la empuñadura de la espada, preparados para usarlas contra ella. El único al que conocía era a James, cuya ansiedad era visible en su mirada, pero los otros dos eran totalmente desconocidos para ella.

Mya intentó moverse para alejarse un poco más de ellos, pues los muslos de James estaban pegado a sus piernas, al igual que los del hombre que le había hablado. No obstante, la joven se dio cuenta de que apenas podía alejarse más que unos simples centímetros, ya que estaba en una esquina de ese cochambroso lugar y con las manos atadas.

La joven dejó escapar un resoplo y los encaró.

—¿Por qué no me soltáis y me dejáis seguir mi camino?

Cameron silbó y sonrió.

—Vaya... encima es exigente. Buchanan, no tienes buen gusto para las mujeres.

Mya miró a James con asco.

—Yo jamás me fijaría en alguien como él.

El aludido entornó los ojos y apretó los puños. Y antes de que pudiera hablar, fue Kerr quien alargó una mano y golpeó la pierna de la joven.

—Creo que no estás en la mejor posición como para ponerte prepotente e insultar a nuestro amigo, muchacha.

—¿Y vosotros por qué no os vais a la mierda?

Cameron enarcó una ceja.

—Y encima maleducada... —ironizó—. No, no tienes buen gusto, Buchanan.

James lo miró de soslayo, pero enseguida devolvió la mirada a la sonriente Mya, que lo miraba con orgullo, retándolo con la mirada.

—¿Por qué has hecho todo esto? —le preguntó con voz peligrosamente calmada.

—¿Te refieres a matar a la hermana del rey? ¿O tal vez a mentir sobre mi identidad?

Los tres guerreros se miraron entre sí antes de devolverle la mirada. Mya dejó escapar una risa y negó con la cabeza al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—Te lo quise contar en el bosque, pero tus amigos me golpearon antes de poder hacerlo.

—Entonces, hazlo ahora, maldita sea.

Mya fingió meditarlo.

—¿Y si no quiero?

James fue rápido y desenvainó la daga que pendía de su cadera. La aferró del cuello y la atrajo hacia él.

—Si no lo haces, pienso facilitarle el trabajo a Jacobo y voy a cortarte el cuello.

Mya sonrió, incapaz de mostrar miedo ante la daga que amenazaba con clavarse en la base de su garganta.

—Entonces Arya moriría siendo la más inocente en toda esta historia —sentenció la joven mirándolo directamente a los ojos.

Los dedos de James dejaron de sujetar su camisa, por lo que Mya volvió a apoyar la espalda contra la pared. La cabeza le dolía terriblemente, pero no le importaba, pues el mayor dolor que sentía era en lo más profundo de su corazón.

James la miró como si de repente se hubiera vuelto loca. No dirigió su mirada hacia los otros dos guerreros, pues sabía que lo observaban esperando su respuesta y una explicación por parte de la joven. Pero James necesitaba unos instantes para asimilar lo que había dicho.

—Eres un traidor —le espetó a James—. Yo también llegué a pensar que pondrías a salvo a mi hermana.

—Tu hermana... —susurró James.

Mya dejó escapar una risa amarga.

—¿De verdad no te has dado cuenta en ningún momento? ¿De verdad crees que Arya mataría a sangre fría a una persona? Ni siquiera quiso escucharme cuando le pedí que envenenara tu comida de la taberna para matarte y quitarte del medio... Es demasiado buena...

James se echó ligeramente hacia atrás, como si lo hubiera golpeado. La verdad pendía sobre su cabeza, y no era capaz de entenderla, ni siquiera podía creerlo.

—Entonces, no fue ella la que mató a Donovan y Aiden.

Mya sonrió.

—No, fui yo. Ella se quedó esperándote en nuestra cabaña...

—Pero Jacobo...

—Nadie sabía que había dos niñas —lo cortó Mya—. Por seguridad, mi madre siempre contó que había tenido únicamente una hija. Arya es la mayor, así que era la única a la que conocía todo el mundo. Yo nací unos minutos después. Tan solo mi tío y ella sabían la verdad.

Las lágrimas acudieron a los ojos de la joven, que, bajo la atenta mirada de los tres guerreros, sacudió la cabeza para alejar la pena que la azotó en ese instante. Ella no era débil, se dijo una y otra vez. Ya no podía serlo. Ahora los débiles serían los demás, no ella.

—El día que el rey mató a tu madre... —comenzó diciendo James.

—Arya y yo estábamos bajo la cama. Vimos todo. Jacobo preguntó por Arya para llevarla a un convento. Temía que le quitara la corona a su querido hijo. Pero éramos dos. Esa noche

escapamos de este maldito castillo y fuimos a casa de mi tío John. Desde ese día...

Mya suspiró.

—Yo decidí vivir escondida. Solo salía a veces. Arya es la que trabajaba y traía la comida a casa.

—¿Y tú cómo te llamas? —preguntó Kerr ante la estupefacción de James, que era incapaz de pensar con claridad.

—Mya.

James levantó la cabeza hacia ella y apretó los puños con fuerza. Se golpeó mentalmente una y otra vez por lo que había hecho. La culpabilidad lo azotaba una y otra vez al ver el rostro de Arya la última vez antes de que lo expulsaran del castillo. La había llevado ante su mayor enemigo. Había traicionado a la mujer a la que amaba tras pensar que ella lo había traicionado antes. Pero habían sido sus ojos quienes se equivocaron de persona.

—¿Recuerdas cuando robé la manzana en el mercado de Dumbarton y luego me seguiste hasta casa? Era yo, no Arya.

James la miró fijamente de arriba abajo.

—Eres exactamente igual que ella... —susurró.

—Sí. Incluso mi tío nos confundía a veces.

Mya y James se sostuvieron la mirada. Ambos se retaban, pero especialmente la joven, cuyo odio era evidente en sus ojos.

—¿Por qué la traicionaste? Ella estaba segura de que la amabas.

James tragó saliva con dificultad. Tenía un nudo en la garganta y apenas podía respirar. Por ello, tardó varios segundos en responder a esa cuestión para la que no estaba seguro de tener la respuesta correcta.

—Creía que fue ella la que mató a Donovan. Te escuché jurar que ibas a encontrarme y matarme. Pensaba que solo había una y que ella me había mentado todo ese tiempo. Si me hubiera dicho la verdad...

—La habrías traicionado igualmente yendo a por mí... —terminó Mya por él.

James negó con la cabeza.

—Habría intentado ayudarlos a los dos. Yo... amo a tu hermana por encima de mi propia vida —admitió con dificultad—. Reconozco que me cegué cuando te escuché decir aquello a Donovan. Por eso fui a por ella... A por ti.

James cerró los ojos unos instantes al recordar ese momento.

—Ella juró que no quería matarme. Y no la creí.

El guerrero se levantó y se paseó por la cabaña con los brazos en jarras.

—La he dejado en manos de Jacobo...

—¡La has traicionado por no querer escucharla!

James sabía que Mya tenía toda la razón del mundo. Sí, había cometido el mayor error de su existencia. Y no habría días suficientes hasta que muriera para pedir perdón por lo que había hecho.

Mientras tanto, Cameron y Kerr se miraron entre ellos en silencio. Estaban tan asombrados como James después de escuchar esa historia. No sabían cómo era la otra muchacha, pero podían entender cómo se sentía su amigo al descubrir que había llevado a la mujer que amaba ante el rey para ser juzgada, especialmente Kerr, que, por un malentendido parecido, expulsó a su esposa de su castillo tiempo atrás.

—Muchacha —llamó su atención el guerrero Mackay—, ¿por qué has matado a la hermana del rey?

Mya frunció el ceño.

—¿Por qué? ¡Su padre mató a mi madre delante de nosotras! ¡Nos persiguió! ¡Estuvieron a punto de descubrírnos! ¡Y ahora su hijo también nos ha perseguido! No hemos hecho nada, tan solo existir. Yo nunca he deseado esa maldita corona. Y mi hermana tampoco. Solo hemos deseado vivir en paz y tener una vida tranquila. ¡Ellos nos han arrebatado todo!

—Margaret no te ha quitado nada. Su hermano es el culpable.

Mya dejó escapar un resoplo ante las palabras de James, que logró recuperarse de la impresión.

—Mi madre tampoco hizo nada. ¡Arya tampoco te había hecho nada y, aun así, la apresaste!

—¡Fue un malentendido! —vociferó James. La culpa estaba pudiendo con sus nervios y su talante, y que la joven se lo echara en cara no ayudaba en absoluto—. Jamás habría llevado a Arya ante el rey de haber sabido que fuiste tú quien me amenazó.

—Así que a mí sí me habrías llevado... —terció la joven.

James dudó.

—No. Os habría ayudado a las dos.

—Yo no quería que nadie me ayudara. Estoy harta de esconderme, de vivir una vida que no me pertenecía. Ni siquiera tú me habrías detenido ante mi venganza.

—Pues es tu hermana la que está siendo juzgada en tu maldito lugar —terció Cameron.

Mya resopló y dejó caer la cabeza contra la pared al tiempo que les retiraba la mirada.

—Si muere, será culpa tuya. Y tu cabeza estará la primera en mi lista...

James se giró hacia ella y la enfrentó. Caminó lentamente hacia la joven, que elevó más su mentón, y cuando este se agachó junto a ella, volvió a coger su daga y la amenazó nuevamente.

—Pienso sacar a Arya de ese lugar cueste lo que cueste, aunque me odie el resto de mi maldita y asquerosa vida.

—No te creo, Buchanan —respondió la joven—. También juraste que ibas a llevarla a un lugar seguro.

—Ese es un error que no voy a volver a cometer. Y menos ahora que sé la verdad.

Mya sonrió.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a llevarme atada ante Jacobo y le vas a decir que le has llevado a la hermana equivocada? ¿O tal vez vas a intentar convencerlo de que Arya es la buena y yo la mala? ¿Qué vas a hacer para que no nos mate a ambas? Porque sabes que eso es lo que hará.

James la sujetó con fuerza de la pechera de la camisa y la atrajo hacia él, levantándola del suelo como si tan solo fuera una pluma.

—Aunque me cueste reconocerlo, la muchacha tiene razón, Buchanan —terció Kerr acercándose a ellos—. Si la llevas apresada, las matará a ambas igualmente. De hecho, si su hermana es la mayor, será la primera en caer.

James lo sabía. Todos tenían razón. Arya sería la primera en morir, si es que no había muerto ya. El guerrero tragó saliva con fuerza y llevó a la joven contra la pared, sin soltarla. La odiaba terriblemente por todo el daño que había hecho. Se miraron con animadversión, como si pudieran matarse con esa simple mirada, como si pudieran acabar con todo aquello en ese preciso momento.

—Tal vez sin saberlo, la muchacha te ha hecho un favor.

James lo miró de soslayo, sin soltarla.

—¿A qué te refieres?

—A que, tras la muerte de Margaret, todo el castillo está revolucionado y estarán más pendientes de encontrar al culpable que de ajusticiar a su hermana. Podemos aprovechar esos momentos para liberarla.

Mya dejó escapar un resoplo.

—Aunque la liberéis, nunca dejarán de buscarla. Jacobo quiere una cabeza, y, aunque tarde más en tenerla por la muerte de su hermana, finalmente la conseguirá y la matarán.

James sabía que tenía razón. Aunque liberaran a Arya, Jacobo siempre la perseguiría y nunca la dejarían en paz. Sin embargo, ¿qué podía hacer? Era todo tan difícil...

—¿Qué vas a hacer, Buchanan? —preguntó Kerr.

James giró la cabeza en su dirección y lo miró por encima de su hombro. Ambos guerreros estaban esperando con los brazos cruzados sobre su pecho.

—La cuestión no es qué voy a hacer, sino quién va a pararme...

James volvió a mirar a Mya y, sin poder contenerse, llevó la punta de la daga a su garganta.

—Sería tan fácil acabar contigo en este momento...

Mya sonrió amargamente.

—¿De verdad crees que yo voy a detener que vayas a por mi hermana?

—Ya he comprobado que eres capaz de lo que sea.

Mya negó con la cabeza.

—Pero jamás pondría en peligro a Arya. Ella ha hecho muchísimas cosas por mí, así que ahora soy yo la que tiene que ayudarla.

James frunció el ceño.

—¿Y cómo piensas hacerlo? Y no intentes engañarnos...

Mya negó con la cabeza como pudo, ya que la daga cortaba ligeramente la base de su garganta.

—Si de verdad quieres salvar a mi hermana, te propongo algo, Buchanan. Y llegado el momento, haz lo que voy a pedirte...

CAPÍTULO 22

Arya gimió cuando intentó levantar la cabeza por enésima vez. Había perdido la cuenta de los golpes que había recibido el día anterior y durante la primera hora de la mañana. No estaba segura de lo que había sucedido para que Jacobo la golpeará así hacía un par de horas, pero estaba segura de que sería algo grave, pues en sus ojos vio una clase de dolor reflejado que ella misma había visto en su propia hermana.

Jacobo la había golpeado con saña, imprimiendo toda su fuerza en cada golpe, como si ella fuera la culpable de algo más que solo de ser hija bastarda del antiguo rey de Escocia. El día anterior los golpes habían acabado antes con la excusa de la desaparición de la hermana del rey, y Arya tenía la sospecha de que la ira de este se debía precisamente a eso. Tal vez no la habían encontrado o incluso estaba herida o muerta, pero lo que sí tenía claro era que ella había sido el centro de la rabia del rey.

No sin esfuerzo, Arya logró incorporarse y sentarse en el suelo de aquella infecta y mugrosa mazmorra. Aún recordaba el frío y mal olor que la habían invadido cuando la arrastraron hacia allí. Sus ojos habían tardado un poco en adaptarse a la escasa luz que había a su alrededor, pero ahora que veía con claridad, echó un vistazo. Era la única que había en aquella mazmorra. Todas las demás estaban completamente vacías. Y a pesar del pánico que le producía estar sola en ese lugar, Arya al menos respiró tranquila por no tener que soportar los gritos de otra persona.

La joven se arrastró hacia los barrotes y miró a través de ellos. A pesar de la magnitud del castillo, las mazmorras no eran especialmente grandes, por lo que desde allí su vista podía alcanzar todo. Arya tragó saliva al ver los numerosos instrumentos de tortura que había sobre una mesa en el lado opuesto a donde ella se encontraba. Pero se dijo que ya no hacían falta para hacerle más daño del que ya sentía en su interior. Se sentía como un trapo sucio y roto tanto por fuera como por dentro. Había perdido absolutamente todo: su madre, su tío, su hermana, su vida, a James... La traición de este era una de las cosas que más le dolían. Y no estaba segura de poder vivir con su corazón roto.

Se le llenaron los ojos de lágrimas cuando recordó al hombre al que amaba. Lo había mirado una última vez cuando lo sacaban a rastras de la sala del trono. En sus ojos creyó haber visto lástima y culpa por lo sucedido, pero ya no había vuelta atrás. Ella ya estaba enfrentándose a su destino, mientras que James se alejaba de ese mismo camino.

Estaba sola. Como lo había estado a lo largo de toda su vida. Su hermana la había dejado sola en el mismo instante en el que los ojos muertos de su madre se dirigieron a ellas. Lo vio entonces y lo pudo ver el resto de su vida. Hasta entonces. Sabía que no volvería a verla, pero algo dentro de ella le decía que seguía viva. No sabía dónde, pero seguía viva.

Arya apartó las lágrimas de sus mejillas con sumo cuidado. Lo habría hecho con rabia, pero le dolían tanto por los golpes y las tenía tan hinchadas que estaba segura de que se haría aún más daño. La joven se miró las manos. Con ellas había limpiado la sangre que esa mañana le salió de la nariz cuando Jacobo la golpeó en ella con su puño. Había estado a punto de romperle el hueso, pero tuvo suerte de que no fuera así.

La joven suspiró y miró por el pequeño ventanuco que había en el lado superior derecho de la celda. Desde ahí entraba un pequeño rayo de luz, pero también las palabras de la gente que corría a un lado y otro del patio. No entendía qué estaba sucediendo, y se preguntó si tal vez estaban preparando la pira donde iban a quemarla. Pero ya no le importaba. Si iba a morir, esperaba que

fuera cuanto antes.

—¿Por qué me has hecho esto, James? Habría dado todo mi mundo por ti. No me habría importado entregarme por mí misma si eso significaba que tú ibas a vivir. Habría esquivado las estocadas de todas las espadas que se hubieran puesto en mi camino, pero lo que no sabía era que tú empuñarías el arma que me abriría la peor de las heridas.

Las palabras de la joven se perdieron entre las paredes de piedra que se levantaban a su alrededor. Sus ojos no dejaban de llorar. Sus hombros se sacudían por ese llanto. Sentía la peor de las penas en el fondo de su corazón. Ya ni siquiera le dolía tanto el cuerpo por los golpes recibidos.

Arya se abrazó a sí misma y dejó que la oscuridad, la suciedad y el miedo se volvieran hacia ella y la abrazaran.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando escuchó que la puerta de las mazmorras volvía a abrirse. Su cuerpo de repente se puso a temblar a pesar de que su alma no se molestó en mirar. Si era de nuevo el rey, estaba segura de que iba a golpearla más y más hasta dejarla moribunda.

—Señorita... —escuchó que susurraba la voz de una mujer.

No sin dolor, Arya se giró hacia la recién llegada. Descubrió que se trataba de una de las sirvientas con las que se había cruzado por el pasillo del castillo cuando James la llevaba ante el rey. Recordó que la mujer se santiguó al verla y sus ojos se abrieron desmesuradamente, como si supiera quién era. Y en ese instante, en el que le llevaba una pequeña bandeja con comida y se agachaba para mirarla mejor, le pareció ver un sentimiento extraño en sus ojos.

—Arya...

La aludida separó la espalda de la pared, movimiento que le causó un gemido de dolor. Pero escuchar su nombre de sus labios le confirmó que la conocía. Por ello, se puso en pie con dificultad y se acercó renqueando hasta ella.

—Me conoces, ¿verdad?

La mujer asintió y alargó una mano para acariciar su magullado rostro.

—Eres la viva imagen de tu madre... Cuando te vi en el pasillo creí estar viendo un fantasma. Tu madre era amiga mía. Y a ti te conocí cuando eras pequeña. ¿No me recuerdas?

Arya dejó que un par de lágrimas escaparan de sus ojos al tiempo que negaba con la cabeza.

—Me alegro de que la conocieras.

La mujer asintió.

—Yo también. Me salvó de que el rey... Bueno, me hiciera lo mismo que a ella. Estaba a punto de violarme cuando tu madre entró en la habitación pidiendo mi ayuda. Lily Stewart era una de las mejores mujeres que he conocido nunca. Cuando me dijeron que la habían matado...

Las manos de Arya se aferraron con fuerza a los barrotes.

—¿Cuál es tu nombre?

—Martha McAllen.

Arya asintió y la miró fijamente.

—Martha, me gustaría saber qué hicieron con el cuerpo de mi madre.

—Lo enterraron en el cementerio que hay a las afueras de Edimburgo, rumbo al norte. Allí

suelen llevar a los que no tienen familia o, simplemente, no son dignos de ser enterrados en la ciudad.

La joven apretó con rabia los barrotes, iracunda.

—Lamento todo lo que estás viviendo, muchacha. No merecéis acabar así...

Arya frunció el ceño y clavó la mirada en la mujer.

—¿Acaso sabes...?

Martha asintió.

—Tu madre me contó lo de tu hermana, pero jamás he dicho ni diré nada a nadie. Tu secreto está a salvo conmigo.

Arya asintió y señaló la comida.

—Me sorprende que Jacobo no quiera dejarme morir de hambre.

Martha sonrió tímidamente.

—La verdad es que no me lo han pedido. Lo he traído yo para devolverle a Lily parte del favor que me hizo años atrás. A ella no pude ayudarla, pero a ti sí.

Arya sonrió.

—Gracias, Martha.

—Lamento no poder hacer nada para sacarte de aquí, muchacha. Y siento mucho... lo que van a hacerte.

Arya se encogió de hombros.

—No pasa nada.

—El señor Buchanan salió del castillo como alma que lleva al diablo.

El corazón de Arya se sobresaltó al escuchar que la sirvienta mencionaba a James.

—En su rostro se veía la ira que sentía. Incluso estuvo a punto de arrollar a dos sirvientes cuando salió montando a caballo.

La joven sintió que algo terrible pinchaba su corazón.

—¿Se ha ido...?

Martha asintió.

—Nadie ha vuelto a verlo desde entonces. Es como si se lo hubiera tragado la tierra.

La mujer se santiguó.

—Dios me libre de volver a cruzarme con él.

Arya asintió con amargura.

—A mí también, Martha. A mí también.

—No sé si aquí ha llegado la noticia de la hermana del rey ha sido asesinada.

Los ojos de Arya se abrieron desmesuradamente.

—¿Asesinada?

Martha asintió.

—Sí. Alguien la ha atravesado con una espada y la dejó morir en el bosque.

El corazón de Arya se sobresaltó. Algo en su interior le dijo que tenía una ligera idea de quién había sido. Y si no se equivocaba, alguien más descubriría que ella no era la única hija de Lily Stewart.

—Mya... —susurró la joven.

—¿Cómo?

Arya sacudió la cabeza.

—¿Tienen alguna idea de quién ha podido ser?

—No, pero está claro que es alguien que tiene mucho odio por nuestro rey.

Arya asintió y dio un paso atrás.

La mujer le tendió la bandeja.

—Toma, come algo. Debes reponer fuerzas.

Arya asintió y cogió la bandeja. Después, se alejó con ella al tiempo que Martha se marchaba de las mazmorras. No esperaba saber jamás el destino del cuerpo de su madre, y haberlo escuchado de labios de la sirvienta al menos logró calmar su amargura. Su madre había sido enterrada en algún lugar fuera de los muros de la ciudad que la vio morir. Seguramente, donde ella sería enterrada en pocos días.

Arya comió todo lo que la mujer le llevó, así que cuando hubo terminado, lanzó la bandeja a la celda de enfrente para evitar que los guerreros la vieran y culparan a Martha. Y a pesar de que intentaba mantenerse atenta a todo lo que sucedía en el patio para intentar averiguar algo más, se quedó completamente dormida.

El chirrido de la puerta de las mazmorras al abrirse fue lo que despertó a Arya. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero sí sabía que el suficiente como para que el día hubiera llegado a su fin. Ya no entraba ni un solo rayo de luz por el estrecho ventanuco de la pared, y la del interior de las mazmorras era más que escasa.

El sonido de unos pies, bajando las escaleras lentamente y después arrastrándose hacia la celda en la que se encontraba, la alertó. A pesar de que acababa de despertar y sentía la cabeza ligeramente mareada, Arya conoció aquellos pies. Advirtió el paso lento y aterrador que se aproximaba a ella. Y estaba segura de lo que vendría después: el dolor.

La joven tragó saliva. No había mostrado debilidad ante él y no iba a empezar ahora. Ella era una mujer fuerte. Se había forjado en el dolor y penurias. Ya nada le hacía daño. Con dificultad, Arya se levantó del suelo, colocó su ropa con esmero y esperó a que esos pasos se acercaran a ella. La joven levantó el mentón con orgullo justo en el momento en el que la sombra de Jacobo III se cernió sobre la celda.

Arya clavó los ojos en aquella mirada oscura y descubrió al instante que era una mirada vidriosa, propia de una persona que se había pasado con la bebida. La joven frunció el ceño y apretó los puños. Su corazón latía deprisa. Demasiado deprisa para su gusto, y por ello se repitió una y mil veces que era valiente, que no temía a ese hombre que tenía en sus manos el poder de toda Escocia, pues si ella quisiera, sería sobre su cabeza donde estaría puesta la corona.

—Me sorprende que hayas podido ponerte en pie —fue lo primero que dijo el monarca al

verla.

Arya sabía que, si seguía así, iba a desfallecer ante él. La espalda le dolía terriblemente, al igual que la cabeza, que latía con tanta fuerza que parecía sacudir su cuerpo a cada instante.

Pero la joven se mantuvo parada donde estaba, sin moverse y sin responder.

—Tal vez debería haberte golpeado con más fuerza.

—Demasiado mal tiene que estar tu reinado como para que temas que una mujer como yo te arrebathe la corona...

Jacobo alargó las manos y se aferró a los barrotes. Arya pudo ver a leguas que le costaba horrores mantenerse en pie, y se preguntó si tal vez esa sería la única ocasión en la que tuviera una oportunidad para escapar. Por eso, se animó a retarlo, pues sería la única manera de que el monarca abriera la reja de la celda.

—Supongo que debe de ser muy difícil ser un buen rey sabiendo que en cualquier momento puedes perder todo lo que tienes...

—Tú no vas a arrebatarme nada —dijo el monarca—. Tú no eres nadie...

Arya sonrió de lado. Había entrado al trapo con demasiada facilidad. Estaba acostumbrada a tratar con hombres como él en la taberna, así que no le pareció demasiado difícil sacarlo de sus casillas para conseguir lo que quería.

—¿Estás seguro de ello? No sabes si durante todos estos años he formado un ejército para luchar contra ti.

Arya vio el asomo de duda en sus ojos, y se animó, pues estaba yendo por el buen camino.

—Buchanan lo sabría.

La joven dejó escapar una risotada.

—¿Ese guerrero del demonio? —Arya no sabía de dónde salía el poder que sentía en ese instante, pues hablar de James no le hacía bien—. A él pude engatusarlo con mi cuerpo. No habría visto más allá de mis pechos...

La joven rezó para que Jacobo no viera en la oscuridad sus mejillas rosadas por la vergüenza. Si quería provocarlo para que abriera la puerta, tenía que mostrarse segura de sí misma y ser una desvergonzada.

—Dudo mucho que se fijara en alguien con tan poca clase como tú.

Arya intentó que su rostro no mostrara el dolor y el daño que le hicieron esas palabras, pues aún estaba enamorada del guerrero. Y por ello, se obligó a sonreír ampliamente antes de responder sabiendo que sus palabras harían el mayor daño en el corazón del rey.

—Claro, supongo que Buchanan se fijaría en alguien como tu hermana, ¿no? Está muerta, ¿verdad?

Arya se obligó a no dar ni un solo paso atrás cuando Jacobo dio un manotazo a los barrotes de la celda con la mirada cargada de auténtico odio.

—¡No te atrevas a nombrar a mi hermana! ¿Quién te ha dado esa información?

Lo tenía. Arya sonrió por dentro. El rey estaba a punto de enfurecerse tanto que abriría la reja en cuestión de minutos. Así que siguió provocándolo.

—Pobre... ¿Estaba muy destrozada cuando la han encontrado?

Arya sentía asco de sí misma por hablar así de un muerto, pero necesitaba hacerlo para salir de allí y escapar de una muerte segura.

—¡Maldita zorra, cállate!

Arya se obligó a reír al tiempo que ponía los brazos en jarras.

—¿Y qué vas a hacer? ¿La pira que era para mí ahora será para quemar su cuerpo?

Jacobo lanzó un rugido que reverberó por todos los rincones de la mazmorra. Al instante, soltó los barrotes para acercarse al lugar donde pendían unas llaves. La sonrisa de Arya se ensanchó al descubrir que iba a abrir la celda. Se preparó para poder salir en cuanto tuviera la primera oportunidad, así que cuando Jacobo la abrió y entró dando un ligero traspiés por la borrachera, Arya lo miró.

—¿Cómo es posible que el rey de Escocia no sea capaz de proteger a su hermana? ¿Cómo va a mandar en todo un país?

La joven chasqueó la lengua.

—Vas a pagar por todas tus culpas, zorra, y por todo lo que me está pasando.

—Yo no tengo culpa de la muerte de tu hermana.

—No me importa. Con alguien tendré que desfogar...

Y en el momento en el que Jacobo se lanzaba contra ella para golpearla, Arya logró apartarse con rapidez. Su cuerpo protestó por el dolor que le produjo ese movimiento, pero se obligó a reponerse pronto, ya que, aunque lo había sobrepasado y la salida estaba cerca de ella, aún no podía irse.

Jacobo volvió a lanzarse contra ella, pero Arya ya estaba preparada y levantó una pierna y logró golpearlo en el costado. El rey dio un traspié y chocó contra la pared más cercana.

—Maldita seas...

—Solo te he devuelto uno de los golpes que tú me has dado, hermanastro...

Jacobo rugió y, durante unos segundos, Arya tuvo la sensación de que la debilidad de la borrachera desaparecía de sus ojos. En ese momento, la joven levantó los puños para protegerse, tal y como su tío le había enseñado. Y cuando Jacobo se acercó de nuevo a ella para golpearla, la joven fue la primera en hacerlo, logrando girarle la cara al rey. Pero este se recuperó enseguida y corrió hacia ella. Arya no pudo esquivarlo a tiempo y se vio impulsada contra la pared cuando Jacobo puso las manos en su cintura y la empujó contra esta. Arya sintió que el aire escapaba de sus pulmones cuando chocó contra la pared. Jacobo no perdió el tiempo y la golpeó en el vientre, obligándola a doblarse sobre sí misma para recuperarse.

Y en ese instante, en el que vio que su posibilidad de escapar se torcía, Arya jugó sucio. Sin vergüenza alguna, alargó la mano y la dirigió hacia la entrepierna del rey, la cual la aferró y apretó con fuerza, arrancándole un gemido de dolor. Este se dobló sobre sí mismo como ella. Y Arya aprovechó también ese momento para golpearlo en la mejilla.

Obligándose a recuperarse, la joven se incorporó y corrió hacia la salida de la celda, pero no pudo llegar demasiado lejos, ya que Jacobo corrió tras ella a pesar de que seguía gimiendo de dolor. La aferró del pelo y tiró de ella hacia atrás.

—Me las vas a pagar con creces, hermanita... —siseó el monarca.

Arya gimió de dolor cuando su cuello se estiró hacia atrás y se vio impulsada hacia el suelo.

Cuando su cuerpo chocó contra él, giró rápidamente para evitar el pie del monarca y se levantó como pudo. Arya resolló y tocó su cuello dolorido al tiempo que se alejaba de él.

Durante unos segundos que parecieron eternos, ambos se miraron intentando recuperar el aliento. Los ojos de la joven se dirigieron hacia la salida y Jacobo sonrió ampliamente.

—¿De verdad crees que tienes una mínima posibilidad de escapar? Saldrás de aquí con los pies por delante o, mejor dicho, hecha cenizas.

Arya tragó saliva y negó con la cabeza.

—No mientras tenga un mínimo aliento de vida al que agarrarme para seguir viviendo.

—En este castillo mando yo, y no pienso parar hasta verte destruida como la fulana de tu madre.

Arya dejó escapar un gruñido de rabia.

—Mi madre tuvo más educación y talento para educarme. La tuya se limitó a traerte al mundo, pero no tuvo lo que hay que tener para darte valores. Si lo hubiera hecho, no tendrías que sufrir por el miedo de que alguien como yo te quite tu maldita corona. Si tuvieras el verdadero afecto y calor de los escoceses, no temerías quedarte sin ella.

—Tú qué sabrás. No eres más que la hija de una furcia.

—Tú eres el hijo del mismo desgraciado que se acostó con esa furcia. Tu valor es el mismo que el mío.

Jacobo rugió de rabia.

—¡Yo soy el rey de Escocia!

—Tú no eres nadie —respondió la joven con voz decidida y fuerte.

El rey se lanzó de nuevo contra ella, pero Arya estaba preparada para ese nuevo ataque, por lo que pudo defenderse con rapidez y destreza. Estampó los puños en el cuerpo del monarca. Nunca le había gustado pelear y hacer daño a otros, pero era eso o abrir los brazos para ser ella quien los recibiera. Y cuando Jacobo la golpeó y le propinó un puñetazo que la tiró al suelo, Arya necesitó recordarse que seguía viva. Y mientras tuviera vida, tenía esperanza para salir. Pero debía luchar.

Ambos hermanastros se enzarzaron en una fuerte pelea, donde Arya demostró que había aprendido a luchar de mano de uno de los mejores hombres que había conocido, logrando resistir a los envites de Jacobo, y provocando que el propio rey se enfureciera al comprobar que no luchaba contra una mujer cualquiera, sino contra una guerrera.

Sin embargo, los golpes recibidos y la debilidad de los últimos días hicieron que sus fuerzas comenzaran a menguar en los siguientes minutos, en los que Jacobo aprovechó la oportunidad y golpeó con todas sus fuerzas.

—¡Acabaré contigo, aunque sea lo último que haga! —vociferó el monarca.

Arya apenas tenía aliento para contestar, ya que tosía con fuerza tras el último golpe. La joven tocó su rostro con gesto dolorido. Su hermanastro le acababa de partir el labio y notaba cómo un pequeño hilo de sangre salía del mismo y recorría su barbilla hasta estrellarse esa gota en el suelo a sus pies. Sabía que también le había abierto una brecha en la ceja, ya que notaba la cara ensangrentada. Y cuando se incorporó de nuevo para encararlo, Jacobo sonrió y le dijo:

—Estás ante el rey de Escocia. Ríndete, hermanastra.

La joven apretó los puños y comenzó a negar con la cabeza.

—Jamás —escupió—. Aún no ha nacido el hombre que doblegue mi voluntad. No pienso rendirme y, mucho menos, arrodillarme ante ti.

—Eso ya lo veremos —respondió Jacobo limpiándose un hilo de sangre que salía de su mejilla.

De nuevo, se lanzó contra ella. Arya intentó rodearlo, pero no fue lo suficientemente rápida, por lo que el rey pudo aferrarla de la cintura y atraerla hacia su pecho, sin golpearla. Pasó una mano por su cuello y la obligó a levantar la barbilla. Los ojos de la joven quedaron expuestos hacia el techo, en una expresión temerosa.

—Tal vez tengas algo mejor que ofrecerme que una simple reverencia, hermanita —dijo Jacobo en su oído—. Tal vez a mí también me guste eso que le ofreciste a Buchanan.

Arya tragó saliva con fuerza, asustada por el camino que estaba tomando la conversación. Prefería mil veces una tanda de golpes antes que tener que soportar el manoseo del rey.

—Jamás vas a tocarme en ese sentido —le espetó.

Jacobo rio suavemente. Y esa risa tan cerca de su oído hizo que se estremeciera. Arya intentó soltarse de sus manos, pero el rey la aferraba con tanta fuerza que le resultó imposible.

—¡Suéltame!

Jacobo pasó la lengua por su dolorido cuello y aspiró con fuerza su aroma. Arya tuvo que contener una arcada de asco y los agarró de los dedos para separarlos de su cuerpo, pero Jacobo poseía más fuerza que ella.

—Sí, yo también quiero probar eso mismo que le diste a mi guerrero.

Arya abrió la boca para responder, pero el rey la empujó contra la pared. La joven gritó de auténtico pánico ante lo que estaba a punto de suceder. Habría dado cualquier cosa para seguir recibiendo golpes. Pero su cuerpo... Era sagrado para ella. A pesar de que intentó moverse y apartarse de él, Jacobo la agarró de nuevo y la giró hacia él. Puso su antebrazo contra el cuello de Arya y apretó con cierta fuerza, aunque no tanta como para ahogarla.

La joven se debatió con todas sus fuerzas, pero estas habían menguado por la pelea, así que Jacobo tomó el mando de la situación. Acercó su cara a la de Arya e intentó besarla.

—Supongo que algo bueno debe tener vuestra sangre para que mi padre se sintiera atraído por tu madre.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Arya, que no se molestó en responder, ya que no quería perder fuerza al hacerlo. Y cuando Jacobo la giró de nuevo contra la pared y manoseó sus nalgas, todo su cuerpo comenzó a temblar. De su garganta escapó un gemido lastimero que no logró convencer al rey para desistir en su intento. Y cuando su mano se dirigió hacia el pantalón de Arya para meter su mano entre la tela, un carraspeo cercano lo paró de golpe, obligándolo a apartarse de ella.

—Majestad, lamento interrumpir, pero el consejo os está esperando para decidir si mañana, en el funeral de vuestra hermana, queréis recibir a la gente del pueblo o no.

—¿Qué más da eso ahora? ¿No puede esperar?

Arya levantó la mirada hacia el guerrero y vio que negaba con la cabeza, provocando que el rey dejara escapar un gemido de rabia. Enseguida, la joven sintió cómo este tiraba de su pelo

hacia atrás y le decía al oído:

—Tú y yo aún no hemos terminado. Después del funeral de mi hermana, vendré a por ti.

Arya no respondió, sino que su cuerpo tembló nuevamente y se dejó caer contra la pared cuando la dejaron sola en la celda y la encerraron de nuevo.

En el momento en el que se quedó sola en toda la mazmorra, Arya lloró. Maldijo mentalmente a James Buchanan por haberla llevado hasta allí. Estaba en manos de un loco que haría lo que fuera para destruirla antes de darle la estocada final. Y ya no estaba segura de que pudiera aguantar lo que estaba por venir.

CAPÍTULO 23

Mya observaba la entrada al pasadizo desde un ángulo en el que nadie podía verlos. A su espalda, y vigilando cada uno de sus movimientos, se encontraban James, Kerr y Cameron. Los dos últimos días habían estado en la cabaña reteniendo a la joven para evitar que escapara y los acusara de algo que no habían hecho, pues no llegaban a creer sus verdaderas intenciones.

Mya les había contado el plan que tenía en mente y, aunque en un principio les había parecido la mayor de las locuras, finalmente habían decidido que era la única forma de ayudar a Arya a salir de allí.

James observaba ahora la espalda de la joven. Aún le seguía pareciendo increíble el parecido que tenían ambas gemelas. A pesar de que había intentado encontrar algo que las diferenciara, había fracasado estrepitosamente. Sin embargo, sí podía decir que las miradas de ambas hermanas se diferenciaban de una manera abismal. La de Arya era mucho más pura, limpia y amable que la de Mya, que parecía haber perdido el juicio por completo. Sobre todo, por el plan que había ideado.

James estaba seguro de que cuando sacaran a Arya de la mazmorra, la joven iba a odiarlo mucho más que antes, pero había hecho una promesa a Mya. Y él siempre había cumplido sus promesas.

Desde donde estaban podían ver con claridad la entrada a los pasadizos por los que Arya y Mya habían escapado años atrás. La joven los recordaba como si eso hubiera pasado días atrás y no años. Les había dado detalles de dónde se encontraba la entrada, cuántos metros podía haber de corredor y dónde aparecían. Durante unos momentos, habían dudado de sus palabras, sobre todo, James, que conocía el castillo como la palma de su mano y jamás había escuchado hablar de pasadizos secretos.

—Más te vale que no nos engañes, muchacha —le dijo a la joven.

Mya se giró hacia James y lo miró enarcando una ceja.

—Vale que quisiera haberte matado y que aún quiera hacerlo por haber metido a mi hermana ahí dentro, pero jamás mentiría para salvar a Arya. Es lo único bueno que me queda en la vida. Y ella no se merece morir. Voy a hacer lo que sea por sacarla de ahí, con vosotros o completamente sola. No me importa lo que hagáis, pero voy a entrar.

James la miró largamente durante unos segundos, hasta que acabó asintiendo. Después giró la cabeza en dirección a Kerr y Cameron. No podía creer que siguieran allí apoyándolo en eso. Nunca habían llegado a tratarse como amigos, y el hecho de que hubieran estado con él desde que apresaran a Mya no hacía más que hincharle el pecho de orgullo y gratitud. No encontraba las palabras suficientes para poder agradecer por todo lo que estaban haciendo por él y por la mujer a la que amaba. Por eso, no pudo evitar darles una última oportunidad para salvarse.

—No hace falta que entremos todos en el castillo. Tenéis un clan que seguir gobernando. Si nos descubren, vais a perder todo. No solo van a mataros, sino que destruirán vuestras familias y vuestro clan.

Kerr y Cameron se miraron entre sí y suspiraron. El segundo de ellos fue el que se animó a responder.

—Mira, Buchanan, reconozco que nunca me has caído demasiado bien, pero saber que has decidido abandonar a Jacobo y vivir una vida alejada de la guerra ha hecho que cambie la visión

que tenía sobre ti. Y ya no solo eso. Saber que amas a esa mujer y que estás dispuesto a hacer lo que sea por sacarla del castillo hace que me anime a ayudarte.

—Tal vez nos descubran y acabemos muertos —siguió Kerr—. Y puede que eso haga que destruyan nuestros clanes, pero los highlanders nunca dejamos atrás a uno de los nuestros.

James sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—¿Me consideráis uno de vosotros?

Kerr sonrió de lado.

—Venga ya, Buchanan, ¿no te irás a poner ahora sentimental?

El aludido dejó escapar una risa y le dio una palmada en la espalda.

—Gracias.

Kerr y Cameron asintieron al tiempo que Mya se giró hacia ellos dejando escapar un resoplo.

—La lealtad que os demostráis es un regalo muy fino.

James frunció el ceño.

—Por eso no la espero de gente como tú.

Mya lo miró de arriba abajo con cara de asco antes de girarse de nuevo hacia la entrada a los pasadizos.

—Pero soy la única que puede ayudarte a sacar a Arya.

—Entonces, vamos a hacerlo cuanto antes y terminemos con esto de una maldita vez —terció el guerrero—. Así dejaremos de soportarnos cuanto antes.

Mya sonrió sin mirarlo.

—Si crees que por esas palabras me vas a lastimar, déjame decirte que no vas a conseguirlo. Ni siquiera los demonios que hay en mi oscuridad han conseguido doblegarme.

Cameron se adelantó y se puso al lado de la joven.

—¿Estás segura de que desde ese pasillo hay solo unos metros hacia las mazmorras?

Mya lo miró.

—Mi madre y yo paseábamos por los pasillos del castillo casi todas las noches, cuando todo el mundo dormía. A Arya y a mí nos contó todos los secretos de cada rincón. Créeme, conozco el castillo como la palma de mi mano.

Kerr observó a James.

—¿Esa zona del castillo es concurrida?

Este torció la cabeza y chasqueó la lengua.

—No mucho, pero teniendo en cuenta que tendrán a Arya allí, puede ser que esté más vigilado de lo normal. Jacobo nunca ha querido tener prisioneros en el castillo porque le parecía una bajeza. Prefería enviarlos a la cárcel que hay a las afueras.

Kerr asintió.

—Durante estos dos días no ha salido nadie del castillo, así que tenemos la seguridad de que la muchacha está dentro.

—Lo que me sorprende es que no han recorrido cada palmo de Edimburgo buscando a un

culpable. Es como si Jacobo se hubiera preocupado de otras cosas.

Mya apretó los puños inconscientemente.

—Ha centrado su atención en Arya. Su hermana ha muerto, pero para él y su corona puede ser un alivio. El hecho de que nosotras sigamos respirando seguramente no lo es...

James asintió. Estaba de acuerdo con ella. Desde que había abandonado el castillo había paseado por las calles de la ciudad para intentar escuchar conversaciones. Y lo que oyó no le hizo ninguna gracia. Les contó a los demás, a su regreso a la cabaña de las afueras, que estaban preparando una pira para quemar a alguien por traición, y que abrirían las puertas del castillo para que todo el mundo lo viera. James supo al instante que se referían a Arya y apretó los puños con fuerza para evitar lanzarse a por ella cuanto antes.

Casi nadie había hablado de la muerte de la hermana del rey, cuya importancia parecía haber decaído cuando la noticia de la quema de un traidor recorrió las calles de la ciudad.

El corazón de James se aceleró en ese momento. Estaban a punto de entrar en el castillo con Mya, y no podía evitar temer que los descubrieran y Kerr y Cameron acabaran muertos. A él no le importaba morir, pero ellos... Los miró de reojo y recordó a sus familias. Sabía que tenían hijos muy pequeños y que posiblemente los dejarían huérfanos por ayudarlo a él. Así que, durante esos instantes, rezó todo lo que sabía para que no fueran descubiertos.

Arya lo iba a odiar. Lo sabía. Su corazón no solo estaba encogido por el temor a ser descubiertos, sino porque sabía que Arya lo iba a odiar durante el resto de su vida. Cuando descubriera el plan de su hermana y se diera cuenta de que él y los demás estaban de acuerdo, lo iba a atravesar con una espada. Y él, con gusto, le prestaría la suya. Pero al menos ella estaría viva.

—Bueno, ¿estáis preparados?

La voz de Mya lo sacó de su ensimismamiento y levantó la cabeza. Los demás asintieron, y él los secundó.

—Desde la muralla no pueden vernos, pero debemos correr igualmente hasta la entrada. ¿Veis ese árbol un poco torcido?

—Sí —respondió James.

—Pues justo a sus pies es donde se encuentra la trampa.

Los tres guerreros asintieron y desenvainaron sus espadas. Mya los miró con una ceja enarcada.

—Podrías haber dejado que trajera la mía.

James entornó los ojos.

—Lamento decirte que eres la última persona de la que me fío ahora mismo.

Mya sonrió.

—Qué amable eres, cuñado.

James resopló y se incorporó para ser el primero que corriera hacia la trampa. Los demás lo siguieron sin apartar la mirada de lo que había a su alrededor. Todo estaba tranquilo y no parecía haber nadie rondando por allí cerca.

Tal y como la joven había indicado, James vio un pequeño hierro que sobresalía de la tierra. Se

agachó y tiró de él. Pudo alzarlo con relativa facilidad y enarcó una ceja.

—¿Cómo es posible que los ingleses aún no hayan conquistado este castillo?

Kerr sonrió de lado.

—Ahora que no perteneces a la corte puedes contárselo...

Cameron dejó escapar una risa al tiempo que Mya era la primera que entraba en el pasadizo.

—A partir de ahora, dejaos de bromas, por favor —les pidió mirándolos mal.

James la siguió y, tras él, los guerreros Mackay y Sinclair. En completo silencio y con las espadas en las manos, los cuatro recorrieron el pasadizo en total oscuridad. Sin embargo, los pies de Mya no vacilaron ni un solo instante, ya que recordaba esos metros como si los hubiera recorrido el día anterior. Las manos comenzaron a temblarle por el pánico que sintió. Recordó cada paso que ya dio años atrás, y la niña que había hecho ese mismo camino llorando y temblando por la muerte de su madre ahora volvía más fuerte que nunca. Con decisión, recorrió los metros que los separaban del castillo.

—No hay escaleras, así que no temáis caer —les advirtió en un susurro.

No recibió respuesta, pero no le importaba. Tan solo quería ayudar a su hermana y acabar con los demonios que había en su corazón. Ya no podía aguantar más escucharlos. Todos y cada uno de los días de su vida, desde que había recorrido ese pasadizo, los había escuchado: sus risas, sus lamentos, sus susurros... Hacían todo lo posible por amargarle la vida. Y ya no podía más. Pero el final por fin estaba cerca. Y lo haría con gusto sabiendo que su hermana estaría libre y viviría esa vida que tanto deseó.

Sabía que Arya iba a enfadarse por lo que iban a hacer, pero no le importaba. De hecho, si se separaban enfadadas, sería mucho más fácil olvidarla. Mya no deseaba ser recordada. No le importaba si alguien en el mundo pensaba en ella. Ya no. Sabía que Arya iba a ser cuidada, amada y respetada por el guerrero que había justo tras ella. Se lo había pedido, lo había obligado a jurárselo de rodillas y al ver que en los ojos de James se reflejaba la culpa, supo que ese juramento iba a cumplirlo a rajatabla. En otro momento de su vida, le habría parecido casi gracioso ver cómo el guerrero se ponía de rodillas ante ella, pero ahora era diferente. Su hermana corría peligro, y necesitaba saber que iba a tener a alguien a su lado, que no iba a estar sola y que le proporcionaría una vida feliz.

El silencio entre ellos se hizo aún más atronador a medida que se aproximaban a los muros del castillo. Mya sabía que las habitaciones estaban relativamente cerca de donde se encontraban. Casi podía oler el interior de la fortaleza. Ese olor rancio que había aguantado cuando era pequeña volvía a penetrar por su nariz, pero ya era inmune al miedo que eso le generaba.

Cuando unos metros más adelante se toparon con la compuerta que le abriría el paso hacia el interior del castillo, Mya dejó escapar un suspiro. La ansiedad se formaba en su pecho como una pesada losa que hacía que le costara respirar. La joven miró hacia atrás y a pesar de la oscuridad pudo ver los ojos brillantes de los tres guerreros. Estos reflejaban la tensión del momento y, sin dilatarlo mucho más, la joven levantó una mano hacia la hendidura que abriría la puerta, aunque primero acercó la oreja a la misma. Sabía que esta era demasiado gruesa como para escuchar lo que había al otro lado, pero no podían quedarse allí parados sin hacer nada.

Mya finalmente tiró de la palanca y la puerta se abrió con un simple chasquido. Al instante, se vio impulsada hacia un lado por las fuertes manos de James, que empuñaba la espada, dispuesto a atacar. La joven casi podía escuchar el latido de los corazones de todos, pero obligó a centrar

su atención en lo que había fuera de allí.

El silencio fue el que los recibió. James fue el primero en salir, y después Mya, seguida de los demás. El primero se sorprendió de que aquel pasadizo comunicara el exterior con la habitación donde solían guardar las sábanas y los trapos limpios antes de llevarlos a las diferentes habitaciones. No era una habitación demasiado grande, pero sí lo suficiente como para albergar esa pequeña puerta y las numerosas estanterías con las sábanas limpias.

Mya sonrió al ver sus rostros estupefactos.

—¿A dónde pensabais que llevaba el pasadizo? Ya os lo dije cuando os expliqué lo de los pasadizos...

James enarcó una ceja.

—Realmente pensaba que era broma e iba a los dormitorios de los sirvientes. Si vosotras vivíais ahí, creía que estaba cerca. ¿Recorristeis todo ese tramo de pasillo solas en medio de un castillo entero que os buscaba?

Mya asintió.

—E intentando no llorar por la muerte de nuestra madre. Nos escondíamos en los recodos de los pasillos cuando escuchábamos los pasos de la gente.

—Reconozco que me impresiona vuestro valor, muchacha —admitió Kerr.

Mya sonrió con tristeza, ajena a la mirada intensa de James. Esa era la primera vez que veía el dolor reflejado en los ojos de la joven, y la sintió tan humana que, por unos momentos, pareció ser la propia Arya. La observó con mirada penetrante y descubrió que Mya seguía luchando contra el mismo miedo que las había llevado hasta allí aquel día. Vio cómo le temblaban las manos y sintió que su voz se agitó levemente. Su mirada observaba todo a su alrededor como si no hubieran pasado más que unos minutos desde la última vez que había estado allí, y odió a Jacobo por todo lo que les había hecho pasar a esas dos hermanas.

Cuando el padre del monarca de Escocia se encamó con la madre de estas, sabía que existía esa posibilidad. Lo que no entendía era por qué no quiso reconocerlas como hijas y, a cambio, las persiguió y les arrebató la infancia.

—¿Seguimos? —preguntó Mya.

James vio el asomo de duda en sus ojos, pero asintió. No obstante, la aferró del brazo antes de que se dirigiera hacia la puerta de salida.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Podrías venir con nosotros...

Mya lo miró como si fuera la primera vez que lo veía y acabó por asentir.

—Hace tiempo que dejé de tener una oportunidad para ser feliz. Además, si no hacemos esto, mi hermana jamás dejará de ser buscada y no tendréis vuestra oportunidad.

James suspiró.

—Pero eso supone...

—Mi muerte —lo cortó—. Y la acepto. Jamás he hecho nada por Arya. Y sé que es el mejor momento para ello, aunque mi hermana jamás encuentre el momento para poder perdonarme.

James chasqueó la lengua.

—Tampoco creo que logre perdonarme a mí.

Mya sonrió y puso una mano en su pecho.

—Lo hará. Ella te ama.

Miró a los tres y les hizo una señal con la cabeza hacia la puerta. La joven caminó hasta allí y la abrió ligeramente. Ese era un pasillo relativamente cercano a las cocinas, y por donde solía haber infinidad de sirvientes. Los guerreros no frecuentaban esa zona, pero, tal y como había dicho James, al tener a Arya en la mazmorra puede que ese pasillo tuviera una afluencia superior esos días.

Sin embargo, en ese instante, parecía estar vacío. James se adelantó y salió al pasillo. Miró a ambos lados y este estaba increíblemente vacío. Les hizo una señal con la mano para que lo siguieran. Desde allí conocía el camino a la perfección hasta las mazmorras. Así que, con cuidado, siguieron adelante.

Unos segundos después, el sonido de unas botas chocando contra la piedra del suelo rompió el silencio del pasillo. Se acercaba a ellos peligrosamente, así que se miraron entre sí y se hicieron gestos para esconderse. En esa zona había algunos recovecos en las paredes que estaban cubiertos por amplios telares que colgaban hasta el suelo. Por eso, los cuatro se escondieron en dos de los que había más cercanos a ellos.

—Todo el mundo está ahora en el funeral de la hermana del rey. No entiendo por qué nosotros tenemos que vigilar el interior —se quejó uno de los guerreros que cruzó por la zona en la que ellos estaban.

James reconoció su voz. Era Rob, uno de los guerreros que habían entrado en las filas de Jacobo hacía poco más de un año y que no habían hecho nada para ganarse el favor del rey para ascender como todos los demás. Recordaba que siempre se quejaban y no ponían interés en prácticamente nada.

—Porque somos los que menos importancia tenemos en este lugar —respondió el otro—. Casi prefiero estar aquí dentro que aguantando las lamentaciones de la gente del pueblo. ¿Quién crees que la habrá matado? No han encontrado a nadie...

La risa de Rob sonó en todo el pasillo, logrando erizar la piel del propio James. Durante unos segundos, casi llegó a recordar la misma saña de Donovan reflejada en ese guerrero.

—Seguro que ha sido James Buchanan.

El aludido frunció el ceño y apretó con más fuerza la empuñadura de la espada.

—¿Viste cómo salió del castillo el otro día? Estaba hecho una furia. No me extrañaría nada que haya sido él.

Mya, que se encontraba escondida con el propio James, lo miró de reojo y vio la preocupación reflejada en sus ojos. Ella sabía que, si lo culpaban a él, lo perseguirían de por vida. Y, por ende, también a su hermana. Mya negó con la cabeza y rechinó los dientes, aguantando una maldición en su garganta.

Ella era la única culpable de la muerte de la hermana del rey y no podía dejar que los dedos apuntaran a James. Le habría encantado salir de su escondite y gritar que había sido ella, pero se mantuvo quieta y escuchó que los pasos de los guerreros avanzaban por el pasillo y se perdían en la lejanía.

Al instante, los cuatro salieron de su escondite y se miraron entre sí.

—No me jodas, Buchanan, que ahora van a acusarte a ti... —se quejó Kerr.

James se encogió de hombros.

—No me importa. Sigamos. No podemos perder más tiempo.

Tras un largo suspiro, siguieron el pasillo y llegaron pronto a la puerta de la entrada a las mazmorras. Sin esperar ni un solo minuto más, los cuatro penetraron en el interior de la misma y bajaron las escaleras con paso rápido. James era el que lideraba la marcha. Estaba ansioso por ver una vez más a Arya, temeroso de que le hubieran hecho daño.

Los pasos de Mya corrían tras él con el mismo nerviosismo y cuando llegaron junto a la celda de la joven, los dos se pararon totalmente horrorizados. Tan solo la exclamación de sorpresa de Cameron y Kerr rompió el silencio de la mazmorra.

CAPÍTULO 24

Arya estaba segura de que había escuchado un sonido cerca de ella, pero estaba tan cansada que no podía moverse. Horas antes, justo al amanecer, un iracundo Jacobo había bajado a las mazmorras y le había dado una brutal paliza que había estado a punto de matarla. Fueron los propios guerreros del monarca quienes le pidieron que parara antes de que acabaran con ella sin un juicio justo por traición en el patio del castillo.

La había acusado de ser ella la culpable de la muerte de su hermana mediante brujería. No le había importado saber que realmente no había así, sino que simplemente se había abandonado a su propia rabia y se había dejado llevar por ella para golpearla. Había logrado abrirle heridas en las mejillas, el cuello, la sien izquierda. Y tenía los costados tan magullados que cualquier respiración era un enorme trabajo para ella.

Sin embargo, cuando escuchó el tintineo de unas llaves cerca de su celda y cómo esta se abría, no tuvo más remedio que levantar la cabeza y dirigirla hacia la salida. Ya no le importaba si era Jacobo que había venido a rematarla o alguno de sus secuaces. Lo que no esperaba era ver dos rostros tan conocidos para ella que hicieron que lograra recuperar parte de la conciencia perdida por el dolor.

—Pero ¿qué...?

James se adelantó para agacharse junto a ella, pero fue Mya la que lo apartó y se arrodilló a su lado.

—¿Qué demonios haces aquí, Mya? ¿Y con él...?

La aludida miró de reojo a James.

—Me ha ayudado a venir hasta aquí para sacarte del castillo.

Arya resopló.

—¿Y de verdad te lo has creído? A mí ya me prometió que me pondría a salvo... —se quejó con voz débil.

James tragó saliva con dificultad. Sabía que no sería fácil convencerla de lo contrario, pero no pensaba que se encontraría la primera piedra tan pronto.

—Daos prisa, por favor... —terció Kerr desde la entrada.

Arya frunció el ceño al mirarlo.

—¿Y esos quiénes son?

—Amigos de este que me han ayudado también —respondió Mya señalando a James—. Vamos a sacarte de aquí, Arya.

La joven la miró, extrañada, y se movió ligeramente para separar el cuerpo de la pared. Gimió cuando sintió que todo su cuerpo se quejaba por ese simple movimiento y la mirada que le dirigió James entonces fue de auténtica inquietud.

—¿Vas a sacarme para después llevarme de nuevo ante Jacobo? Ya has visto de lo que es capaz...

James tragó saliva y apartó ligeramente a la hermana de la joven. Le tomó las manos a Arya y la miró a los ojos con la culpa reflejada en los suyos.

—¿Por qué nunca me dijiste que tenías una hermana gemela? Os habría ayudado a las dos... Arya dejó escapar una risa.

—¿De verdad lo habrías hecho? Creo que eso no habría cambiado nada. No te molestaste en escucharme... Incluso ahora me sorprende que la hayas ayudado a entrar en el castillo. Supongo que te habrá dicho que fue ella la que amenazó con matarte...

James asintió.

—¿Y aun así no la has entregado? Me sorprendes... Tal vez solo querías engañarme a mí.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas que se obligó a no derramar. Y ese gesto sobrepasó a James, que no supo qué contestar. Arya apartó las manos de las suyas. No quería su lástima ni nada que tuviera que ver con él, pues le hacía tanto daño que sabía que iba a venirle abajo en cualquier momento. Y no podía permitírselo. Iba a morir muy pronto y necesitaba toda su fuerza de voluntad para aceptar esa muerte.

—Escúchalo, Arya —le pidió Mya—. Sé que estás enfadada con él, pero...

—¿Enfadada? —la cortó—. Él me trajo aquí. ¿Y sabes qué me han hecho? Su querido rey me ha golpeado tanto que incluso sus propios hombres han tenido que apartarlo de mí. Eso sin contar con que ha intentado violarme. Me han insultado, escupido y me han condenado a muerte por una traición que yo no he cometido.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas, pero James volvió a tomar sus manos y las retuvo cuando Arya intentó apartarlas nuevamente.

—Te doy la oportunidad de matarme si así lo deseas, pero primero déjame que te saque de aquí, Arya.

—Ya no confío en ti, James —dijo con suavidad.

Cuando escuchó su nombre entre sus labios estuvo a punto de echarse a llorar igual que un niño. Días atrás le había exigido que no lo pronunciara, y ahora que volvía a escucharlo con la melodía de su voz lo hizo temblar.

—Arya... —susurró—. Hace semanas salí de este mismo castillo con la promesa de encontrarte para conseguir mi libertad. Todo esto empezó con la promesa de acabar contigo sin saber que me iba a enamorar perdidamente de ti, Arya. He acabado siendo la persona que más te admira y te ama. No sé cómo lo lograste, pero conseguiste hacer que las cicatrices de mi alma se curaran. Me he equivocado, y sé que me voy a equivocar muchas veces. Tal vez no quieres volver a saber de mí. Lo acepto, pero al menos deja que pueda enmendar mi error y te saque de aquí.

Arya lo miró largamente. Estaba tan cansada que apenas podía pensar con claridad. El miedo se había adentrado demasiado profundo en su cuerpo y no le permitía digerir sus palabras como debía. Estaba segura de que habían entrado por uno de los pasadizos del castillo y que tenían poco tiempo para salir de allí. Por ello, no podía demorarse demasiado para responder.

La joven dejó escapar un suspiro.

—Es que... me cuesta creerte.

Mya se puso detrás de James y puso una mano en el hombro del guerrero.

—Arya... Creo que no soy la más indicada para hablar bien de él, pero podía haberme entregado a los guerreros de Jacobo y no lo ha hecho. Mi vida ha estado en sus manos y no me

ha traicionado.

Arya frunció el ceño.

—¿Por qué podría haberte entregado si has hecho lo mismo que yo?

Mya sonrió y negó.

—No. Yo soy la que ha matado a la hermana de Jacobo.

Una exclamación de sorpresa escapó de la garganta de la joven.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Me temo que no tenemos tiempo de explicaciones, muchacha —terció Cameron mirando, nervioso, a su alrededor—. Debemos sacarte de aquí cuanto antes si queremos salir vivos.

James apretó las manos de Arya para llamar su atención.

—Por favor, permíteme que te saque de aquí.

—¿Y todo lo que me dijiste? Fuiste demasiado cruel...

James se golpeó mentalmente.

—Lo sé. Lo hice porque pensaba que así sería más fácil que me olvidaras. Durante más de una ocasión estuve a punto de dar la vuelta y no venir a Edimburgo.

—Pero no lo hiciste —lo cortó Arya.

—El mayor error de toda mi existencia... Por favor, dame la oportunidad de demostrarte que no soy ese hombre que piensas que soy. Jamás quise traicionarte. Sé que me cegó la rabia cuando pensé que fuiste tú quien juró matarme.

—Ni siquiera me diste la oportunidad de decirte la verdad.

James asintió.

—Sí. Lo admito. Sé que soy un maldito desastre, que nunca he sido un buen hombre y que tal vez no te merezco, pero te amo. Cuando salgamos de aquí, puedes coger mi daga y clavármela en el corazón, Arya. Castígame. Golpéame. Ódiame. Hazme lo que quieras, pero, por favor, vente conmigo.

—Hermana... Hazle caso...

Arya miró a Mya, que le sonrió con tristeza, y ese gesto fue lo que necesitaba para incorporarse. La joven gimió cuando se movió. Aún estaba ligeramente mareada por los golpes, pero James se prestó al instante para que se agarrara a él. Con sumo cuidado, el guerrero puso una mano en su cintura y dejó que pasara su brazo por sus anchos hombros.

—Cuidado... —le pidió.

Arya se apoyó totalmente en él, pero al instante llegó Kerr para ayudarla por el otro lado. La joven pasó su brazo también por sus hombros y se dejó ayudar. Las piernas le temblaban por el dolor que le producía tener que soportar su peso. Pero el deseo de salir de allí le dio fuerzas. Cuando estuviera libre, hablaría largo y tendido con James. Sí, lo golpearía. Eso seguro. Tan fuerte que iba a desollarse las manos. Quería hacerle pagar por todo el daño que le habían hecho y, sin embargo, sentía que no podría hacerlo. Lo amaba. Se había jugado la vida llegando hasta allí y le había pedido perdón con palabras y con la mirada. Sus palabras podían mentir, pero no sus ojos.

Arya gimió de dolor cuando dio los primeros pasos y cuando por fin se vio libre de los barrotes, dejó escapar un largo suspiro. Aún les quedaba lo más complicado, pero estaba libre. Eso era lo importante.

—Debemos tener cuidado ahora para volver al cuarto de las sábanas.

Arya sonrió y negó con la cabeza.

—No hace falta. Ahí mismo hay otra entrada a otro pasadizo.

La joven señaló con la cabeza hacia el otro lado de la mazmorra, dejando a los tres guerreros sorprendidos, que se giraron hacia Mya, enfadados.

—¿Se puede saber por qué demonios hemos entrado por el pasadizo más difícil?

Mya se encogió de hombros.

—Porque es la única entrada que conocía desde el bosque.

—Sí —la secundó Arya—. Conocemos todas las puertas escondidas desde el castillo, pero solo conocemos hacia dónde lleva una de ellas, que es la compuerta por la que salimos cuando éramos pequeñas.

—Por eso teníamos que entrar por esa. La de ahí no sabemos a dónde lleva, así que tenéis la salida más fácil.

Arya frunció el ceño ante sus palabras y giró la cabeza en su dirección. Dejó de apoyarse en Kerr y clavó la mirada en su hermana Mya, que se había quedado parada en medio de la celda, sin moverse ni un solo centímetro.

—¿A qué te refieres con eso, Mya?

La aludida sonrió con tristeza y se acercó a los barrotes de la celda. Miró a su hermana desde el otro lado y alargó una mano para tocar su rostro.

—Sacarte de aquí implica que Jacobo dedicará toda su vida a buscarnos hasta acabar con una de nosotras.

El rostro de Arya se arrugó aún más ante lo que quería decir.

—Sabremos escondernos. Llevamos toda la vida haciéndolo.

—Y, aún así, nos ha descubierto, Arya.

La joven se soltó de James y dio un paso hacia ella, al otro lado de los barrotes.

—Mya... no...

—Si yo me quedo aquí, tú tendrás la oportunidad de vivir una vida plena —Señaló a James—, a su lado...

Arya negó repetidas veces con la cabeza y el rostro lleno de lágrimas.

—Mya, sal de ahí ahora mismo.

En lugar de hacer caso, la joven dio un par de pasos hacia atrás, alejándose de ella y reafirmando en su intención de quedarse allí, ocupando su lugar.

—Te descubrirá. Verá que no tienes mis heridas...

Mya sonrió de lado.

—La idea de decir que ha sido brujería es algo que ronda por mi cabeza...

—¡No! ¡No pienso dejarte aquí!

James se acercó a Arya y la tomó de la cintura.

—Es su decisión.

La joven intentó apartarlo, pero el guerrero la aferró con fuerza.

—¡Mya, por favor! No me hagas esto... No te entregues...

Su hermana sonrió ampliamente al tiempo que elevaba el mentón con orgullo. Sabía que estaban perdiendo demasiado tiempo y tenían que irse pronto. Por ello, le dijo:

—Arya, desde que descubrí el horror y la oscuridad que habita en el ser humano, yo misma dejé que me envolviera esa misma penumbra. Nunca he podido vivir con el alma en paz, así que, si con mi muerte puedo liberar mi espíritu, la acogeré de buena gana, Arya. Me alegra saber que él es el hombre perfecto para cuidarte. Si es capaz de traicionar al rey por ti es que realmente es un hombre que merece la pena.

Y mirando a James, le pidió:

—Cúdala.

El guerrero asintió con lágrimas en los ojos y tiró de Arya, que se resistió con fuerzas renovadas.

—¡No, Mya!

Su hermana se alejó otro paso de ella y le sonrió una última vez. Todos vieron cómo las manos le temblaban antes de que lo hiciera el resto del cuerpo. La oscuridad que reinaba en las mazmorras la envolvió, haciendo que el miedo aflorara de nuevo. Pero ya no había vuelta atrás. Deseaba hacer algo útil en su vida. Y si con ello liberaba a su hermana para que pudiera vivir, moriría en paz.

—Lleváosla. Si seguís aquí, os van a descubrir.

Arya negó con la cabeza y gritó para que la soltaran, pero James puso una mano en su boca, pues iban a descubrirlos antes de que pudieran llegar a la puerta secreta.

—Arya, por favor, es decisión de tu hermana. Este era su plan.

La joven negó e intentó apartar su mano mientras era empujada hacia donde Mya señalaba con la mano.

—Quinta piedra a la derecha, justo al lado de la cuerda que cuelga de la pared.

Arya se revolvió entre los brazos de James. El cuerpo le dolía allí donde la mano del guerrero se posaba, pero no le importaba. No podía dejar que su hermana pequeña se sacrificara por ella. Las lágrimas rodaban sin parar por sus mejillas, perdiéndose entre los dedos de James, que seguían tapándole la boca, impidiéndole gritar para que Mya se marchara con ellos. Pero esta seguía sonriendo desde el otro lado de la celda, que acababa de cerrar.

Arya negó con la cabeza.

—Sé feliz, hermana —exclamó Mya apoyada contra los barrotes—. No te imaginas lo que te agradezco todo lo que has hecho por mí.

Arya sintió que otra mano tiraba de ella cuando clavó los pies en el suelo para evitar marcharse. Seguramente pertenecía a uno de los guerreros que habían ayudado a James para llegar allí, pero no le importaba. La sintió fría, como todo lo demás a su alrededor. No podía

pensar con claridad. Parecía que todo estaba pasando demasiado lento para ella a pesar de que los guerreros se movían con demasiada rapidez.

—¡Buchanan! —exclamó Mya desde el otro lado de la celda.

James miró en su dirección justo en el momento en el que la puerta secreta se abría para darles paso. El guerrero sintió una terrible culpa por dejarla allí, pero la determinación estaba grabada en los ojos de la joven, y sabía que no podía hacer nada, más que aguantar el odio que Arya le demostraría a partir de ese instante.

—Recuerda tu juramento. Y jamás lo rompas, o vendré desde el otro lado para hacértelo pagar...

James asintió y un fuerte pinchazo atravesó su corazón. Recordó el instante en el que Mya le contó su plan y su deseo de quedarse en el puesto de Arya para ser ella la mujer a la que condenaran a muerte. En un principio, le pareció demasiado cruel y una tremenda locura. Pero la hermana de Arya juró que jamás iba a decirles cómo entrar en el castillo si no le juraba que la ayudaría a quedarse allí y a sacar a Arya para cuidar de ella el resto de sus días. Le pidió que le prometiera que, cuando su hermana se opusiera a su deseo de ocupar su lugar en la celda, la sacara de allí cuanto antes. Y si tenía que forzarla para ello, que lo hiciera. Conocía a su hermana y sabía que iba a poner todas sus fuerzas para arrastrarla con ella, incluso herida. Así como estaba.

James resopló. No quería hacerle daño a Arya, que gimió de dolor cuando tocó su costado, pero había hecho un juramento de honor a Mya. Iba a sacarla de allí y la iba a cuidar el resto de su vida, aunque lo hiriera, arañara y odiara en el proceso. Y él jamás rompía un juramento.

—Juro por mi vida que voy a protegerla y cuidarla con todo mi ser desde ahora hasta el último aliento de mi existencia.

Mya asintió en el momento en el que Cameron y Kerr penetraban en el pasadizo e instaban a James a hacer lo mismo. Desde allí se escuchaba cierto jaleo en el pasillo cerca de las mazmorras. Por lo que debían marcharse ya si no querían ser descubiertos.

Arya seguía revolviéndose entre sus brazos cuando la empujó hacia el pasadizo. Y antes de poner un pie en la oscuridad reinante frente a ellos, se volvió y le dijo:

—Fuerza y valor ante la batalla, muchacha. La necesitarás.

Mya asintió y dio un paso atrás.

—No hay fuerza más valiosa en el mundo que la de una mente decidida, James Buchanan. Y si esa decisión me lleva a salvar a la persona que más amo en este mundo, estoy feliz.

James asintió y entró en el pasadizo con Arya, que negaba una y otra vez, intentando soltarse del guerrero. Cuando la puerta secreta se cerró a su espalda, Arya gritó, pero la mano de James lo sofocó. Caminaron varios metros, alejándose de la puerta secreta, hasta que James finalmente decidió parar. Este empujó con suavidad a Arya hacia la pared y la miró a los ojos. A diferencia del otro pasillo, allí había cierta luz. Ninguno sabía de dónde entraba aquel pequeño rayo que iluminaba ligeramente el camino, pero al menos podían verse las caras.

—Si prometes no gritar, apartaré la mano de tu boca.

Arya lo miró iracunda, pero asintió. James cumplió su promesa y se apartó, soltando el aire contenido.

—Sé que me odias por lo que acabamos de...

No pudo terminar la frase, ya que la joven le estrelló el puño en la mandíbula, girándole la cara al instante.

—Eres un desgraciado. ¿Cómo te atreves a jurarle algo así? Mi hermana debía venir con nosotros...

Kerr suspiró y, tras dirigir una fugaz mirada hacia el camino recorrido, se dirigió a ella.

—Perdón que me meta en esta conversación, pero...

—Pues no te metas... —lo cortó la joven con rabia.

Kerr sonrió y pasó la lengua por sus labios, intentando mantener la calma.

—Yo estaba allí y debo decir que Buchanan solo quería sacarte de la mazmorra. Fue tu hermana la que pidió que le hiciera el juramento antes de conocer sus intenciones. Ninguno sabíamos lo que pretendía hasta que él le juró que te sacaría y protegería.

El labio inferior de Arya tembló.

—No debiste jurar algo así. Debemos volver a por ella.

James cerró los ojos un instante.

—Primero tenemos que salir de aquí, Arya, para hablar con tranquilidad. Y cuando estemos lejos, haz lo que quieras conmigo. Tu hermana ha decidido su propio destino. Yo no la he obligado a nada. Jamás le habría pedido a nadie que se cambiara por ti. Yo pensaba sacarte y llevarte a un lugar seguro. Y si Jacobo te seguía, te habría sacado del país sin pensarlo. Me habría ido contigo a donde fuera.

Arya negó con la cabeza mientras las lágrimas de dolor por la pérdida de su hermana rodaban sin control por su rostro. Se tapó la cara con las manos y dejó que el sufrimiento se hiciera con el control de su cuerpo. Sus hombros se sacudían por el llanto y los tres hombres se miraron entre ellos sin saber qué demonios hacer. Aunque se habían alejado de la puerta secreta, no estaban seguros de que pudieran escucharlos en algún lugar del castillo. Por eso, querían marcharse de allí cuanto antes, pero no podían obligar a Arya a que dejara de llorar.

—No puede quedarse ahí... Les he fallado... He fallado a todos...

Sin poder evitarlo, Arya dejó caer la cabeza contra el pecho de James cuando este se acercó a ella y la abrazó. El guerrero la protegió entre sus brazos y dejó que descargara su corazón. Él tampoco quería que Mya se quedara allí. Le había costado horrores no tomarla del brazo y arrastrarla con ellos hasta allí, pero sabía que habría hecho lo que fuera para quedarse y darles a ellos la oportunidad de vivir y amarse.

—Arya, mírame —le pidió al cabo de unos instantes.

La joven levantó la cabeza y James sintió un pinchazo en el pecho ante esa visión derrotada de la mujer que amaba.

—Lamento todo esto. No puedes imaginar lo culpable que me siento por haber provocado esto. Todo el dolor que ambas sentís es por mi culpa. Jamás debía aceptar esa misión. Jamás debí pasármelo por la cabeza pedir mi libertad a Jacobo. Lo siento.

Arya lo miró, incapaz de encontrar las palabras exactas que le habría gustado decirle. Y por ello, fue Cameron el que intervino.

—Debemos seguir adelante...

Arya miró hacia atrás, al camino recorrido. Su alma y todo su cuerpo clamaba por regresar a por su hermana, pero sabía que no iba a conseguir absolutamente nada. Había comprobado la determinación en sus ojos, algo que jamás había visto en ella. El dolor y la amargura que la habían acompañado a lo largo de toda su vida se habían hecho de su mente y estaba decidida a morir. Y sin embargo... No se sentía capaz de abandonarla...

—Vamos... —le pidió James con suavidad.

Tras lanzar un suspiro, Arya se dejó guiar por los guerreros y recorrieron el amplio pasadizo. No tenían ni idea de hasta dónde llegaba, pero sí tuvieron la sensación de que era más largo que el anterior.

Y cuando una nueva puerta apareció frente a ellos y la abrieron, la luz del día les dio de lleno en los ojos y les mostró que estaban cerca de la cabaña donde habían pasado los últimos días.

Arya miró al cielo y entornó los ojos. La luz le molestaba y cuando James cerró la compuerta tras él y lo miró no pudo evitar dar rienda suelta a todo el odio que le había dedicado en los últimos días.

CAPÍTULO 25

Arya tuvo la sensación de que todos los dolores desaparecían de su cuerpo en el momento en el que se sintió con fuerzas renovadas para atacar a James. La joven se lanzó contra él y lo empujó con todas sus fuerzas. Apenas podía verlo con claridad debido a las lágrimas que salían de sus ojos y rodaban por sus mejillas hasta perderse entre su mugrienta ropa. No le importaba si olía mal, si estaba ensangrentada o si tenía la ropa raída y rota. Lo único que deseaba era hacerle pagar por trastocar toda su vida.

—¡Eres un maldito hijo de puta!

Había esperado que James le devolviera algún golpe, incluso que se defendiera de alguna manera. Pero, para su sorpresa, el guerrero se mantuvo quieto, recibiendo todos y cada uno de sus golpes en silencio y sin apartar la mirada de sus ojos.

—¿Por qué me has hecho esto?

A unos metros, Kerr y Cameron se miraron entre ellos sin saber qué hacer, pero tras una mirada de advertencia de James, se quedaron quietos, esperando a que la joven se desquitara con él.

—Sé que no voy a tener existencia suficiente para pagar por el daño que te he hecho, Arya, pero te repito que jamás he amado a nadie como te amo a ti.

—¡Mentira! —gritó la joven dejándose la voz—. No se le hace daño a la persona a la que amas.

La joven volvió a golpearlo en el pecho, intentando, de alguna manera, tirarlo al suelo, pero sabía que James aguantaría cada golpe de forma estoica. Por eso, con rabia, le clavó las uñas en la carne libre de su cuello, logrando arrancarle un siseo de dolor.

—Cierto. Por eso, quiero darte esto...

James desenvainó su daga y le tendió la empuñadura.

—Tómala y haz con ella lo que quieras.

Kerr se adelantó un par de pasos con la mano levantada, en señal de paz.

—¿Qué haces, Buchanan?

James lo miró con tranquilidad.

—Solo intento que se vengue de la mejor manera que quiera. Puede clavármela hasta el fondo del corazón.

De un manotazo, Arya se la arrebató y lo aferró del cuello. Después colocó la punta de la daga en la garganta y apretó ligeramente. La joven arrugó el rostro y apretó con fuerza los labios y, en ese instante, se dio cuenta de que el labio inferior del guerrero tembló ligeramente al mismo tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas mientras la miraba de forma penetrante. Y su mano tembló.

James sintió que su corazón se rompía ahora que sentía que estaba a las puertas de la muerte. Vio la determinación y la intención en los ojos de Arya, y supo que estaba dispuesta a matarlo. Pero no le importaba. La quería tanto que le daba igual que lo hiciera, pues el poco tiempo que habían pasado juntos le parecía una vida entera, como si todo lo demás que había vivido no tuviera importancia. Tan solo ella. Y sentir que había vivido una vida entera a su lado tenía más

peso que cualquier otra cosa.

Todo su mundo se vino abajo. Ambos se miraban, retadores. Era la misma mirada que se habían dedicado en el momento de conocerse. Arya necesitaba recordarse todo el daño para clavarle la daga en el cuello. Y James... no iba a hacer nada por impedirlo. Ambos tenían la sensación de que se había parado el tiempo a su alrededor, como si no existiera nadie más, como si Cameron y Kerr no estuvieran allí, expectantes ante lo que podría ocurrir, como si la hermana de la joven ya no existiera, como si el propio rey tampoco... Eran ellos dos y el odio que sentía Arya en medio de ambos.

Sí, todo se vino abajo. El suelo bajo los pies de James comenzó a temblar. Su mundo estaba a punto de derrumbarse. Y a él no le importaba.

—Tienes mi permiso para arrebatarme la vida, Arya.

La mano de la joven tembló al tiempo que un sollozo desgarrador salió de su garganta.

—Ojalá pudiera volver atrás para cambiar todo lo que ha pasado.

—¡Cállate!

Arya empuñó la daga con más fuerza. Y a pesar de que abrió un pequeño agujero en la garganta del guerrero, no pudo. El arma se escurrió de entre sus dedos y cayó a los pies de ambos mientras sollozaba sin parar. Y a pesar de todo lo que se obligaba a sentir por él, Arya se vino abajo y escondió el rostro en su pecho. James la acogió entre sus brazos, estrechándola con tanta fuerza que sabía que, de seguir así, podría romperle alguna costilla.

En ese instante, el cielo pareció compadecerse de ellos y comenzó a llorar como Arya y James en ese momento. Había amenazado lluvia desde hacía horas, pero parecía haber estado esperando el mejor momento para descargar sus nubes negras.

El guerrero también se vino abajo y sus hombros comenzaron a sacudirse como nunca. El muro que había levantado años atrás cayó a sus pies, como la daga que le había dejado a Arya para que acabara con su vida. Jamás había llorado como en ese instante, como si se tratara de un niño que se había perdido entre la gente y no encontraba a sus padres. Su cuerpo se sacudía por el llanto y escondió el rostro entre los mechones de pelo de Arya, que se aferraba a él como si fuera su tabla de salvación.

A unos metros, Cameron y Kerr se alejaron para dejarles intimidad mientras ellos se sumían en sus propios pensamientos y sentimientos.

—No puedo hacerlo —exclamó Arya mientras lo apretaba contra ella—. No puedo hacerlo, James. Te amo demasiado.

Una de las manos del guerrero subió hasta la cabeza de la joven y la estrechó más contra él.

—Lo siento tanto, Arya... Lo siento mucho, mi amor.

—¿Por qué hay tanta maldad en el mundo?

James negó con la cabeza.

—No lo sé. Perdóname, Arya, perdóname.

La desesperación en la voz de James hizo que la joven se separara de él para mirarlo a los ojos. Los vio llenos de lágrimas. Y tuvo la sensación de que estaba tan derrotado como su propia hermana cuando la habían dejado en la celda en la que ella misma se había encerrado.

No entendía por qué demonios había elegido cambiarse por ella, pero siempre supo que no iba

a acabar bien porque nunca logró superar la muerte de su madre. Y con la muerte de su tío todo se había agravado.

Arya dirigió su mirada hacia el lugar por donde habían escapado y cuando James miró también hacia allí supo lo que estaba pensando.

—Fue ella la que me pidió dejarla en tu lugar —le dijo con voz suave—. Yo me negué, pero dijo que, si no lo hacíamos, os seguirían persiguiendo. Mya quería quedarse para engañar a Jacobo porque pensaría que había acabado con la persona que podía arrebatarse la corona. Pero realmente tú seguirías viva.

—Pero ella...

—No quería seguir viviendo.

El sonido de una rama al partirse los obligó a girarse. Kerr se acercó a ellos con el rostro más serio de lo normal.

—Ya sé que no me conoces, pero creo que debo opinar sobre esto... Los tres nos negamos a que tu hermana se sacrificara. Pero insistió. Puede que ahora no lo entiendas, pero con el tiempo puede que sí. A veces... la mente nos juega malas pasadas y, si le damos demasiada cuerda, puede llegar a hundirnos la vida, muchacha. Y tu hermana nos demostró que no se encontraba bien.

Arya abrió la boca para responder, pero Kerr la cortó.

—No estoy justificando que lo que ha hecho sea lo correcto, pero era lo que ella deseaba. No podemos culpar a Buchanan por algo que él no ha hecho.

Kerr terminó por acercarse a ella.

—Mira, cuando Jacobo me obligó a casarme con mi esposa, no lo deseaba. Y ella tampoco. Y cuando creía que el odio que nos teníamos se había apagado, cometí el mayor de los errores. Expulsé a mi esposa del castillo después de que mi tío me hiciera creer que era una traidora. Dejé que se fuera a una cabaña de mala muerte mientras el traidor seguía entre mis muros. Al final, todo pudo solucionarse, pero estuve a punto de perderla. Y jamás he encontrado a una mujer como ella, te lo aseguro.

Kerr chasqueó la lengua.

—No estoy intentando justificar a Buchanan, pero... él ya te ha reconocido sus errores. Sabe que los ha cometido y quiere resarcirse de ellos. Ha jurado ante Dios que iba a protegerte. Y lo ha hecho de rodillas ante tu hermana.

Arya frunció el ceño y miró de reojo a James, que miró al suelo. Entonces, Cameron se adelantó y sonrió:

—Le ha jurado a tu hermana que iba a dedicar su vida a protegerte, cuidarte y amarte como si cada día fuera el último, hasta el fin de su existencia.

Kerr torció la cabeza y sonrió ligeramente.

—La verdad es que jamás pensé que vería a James Buchanan arrodillado ante una mujer jurando su lealtad y amor hasta que exhalara su último aliento de vida.

Cameron sonrió también para quitar hierro al asunto e intentar que la tensión disminuyera un poco.

—Sí, fue muy romántico.

James levantó la mirada levemente y gruñó.

—No hace falta que perdáis el tiempo defendiéndome ni convenciéndola de lo que piensa. No puedo obligarla a amarme.

James dio un paso atrás y les dio la espalda para acercarse a la cabaña donde habían pasado los últimos días. Sin embargo, cuando solo había dado unos pasos, una mano pequeña lo detuvo, tirando levemente de su brazo. El guerrero cerró los ojos un instante antes de girarse y encararla.

Arya había corrido hacia él, dejando atrás a Kerr y Cameron, que se adelantaron para recoger todas sus cosas y ensillar los caballos de los tres. Tenían que irse rápidamente de allí y poner a Arya a salvo en algún lugar de Escocia.

James se quedó quieto, mirando a Arya, y esperando a que la joven fuera la primera en romper el hielo. Vio cómo volvía a mirar hacia atrás, donde había dejado a su hermana gemela por petición propia, y después volvía a mirar al guerrero con el rostro sembrado de dudas.

—¿No podemos volver a por ella?

James suspiró. Se acercó a la joven y puso las manos en sus hombros.

—Es su decisión, Arya. Dijo que tú siempre te habías sacrificado por ella y que quería hacer algo por ti.

Los ojos de la joven volvieron a llenarse de lágrimas.

—Es que...

—Es duro, lo sé. Se ha sacrificado por salvarte. Y no podemos demorarnos más.

Arya dudó, pero finalmente acabó por asentir. James esperó durante unos segundos más, deseando que la joven le confesara sus verdaderos sentimientos, pero cuando vio que no iba a decirle nada más, se giró y se marchó hacia la cabaña, donde los esperaban Cameron y Kerr.

Arya sentía que su corazón se rompía a medida que daba un paso tras otro en dirección a la cabaña y se alejaba de la trampilla del castillo. Tenía la sensación de que debía despedirse de lo que había sido su vida hasta entonces. Su madre se había sacrificado por ellas. Su tío, también. Y ahora su hermana lo hacía por ella. ¿Cómo iba a poder vivir con la sensación de que todo el mundo había hecho cosas por ella, pero lo que ella había hecho no era suficiente para salvarlos?

El destino se lo estaba poniendo demasiado difícil. Quería volver a por su hermana. Mya nunca había estado bien dentro de su cabeza. Se había dejado influenciar por la oscuridad que había reinado a su alrededor y nunca fue feliz. Pero de ahí a sacrificarse... Era un paso demasiado grande.

Arya suspiró y se abrazó a sí misma. De repente, sentía el frío de las gotas de lluvia en su cuerpo malherido. Sin embargo, el dolor había desaparecido en el momento en el que vio a James y a su hermana en la mazmorra. Estaba segura de que el nerviosismo que había sentido al verlos allí hizo que todo desapareciera y cuando se relajara de nuevo, aparecería para recordarle por dónde había pasado.

Lo que sí le dolía era la cabeza. Esta le latía con fuerzas renovadas, martilleando sus sienes e impidiéndole pensar con claridad. Se preguntó si tal vez debería correr en dirección contraria a los guerreros y regresar al castillo. La joven se quedó parada en el sitio y miró de nuevo hacia atrás. Desde allí no podía verse el castillo, pero sí se sentía su imponente y aterradora presencia.

—¿Por qué lo has hecho, Mya? —susurró mientras la lluvia seguía cerniéndose sobre ella.

No podía entenderla. Aún no. Estaba segura de que en algún otro momento de su existencia lograba entender que su hermana gemela hubiera dado la vida por ella. Pero en ese instante, solo podía pensar en el dolor que eso le producía. No era capaz de mirar a James a la cara. Había tenido en sus manos la daga que podía haberle arrebatado la vida, pero en su interior sabía que él era una víctima más de lo que significaba la corte. La corona que tanto ansiaba Jacobo era un arma demasiado peligrosa, y todo aquel que se acercaba a ella podía salir malherido, como le había sucedido a su madre.

Había visto en los ojos de James su sufrimiento, todo ese peso que portaba en su espalda y que no podría olvidar con facilidad. Eso era lo que había hecho que no lo matara. Eso, y que lo amaba perdidamente. En ningún momento había podido olvidarlo. Ni siquiera el dolor físico que había experimentado había logrado hacerle olvidar el sentimiento de protección y amor que había tenido entre sus brazos. Incluso cuando minutos antes se dejó caer contra su pecho para llorar había logrado sentirlo de nuevo. Entre esos fuertes brazos había sentido la propia fuerza de su espíritu, como si James fuera un pilar en su vida que la obligaba a resurgir entre el sufrimiento de su alma.

Y eso era lo más maravilloso que había sentido en toda su vida. Pero seguía tan enfadada y triste...

—Arya...

La voz del hombre que atormentaba sus pensamientos se abrió paso en su mente. La joven giró la cabeza en su dirección y descubrió que los tres guerreros estaban montados en sus caballos, esperándola.

James fue el que se acercó a ella y, cuando estuvo junto a la joven, le tendió la mano para ayudarla a subir. La última vez que había montado sobre ese caballo era para entrar en Edimburgo, y no pudo evitar que un escalofrío recorriera su espalda.

Darle la mano y dejar que la montara sobre el caballo suponía aceptar la derrota y la muerte de su hermana. Y no estaba segura de estar preparada para dejar ir su vida anterior.

Arya miró a James a los ojos.

—Por favor... Ven conmigo. Haz que su sacrificio tenga valor.

La joven tembló al tiempo que se retorció las manos. Y como si el viento arrastrara una voz femenina, una voz que hacía años que no escuchaba, pero que había acunado sus sueños en incontables noches, escuchó:

—Ve con él. Te protegerá como yo no supe hacerlo...

Arya sintió un nuevo escalofrío y, obligándose a no mirar atrás, levantó lentamente la mano hasta que la unió a la del guerrero, que tiró de ella con suavidad para ponerla delante de él.

—Tenemos que alejarnos de Edimburgo cuanto antes. Estoy seguro de que el funeral de Margaret estará a punto de terminar y puede que los hombres de Jacobo hayan salido ya de los muros del castillo para seguir buscando al culpable.

—Y si uno de ellos te tiene entre ojos, te señalará sin que le tiemble el dedo —terció Kerr cuando se acercaron a ellos.

James asintió y, en ese instante, el guerrero alargó la mano hacia una de sus alforjas para sacar una capa negra, la que lo había acompañado en incontables misiones. Se la tendió a Arya.

—Será mejor que te la pongas —le advirtió—. Si nos cruzamos con alguien, podrían reconocerte y vendrían a por nosotros. Cuando estemos en tierras seguras, podrás quitártela.

Arya lo miró en silencio y la tomó entre sus dedos. Se la puso con cierta incomodidad, pues estar sobre el caballo con el cuerpo magullado hizo que este gimiera de dolor. Y cuando puso la capucha sobre su cabeza, ocultando su rostro, cerró los ojos un instante. Estar escondida de sus miradas hizo que en parte se sintiera ligeramente bien, ya que mostrar todo lo que sentía la hacía sentirse desnuda frente a los tres guerreros. Y no estaba segura de poder soportar sus miradas apenas durante mucho más tiempo.

—Creo que lo más sensato sería ir al palacio de mi esposa. Allí podremos estar más tranquilos hasta que decidáis qué hacer.

—Estoy de acuerdo, Sinclair —terció James.

Arya sintió la vibración del pecho del guerrero en su espalda y, cansada, no pudo evitar dejarse caer contra él. En silencio, James la aferró con suavidad de la cintura y apoyó la barbilla contra su nuca, mostrándole, a su manera, que la apoyaba y que estaba con ella pasara lo que pasara.

—Por cierto, muchacha, ¿no serás familiar de mi esposa? —preguntó Cameron.

Arya levantó la mirada y lo miró sin comprender. El guerrero sonrió, intentando apaciguar los ánimos, ya que estaban demasiado tensos.

—Ella es Kiara Stewart, aunque ahora lleva el apellido Sinclair...

La joven se encogió de hombros.

—Lo siento, no la conozco. La verdad es que mi madre tampoco nos habló mucho de la familia. Fue repudiada por sus padres cuando decidió entrar en la corte. Tan solo tenía relación con su hermano pequeño, que es el que nos ha cuidado a Mya y a mí en todos estos años. Y ya... no me queda nadie más.

Decir esas últimas palabras le dolió en lo más profundo de su ser, pero eran totalmente ciertas. No tenía a nadie más que a ella.

—Estoy seguro de que si os conocierais haríais buena amistad.

El guerrero le sonrió y volvió a mirar hacia el camino. Los cuatro se sumieron en un profundo silencio a medida que se alejaban de Edimburgo y de toda su peligrosa corte. James nunca pensó que se marcharía de allí huyendo para salvar a la mujer que amaba, pero no le importaba haber dejado la corte por la puerta de atrás si con eso Arya sobrevivía.

Y sin mirar atrás ni un solo instante, no pudo evitar lanzar un reclamo al cielo para que la hermana de Arya no sufriera en el trance que le quedaba por pasar hasta que exhalara su último aliento mientras una lágrima solitaria rodaba por su mejilla y se perdía en su barba.

Mya respiró hondo al tiempo que recordaba todas y cada una de las lágrimas que había derramado en silencio a lo largo de toda su vida. Estaba preparada. De hecho, sabía que se había preparado durante esos años para ese momento. Siempre había pensado en vengarse de todo el daño que la corte y el rey le habían hecho a su familia. Ya se había cobrado la vida de uno de los miembros de la familia real. Y su sed de venganza aún seguía latente en su interior, pero sabía que al estar allí encerrada no volvería a matar a nadie. No obstante, por una parte, se sentía bien. Sabía que iba a morir. Y esa era la mejor de las noticias que había recibido jamás. Como le había dicho a Arya, no había podido soportar la vida. Y durante todos esos años, únicamente había

sobrevivido diariamente al dolor y la amargura.

Pero sabía que, aun estando ahí, podía hacer más daño a Jacobo. Una sonrisa ladina se dibujó en sus labios justo en el momento en el que, horas después de estar encerrada, la puerta de la mazmorra se abrió y escuchó unos pasos lentos hacia la celda.

—¿Sigues viva?

Mya, que se encontraba de pie, giró la cabeza en su dirección y lo miró a los ojos con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo. La sonrisa aún estaba dibujada en su rostro. Y cuandoladeó la cabeza y lo observó con mirada penetrante, Jacobo frunció el ceño.

—No puede ser... —exclamó, dando un paso hacia adelante y mirándola de arriba abajo—. ¿Cómo es posible que se te hayan curado las heridas tan rápidamente?

Mya dio un paso hacia él y se quedó parada a tan solo un metro de los barrotes. La joven aspiró fuertemente por la nariz y, con un movimiento rápido, apoyó las manos contra la reja.

—¿Qué pasa, querido hermanastro, te doy miedo ahora?

En los ojos de Jacobo se dibujó una expresión horrorizada. Siguió mirándola de arriba abajo sin poder creer lo que veía. Y Mya, en su interior, suspiró de alivio al ver que no se había dado cuenta del cambio. Por ello, se limitó a meter más miedo en su interior.

—Parece que has visto un fantasma...

—No puedo creerlo... Deberías tener el rostro irreconocible.

Mya dejó escapar una risa.

—¿Quieres que te confiese la verdad? —Mya apoyó la frente contra los barrotes—. He hecho brujería.

Jacobo se santiguó repetidas veces, provocando la risa exagerada de la joven, que continuó con su plan.

—¿Cómo crees que ha muerto la perra de tu hermana? La he matado yo...

Jacobo frunció el ceño.

—¿Finalmente lo confiesas?

—Sí... He hecho un conjuro y le he rajado el cuerpo desde aquí...

De esa forma, Mya se aseguraba de que James estuviera libre de persecución alguna.

—Maldita bruja...

La joven rio aún más exageradamente.

—¿Y quieres que haga lo mismo contigo?

—No te atrevas... Yo soy el rey de Escocia.

Mya torció la cabeza.

—No por mucho tiempo, querido hermanito —respondió la joven—. Te maldigo una y mil veces, tanto en esta existencia como en la siguiente.

Jacobo dejó escapar una exclamación de auténtico terror. El monarca se santiguó otras tantas veces.

—¡Guardias! —vociferó, temeroso de seguir escuchándola.

Pero Mya no paró.

—Tú me has golpeado. Has acabado con todo lo que tenía, pero yo haré lo mismo contigo. Condeno a tu espíritu al fuego eterno.

Mya alargó una mano y lo miró fijamente a los ojos. Si iba a irse de este mundo, se llevaría con ella la tranquilidad del rey, dejándolo completamente aterrado, esperando una muerte que solo el destino le daría cuando llegara su momento. Pero si lograba mantenerlo asustado, su plan habría funcionado.

—Maldigo tu cuerpo y tu espíritu. Que jamás vuelvas a sentir la paz que me arrebataste. Que ni tú ni toda tu maldita estirpe podáis vivir tranquilos. Que la amargura que ha recorrido mi mente durante todos estos años se pose sobre todos vosotros y seáis incapaces de respirar sin dolor. Te maldigo mil veces, Jacobo Estuardo.

Jacobo se apoyó contra la pared contraria a la joven, incapaz de salir corriendo, como realmente deseaba. El monarca aferraba con fuerza una cruz que pendía de su cuello. Y cuando pensó que iba a desmayarse de auténtico miedo, aparecieron dos de sus hombres.

—Quemadla. Ahora mismo.

Los guerreros se miraron entre ellos, confundidos.

—Pensábamos que el juicio sería mañana.

—Ni juicio ni nada. No lo merece. Es una maldita bruja.

En ese instante, para aplacar el terror que la envolvió, Mya comenzó a reír desesperadamente.

—Mi muerte no te librará de mi maldición, querido...

—¡Quemadla! ¡Ya!

La voz de Jacobo resonó en toda la mazmorra y, asustados, sus dos guerreros abrieron la celda de la joven, la tomaron de los brazos y la arrastraron hacia el patio. La joven no se resistió. Al contrario, cuanto antes llegaran a su destino, antes dejaría de sufrir.

Mya no se amedrentó, siguió mostrando su sonrisa durante todo el camino. Incluso cuando se cruzaron con varios sirvientes, que la miraron sorprendidos, Mya siguió sonriendo. Ese gesto que la había abandonado desde que murió su madre, ahora no podía escapar de entre sus labios. Llevaba años sin sonreír. Y ahora que estaba cada vez más cerca de volver a ver a su madre y a su tío, Mya estaba realmente feliz. Ligeramente temerosa por el dolor, sí, pero feliz. Cuando muriera, ya nada le haría daño.

Sus hombros se sacudieron por la risa cuando los guerreros le ataron las manos al poste preparado junto a la pira. Poco a poco, los hombres del rey colocaron las maderas a su alrededor. Y en el momento de prender la pira, Mya clavó la mirada en Jacobo, que era el primero en la fila para mirar.

—¡Recuerda que no vivirás lo suficiente, querido Jacobo! ¡Maldito seas tú y toda tu estirpe!

Y en ese momento, el fuego comenzó a arder a su alrededor. En cuestión de minutos, el humo ascendió, quemando su pecho, pero Mya, para sorpresa de los demás, seguía riendo. Ni siquiera ella sabía qué le estaba pasando, pero la risa no cesaba. Por fin volvía junto a su progenitora y liberaba su alma de ese cuerpo que solo le había hecho sufrir.

—¡Madre! —vociferó cuando comenzó a sentir dolor en la punta de los dedos de sus pies.

Mya tosió. El aire apenas llevaba a su pecho y a pesar de tensar la cuerda de las manos para

soltarse, no pudo moverse. Y cuando levantó la mirada al cielo, vio volar sobre ellos una paloma blanca que se posó, sorprendentemente, sobre el palo en el que estaba atada. Mya sonrió y, en ese momento, sintió cómo todo a su alrededor de volvía negro y su alma abandonaba su cuerpo, libre, sin límites. Feliz.

CAPÍTULO 26

Arya sintió un escalofrío cuando el día estaba llegando a su fin, como si algo terrible hubiera pasado. El pecho le dolió de repente y se sobresaltó. Había ocurrido. Estaba segura. Ni siquiera hizo caso de la conversación que estaban teniendo los tres guerreros cerca de ella.

En ese momento, se encontraban parados en un pequeño claro del bosque, a la espera de pasar la noche allí. Habían cabalgado durante todo el día sin descanso y cuando Arya se levantó y miró hacia el camino por el que habían cabalgado hasta allí, la conversación entre los guerreros cesó de golpe.

—¿Arya? ¿Qué pasa?

James se levantó y llevó la mano a la empuñadura de la espada. Se acercó a ella y la tomó del brazo con suavidad. La había visto tan fría y distante durante todo el día que no estaba seguro de poder soportarlo sin volverse loco. Pero sabía que en ese momento le ocurría algo.

—¿Has escuchado...?

—Lo he sentido... —lo cortó volviéndose hacia ellos—. Ha muerto... La han matado, James. Lo sé. Lo he sentido aquí.

Arya se tocó el pecho y comenzó a llorar.

—Como si me hubieran arrebatado algo que tenía dentro de mí... Lo he sentido, James.

Los hombros de la joven comenzaron a sacudirse por el llanto. El silencio a su alrededor fue tan atronador que Arya creyó que iba a volverse loca. Sus gemidos de dolor rompieron la mudez en la que se habían sumido los demás.

James la atrajo hacia sí y la abrazó.

—Lo siento, Arya —susurró—. Ojalá pudiera volver atrás y cambiar todo.

La joven lo sujetó con fuerza de la camisa y se dejó mecer entre sus brazos.

—Lo lamento, muchacha —dijo Kerr con voz suave.

Arya no respondió, sino que siguió llorando durante un largo rato. Después, ni siquiera quiso probar la comida que habían preparado tras cazar Cameron un conejo entre los arbustos cercanos al claro.

El día había llegado a su fin y, aunque hacía buena noche, Arya no dejaba de sentir el frío en su cuerpo. Temblando, se levantó del tronco en el que estaba sentada y se apartó ligeramente de la hoguera que habían encendido para mantener alejados a los animales salvajes del bosque.

Con gesto dolorido, pues las heridas de su rostro seguían estando ligeramente hinchadas, Arya se tumbó en el suelo, se arropó con la capa que Cameron le había cedido y cerró los ojos. No quería hablar con nadie, ni siquiera deseaba escuchar sus voces. Solamente quería estar sola, sin ver la pena reflejada en los ojos de los guerreros. Se había sentido realmente arropada por James cuando este la abrazó, pero no quería su compasión. Tenía la sensación de querer pasar por eso sola. Toda su vida se la había terminado por forjar completamente sola, así que por eso necesitaba esos momentos para ella misma.

No tenía ni idea de por qué sabía con certeza que su hermana había muerto, pero lo sabía. En su interior había escuchado un último grito, un último aliento de vida que se había apagado segundos más tarde.

Se preguntó si había sufrido, si tal vez Jacobo la había golpeado antes de acabar con ella, pero lo que más deseaba era que hubiera sido una muerte sin dolor y que ahora, estuviera donde estuviera, pudiera encontrar la paz que tanto había ansiado a lo largo de su vida.

Una nueva lágrima rodó por su mejilla, cayendo y perdiéndose en la tierra donde la que estaba tumbada. Gracias a la capa protegía su rostro, por lo que los guerreros no la veían. Y como siguió haciéndose la dormida, sintió cómo James ponía sobre su cuerpo el manto que el guerrero llevaba sobre su hombro.

Sin embargo, a pesar de que se obligaba a estar despierta y pensar en su hermana, el cansancio y el dolor pudieron con ella, haciendo que se quedara dormida.

Una fuerte exclamación fue lo que despertó a Arya. La joven no pudo evitar sorprenderse al descubrir que se había quedado dormida y que ya había amanecido. El sonido de un siseo a su espalda fue lo que la despertó del todo, obligándola a girarse en dirección a donde había estado la hoguera.

—No tenemos tiempo, maldita sea.

—Ya vienen —se quejó Kerr.

James corrió hacia ella y se agachó, mirándola a los ojos. El corazón de la joven se sobresaltó al ver la preocupación reflejada en su mirada, y cualquier resquicio de sueño desapareció al instante.

—¿Qué pasa?

—Cameron ha salido a dar una vuelta con el caballo y ha visto que varios hombres de Jacobo se dirigen hacia aquí.

El horror se reflejó en el rostro de la joven.

—¿Qué? ¡Nos han descubierto!

Arya se levantó deprisa del suelo y miró a su alrededor.

—Debemos escondernos.

Cameron torció la cabeza.

—No tenemos tiempo. Están demasiado cerca. Ni siquiera te daría tiempo a esconderte solo tú.

Y en ese instante, los cuatro escucharon el golpeteo de varios cascos de caballos sobre el suelo. James le colocó la capucha a Arya y aferró su rostro.

—No permitiré que te lleven con ellos. No hables y, por supuesto, no dejes caer la capucha de tu cabeza.

La joven asintió. A su espalda los cascos de los caballos estaban cada vez más cerca y, de reojo, Arya vio que ya se veían por el camino.

—¡Buchanan! —exclamó Kerr acercándose a ellos—. Tengo una idea. Seguidme el juego.

—¿Qué has pensado?

Kerr abrió la boca para responder, pero los caballos pararon cerca de ellos.

—Hazme caso...

Kerr carraspeó y sonrió despreocupadamente. Después sobrepasó a James y se acercó a Arya,

que temblaba incontrolablemente bajo la capa.

—Maldita sea... —gruñó James al reconocer a uno de los guerreros que ahora desmontaba del caballo.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué sorpresa, Buchanan!

James se adelantó y se puso al otro lado de Arya, que mantenía la cabeza gacha y el pelo recogido a su espalda para evitar que la reconocieran.

—¿Qué haces aquí, Rob?

El guerrero de Jacobo sonrió. Se trataba del mismo hombre con el que se habían cruzado por los pasillos del castillo mientras intentaban sacar a Arya de las mazmorras. Por lo que recordaba, el guerrero sugirió a su compañero que tal vez fue James quien mató a la hermana del rey. Y, por ello, este necesitó de toda su fuerza de voluntad para no saltar sobre él y golpearlo.

—Jacobó nos envió anoche a vigilar las tierras en busca del asesino de su hermana, pero esta mañana nos han mandado llamar porque al parecer ya han ajusticiado a la mujer responsable de ello.

James tragó saliva y asintió, mostrando casi aburrimiento ante sus palabras.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros en eso?

Rob dejó escapar una risa.

—Nos hemos acercado porque hemos visto el humo de vuestra hoguera. Pensábamos que podríais ser ladrones.

James sonrió de lado.

—Pues ya ves que no lo somos.

Rob torció la cabeza.

—De todas formas, me sorprende veros juntos. No sabía que erais amigos.

Cameron sonrió y se acercó a él.

—Sus tierras y las nuestras están algo más al norte. Es normal que nos hayamos encontrado en el camino.

—Ya...

Rob los miró de arriba abajo.

—Pero aún así, no deja de sorprenderme. ¿Y esta mujer? ¿Qué le pasa que agacha la cabeza?

James se puso lívido. Había esperado que Rob no reparara en ella y que tal vez siguieran su camino después de comprobar que eran conocidos. Y tras mirar de reojo a Kerr, que sonreía ampliamente, no supo si debía ponerse más nervioso.

—Es mi esposa.

Kerr asombró tanto a James como a Cameron cuando alargó una mano hacia la cintura de la joven y la atrajo hacia él.

—¿Y por qué se cubre?

Kerr lanzó un siseo.

—Hace poco tiempo que sabemos que vamos a tener un nuevo hijo y... su rostro se ha vuelto

casi verde por las náuseas matutinas. Y teniendo en cuenta el carácter que tiene, prefiero que se oculte a tener que aguantar sus arcadas mañaneras.

Los guerreros a la espalda de Rob lanzaron risas. Cameron y James se obligaron a reír también, aunque ligeramente tensos.

—¿Y por eso se cubre y no habla?

Kerr movió la mano, restándole importancia. Después depositó un suave beso en la cabeza de la joven.

—Si habla, tiene más náuseas y vomita. Y la poca luz parece que calma su estómago, así que es normal que se calle y se cubra. Al menos así logra sosegar su cuerpo.

—Si ese niño es la mitad de fiero que tú, seguramente tendrá un mal embarazo.

—Creo que podré soportarlo.

James sonrió y atrajo a Arya hacia él para obligarla a que les diera la espalda. Simuló abrazarla con cariño mientras los demás miraban. Y cuando Rob pareció sentirse satisfecho, rotó la mirada de nuevo hacia James, que estaba tan tenso que parecía haberse quedado de piedra.

—Tienes suerte, Buchanan, de que hayan confesado el asesinato de la hermana del rey.

James frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque yo habría dado mi brazo derecho jurando que eras tú el culpable.

El guerrero apretó los puños.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Bueno, sé que Jacobo te sacó de la sala del trono de malas maneras y te pidió que abandonaras la corte y no volvieras jamás.

—¿Y crees que por eso mataría a Margaret? Siempre me llevé bien con ella.

Rob sonrió.

—Precisamente por eso, Buchanan. Sería la mejor venganza contra el rey.

James resopló.

—Yo no tengo por qué vengarme de Jacobo. He estado en la corte más tiempo que en mis tierras. Estoy agradecido por ello.

Rob se encogió de hombros.

—Eso no hace que tu lealtad sea pura hacia él.

James entornó los ojos.

—Me parece que tienes la lengua demasiado larga para hablar de mí, Rob.

El aludido mostró una amplia e irónica sonrisa.

—A lo mejor es que quiero ser como tú... —respondió con la inquina reflejada en cada una de sus palabras—. ¿Qué crees que me falta?

James le devolvió la sonrisa.

—Los huevos de un toro. Tú los tienes tan pequeños como un gato recién nacido.

Sus palabras hicieron reír a los guerreros que acompañaban a Rob, excepto a este, que se acercó peligrosamente a él aferrando con fuerza la empuñadura de su espada, aunque sin desenvainarla.

—¿Qué pasa, Buchanan, buscas problemas? Ahora no eres nadie para Jacobo...

James sonrió. Estaba tan tenso y lo había pasado tan mal en los días anteriores que no le importaría enzarzarse en una pelea a espadas con él para desquitarse por todo lo ocurrido.

—Aquí tú tampoco lo eres... Seríamos solo tú y yo...

Rob hizo un movimiento para desenvainar la espada, sin embargo, Cameron se interpuso entre ellos con una sonrisa en los labios.

—Venga, caballeros, no vamos a comportarnos ahora como niños con un berrinche... Vosotros tenéis prisa, por lo que habéis dicho, y yo estoy deseando llegar a casa para ver a mi esposa. Y seguramente Buchanan también querrá llegar a la suya.

—Pero él estará solo... —dijo Rob con inquina.

James sonrió y se cruzó de brazos.

—Mejor solo que acompañado por personas como tú.

Rob esbozó una sonrisa ladina y dio unos pasos hacia atrás.

—Ten cuidado, Buchanan. Si haces algo contra Jacobo, iremos a por ti.

James se encogió de hombros.

—No tengo intención, tranquilo... Lamento que no puedas ensartarme con tu espada en un duelo...

Rob amplió su sonrisa, pero no respondió. Se giró hacia los guerreros y les hizo una señal con la mano para que volvieran a montar. Los cuatro miraron con excesiva tranquilidad simulada hasta que se marcharon en el horizonte. Y cuando estuvieron solos, Cameron no pudo evitar exhalar el aire contenido en su pecho. Kerr, por el contrario, miró de reojo a James al tiempo que soltaba a Arya, que no había dejado de temblar entre sus brazos.

—¿Podrías intentar tener menos genio, Buchanan?

—Rob es un gilipollas.

—Lo sé, pero al menos intenta que no estemos nosotros delante para evitar que nos maten...

James le guiñó un ojo antes de caminar hacia Arya, que se apartó ligeramente la capucha del rostro. El guerrero puso las manos en sus hombros.

—¿Cómo estás?

La joven levantó la mirada hacia él e intentó mantenerse fuerte.

—Bien...

Kerr y Cameron los dejaron solos mientras terminaban de recoger las cosas que habían dejado tiradas.

—Queda poco para llegar al palacio de la mujer de Sinclair. Ahí nos tendremos que separar de ellos... Y... bueno, le prometí a tu hermana que te cuidaría. Me gustaría que te vinieras conmigo a mis tierras.

Arya dudó un instante. Ir a sus tierras significaba que todo lo sucedido estaría perdonado, que

volvería a estar con él como si nada hubiera pasado. Y cuando se dio cuenta, estaba deseando realmente aquello: vivir tranquila, formar una familia, descansar y tener una casa donde vivir el resto de sus días. Pero no quería ponérselo tan fácil.

James, al ver que no respondía al instante, se alejó de ella con un nudo en la garganta. Intentó apartar rápidamente las lágrimas que acudieron a sus ojos. Nada iba bien entre ellos, y estaba seguro de que las cosas no volverían a ser como antes.

Por ello, cuando recogieron en silencio, montaron sobre los caballos y James miró a Arya, que se había quedado parada donde estaba. Alargó la mano como había hecho anteriormente y deseó que subiera con él nuevamente. Y cuando esta lo aceptó y montó delante de él, James la apretó contra su cuerpo e iniciaron la marcha.

El guerrero aspiró su aroma y cerró los ojos. Ya no sabía qué más hacer para que lo perdonara. Había errado de la peor de las maneras, por eso, estaba seguro de que no lo iba a perdonar jamás.

Y cuando los tres pusieron los caballos a galope para alejarse cuanto antes de esas tierras, el guerrero se obligó a pensar en otra cosa.

Llegaron a Blair Palace antes de lo que esperaban. El camino había sido largo, pero tranquilo. No había vuelto a cruzarse ni con guerreros del rey ni con viajeros que pudieran interrumpirles. Por ello, apenas descansaron para comer y poco más, sin perder tiempo, ya que sabían que en el palacio de Kiara Stewart estarían a salvo hasta que decidieran qué hacer.

Arya abrió los ojos desmesuradamente cuando lo vio. Era realmente precioso. Jamás había visto algo así. Lo más grandioso en lo que había estado era el castillo de Edimburgo, pero ese palacio no tenía nada que envidiarle. Y, desde luego, se respiraba una paz que en Edimburgo ni siquiera existía.

—Bienvenidos a Blair Palace...

Kerr silbó, asombrado.

—Tenía entendido que se había quemado al poco de casaros...

Cameron sonrió y le dio una palmada en la espada cuando le cedió las riendas a uno de los sirvientes que acudió para ayudarlos.

—Sí, algo escuché. Creo que el culpable fue el primo de tu esposa, ¿no?

Cameron torció la cabeza.

—Exacto. Y aunque nos fuimos a vivir a mis tierras, ordené que lo reconstruyeran para Kiara. Ella le tenía un cariño especial, así que aquí está... Aún recuerdo su cara cuando lo vio.

Kerr lanzó una carcajada al tiempo que se echaba sobre el hombro su alforja.

—Desconocía que fueras tan romántico.

Cameron lo miró y enarcó una ceja.

—¿Quieres que vaya a tus tierras a preguntarle a Morgana cómo eres tú en la intimidad con ella?

—Un león... ¿Qué crees que soy?

Esa respuesta hizo reír a Arya, que caminaba detrás con James, que puso los ojos en blanco al escuchar la conversación de esos dos. Ambos guerreros se volvieron hacia ella al escuchar ese

sonido. De igual forma, James también la miró. Era la primera vez que la escuchaba reír en incontables días, por lo que no pudo evitar sorprenderse.

Al saberse observada, la sonrisa de Arya se perdió al instante, y carraspeó, incómoda.

—Me ha hecho gracia. No entiendo por qué me miráis así.

—Hacía demasiado tiempo que no escuchaba tu risa —respondió James.

Arya se quedó mirándolo mientras los demás se adelantaron hacia la entrada del palacio. Estaba comenzando a chispear y no deseaban mojarse. Sin embargo, tanto Arya como James apenas repararon en ellos.

—Arya, por favor, vente conmigo. Sé que no tengo días suficientes en mi vida para pedir perdón por el daño que te he hecho, pero te juro por mi honor que voy a dedicar cada día de mi existencia a hacerte feliz. No soy bueno con las palabras, lo siento.

James se mostró inquieto, nervioso, incómodo en su propia piel al no saber cómo expresar lo que sentía.

—Desde pequeño fui entrenado para servir al rey. En mi vida únicamente ha estado Jacobo II y después su hijo. He pasado en la corte más años que en mi propio hogar. Me inculcaron que debía servir al rey y a sus súbditos, a ser fiel a lo que eso representaba y a luchar con valentía y honor para llevar el nombre de nuestro país a lo más alto en una batalla. Pero jamás me enseñaron cómo debía comportarme con la mujer que me robaría el corazón. Nunca. Y siento mucho no saber cómo hacerlo, pero si me das la oportunidad, aprenderé. Dime cómo hacerlo, dime qué debo decirte, hacerte, expresarme... Y aprenderé. Por mi honor que aprenderé a hacerlo.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Arya, que se confundieron con las gotas de lluvia que caía cada vez con más fuerza. La joven temblaba, pero no de miedo, sino de auténtico nerviosismo. Su propia hermana había dado la vida para que ella tuviera la oportunidad de formar una familia y pudiera vivir como siempre había deseado; su propio tío también lo había hecho; y, años atrás, fue su propia madre la que hizo lo mismo por ellas. Se lo debía a todos ellos. Sabía que tenía que seguir viviendo para que sus muertes no fueran en vano. Y sabía que, si se dejaba arrastrar por la rabia y el odio, le ocurriría lo mismo que a Mya. Y ella no podía permitírselo.

—Me dices eso como si yo fuera una princesa que ha sido educada para tener buenas maneras. Yo tampoco sé cómo hay que comportarse con un hombre, pero de lo que sí estoy segura es de que a mí la vida me entrenó no para ser esa princesa o reina que el destino me había impuesto, sino para ser una guerrera. Jamás quise una corona sobre mi cabeza. Pero sí quiero y acepto la armadura que la vida me obligó a forjar. Y me gustaría que fueras tú, un guerrero, un hombre, el que me enseñe a usarla y el que me la quite por las noches para amarme como deseo que lo haga. Te amo, James Buchanan, más de lo que jamás había pensado y más de lo que jamás voy a admitir para evitar que se te suba el ego.

James dejó escapar una sonrisa entre las lágrimas que estaba derramando. No había esperado escuchar esas palabras de sus labios, así que acortó la distancia que los separaba y la estrechó entre sus fuertes brazos. Después la besó con firmeza. Había deseado tanto ese instante en el que volvía a unir sus labios a los de la joven que ahora que lo estaba haciendo le parecía un sueño.

El destino les daba una nueva oportunidad, y esta vez pensaba aprovecharla al máximo.

CAPÍTULO 27

Dos días después, las cosas en Blair Palace seguían tranquilas. Cameron había enviado a varios de sus hombres en busca de información respecto a Edimburgo, pero todos ellos volvieron con la información que ya sabían.

—Esa muchacha hizo un gran trabajo y una acción que no mucha gente es capaz de hacer por nadie. Ni siquiera por un hermano —terció Cameron—. Puedes sentirte orgullosa de la hermana que tenías.

Arya sonrió con melancolía y asintió mientras dejaba el tenedor sobre el plato. Todos se encontraban comiendo desde hacía un rato. Y ella, al recordar a su hermana, volvió a sentir tristeza, pero estaba de acuerdo con Cameron. Fue una gran proeza por su parte: haber conseguido engañar a Jacobo y a los demás, entregarse como un cordero en el matadero y morir para conseguir que ella tuviera una vida de verdad era un gran favor hacia la joven, y Arya jamás olvidaría lo que había hecho. Desde entonces tenía un ligero vacío en su interior, como si le faltara algo en el centro de su pecho, pero estaba segura de que, con el paso del tiempo, lograría apaciguar ese vacío, o al menos llenarlo con buenos y nuevos recuerdos.

—¿Y qué pensáis hacer, Buchanan?

James, que había estado mirando embobado a Arya, levantó la mirada hacia Kerr, que era el que había preguntado. El guerrero suspiró y también dejó los cubiertos sobre la mesa.

—Iremos a mis tierras. Desde aquí tardaremos unos tres días, así que aún nos queda algo más de camino.

—¿Sabes en qué estado está la casa de tus padres?

James no había pensado en eso. Lo que él recordaba era una granja en un estado ya deplorable que, seguramente, con el paso del tiempo, había ido a peor. Sin embargo, se encogió de hombros.

—La verdad es que no lo sé, pero trabajaré duro para que sea un hogar confortable y acogedor.

Arya lo miró sonriendo. Los dos días que llevaban allí habían sido los mejores de su vida. Habían retomado su relación con más pasión que antes. Arya decidió que quería vivir la vida al máximo, exprimirla como si cada día fuera el último de su vida. Esa sería la mejor manera de recordar y homenajear a las personas que habían hecho lo posible para que ella viviera.

—O sea, que Jacobo no te dijo si estaba aún en pie o era poco más que una casa con cuatro tablas mal puestas y sin techo...

—Yo tampoco pregunté.

Cameron sonrió y tragó la comida que aún daba vueltas en su boca. Y después, tras limpiar sus labios, le preguntó:

—¿Por qué no os venís a mis tierras? Cerca de mi castillo hay una granja en buen estado que podría servirlos para ganáros la vida. No pertenece a nadie, ni la han reclamado en años, así que sería el lugar perfecto para comenzar. Además, está muy lejos de Edimburgo. Jacobo jamás viaja tan al norte.

James lo miró con el rostro contraído por la impresión.

—Pero... esas tierras no son mías... ni tengo dinero para pagarte por ellas...

—Es verdad —lo secundó Arya—. No tenemos nada. Debemos empezar desde cero.

Cameron sonrió.

—Entonces, ¿cómo teníais pensado reconstruir la granja de tu padre?

Kerr sonrió al lado de Cameron al tiempo que metía un trozo de carne en su boca.

—Pensaba que Jacobo era más considerado con sus guerreros y pagaba mejor...

James dejó escapar un resoplo.

—Y realmente lo hace, pero mi padre debía dinero precisamente por esa granja.

Kerr enarcó una ceja.

—Y con el dinero que tú has ganado, ¿cuántas granjas podías haber comprado?

—Más de una, te lo aseguro. Por eso pedí mi libertad. Jacobo pretendía sacarme la sangre si hacía falta...

Cameron resopló.

—Por eso, Buchanan, pienso que deberías venirte a mis tierras.

—¿Y atarme a ti como a Jacobo?

El guerrero Sinclair lanzó una carcajada.

—No hace falta... Yo espero no tener problemas el resto de mi existencia, pero no lo hago para ganar un guerrero más entre mis filas. Entiendo que quieras ser libre, y por eso te cedo esas tierras.

James giró el cuerpo hacia él y apoyó las manos en las rodillas.

—¿Sin pedir nada a cambio? Eso no existe...

—Bueno, tendrías que pagar las rentas como todo el mundo, eso sí. Pero en tus tierras también tendrías que hacerlo...

Cameron suspiró y apoyó los codos en la mesa, echando su cuerpo hacia adelante.

—A ver, Buchanan, no quiero sacarte la sangre como Jacobo. Yo no soy así. Sé que te sorprende. Incluso yo mismo estoy sorprendido por haber tenido la valentía de proponerlo, pero le he dado vueltas estos días. Jacobo llegará a presentarse en tus tierras a ver cómo va todo, y lo sucedido estos días habrá sido para nada. Os descubrirá y no tendréis ni un solo segundo para esconderos. En mis tierras estaréis realmente a salvo.

A su lado, callada como había estado en el resto de la comida por las náuseas de un nuevo embarazo, Kiara dejó el tenedor en la mesa, incapaz de comer absolutamente nada. Y tras esto, levantó la mirada hacia ellos, dejando escapar el aire contenido para evitar respirar el aroma de la comida, que le daba tanto asco que esos días apenas estaba comiendo nada.

—No te lles todos los honores, esposo —comenzó diciendo antes de mirar tanto a James y a Arya alternativamente—. Fui yo quien tuvo la idea. Él solo lo ha pensado largamente.

Arya sonrió, aunque al ver cómo miraba de reojo Cameron a su esposa, se tapó la boca con la mano. A su lado, James enarcó una ceja y también sonrió.

—El embarazo saca lo peor de ti, querida esposa.

—Lo sé, pero recuerda que tienes parte de culpa...

Kerr estuvo a punto de atragantarse con la comida y, cuando la mirada iracunda de Cameron se dirigió a él, logró disimular con una tos y un carraspeo.

—Bueno, gracias a la fenomenal e increíble idea de mi esposa —Kiara sonrió, divertida— tenéis la oportunidad de vivir tranquilamente de verdad. Buchanan, no pienses que te estoy ofreciendo migajas o algo oculto. No quiero nada de ti, te lo juro por mi honor. Te ayudé cuando te vi porque pienso que cuando una persona sufre por amor es peor que sufrir por una batalla inminente. Nunca te he visto como ese día que saliste del castillo hecho una furia. Te vi perder la paciencia y los papeles. Tú... que eres un hombre que siempre ha guardado sus sentimientos para él mismo. Por eso decidimos ayudarte, y no te he pedido nada. Al contrario, quiero seguir ayudándoos. Y si en mi clan hay una granja vacía que no pertenece a nadie, puedes quedarte con ella. No tienes que pagármela, tan solo vivir en paz.

Kiara sonrió.

—¿Sabes algo, James? La primera vez que te vi llegar a este mismo palacio con ese rostro serio y soltándole una bofetada verbal a mi tío descubrí a un hombre de verdad; un hombre que no teme la ira de nadie; un hombre que se muestra tal y como es sin temor a lo que puedan pensar los demás de él. Eres valiente por ello. No todo el mundo puede decir lo mismo. Vivimos en un mundo en el que la hipocresía parece estar ganando terreno, pero tú no eres así, James. Tú eres un hombre de honor. Serio, sí, pero una de las pocas personas en las que podría confiar incluso mi alma porque sé que nunca me venderías por unas monedas.

—Lo dices sin apenas conocerme.

Kiara dejó escapar una risa.

—Tardamos más de un día en llegar al castillo Mackenzie. ¿Lo recuerdas? —James sonrió y asintió—. Estabas en medio de un bosque con una mujer completamente sola, y jamás me miraste de ninguna manera ni intentaste propasarte conmigo. Me respetaste en todo momento. Y aunque intenté escapar, jamás me maltrataste ni pediste que otro lo hiciera. Y por ello te doy las gracias. Nunca pensé que podría compensarte de alguna manera. Antes no tenía nada para hacerlo, pero ahora sí. Y si me lo permites, me encantaría devolverte esa buena obra que hiciste, James. Quédate con nosotros, por favor.

Cameron puso una mano sobre la de su esposa y le sonrió antes de volverse de nuevo hacia el guerrero.

—Mira, Buchanan, no me hagas suplicar más. Si mi gente se enterara de ello, ¿qué clase de laird sería? Ya no me tomarían en serio...

James sonrió y miró a Arya, que le devolvió el gesto.

—Está bien. Tienes razón, Sinclair. Yo también había pensado en eso, pero, por otro lado, quería creer que Jacobo jamás volvería a entrar en mi vida.

—Cameron tiene razón —terció Kerr—. No estoy seguro de que el rey haya quedado satisfecho con la muerte de su hermana, así que hacéis bien si os vais a vivir al norte.

—¿Y cómo podremos pagaros por el enorme favor que nos estáis haciendo?

Kiara le sonrió a Arya.

—Ya os hemos dicho que no hay que pagar nada. Además, eres una Stewart. Seguro que, si supiéramos tus generaciones atrás, encontraríamos alguna en la que somos familia.

James se forzó a mirar a los ojos a Cameron.

—Entonces, antes de nada, debo pedirte disculpas...

El aludido frunció el ceño.

—La verdad es que hay que reconocer que nunca hemos sido amigos. Conocidos, sí, pero no amigos. Y cada vez que veía vuestro grupo de amigos sentía odio hacia vosotros.

Cameron y Kerr dejaron escapar una carcajada.

—Sí, bueno, creo que no eres el único.

—Pues para ser uno de nosotros tienes que pasar una prueba —sugirió Kerr con una sonrisa.

James frunció el ceño y los miró a ambos.

—Sí, tendremos que hacer un ritual...

Kiara puso los ojos en blanco.

—No les hagáis caso. Es una broma...

Kerr le guiñó un ojo a James, que estuvo a punto de dejar escapar un suspiro de alivio.

—Tenemos pensado marchar al norte mañana mismo, así que debemos prepararnos...

Todos se levantaron de la silla y se dirigieron a sus dormitorios para empezar a empaquetar las cosas. En esos días, Kiara había sorprendido a Arya regalándole varios vestidos, y aunque la joven se había negado al principio por vergüenza, finalmente tuvo que aceptar al menos dos, ya que no tenía absolutamente nada más que ponerse que aquella ropa raída, rota y llena de sangre.

Y cuando estuvieron en el dormitorio, James abrazó a Arya por la espalda. La joven se dejó caer contra su pecho y sonrió melancólicamente. Desde que habían abandonado Edimburgo, jamás pensó que volvería a sentir a James de la misma manera que en Dumbarton. Había tantos sentimientos negativos entre ellos que pensaba que sería imposible volver a tener lo que un día fue. Y sabía que aún quedaba mucho camino por delante para ser quienes eran, pero iban por buen camino.

James hacía lo posible por ser agradable con ella. Se preocupaba todo el rato, le había curado las pocas heridas que aún se veían en su cuerpo, la ayudaba en todo, le preguntaba cómo se encontraba... Era un hombre diferente, cercano al que una vez conoció.

Y Arya, aunque ya no era la misma que semanas atrás, pues había mucho sufrimiento en medio, sí era una mujer más fuerte y decidida, pero, sobre todo, era más segura de sí misma. Sabía lo que quería en su vida, y aunque se había obligado a odiar a James, lo amaba. El amor que había sentido por él no había desaparecido en ningún momento y ahora era más potente que antes.

—¿Estás segura de querer ir a las tierras de Sinclair?

Arya se giró entre sus brazos y lo miró a la cara. Pasó las manos por sus hombros y se aferró al cuello de su camisa.

—Pienso que tienen razón. Jacobo puede pasarse por tus tierras a comprobar si echas de menos la corte. Y si nos descubre, estaríamos muertos.

James asintió y la besó suavemente.

—Aún así me siento un poco extraño aceptando una granja, así como así, sin darle nada.

—Él ya sabía que no tenemos nada para darle.

—Sí. De todas formas, pienso jurarle lealtad cuando lleguemos a sus tierras. Y aunque yo no vaya a formar parte de sus guerreros, quiero que sepa que estaré ahí si en algún momento tiene

dificultades.

Arya sonrió y lo apretó contra ella.

—Me sigues sorprendiendo, James.

—¿Por qué?

—Porque eres un hombre extraño. Nunca he conocido a alguien con el sentido del honor tan integrado en su corazón.

James sonrió con tristeza.

—Eso me ha traído problemas últimamente.

—Creo que estas últimas semanas podemos olvidarlas...

El guerrero negó con la cabeza.

—Yo no quiero olvidarlas. Eso me hace saber de dónde vengo y lo que he logrado. Hemos sufrido, sí, pero también quiero que ese sufrimiento merezca la pena, Arya.

La joven sonrió y lo miró largamente. Tenían todo el tiempo del mundo para disfrutar el uno del otro, de su compañía, de sus conversaciones... De todo. Se habían conocido demasiado deprisa. Sus sentimientos habían florecido también demasiado deprisa. Y a partir de ahora tenían tiempo más que suficiente para forjar todo con una base estable, fuerte y dura que no se rompería con facilidad. Y sabían que así sería eterna.

James acercó su rostro al de la joven y apoyó la frente en la suya, cerró los ojos y aspiró su aroma.

—Creía que jamás ibas a perdonarme.

—Yo también lo creía, la verdad —admitió la joven—. El sufrimiento ha sido demasiado fuerte. Pero a veces tenemos que pensar en lo que deseamos en la vida. Mya deseó el dolor y el sufrimiento, y llenó su vida de él. Yo no lo quería, y sabía que si vivía obligándome a odiarte me convertiría en alguien como ella. Y dejaría de ser yo. El resto de mi vida viviré intentando honrar a mis muertos, haciendo que la vida sea como ellos habrían querido vivirla. Quiero risas, bromas, abrazos, besos, amor, pasión, tranquilidad y, sobre todo, te quiero a ti, James Buchanan. No me falles esta vez.

El aludido negó con la cabeza.

—Si lo hago, por favor, mátame.

Arya sonrió y alargó las manos hacia el lugar donde el guerrero las tenía apoyadas y las aferró entre las suyas.

—Y si yo, en algún momento, me convierto en una persona melancólica, mátame también.

—No tendría valor para hacerlo —susurró James contra sus labios.

—Yo tampoco para hacerlo contigo.

—Pues vaya dos guerreros...

Arya rio y lo besó antes de separarse de él y apartarse.

—Tienes razón, qué mal guerrero eres. Uno de verdad me habría tomado entre sus brazos y me habría llevado a la cama que hay en medio de la habitación...

James entrecerró los ojos y dio un paso hacia ella, peligroso.

—El guerrero que describes no es muy caballeroso...

Arya sonrió y se alejó de él, hasta chocar contra la pared.

—Yo no quiero un caballero en mi vida, James. Yo deseo un guerrero que me levante en volandas, me tire sobre la cama, me arranque la ropa y me haga gritar con fuerza mientras le arañó la espalda.

James se mordió el labio y la aprisionó contra la pared.

—¿En ese mismo orden?

Arya asintió y le mordió la barbilla.

—Y si mientras lo haces me acaricias... Sería increíble...

James ronroneó y la atrajo hacia él con una sonrisa ladina. Después, sin previo aviso, la subió a su hombro, arrancándole una exclamación de sorpresa, la llevó hacia la cama y la dejó caer.

Arya rebotó en ella con una sonrisa en los labios. Sonrisa que atrapó el guerrero cuando la besó con fiereza al tiempo que sus manos le arrancaban la ropa y la tiraban al otro lado de la habitación.

—¿Así es como deseas al guerrero?

Arya sonrió al tiempo que abría sus piernas y levantaba las caderas hacia él.

—Aún te faltan algunas cosas por hacer de todas mis peticiones —susurró con voz sensual.

James torció la cabeza.

—Me vas a matar, Arya. Lo sabes, ¿no?

La joven asintió inocentemente, justo antes de lanzar un gemido entre doloroso y placentero cuando el guerrero atrapó uno de sus pezones entre sus dientes.

—Pues pienso hacértelo pagar con creces...

—Hazlo ya, entonces.

James rugió con fuerza, y sin quitarse la ropa, la hizo gritar tal y como le había pedido.

EPÍLOGO

Un año después...

Un par de semanas después del inicio de julio, unos gritos rompieron el silencioso amanecer soleado de ese día de verano. Unos gritos, seguidos de una maldición. James y Cameron se miraron entre ellos. El segundo le ofreció una botella de whisky al primero y le dedicó una sonrisa.

—¿Por qué demonios tarda tanto?

—Porque eres demasiado cabezón. Mírate... —se burló el laird Sinclair señalándole la cabeza.

James gruñó y le enseñó los dientes. A pesar de ese momento de tensión, la relación entre ellos se había hecho realmente estrecha.

A pocos días de llegar a las tierras del norte y poner a punto la granja que Cameron y Kiara les habían regalado, James juró lealtad a Cameron como guerrero, prometiendo ayudarlo en caso de que hubiera alguna guerra en el clan. El laird le ofreció un puesto entre sus hombres, diciendo que sería un honor tener a alguien tan valiente y fuerte como él entre ellos, pero James se negó. Quería dejar a un lado aquella vida de entrenamientos y luchas a un lado para centrarse en algo más tranquilo. Sería más complicado y difícil, pero no tanto como un día tras otro en la corte. Por fin había conseguido la libertad que tanto deseaba para vivir, se había casado con la mujer a la que amaba de camino a esas tierras y había comenzado su vida en la granja. No podía pedir más a la vida, ya que se sentía realmente pleno y feliz.

Durante todo ese año había trabajado duro. Cameron les había regalado un par de cerdos y un par de ovejas para que comenzaran a producir en la granja. Rápidamente, habían hecho quesos y habían alimentado a los gorrinos para que les dieran carne. Muy pronto pudieron poner en marcha la granja y en cuanto tuvieron algo de dinero ahorrado, le pagaron a Cameron por los animales.

—Es un regalo de bodas... —dijo el laird Sinclair.

James negó entonces con la cabeza y le tendió de nuevo la bolsa con dinero.

—Acepto la granja como regalo de bodas. Los animales, no.

Cameron entrecerró los ojos y lo miró con una sonrisa.

—No vas a parar de insistir hasta que lo coja, ¿verdad?

—Exacto.

Cameron suspiró y aceptó su bolsa con dinero a regañadientes.

—No pasa nada por pecar un poco, Buchanan. No seas tan correcto...

James puso entonces los ojos en blanco y gracias a que podían verse a diario, su amistad fue creciendo a medida que pasaban los días, las semanas y los meses.

Algo parecido ocurrió con Arya. Esta se había puesto a trabajar codo con codo con James en la granja. Y a pesar de que no tenía ni idea de cómo llevar algo así, logró aprender pronto y ayudó a su marido con los animales, a hacer queso, a alimentarlos... Hasta que se quedó embarazada. Fue entonces cuando el propio James puso el grito en el cielo al verla trabajar entre los cerdos como si nada y le prohibió trabajar.

—Puedo hacerlo perfectamente, esposo. Es solo un embarazo, no una enfermedad...

James la miró entonces con los ojos entrecerrados.

—Los animales pueden herirte, tirarte al suelo, pisotearte... Pueden hacerte daño, Arya.

Y a pesar de que la joven insistió una y otra vez que podía trabajar en la granja, Arya finalmente desistió para evitar problemas entre ellos. Había dado por perdido a James cuando este la sujetó un día por la cintura justo cuando intentaba salir sin hacer ruido de la casa para ir a alimentar a los animales mientras creía que su esposo dormía.

—¿De verdad crees que por intentar salir de puntillas no voy a escucharte?

Arya gruñó, enfurecida.

—¿Es que tú nunca duermes?

—Sí, me dejas rendido cuando me tocas, me acaricias y me montas como si estuvieras poseída por el demonio...

Arya giró la cabeza en otra dirección, avergonzada por cómo ponía en palabras lo que hacían en su intimidad.

—Pues en esos momentos no te acuerdas de que estoy embarazada...

James sonrió pícaramente. Desde que vivían allí parecía haber recuperado parte de la diversión que había perdido años atrás y su sonrisa había vuelto a aparecer, haciéndolo rejuvenecer muchísimo más, como si fuera otra persona totalmente diferente a la que había conocido bajo el yugo del rey.

—Sí, me acuerdo, pero lo dejo pasar.

Arya lo miró de reojo de malas formas, sacándole una nueva sonrisa.

Poco a poco, ambos, con el tiempo, fueron haciéndose un hueco en el clan. Conocieron gente nueva, hicieron amistad con los vecinos y fueron aceptados por estos enseguida, sobre todo, al ver el juramento que James le hizo a Cameron como laird del clan.

Y ahora que su hijo o hija estaba a punto de nacer, James temía que todo lo que había construido desapareciera de golpe con un mal parto. El guerrero apenas había cenado nada la noche anterior, ni durante la madrugada. Y ahora que estaba amaneciendo apenas había probado el whisky que Cameron le cedía a cada rato. Sentía que el mundo bajo sus pies se tambaleaba y él no podía hacer nada para evitarlo. Tenía la sensación de estar de nuevo bajo el yugo de Jacobo y este, o en este caso la vida o el destino, hacían lo que querían con él.

Un nuevo gemido de dolor de Arya rompió el silencio.

—Estoy seguro de que está a punto de salir... —le aseguró Cameron intentando aparentar calma—. Kiara también tardó muchísimo en traer a nuestros hijos al mundo.

—¿Y por qué nadie sale a decirnos nada? ¿Y si algo va mal?

James resopló y caminó de un lado a otro, inquieto, mirando a cada instante hacia la puerta de su casa, deseando que alguien saliera a contarles cómo iba todo, pero también temeroso de que las noticias que pudieran llevarles no fueran precisamente buenas.

—Todo está bien, James.

El aludido levantó la mirada hacia Cameron, sorprendido, y no pudo evitar entrecerrar los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó el laird—. ¿Qué he dicho?

—Es la primera vez que me llamas por mi nombre.

Cameron enarcó una ceja.

—Bueno, es lo que hago con los amigos.

—Pero nunca me habías llamado así.

—¿Te molesta?

James sonrió de lado.

—No. ¿Cómo me va a molestar algo así?

Cameron le guiñó un ojo justo en el momento en el que la puerta de la casa se abrió y salía Kiara limpiándose el sudor de la frente.

James casi voló hacia ella.

—¿Está bien?

Kiara le sonrió, cansada, y asintió. En ese instante, se escuchó el llanto desesperado de un bebé y la joven esposa del laird señaló hacia el interior de la casa.

—Tu esposa y tu hijo de esperan.

James se quedó parado en el sitio al escucharla. La miró con los ojos muy abiertos y preguntó con voz queda:

—¿Hijo?

Kiara asintió.

—Es un niño.

James hizo lo posible para que los ojos no se le llenaran de lágrimas, pero no pudo soportarlo y antes de cruzar el umbral de la puerta dejó escapar un sollozo de auténtica felicidad.

El guerrero corrió hacia el dormitorio y entró en este sin llamar a la puerta. Enseguida, buscó con la mirada a Arya, que estaba reposando en la cama con una sonrisa feliz mientras sostenía en sus brazos un pequeño bulto que movía sus manecitas de forma revoltosa e inquieta.

Arya levantó la mirada hacia él y ensanchó su sonrisa. Alargó la mano para que se acercara a ella y lo miró con auténtico amor cuando vio los ojos llenos de lágrimas de su esposo.

—Te presento a tu hijo...

James dejó escapar una exclamación de sorpresa al ver su rostro pequeño y esas manos que parecían tan frágiles.

—¿Lo quieres coger?

Al instante, el guerrero negó con la cabeza. Se sentó junto a ella y lo acarició suavemente.

—Es demasiado pequeño. Voy a hacerle daño.

Arya rio.

—Eres su padre. Jamás le harías daño.

La joven se lo tendió y James lo cargó entre sus brazos con los ojos muy abiertos. Su hijo, como si hubiera sentido su protección, se aferró con fuerza a su camisa y se acercó a él, quedándose rápidamente dormido.

—¿Cómo es posible que la vida sea tan hermosa?

—Lo es si a tu lado tienes a una persona que la hace así de bonita.

James levantó la mirada y Arya vio las lágrimas corriendo veloces por sus mejillas. Durante esos meses había descubierto a un James completamente diferente. Era un hombre real, auténtico, rudo y salvaje, pero con un corazón de oro que había estado escondido durante años en lo más profundo de su pecho con una fuerte y poderosa coraza.

—No te imaginas lo orgulloso que estoy de ti, Arya. Gracias por traer a nuestro hijo al mundo.

La joven no pudo evitar emocionarse.

—Gracias a ti por darme la fuerza suficiente para seguir adelante a pesar de las dificultades, James. Eres un hombre maravilloso.

—Nadie jamás me ha dicho eso —admitió acariciando el rostro dormido de su hijo.

—Pues que nunca nadie te diga lo contrario o tendrá que vérselas conmigo.

James sonrió y se inclinó con cuidado para besarla.

—Espero que ahora sí me hagas caso y te quedes en la cama unos días.

Arya rodó los ojos.

—Tenía pensado ir esta tarde a dar de comer a los gorrinos.

James se apartó de ella de golpe y la miró horrorizado, provocando la risa de la joven, que se dejó caer contra las almohadas, cansada.

—Aunque también tenía pensado dejar que me cuides estos días... Creo que voy a aprovecharme de ti.

James le devolvió la sonrisa y le apretó la mano con fuerza. Junto a él tenía lo que más quería en la vida. Su mujer, su hijo, su casa, su libertad, su tranquilidad... Besó la cabeza pequeña de su hijo y sintió una fuerza poderosa en su pecho. Él era James Buchanan, un guerrero que siempre había estado a las órdenes de otros. Ahora nadie se las daba. Ya nada podía pararlo. Tenía entre sus brazos a su pequeño príncipe, y junto a él, sonriéndole, a su reina; su verdadera reina.

ÍNDICE

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[EPÍLOGO](#)